



Christina Courtenay

# *Nieblas monzónicas*



Lectulandia

Corre el año 1759 y Jamie Kinross ha decidido dejar Suecia e irse lo más lejos posible, a la India, para huir de su pasado. Allí inicia una nueva vida y se establece como comerciante de gemas. Pero los problemas llegan pronto: la familia de su mentor es secuestrada por el crimen organizado y él se pondrá en marcha para ayudarla a recuperarla, viajando hasta Surat y llevando consigo el talismán perdido de un rajá indio. Al llegar a la ciudad conocerá a Zarmina Miller, una viuda bella y rica, sí, pero también arrogante, a la que se conoce como «la viuda de hielo». Todo un reto... Sin embargo, pronto descubrirá que el hijastro de ella está implicado en el secuestro y que Zarmina también tiene un pasado que olvidar.

**Lectulandia**

Christina Courtenay

# **Nieblas monzónicas**

**Saga Kinross - 3**

ePub r1.0

Titivillus 11.12.16

Título original: *Monsoon Mists*  
Christina Courtenay, 2014  
Traducción: Rosa Bachiller

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Fu-Tsi, Fudge y Shendu  
¡Qué afortunada soy por teneros conmigo!*

## Reconocimientos

Desde el momento en que escribí *Tormentas de las Tierras Altas*, en la que se contaba la historia de Brice Kinross y de su supuestamente traicionero hermano, sabía que Jamie tendría la oportunidad de ofrecer su propio punto de vista acerca de los hechos. En todo caso, no habría podido dedicarme a escribir dicha versión si no hubiera sido gracias a una persona, Liv Thomas, que no paró de decirme que tenía mucho interés en leer sobre Jamie. Muchas gracias, Liv, por animarme a aporrear el teclado. ¡Espero que Jamie, sea de tu agrado, ahora que finalmente está aquí!

Mis más efusivas gracias también al resto del equipo de ChocLiters, desde el primero al último, incluido su panel de lectoras, pues sin ellas nada de esto habría sido posible. ¡Es un auténtico honor trabajar con todos vosotros!

Muchísimas gracias a Sue Moorcroft por ayudarme a seguir en mis cabales durante el primer año de presidencia de la RNA (Romance Novelist's Association, Reino Unido), por ser una excelente «compañera de habitación» en varias convenciones y por enseñarme tantísimo sobre la forma de encarar la adversidad con profesionalidad y perseverancia. ¡Para ti, todo mi respeto! También a Gill Stewart por estar siempre ahí y por ser un excelente crítico y un amigo. A Henriette Gyland por convertir nuestras andanzas suecas en divertidas aventuras, y también por sus críticas, siempre constructivas y juiciosas. Y a todos mis amigos escritores que ayudan a que la profesión de escritora sea algo maravilloso.

Finalmente, aunque no menos importante, conste mi enorme agradecimiento a Richard, el héroe casero que siempre está ahí, que hace posible que pueda escribir y viajar, a mis queridísimas hijas, Josceline y Jessamy, y a Fu-Tsi, Fudge y Shendu, que siempre me acompañan, a quienes dedico este libro y en los que se inspiran todos mis personajes caninos. ¡Gracias a todos!

## Nota de la autora

Este libro no se habría escrito si la autora no hubiera podido disponer del impresionante diario personal de Christopher Hinric Braad (1728-1781), hombre de nacionalidad sueca que realizó algunos viajes a Extremo Oriente por cuenta de la Compañía Sueca de las Indias Orientales y elaboró un diario extremadamente rico y detallado, de un valor histórico incalculable, y que me ha permitido realizar en esta novela descripciones bien documentadas de la ciudad de Surat, tal como era a finales de la década de 1750.

Braad viajó a bordo del buque *Götha Leijon* cuando este navegó hasta Cantón, en China, entre 1750 y 1752, atracando en Surat y en otros muchos puntos intermedios. Su diario, titulado *Beskrifning på skeppet Gotha Leijons resa till Surat och åtskillige andre indianske orter* y que puede consultarse en la biblioteca de la Universidad de Gotemburgo, en la colección de la Compañía Sueca de las Indias Orientales, contiene no solo una enorme cantidad de notas y descripciones, sino también excelentes dibujos de todo tipo de cosas, entre las que se cuentan: peces, plantas, edificios y lugares. Todo esto me ayudó muchísimo a la hora de imaginar los escenarios que el héroe de mi historia recorre a lo largo de sus viajes.

Parece que Braad hizo su viaje en el *Götha Leijon* como mero científico y escritor, sin intereses comerciales. Siguió su propio instinto a la hora de escudriñar los aspectos más oscuros y menos evidentes de los lugares que recorrió la expedición durante su ruta y lo registró todo de forma cuidadosa. Su minuciosidad llega hasta el punto de anotar el número de pasos que se deben dar para recorrer en toda su extensión una plaza de una ciudad. Aporta medidas y longitudes y latitudes de todos los lugares, pero lo que resulta más interesante, al menos para mí, son sus descripciones de los sitios y de las personas que encontró. En muchos casos, se percibe sin dificultad su asombro al ser testigo de hechos, escenas y situaciones que ninguno de sus compatriotas podría contemplar, y su intento de transmitir esas maravillas del modo más vívido y real que le fuera posible.

Su diario está escrito en sueco antiguo, por lo que a veces resulta algo enrevesado, ceremonioso y difícil de descifrar, aunque la verdad es que disfruté mucho con su errática y rimbombante forma de construir las frases. Espero haber entendido bien sus escritos y, naturalmente, los errores que existan en la novela a este respecto deben atribuirse solo a mí. Estoy en deuda con Braad y con aquellos que, como él, tuvieron el valor de navegar a lo que por aquel entonces se consideraban los confines de la tierra, y se tomaron como un deber el contar a los demás todo lo que vieron.

# Prólogo

*Småland, Suecia*

*Finales de diciembre de 1754*

Era más de medianoche y el silencio en la mansión resultaba casi ominoso, con excepción de los ligeros crujidos del suelo de madera que sonaban mientras Jamie Kinross recorría una y otra vez el salón. Estaba muy inquieto y no podía dormir, pero en ese momento deseaba haber bajado el edredón de plumas. La habitación estaba tan fría que no dudaba de que se quedaría mortalmente helado si dejara de andar y se sentara en alguna de las recias sillas. La única forma de mantenerse algo caliente era no parar de moverse.

¡Maldita Elisabet!

¿Se podía maldecir a alguien que ya había muerto? ¿Y que, además y sin lugar a dudas, estaría en estos precisos instantes a las mismas puertas del infierno, siendo juzgada y condenada por sus numerosos pecados? A Jamie no le importaba, por lo que siguió pensando y maldiciendo no solo a su esposa fallecida en particular, sino a todas las mujeres, por intrigantes y pécoras, aunque reconocía que, con toda probabilidad, estaba siendo algo injusto. Seguramente, ella habría tenido sus razones, pero ya podía haber puesto en práctica sus juegucitos con alguien que no fuera precisamente él...

Se paró un momento para mirar por la ventana, de la que colgaban pequeños carámbanos de hielo, tanto por dentro como por fuera. En el patio había bastante nieve acumulada, tanta que cualquiera que la pisara se hundiría hasta los muslos. La luz de la luna bañaba la escena con un brillo irreal, de forma que las superficies parecían refulgir como pequeños fragmentos de diamantes. A Jamie le encantaba la vista y la nieve, pero esta noche se sentía como si el tremendo frío le hubiera calado hasta lo más profundo del corazón. Sintió un escalofrío y, una vez más, comenzó a caminar.

No podía quedarse allí. Tenía que irse. Necesitaba irse.

Pero tenía responsabilidades.

La granja Granhult y todo lo que había en ella era suyo y lo había sido desde la muerte del padre de Elisabet el mes pasado, cuando se había convertido en su única heredera, de modo que él, su viudo, era dueño por sustitución. El problema es que no quería serlo, nunca lo había querido.

Tampoco a ella.

Suspiró y siguió andando. Todo resultaba extraordinariamente complicado, y llevaba meses intentando hacerse a la idea de que no podía cambiar el destino. Tenía

que aceptarlo y vivir con él. Vivir con ella. Y, la verdad, había hecho todo lo humanamente posible una vez que nació la niña. Pero ya era demasiado tarde.

A esa niña, que ahora dormía en el piso de arriba, no podía abandonarla.

«¡Piensa, por favor, piensa!», se acució a sí mismo.

Poco antes del amanecer tomó una decisión y se dirigió a hablar con el guardés de la finca, Jonas Nilsson, que vivía en una encantadora casita justo al otro lado del patio.

—Necesito que, por ahora, asuma la gestión del día a día de la granja —le dijo Jamie—. Voy a estar fuera durante un tiempo, pero confío plenamente en que usted lo dirigirá todo perfectamente.

—Sí, no se preocupe, me ocuparé de todo, señor —respondió Nilsson asintiendo con la cabeza, mientras sus ojos, aún algo somnolientos, transmitían comprensión y un cierto grado de piedad.

Jamie estaba seguro de que se ocuparía, pues Nilsson era eficiente, honesto a carta cabal y absolutamente fiable.

Todo lo contrario que otros.

Jamie intentó alejar aquellos oscuros pensamientos y caminó de vuelta hacia la casa principal. Despertó a Lina, la nodriza, y le ordenó que vistiera y preparara el equipaje de la niña y el suyo propio.

—Por favor, póngale todas las capas de ropa que pueda —dijo Jamie—. Voy a buscar pieles de oveja y el abrigo grueso de Elisabet para envolverla.

Jamie esperaba que Lina se opusiera a sus órdenes e intentara razonar con él. En realidad, le apetecía discutir y así lograr que saliera fuera el enfado, el resentimiento, el dolor y la culpa que sentía. Pero lo único que hizo la niñera en aquella ocasión fue mirarle a los ojos un instante y afanarse en cumplir las órdenes recibidas.

Media hora más tarde, los caballos clavaban las pezuñas en la superficie helada del exterior de la puerta. Movieron las cabezas haciendo sonar las campanillas de los arneses mientras bufaban con suavidad, tan ansiosos por alejarse de allí como su dueño. Jamie exhaló un suspiro, que inmediatamente se convirtió en vapor, mientras observaba impaciente como la nodriza se acomodaba bajo las mantas y las pieles con su preciosa carga. Gracias a Dios que la niña por fin había dejado de llorar. Si hubiera seguido, difícilmente habría podido controlarse.

—Señor Kinross, seguro que no tiene la intención de salir en el trineo con una niña de un año y en un día tan frío, ¿verdad? ¡Es una locura!

Jamie se volvió y vio que Karin, la doncella personal, cómplice y confidente de su difunta esposa, le había seguido al exterior y agitaba los brazos en el porche.

—Está muy bien abrigada y no vamos muy lejos —explicó con tono autoritario, dejando claro que no tomaría en consideración sus opiniones sobre el asunto. De hecho, solo una nefasta vez le había hecho caso y ya nunca más se lo haría. Apenas soportaba siquiera la sola presencia de esa mujer, y si hubiera sido un hombre un poco más rencoroso, la habría mandado al infierno para que le hiciera compañía a su

esposa. Con un enorme esfuerzo, se mordió la lengua y se acomodó en el asiento del conductor.

—¡Pero va a nevar! Mire las nubes —insistió la arpía. Karin parecía a punto de echarse a llorar, pero Jamie apenas se dio cuenta, y ni se inmutó. Las lágrimas de aquella mujer solían ser como las de los cocodrilos, y aunque las que estaban a punto de aparecer fuesen sinceras, le daba igual.

—No nevará hasta dentro de media hora por lo menos, y no necesito más tiempo. Lina tiene ladrillos calientes bajo las mantas y, si hace el favor de dejarnos seguir nuestro camino, todo irá bien. Hágase a un lado ya.

Habían apilado la nieve en montones en los bordes del patio, pero aquel cielo plomizo amenazaba con arruinar ese duro trabajo dentro de poco. Jamie sabía que el tiempo era esencial. Probablemente era una locura irse hoy de viaje con un recién nacido, pero no podía quedarse allí ni un minuto más. Además, se dirigía a la hacienda más cercana, a Askeberga, la mansión de sus padres.

Cuando dio la orden a los caballos de moverse, el trineo empezó a deslizarse con suavidad por la superficie helada del patio.

—¡Pero señor Kinross...!

Jamie oyó una última protesta de Karin, hizo oídos sordos y se concentró en la conducción. La carretera era estrecha. No rezaba prácticamente nunca, pero ahora sí que lo hizo.

«Por favor, Dios mío, haz que no nieve al menos durante un rato, para que no nos quedemos atrapados en una tormenta. ¡Y permíteme salir de este infierno!».

Se daba cuenta de que, con toda probabilidad, esa no era la manera más adecuada de dirigirse a Dios, aunque fuera solo con el pensamiento, pero seguro que Él era capaz de interpretar correctamente el anhelo de su corazón y le hacía algo de caso.

El frío hacía que le dolieran hasta los ojos, así que enterró la nariz en la bufanda que envolvía la parte inferior de su cara. Se volvió hacia la nodriza y vio que se había sumergido con su carga bajo las pieles de oveja y de lobo.

—¿Está bien abrigada? —le preguntó, elevando la voz para hacerse escuchar por encima del trote de los caballos.

—De momento sí —respondió la mujer.

Jamie creyó observar cierto recelo en sus ojos, que eran lo único que podía ver de ella. Era lógico. Probablemente pensaba que había enloquecido por la pena y trataba de animarle. La idea casi le hizo reír por lo lejos que estaba de la realidad. Sí que estaba algo fuera de sí, pero no precisamente debido al fallecimiento de Elisabet.

O por lo menos no de la forma que pensaba Lina. No sentía pena por la muerte de su esposa, pero sí por el hecho de que alguien muriera tan joven. Le parecía un despilfarro vital tremendo, y no podía evitar preguntarse si no tenía él su parte de culpa. Debería haber hecho las paces con ella antes del parto, quizá llevando una ramita de olivo... ¿Pero habría servido para algo? ¿Para que su estado de ánimo fuera más positivo?

Negó con la cabeza. Dar a luz era un asunto complicado y el resultado solo estaba en manos de Dios.

Milagrosamente, la carretera estaba bastante transitable. El paisaje discurría ante sus ojos a cierta velocidad, una mezcla movediza de sombras blancas y plateadas. Tras apenas media hora de viaje entraron en la avenida jalonada de fresnos que conducía a Askeberga y que daba nombre a toda la hacienda. La casa principal estaba pintada de un alegre color amarillo con ventanas blancas, y en su mayor parte se veía cubierta de nieve, como todo lo que la rodeaba. La chimenea humeaba, lo que indicaba que dentro debía de hacer buena temperatura y que algunos de los criados ya se habían levantado. Esperaba que su madre también lo hubiera hecho, pues era bastante madrugadora. Jamie tiró de las riendas para aminorar la velocidad conforme se acercaba a los escalones de la entrada.

En el mismo instante en el que el trineo se detuvo, Jamie saltó y subió corriendo las escaleras para llamar a la puerta con las manos enguantadas. Después volvió a bajar los escalones de dos en dos, ayudó a Lina a apearse y a subir con el bebé hacia la puerta, que ya se había abierto.

—¡Señor James! ¿Qué...?

—Por favor, avise a mi madre. ¡Ya! —ordenó mientras empujaba a la nodriza al interior de la casa, sorteando a la sorprendida doncella y cerrando de inmediato la puerta tras él—. Y busque a alguien para que se haga cargo de los caballos ahora mismo.

—Sí, señor —dijo diligentemente la doncella, una vez repuesta de la sorpresa.

—Jamie, ¿eres tú? ¿Pasa algo malo? ¡Oh! —exclamó su madre, Jessamijn, al tiempo que llegaba al recibidor y se detenía al observar a la mujer cargada con un bulto de mantas—. ¡Ha nacido el bebé!

Se lanzó a toda velocidad y se inclinó para liberar a la niña de la capa más externa de mantas que la envolvían, para así poder observar su carita. Jamie desvió la mirada. Sabía cuál era el aspecto del bebé y no quería volver a verlo. Pelo negro, ojos oscuros, piel color magnolia... Nada que tuviera que ver con él. Respiró hondo.

—Es una niña, y será bautizada con el nombre de Margot. Su madre... ha muerto. Por favor, madre, ¿podrá hacerse cargo de ella durante un tiempo? Tengo que marcharme de aquí, irme muy lejos. No puedo quedarme aquí ahora.

Jessamijn interrumpió su intenso escrutinio del bebé y puso las manos sobre los hombros de su hijo, mirándole directamente a los ojos.

—Jamie, escúchame. Haya pasado lo que haya pasado, ahora tienes tú la responsabilidad. La granja, esta niña, tienes que hacerte cargo de todo y...

—No, madre. He dejado la gestión de la granja en manos de Nilsson. Sabe que se puede confiar en él, es un buen hombre y muy competente. Y Karin organizará todo lo relativo al funeral, estoy seguro.

—¡Pero tú debes ir! Elisabet era tu esposa —exclamó su madre, que parecía escandalizada.

—Solo sobre el papel. Estoy convencido de que todo el condado está al tanto de las circunstancias de nuestro matrimonio —dijo Jamie apretando los dientes—. No puedo representar el papel de marido apenado mientras todo el mundo se ríe de mí por detrás. No soy tan buen actor. Dícales que he huido enloquecido, dícales lo que le parezca, me da igual lo que piensen —añadió para interrumpir la protesta de su madre, al tiempo que sacaba un fajo de papeles de uno de los bolsillos interiores—. Aquí están las escrituras de la finca y un documento firmado por mí y por un testigo que acredita que todo es de Margot. No quiero nada que perteneciera a Elisabet, nada, ¿me entiende? Confío en usted para que cuide de la niña. Cuando... si puedo, volveré, pero en estos momentos necesito irme lo más lejos de aquí que pueda. Lo siento, pero soy incapaz de soportar la mera idea de quedarme. ¡Por favor, dígame que lo entiende!

Parpadeó y miró a su madre, tan menuda pero, al mismo tiempo, tan fuerte. Siempre habían compartido un vínculo muy especial, ya que él era el benjamín, su favorito, aunque ella no lo había reconocido nunca ante los demás. Y fue la única que lo comprendió, que no intentó rebajar sus altos ideales o amansar sus maneras, a veces un tanto bruscas. Ahora tampoco lo hizo.

Estiró la mano para acariciarle la mejilla y asintió.

—Vete si es lo que debes hacer ahora, querido mío, pero tienes que volver, ¿me entiendes? Esto tiene que ser una solución temporal, algo que te permita recobrar el equilibrio, pero no puede durar siempre. Espero lo mejor de ti.

Él asintió, aunque dudaba de que consiguiera seguir sus órdenes.

Abrazó con fuerza a su madre, estrechándola tanto contra él que por un momento se preguntó si le estaría haciendo daño. Pero ella apretó también, al tiempo que se ponía de puntillas para besarle la cara.

—Qué tengas mucha suerte, Jamie. Cuídate mucho, hazlo por mí.

Ella fue lo bastante inteligente como para no hacer la más mínima mención a la niña, y cuando volvió a salir al frío exterior, Jamie confiaba en que la olvidaría.

Ni siquiera soportaba pensar en la pequeña.

# Capítulo 1

*Surat, la India*  
*Mayo de 1759*

—Digo yo que hace bastante calor aquí, ¿no le parece?

—¿Usted cree? —dijo Zarmina Miller reprimiendo un suspiro de hastío y procurando no cerrar los ojos.

«Ya empezamos», pensó. Sinceramente, ¿de verdad que no se le puede ocurrir algo un poquito más original?

En su descargo, había que decir que el joven que estaba sentado a su lado, George Carmichael, acababa de llegar de Inglaterra para incorporarse a un puesto en el área de contabilidad de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales, en la ciudad de Surat. Seguramente pasarían meses antes de que lograra aclimatarse al calor de la India y, al contrario que ella, parecía estar pasándolo realmente mal. Los meses de abril y mayo eran los más cálidos del año, con altísimas temperaturas que se mantenían día tras día y una humedad ambiental difícil de soportar. Zar observaba la transpiración por la cara del señor Carmichael, goteando desde las sienes hasta el cuello, y las mejillas llenas de puntos rojizos que resaltaban en su tez blanquecina. Podía imaginar que el molesto prurito no se limitaba a las zonas visibles, y sintió cierta compasión por el joven.

No obstante, era la excusa habitual que todos utilizaban para acercarse a ella. Echó un rápido vistazo al amplio comedor, situado en el edificio que denominaban la Factoría, en donde se celebraba esta reunión, mientras esperaba que se produjera la escena siguiente. No tardaría en llegar.

—¿Le importaría subir conmigo al jardín de la terraza? Estoy seguro de que allí arriba se estará mucho más fresco.

Zar podía haberle dado cien razones por las que no quería ir con él a ninguna parte, pero pensó que era mejor acabar con el asunto cuanto antes.

—Sí, gracias, ¿por qué no? —dijo con voz falsamente alegre.

No obstante, evitó ir de su brazo echando a andar rápidamente hacia las escaleras, antes de que él pudiera procesar su aceptación.

El «jardín» de la terraza no era un verdadero jardín. Se trataba simplemente de una amplia zona al aire libre, protegida por una balaustrada, con plantas colocadas en macetas y algunos bancos. Corría algo de brisa, por lo que el lugar resultaba agradable para tomarse un descanso durante la tarde. De todas maneras, en esta época del año el calor era insufrible en todas partes, y también allí, claro. Al menos para los forasteros. Había momentos en los que Zar se alegraba infinitamente de ser mestiza.

La sangre que corría por sus venas procedente de sus antepasados indios le confería una apreciable ventaja en lo que se refería a las condiciones ambientales.

La mujer miró hacia atrás y vio al señor Carmichael dar un profundo suspiro, como si se sintiera aliviado por haber podido alejarse del horno en forma de sala del que procedía. Se secó la cara con un enorme pañuelo y se aflojó un poco el cuello de la camisa, separándolo de la piel. Después se apresuró a ponerse a la altura de ella cuando empezó a andar hacia el banco más próximo.

—¿Quiere que...? —empezó, pero Zar ya se había parado.

—¿... nos sentemos? Sí, por supuesto —dijo sentándose sin su ayuda, recogiendo las faldas y después extendiéndolas a su alrededor, lo que dejaba para el joven solo un pequeño espacio al extremo del banco. Ella solía preferir la ropa india, mucho más adecuada para el clima local, pero tenía que reconocer que la moda inglesa resultaba muy útil a la hora de mantener a distancia a los visitantes. El aro de las enormes enaguas y el resto del vestido formaban una barrera casi infranqueable. Si el señor Carmichael había notado su movimiento defensivo, su caballerosidad le obligó a no realizar el más mínimo comentario, aunque se acercó a ella todo lo que le permitió su extenso atuendo.

—Yo, eh,... creo que es usted viuda, señora Miller —dijo él después de aclararse la garganta.

—Sí, es cierto —confirmó ella—. Mi marido falleció el año pasado.

Zar estaba segura de que él no solo lo sabía, sino que además conocía muchos otros detalles acerca de su situación, pero le siguió la corriente en aras de la cortesía. Nadie mencionaba nunca su riqueza; eso sería extremadamente vulgar.

—Así pues, debe de sentirse muy sola. Me atrevería a decir que es difícil para una mujer vivir sin compañía.

—Pues no, en absoluto. De hecho, me gusta la soledad.

Durante un momento pareció desconcertado, pero después se rió de manera forzada.

—¡Ah, ya veo! ¡Está bromeando! —dijo, y volvió a reír entre dientes—. Muy gracioso, la verdad.

Zar no dijo nada. Sabía perfectamente que, cuanto menos dijera, antes superaría la embarazosa situación.

—El caso es que... —empezó de nuevo el señor Carmichael, carraspeando para variar—. El caso es que, señora Miller, me estaba preguntando si..., es decir, dado que al parecer no ha entablado relación alguna con nadie que se haya establecido aquí en la Factoría, pensaba que..., quiero decir...

La mujer sentía ganas de gritar.

«¡Por el amor de Dios, escúpelo de una vez, estúpido!», pensó.

—¿Me haría el honor de aceptarme como esposo? —dijo al fin el señor Carmichael, de forma tan atropellada que si Zar no se hubiera esperado la declaración, sin duda no la habría oído. Miró por encima de la balaustrada,

observando la ciudad más o menos dormida que se extendía alrededor de ellos, y negó con la cabeza.

—Le agradezco su amable oferta, pero siento decirle que la respuesta es no, señor Carmichael. Lo siento mucho.

—Sé que es algo muy repentino y que no nos conocemos desde hace mucho tiempo. Quizá debería haber esperado un poco más, pero pensé que ya que se encuentra en una situación tan precaria y...

—Señor Carmichael —dijo Zar interrumpiéndole de repente y traspasándole con la mirada—, por favor créame cuando le digo que no hay nada que me haga pensar en el matrimonio en estos momentos. Soy totalmente feliz sin un marido, y si necesito cualquier tipo de ayuda masculina, tengo un hijastro que se ocupa de ofrecérmela. Mi situación es cualquier cosa menos precaria.

El señor Carmichael no tenía por qué saber que William sería el último hombre en la tierra al que acudiría en caso de necesitar ayuda de cualquier tipo.

—Pero...

Zar soltó otro suspiro, casi un bufido. Algunos hombres eran extraordinariamente obtusos.

—Doy por cerrado este asunto, señor Carmichael, y le agradecería mucho que no volviera a hacer la más mínima referencia a ello. En ningún momento —añadió para dejarlo meridianamente claro.

—Ya veo —dijo Carmichael, cuya expresión se tornó enfurruñada, como la de un niño al que se le niega un capricho. Ni que decir tiene que su reacción no sirvió para que Zar cambiase de idea. Carmichael era bastante agraciado y no le cabía la menor duda de que era un hombre lo suficientemente decente, pero no sentía ni la más mínima atracción por él. Por tanto, no concebía la posibilidad de que fuera su esposo. Así que no dejó de mirarle a los ojos, hasta que finalmente captó la situación por completo y volvió grupas.

—Bien, entonces supongo que debo irme —susurró.

Sintiéndose algo apenada por haber herido su orgullo, Zar le habló con cierta amabilidad.

—Pensaba que quería venir aquí para respirar algo de aire fresco —dijo levantándose—. ¿Quiere que al menos demos un paseo por la terraza? La vista del río a la luz de la luna es preciosa.

Él dudó durante un momento, pero inmediatamente le ofreció su brazo, que ella aceptó enseguida, aunque tuvo la precaución de colocar solo un par de dedos en la manga y con un roce de lo más ligero.

—Naturalmente, señora Miller, naturalmente —dijo él, una vez recobrada la compostura.

Zar respiró aliviada, dando gracias a Dios por haber superado el trago. Ahora quizá la dejaran en paz hasta la siguiente tanda de llegadas a la ciudad.

## Capítulo 2

*Madrás, la India*

*Mayo de 1759*

La denominada «Ciudad Negra» de Madrás, una zona situada al norte del fuerte de San Jorge, construido por los ingleses, estaba formada por una pulcra red de calles bien trazadas. Cuando Jamie se adentró en ella, a última hora de la tarde, la brisa fresca procedente del mar hacía más soportable el calor y, en cierto modo, disminuía los hedores habituales de la ciudad. Echó un vistazo a las aguas del golfo de Bengala, situado a cierta distancia a su derecha, que brillaban de manera incitante. Aunque ya soportaba el calor mucho mejor que al principio, tras varios años de estancia en esta zona del mundo, la idea de un baño siempre resultaba tentadora. También el hecho de que vistiera ropas nativas hacía que pasara mucho menos calor que los demás occidentales. Había adoptado el estilo mahometano, con pantalones amplios, camisas de largas mangas y chilabas estrechas y largas, todo ello de algodón blanco y ligero. Se protegía la cabeza con un turbante, y el calzado de estilo indio, parecido a unas simples zapatillas y que se llevaba sin calcetines, también contribuía a evitar el exceso de calor.

Se encaminó a la zona norte de la ciudad, donde los comerciantes y artesanos indios habían edificado casas nuevas. A principios de año, durante los meses de enero y febrero, los franceses habían sitiado Madrás. El fuego de artillería destruyó la mayoría de las casas, sobre todo en la Ciudad Negra, pero la edificación florecía por todas partes una vez que los franceses habían levantado el asedio. Jamie recordó con cierta satisfacción las noticias que había oído últimamente, que indicaban que las tropas inglesas habían pasado a la ofensiva, obteniendo victorias por todas partes.

«Pueden irse con viento fresco, *messieurs*», susurró.

No es que sintiera ningún tipo de animadversión hacia los franceses, pero el infernal bombardeo había interrumpido penosamente su actividad comercial. Le haría muy feliz que fueran expulsados del subcontinente para siempre, o bien que se firmara un tratado de paz estable.

Tras pasar frente a varias casas encaladas, unas en mejor estado que otras, llegó a la que buscaba. Sus paredes no habían sufrido demasiados desperfectos tras los bombardeos, aunque se dio cuenta de que estaban casi recién pintadas. No obstante, a la luz del crepúsculo, el tejado parecía completamente intacto. Jamie frunció el ceño tras detenerse ante la puerta cerrada y escuchó. Lo normal era que estuviera abierta al inicio de la noche, pero del interior del edificio no salía el más mínimo sonido. Parecía vacío y muerto.

Llamó a la puerta con los nudillos, y el ruido sonó como un disparo.

—¡Hola! ¿Hay alguien ahí? ¡Abrid la puerta!

Nada: ni voces, ni pisadas, ni el más mínimo sonido.

Jamie dio un paso atrás sintiéndose bastante confundido, y anduvo hasta la puerta de la casa vecina. Había un viejo sentado en el suelo con las piernas cruzadas. Cuando le preguntó por sus vecinos, movió la cabeza de lado a lado y habló en voz muy baja sin siquiera mirar a Jamie.

—Se han ido.

—¿Qué quiere decir con que se han ido? ¿A dónde? ¿Y por qué? ¿Los han arrestado? ¿O quiere decir que han contraído alguna enfermedad? —preguntó si dar tiempo a su interlocutor para responder.

—No lo sé. Simplemente se han marchado. Absolutamente todos, la familia entera —dijo el viejo, todavía sin mirar a Jamie, lo que le hizo sospechar que allí había gato encerrado.

—Pero tiene que haber algún motivo —dijo casi para sí, pues tenía claro que no iba a averiguarlo hablando con aquel hombre.

Volvió y se sentó a la puerta de la casa de su amigo. Akash era un comerciante de joyas y de gemas que, hacía unos cuatro años, le había admitido como aprendiz, la verdad es que con cierta renuencia inicial. Contempló a Jamie con pocas expectativas cuando llegó sin anunciarse y le rogó que le enseñara todo lo que sabía sobre joyas y piedras preciosas. Él aprendió y se abrió camino.

—Me han dicho que habla usted algo de inglés, y que es el mejor diamantista de la ciudad. Quiero aprender. ¿Haría usted el favor de enseñarme? ¡Se lo ruego! Le aseguro que le merecerá la pena el esfuerzo.

—¿Por qué? —le preguntó Akash.

Esa simple pregunta y la desconfianza con que la pronunció le indicaron lo que aquel hombre pensaba de él: que se trataba un ricachón mimado y aburrido, lo que era cierto, aunque solo en parte. Además, Jamie tenía otras razones para implicarse por completo en el mundo de las piedras preciosas. Necesitaba olvidar todo lo referente a su vida anterior, su antiguo yo, y llenar la mente con nuevas imágenes y conocimientos.

—No podré convertirme en un buen comerciante si no lo aprendo todo sobre la mercancía con la que voy a trabajar —le explicó a Akash con toda franqueza—, y creo que la mejor forma de aprender es empezar desde el principio, viendo cómo se cortan y pulen las piedras. Nunca dejo nada a medias y soy muy serio y trabajador. Quiero convertirme en el mejor comerciante extranjero de joyas de toda la India.

El diamantista pareció leer entre líneas, y Jamie averiguó más tarde que Akash había entendido también las palabras que no se pronunciaron. Vio la desesperación de un hombre que deseaba librarse de todas sus ataduras y que para ello quería enfrascarse en la distracción que siempre conlleva el aprendizaje a fondo de un nuevo conocimiento. Y fue lo suficientemente inteligente como para no mencionar nada de

eso en aquella primera conversación.

Desde aquel día nunca volvió a preguntarle nada acerca de sus verdaderos motivos. Esperó a que el extranjero estuviera preparado para confiarle sus secretos de forma espontánea. Con absoluta generosidad, le enseñó todo lo que sabía acerca de el corte, el tallado, el pulido y la valoración de las piedras preciosas y semipreciosas, hasta que Jamie estuvo preparado para empezar a comerciar. Llevaban trabajando juntos desde hacía un par de años y su relación se había hecho cada vez más estrecha. No era posible que Akash se hubiera evaporado sin dejar ningún mensaje.

¿Dónde demonios podía estar?

Se quedó mirando la puerta cerrada y la empujó con impaciencia. No se movió. Mascullando una maldición, caminó hacia la parte de atrás de la casa, en la que una alta valla cerraba el patio trasero. De las casas de alrededor llegaban agradables aromas y el sonido de voces, mientras sus ocupantes cocinaban y hablaban de temas cotidianos, pero de esta no salía el más mínimo sonido. El taller estaba en silencio y el torno no se movía. No obstante...

Jamie inclinó la cabeza hacia un lado, procurando aguzar el oído. Estaba seguro de que había oído un mínimo sonido de discusión, como si alguien procurara mantener a otra persona sin moverse. Tal vez alguien tuviera prisionero a Akash. Tenía que comprobarlo. Tomó impulso y dio un salto para encaramarse a lo alto de la valla, cosa que logró no sin ciertas dificultades. Consiguió pasar ambas piernas y se dejó caer, ligero como un gato, muy alerta y atento a cualquier ruido o movimiento. La puerta trasera de la zona principal estaba abierta, y le pareció ver un mínimo movimiento, casi una sombra deslizándose.

«Bien, te pillé», pensó para sí.

Se quitó los zapatos y atravesó el patio, mirando a izquierda y derecha para asegurarse de que nadie le seguía o le observaba. De su cinturón sacó una larga daga y la sujetó con mano firme. Entró tan silenciosamente como pudo y se detuvo. Su amigo estaba sentado en el suelo, doblado sobre sí mismo y con la cabeza entre las manos.

—¿Akash? —susurró a modo de pregunta, pues aún no sabía lo que estaba ocurriendo. La habitación estaba muy oscura y Jamie no sabía aún si estaban solos, pero al oír su voz, el hombre se incorporó muy deprisa y parpadeó.

—¡Jamie! —exclamó—. Creía que estabas en Birmania o en Calcuta. ¡Por todos los dioses, como me alegro de verte!

Dado que Akash no habló en susurros, sino casi a voz en grito, Jamie dedujo que no había ningún peligro y volvió a envainar la daga. Pero algo no iba del todo bien. Miró a su alrededor, vio la habitación completamente vacía y arrugó la frente.

—Volví antes de lo que esperaba. ¿Qué pasa?

—Han pasado muchas cosas —dijo Akash levantándose y dándole un rápido abrazo—. Si hubiera podido, hubiera mandado a alguien a avisarte, pero no sabía dónde encontrarte.

—¿Para qué? ¿Dónde está tu familia? Por favor, dime qué está pasando.

Jamie estaba consternado por el aspecto de Akash, ojeroso y agotado. No tenía nada que ver con el hombre que él conocía, siempre tranquilo y con una sonrisa en la cara.

—Se los han llevado —respondió Akash, que parecía luchar por mantener la compostura. Jamie sintió un escalofrío de miedo recorriéndole la espalda.

—¿Que se los han llevado? ¿Qué quieres decir?

Akash tragó saliva y cerró los ojos durante un momento.

—Voy a contártelo todo, pero tienes que prometerme que no dirás ni una palabra, absolutamente a nadie.

—Desde luego. Sabes que puedes confiar en mí —dijo Jamie, que jamás haría nada que pusiera en peligro a su amigo o a su familia.

—Entonces ven; quiero enseñarte algo. —Akash condujo a Jamie a través del patio hacia el taller y cerró la puerta detrás de él.

Mientras estuvo de aprendiz con el diamantista, Jamie vivió como un nativo, sin sentir que se rebajaba al sentarse con las piernas cruzadas en el suelo junto a su amigo. Hablaban en hindi, idioma que había aprendido al mismo tiempo que el oficio. Al contrario que muchas personas de la región, Akash y su familia no hablaban tamil en casa, porque eran originarios del norte. Jamie estaba muy agradecido por ello, pues el hindi le resultó muy útil para sus negocios, aunque también se defendía con el tamil, ya que tenía buen oído para los idiomas.

—¿Qué pasó? —preguntó de nuevo.

Akash manoseó el cinturón durante un momento y después suspiró y comenzó su relato.

—La otra noche fui a visitar a mi hermano Sanjiv, que ya sabes que vive solo a un par de calles. Estuve charlando con él un rato, y al volver ya había oscurecido del todo. Cuando entré en casa un hombre me sujetó por detrás y me tapó la boca con la mano. Susurrando, me ordenó que me estuviera quieto y callado, y que las vidas de mis familiares dependían de ello. Así que asentí, por supuesto. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—¿Quién era ese hombre? ¿Y dónde estaban tu esposa y tus hijos?

Meera, la mujer de Akash, le había tratado mientras estuvo con ellos como a un miembro más de la familia, por lo que él le agradecía mucho su tranquilo y sincero interés. Y por lo que se refería a los dos niños de cabello y ojos oscuros, le resultaba insoportable la sola idea de que alguien pudiera hacerles daño. Había llegado a quererlos como si fuesen suyos. Cada día le recordaban el bebé que había dejado atrás, y con el amor que volcó sobre los hijos de Akash sintió como si compensara en cierto modo el hecho de haber abandonado a la pequeña Margot.

—No sé quién era. Me dijo que mi familia había sido raptada, pero que estaría a salvo si yo hacía lo que se me ordenara. Al verme preocupado y nervioso, me dijo que estaban perfectamente y que serían bien tratados siempre que yo cooperara.

Akash se pasó la mano por la frente y lanzó un hondo suspiro. Jamie esperó a que continuara sin acuciarle.

—El hombre me dijo que debía encontrar a una persona absolutamente de fiar, un correo, que pudiera llevar algo a Surat. Algo muy importante y muy secreto.

—Entiendo —dijo Jamie, que tuvo una intuición—. ¿Se trata de alguna joya valiosa?

Viajar resultaba siempre bastante peligroso, pues las carreteras estaban infestadas de bandidos y malhechores. Un hombre solo debía tener muchísimo cuidado si llevaba algo de mucho valor.

—No es lo que piensas —dijo Akash negando con la cabeza. Con movimientos algo torpes, se acercó a su banco de trabajo, sacó un pequeño fardo y se lo pasó.

—Échale un vistazo a esto.

Jamie desenvolvió el paquete, que estaba un tanto mugriento, e inmediatamente emitió una exclamación ahogada en inglés.

—¡Por todos los diablos!

Colocó con cuidado en su regazo un adorno de turbante típico de los dirigentes indios más ricos y poderosos, los *nawabs*, o de los príncipes locales, los rajás. Se trataba de una piedra preciosa enorme, de color rojo, engarzada en oro encima de un gran zafiro cabujón, perfectamente circular. El conjunto se adornaba con unas plumas de gran finura que daban el toque final y maestro al maravilloso conjunto. El zafiro parecía muy antiguo, a juzgar por su tamaño, y en uno de sus laterales había símbolos grabados. Jamie había visto antes alguna pieza de características similares y sabía que se trataba de un talismán para atraer la buena fortuna a su poseedor. Por supuesto, enormemente costoso, por no decir que su valor era incalculable. Estudió la joya un poco más a fondo y se quedó sin aliento ante su extraordinaria belleza.

—¿No será un...? —empezó a decir al ver que la piedra roja de la parte superior brillaba como el fuego al recibir los últimos rayos de sol del crepúsculo.

—Sí, un diamante rojo —asintió Akash—. Absolutamente excepcional, sobre todo por su tamaño.

—¿Estás seguro? Podría tratarse de un rubí —dijo. Pero la verdad era que nunca había visto que Akash se equivocara al juzgar y valorar este tipo de gemas. Buscó en su bolsillo una pequeña lupa de joyería que siempre llevaba consigo y estudió la piedra, tal como le había enseñado su maestro, colocándola de forma que recibiera directamente los rayos de sol que se filtraban por la ventana del taller. La mayoría de los rubíes tenían pequeñas imperfecciones, y gracias a ellas se podían diferenciar de los diamantes, que eran cristales perfectos. La piedra no tenía la más mínima falta.

Akash se limitó a mirarle a los ojos con cierta acritud, como si dudar de su juicio fuera un insulto, y probablemente lo era. Pero Jamie estaba fascinado.

—¡Maldita sea! ¿Y qué tiene esto que ver con el secuestro de tu familia?

—No puedo saberlo con certeza, pero me da la impresión de que esta joya ha sido robada. De ser así, es demasiado especial y resultaría imposible de vender en esta

zona, pues probablemente alguien la reconocería. Incluso en el caso de que lograra separar las dos piedras para venderlas por separado, el riesgo seguiría siendo muy alto. Lo lógico es que el ladrón o los ladrones quieran hacerla llegar a un tratante de Surat, que a su vez se la haría llegar a algún comprador extranjero muy rico, quizá de Persia. De cuanto más lejos, mejor.

—¿Pero por qué quieren que seas tú quien organice el transporte? —preguntó Jamie, desconcertado por el hecho de que unos ladrones implicaran a una persona como Akash, cuya reputación de artesano y comerciante honesto era intachable.

—El hombre que la trajo me dijo que había oído decir que yo tenía buenos contactos en el mercado de las piedras preciosas y que con toda seguridad era la persona más adecuada para hacer el trabajo. Nadie se extrañará de que le encargue a alguien un envío valioso a Surat, ya lo he hecho otras veces. El hombre no podía hacerlo personalmente, pues tenía que atender a su amo, o al menos eso dijo. Lo que yo creo es que no quiere correr el riesgo de que le pillen con la joya robada. Y, a través de él, las autoridades localizarían al verdadero ladrón. Por tanto, el correo ha de ser un desconocido —dijo con voz ronca por la emoción, al tiempo que sus hombros se hundían—. Si no hago lo que me piden, Meera y los niños serán asesinados.

Jamie contempló de nuevo el talismán. Era muy especial, y si una persona normal fuera detenida con él en su poder sería tachada de ladrona, independientemente de sus conexiones con quien hubiera realizado el robo original. Llevar algo así por toda la India sería una locura.

—¿Pudiste verle la cara? ¿Le reconocerías si le volvieras a ver?

—No, la llevaba tapada. Solo pude verle los ojos.

—Lástima —suspiró Jamie—. No podemos preguntar a nadie para intentar averiguar de quién se trata.

—No, eso ni pensarlo —confirmó Akash muy asustado—. Además, va a volver mañana, y si para entonces no he organizado algún plan satisfactorio, él... —dijo Akash tragando saliva varias veces, y fue incapaz de terminar la frase.

Jamie puso la mano sobre el brazo de su amigo y se lo apretó para demostrarle su apoyo y comprensión.

—No te preocupes. Salvaremos a tu familia como sea. Tiene que haber alguna forma. Quizá podamos engañar a los ladrones y...

—¡No! No puedo arriesgarme a que los maten o les hagan daño. No sé quién es el ladrón, o si son varios. Estoy seguro de que el hombre que habló conmigo es un simple secuaz, pero debo hacer exactamente lo que me dijo. Con toda seguridad me estará vigilando. Aunque solo fuera para asegurarse de que no intento quedarme con la joya yo mismo.

Jamie cerró el puño alrededor del talismán con tanta fuerza que el oro se le clavó en la palma de la mano.

—Pero ¿no entiendes que si haces eso te convertirás en su cómplice? ¿Y si lo que

planean es echarte la culpa en caso de que algo salga mal?

—¿Y qué otra alternativa tengo? —respondió Akash encogiéndose de hombros y con expresión sombría—. Solo puedo esperar fervientemente que no los descubran, y así no me veré implicado.

—Incluso en el caso de que escapen con la joya o la vendan, pueden cargarte a ti con el muerto. No, tiene que haber algo que podamos hacer para equilibrar la balanza al menos un poco y asegurarnos de que eso no ocurra.

Jamie clavó la mirada en el suelo polvoriento y trató de discurrir un plan que permitiera salvar a la familia de Akash y al mismo tiempo su reputación. Tenía que ayudarlo. El hombre no podía ni siquiera imaginarse cuánto le había ayudado a él. Por el mero hecho de aceptarle como aprendiz le había sacado de la profunda depresión que sufría desde que salió de Suecia. Le debía muchísimo.

El cerebro de Jamie fue seleccionando las diversas alternativas.

—Si yo llevo la joya a Surat... —empezó pensando en voz alta, pero Akash le interrumpió de inmediato.

—Tú serías la persona más adecuada, pero no puedo pedirte que hagas eso.

—Por supuesto que puedes. ¿A quién se lo vas a pedir si no? Viajo todo el tiempo y puedo llegar allí fácilmente en barco. Conozco Surat. Pasé unos días allí cuando llegué a la India desde Suecia. Así que podrás decir sin mentir que has cumplido tu parte del trato, y además nadie podrá acusarte de robo.

—No puedo dejar que seas tú el que corra con todos los riesgos, amigo mío. ¿Qué pasaría si te capturaran con el talismán en tu poder? Estarías perdido.

—¿Y no corres tú ese peligro ahora mismo, aparte del que corre tu familia?

Akash abrió la boca para replicar, pero la cerró de inmediato, pues solo había una respuesta posible. Jamie siguió pensando durante un momento.

—Escúchame. ¿Sabes quién es el verdadero dueño de la joya, es decir, a quién se la han robado? ¿Es un rajá?

—Sí, creo que sí. Es una pieza única y la gente del gremio habla. El rajá de Nadur tiene una muy parecida.

—Querrá recuperarla.

—Por supuesto, pero no podemos dársela. Los ladrones se vengarían de quien les estropeará los planes.

—Ya lo sé. Pero no se trata de eso. Seguro que el rajá tiene gente buscando el talismán y esa es otra de las razones por las que no conviene que nos pillen con él. No podríamos demostrar que no somos los verdaderos ladrones. Así que tenemos que ser más listos que todos los demás.

Jamie siguió mirando al suelo muy concentrado, analizando todas las posibilidades que se le ocurrían. Levantó el brazo para impedir que Akash empezara a hablar otra vez hasta que acabara de analizar el problema y llegara a una conclusión. Finalmente asintió.

—Ya sé lo que vamos a hacer. Tu hermano Sanjiv, el que vive a dos calles de

aquí, es orfebre, ¿verdad?

—Sí, ¿pero qué tiene que ver él con todo esto?

—Necesitaremos sus servicios. Secretamente, por supuesto. Vamos a hacer una copia del talismán para despistar a la gente que lo esté buscando.

—¿Una qué? ¿Has perdido la cabeza? —dijo Akash mirándole con ojos desorbitados—. ¿Y dónde vamos a conseguir un diamante de ese color y tamaño?

—En ninguna parte, claro —respondió Jamie sonriendo—. Pero resulta que tengo un rubí rojo de un tamaño muy similar, o al menos así será una vez que lo tallemos. Acabo de comprarlo en Birmania. Puliéndolo como es debido podemos hacer una joya muy parecida. Solo un experto notaría la diferencia. ¿No tienes un zafiro que podamos utilizar?

—Bueno, le verdad es que sí, pero... —contestó Akash dubitativo.

—Entonces ya solo necesitamos la ayuda de tu hermano para fabricar el engarce de oro, y algunas plumas.

—No termino de entender lo que pretendes conseguir con este plan tan absurdo —se quejó Akash—. ¿Por qué ibas a querer transportar dos joyas?

—No lo haría. El talismán de verdad lo llevaría a Surat otra persona. ¿Por qué no tu hermano? Mientras tanto, yo serviría de cebo llevando la copia y atrayendo la atención de los que quieran seguirme. De esa forma, si las autoridades o el dueño me interceptan, o alguien me roba la joya, eso no significará ningún desastre, ya que la verdadera se entregará, tal como te comprometiste. Y si los ladrones están intentando cargarnos con la culpa, no me podrán acusar de robo, pues seré capaz de demostrar que la joya que llevo no es la auténtica.

—No entiendo nada —dijo Akash sacudiendo la cabeza.

—Bueno, lo que pretendemos es que todo el mundo acabe igual, confundido —dijo Jamie dando un golpecito en el hombro de su amigo—. Escucha, no te preocupes de eso por ahora. Vamos a empezar con el plan. Tenemos que trabajar deprisa, antes de que nadie se dé cuenta de lo que estamos haciendo. ¿Podemos pedirle al hijo de tu vecino que le lleve un recado a tu hermano? Es preciso que venga aquí ahora mismo.

Trabajaron durante toda la noche y el día siguiente, y a primera hora de la tarde ya lo tenían todo preparado.

—La copia sería capaz de dar el pego a ojos de la mayoría de la gente, ¿no os parece? —dijo Jamie muy satisfecho—. De todas formas hay diferencias, sutiles pero perceptibles a primera vista que, si fuera necesario, me permitirían demostrar que es falsa.

Akash y su hermano Sanjiv asintieron. Los tres estaban en el taller, y Sanjiv acababa de dar los últimos toques al engarce de oro y a las plumas.

—La mayor diferencia radica en el diamante, por supuesto —musitó Akash—. Hemos conseguido replicar perfectamente la inscripción del zafiro, con la excepción

del símbolo que nos dijiste que no hiciéramos.

—Sí, pero ¿cuánta gente puede distinguir a primera vista un diamante rojo de un buen rubí? Además, no vamos a dejar que nadie se acerque lo suficiente como para comprobarlo. Y, aparte de nosotros, nadie sabe que hay dos talismanes, por lo que nadie debería tener motivos de sospecha, ¿no os parece?

Sanjiv estiró el brazo para recoger el talismán auténtico.

—No te preocupes, hermano. Se lo entregaré a Jamie en Surat. Puedo cuidar de mí mismo y estaré muy atento.

Habían decidido que Sanjiv partiría uno o dos días después de Jamie, una vez que Meera y los niños hubieran vuelto sanos y salvos. Viajaría por tierra, disfrazado de encantador de serpientes.

—Siempre me han atraído mucho las serpientes —había dicho sonriendo—, y no creo que a nadie se le ocurra meter la mano en la cesta para robar objetos valiosos. Será un escondite perfecto.

Por su parte, Jamie viajaría por mar, a bordo de un velero inglés que se dirigía a Surat recorriendo toda la costa india.

—Excelente. Akash, tienes que asegurarte de que nadie sigue a Sanjiv. Y ahora, por favor, volved a explicarme la forma de encontrar el contacto en Surat para entregar esto.

Akash se dispuso a ello tras suspirar profundamente. Las instrucciones eran bastante complicadas.

—No me van a dar ningún nombre. El secuestrador me dijo que tenías que dirigirte a los comerciantes de piedras preciosas y hacerles una pregunta específica. Debes empezar por decir que el tiempo ha sido bastante impredecible últimamente, y después esta frase, la que te voy a decir, palabra por palabra: «Me pregunto si los monzones de este año traerán niebla». Y el hombre que te está esperando dirá: «Oh, seguro que sí, y la niebla lo oculta todo». ¿Lo has memorizado?

—Si, como te dijeron, palabra por palabra —respondió Jamie asintiendo, y se volvió hacia Sanjiv—. Nos vemos en Surat. Voy a alquilar una casa cerca de la Factoría inglesa. Puedes preguntar por mí allí. Búscame por la noche, y nos encontraremos. Debemos ser muy precavidos. Quizá quieran engañarnos de alguna forma. Puede que quieran que hagamos de cabezas de turco para que los hombres del rajá sigan una pista falsa. Así que ten los ojos bien abiertos y las orejas atentas.

—Por supuesto que lo haré —dijo Sanjiv asintiendo con una expresión decidida en el rostro, lo que tranquilizó bastante a Jamie. En realidad no había pretendido implicar a nadie más en el asunto, pero no se le ocurrió otra manera de llevar a cabo su plan.

—Procuraré retrasar la entrega del talismán hasta que me informes de que Meera y los niños han regresado sanos y salvos, Sanjiv.

—Sí, claro. Además, el talismán de verdad te lo daré yo.

—Ahora solo tenemos que esperar a que llegue el mensajero de los ladrones para

decirle que yo voy a ser el correo —dijo Jamie.

—¿Y si por casualidad ha estado vigilando la casa y pregunta por qué ha estado aquí mi hermano Sanjiv? —preguntó Akash, casi como si hablara consigo mismo.

—Di simplemente que has hablado con él para pedirle consejo —respondió Jamie encogiéndose de hombros—, pero que os convencí a ambos de que yo debía ser el correo.

—La verdad es que no debería dejar que ninguno de los dos se pusiera en peligro por mi causa —dijo Akash mordiéndose el labio por la preocupación—. Soy yo quien tendría que ir.

—No puedes, Akash —respondió Jamie, poniendo una mano sobre su hombro—. Tienes una familia que depende por completo de ti. Ni Sanjiv ni yo tenemos mujer e hijos. Además, todo va a salir bien.

—Si tú lo dices...

Jamie asintió, pero no estaba ni tan seguro ni tan tranquilo como aparentaba. En todo caso, no había otra alternativa. El plan tenía que funcionar.

## Capítulo 3

*Nadur, India Central*

*Mayo de 1759*

El rajá de Nadur paseaba por su opulento palacio haciendo flotar su capa bordada en oro a cada paso y formando un arco brillante cada vez que se daba la vuelta. No prestaba la más mínima atención a toda la belleza que le rodeaba. Paredes y techos exquisitamente decorados, columnas esmeradamente talladas, un suelo de mármol pulido y brillante... pero ni siquiera se fijaba en tanta maravilla. Lo lógico es que fuera un hombre absolutamente feliz, pues hacía poco que había concertado su matrimonio con Indira, la única hija de un rico *nawab* que gobernaba en una provincia del noroeste. La muchacha era tan adorable que sus rivales tenían que estar muertos de envidia, aunque no le había aportado más que una pequeña fortuna como dote, aparte del territorio que, con el tiempo, pasaría a gobernar. No obstante, hoy no estaba muy contento y no tenía tiempo para andarse con los cumplidos habituales.

—¡El talismán sagrado ha desaparecido, Bijal! —exclamó.

El gran visir reprimió una sonrisa. No podía permitirse mostrar alegría ante la desgracia de su señor. En todo caso, todavía no. Había sido llamado a su presencia con una urgencia tal que le obligó prácticamente a correr por los pasillos, y a sus cuarenta años ya no estaba tan en forma como antes, por lo que llegó resoplando y casi agotado. Se quedó mirando a su señor, fingiendo consternación mientras procuraba recuperar el resuello.

—¿De verdad, su alteza? ¿Está seguro?

—¡Por supuesto que lo estoy! —exclamó el rajá—. Lo he buscado por todas partes, pero es que además me acordaba perfectamente de dónde lo había puesto la última vez que lo utilicé. No está, te lo aseguro.

Bijal adoptó la expresión más preocupada de la que fue capaz, y al mismo tiempo trató de mostrarse comprensivo.

—Es un tremendo infortunio.

El rajá empezó a pasear otra vez.

—No entiendo cómo puede haber desaparecido —se quejó, e inmediatamente se detuvo para dedicar un gesto airado al gran visir—. Nadie parece haber visto al ladrón entrar en mis habitaciones, y hay guardias en la entrada de día y de noche. ¿Cómo ha podido ocurrir? ¿Cómo? ¡Respóndeme!

Bijal se encogió de hombros y adoptó ahora una actitud un tanto defensiva.

—Por supuesto que voy a interrogar a todo el mundo, alteza. Pronto sabremos algo. ¿No es posible que uno de sus sirvientes se lo haya llevado para limpiarlo?

—Nadie lo toca sin mi permiso, ya lo sabes —le contestó, prácticamente a voz en grito.

—¿Le ha preguntado a su medio hermano, alteza?

—¿A Dev? ¿Y por qué habría de hacerlo?

—Él es, eh..., bastante aficionado a gastar bromas, ¿verdad? O puede que haya decidido tomarlo prestado. Solo hay tres personas que pueden entrar con total libertad en sus aposentos privados. Una soy yo mismo, otra su medio hermano y la tercera es Ravi, su sirviente de más confianza. Espero que no sospeche de ninguno de nosotros... —terminó el visir dejando en el aire la última afirmación con los ojos muy abiertos y expectantes.

El rajá negó con la cabeza.

—Por supuesto que no, pero... ¿Dev?

En su frente se formó una profunda arruga. Ambos hermanastros nunca se habían tenido mucha confianza y últimamente les separaba un verdadero abismo. De vez en cuando Bijal había avivado las llamas de la discordia, pero la mayor parte de las veces no hacía ninguna falta. Dev, que era más joven, sentía celos de la posición de poder de su hermano y, cómo no, de sus posesiones. Desde el anuncio de la boda, las cosas habían ido de mal en peor. Dev sabía que las posibilidades de heredar el título y los dominios de su hermano desaparecerían por completo una vez que la adorable Indira empezara a tener descendencia.

—Ayer mismo llegó a mis oídos que últimamente ha estado gastando dinero a manos llenas —musitó Bijal utilizando un tono de cierto reproche y meneando la cabeza—. Los jóvenes viven al día, ¿no es así? Pero lo que yo me pregunto es de dónde proceden sus fondos.

Dev recibía una asignación bastante espléndida, pero a menudo gastaba de más. Era solo una de las razones de la fricción entre ambos hermanos, que ayudó a avivar la sospecha del rajá.

—¿No estarás sugiriendo...?

Bijal alzó ambas manos.

—No sugiero absolutamente nada, alteza, lo único que hago es exponer los hechos. ¿No podría ser que el joven Dev haya decidido tomar prestado el talismán de forma temporal hasta que vuelva a disponer de dinero para gastar? Quizá podría haberlo utilizado como garantía.

—Eso sería intolerable. Nunca se atrevería —siseó el rajá.

—No, claro, su alteza tiene razón. Sería un atrevimiento excesivo hasta para un hermano tan querido. —Por supuesto, Dev no era tal cosa. Bijal contuvo otra sonrisa—. Por lo tanto, el talismán ha sido robado y, siendo así, me atrevo a asegurar que ya debe de estar muy lejos. Cualquier ladrón intentaría venderlo lo más deprisa posible, para no ser capturado con una joya tan conocida y tan valiosa.

El rajá empezó a caminar de nuevo a grandes zancadas y se volvió furioso al llegar a la pared del fondo.

—Así que lo que estás diciendo es que, aún en el caso de que capturemos al ladrón, nos resultará imposible recuperar la joya. ¿Es eso? Porque si es así, no sería suficiente. ¿Cómo voy a casarme sin ella? El talismán lleva consigo la fortuna para mi familia y para mi pueblo. Celebrar la ceremonia nupcial sin contar con él es algo sencillamente in-con-ce-bi-ble —dijo haciendo hincapié en cada una de las sílabas de la última palabra—. Forma parte del ritual, ya lo sabes.

Bijal se inclinó y bajó la mirada para ocultar el brillo de triunfo de sus ojos. Lo sabía perfectamente.

—Haré todo lo que pueda para averiguar qué ha ocurrido. Déjemelo a mí.

Hizo otra reverencia antes de abandonar la habitación y dejar al rajá bramando detrás de él.

—¡No basta con que hagas lo que puedas! No me casaré con nadie si no puedo llevar en la ceremonia el talismán de Nadur. Todos se reirían de mí. ¡Es el mejor símbolo de mi poder, un amuleto de buena suerte, y su magia nos trae la riqueza y la felicidad!

Así era, por supuesto. Y, como Bijal sabía perfectamente, celebrar una boda real sin él sería un absoluto desastre y traería la desgracia al rajá.

Y ese era precisamente su más íntimo deseo.

## Capítulo 4

*Surat, la India*  
*Junio de 1759*

El viaje se desarrolló sin incidentes, y Jamie había observado muy complacido que le estaban siguiendo. Un marinero indio se unió a la tripulación en el último momento y, aunque Jamie había fingido no darse cuenta, estuvo vigilando al individuo durante toda la travesía. El marinero trabajó duro, pero se las apañó para estar tanto tiempo como pudo cerca de Jamie. Por supuesto que él hizo como si no notara nada, haciéndose pasar por un tipo de persona que no tenía en cuenta la presencia de los marineros, como si formaran parte de los aparejos del velero. Esperaba haber engañado al espía.

Ahora Jamie podía reconocerlo sin la menor duda. El hombre tenía una enorme nariz, que se curvaba como un sable *tulwar*, y pensaba que lo podría reconocer en cualquier sitio, por mucho que se disfrazara.

Akash y él se habían despedido efusivamente antes de zarpar, para asegurarse de que cualquiera que estuviera interesado en ellos los pudiera ver y seguir. Por su parte, Sanjiv se iría unos días después, y nadie notaría su partida.

—No te preocupes, vigilaré a una distancia prudente —le había prometido Akash—. Si hay alguien que sale tras él, me las arreglaré para hacérselo saber. Pero pienso que todos los ojos estarán pendientes de ti.

—Recemos por ello. Si no...

Akash asintió. Los dos sabían lo que estaba en juego y lo que debía hacerse. Por el bien de Meera y de los niños, Akash no dudaría en matar a cualquiera que intentase interponerse en sus planes. Ojalá no le hiciera falta adoptar unas medidas tan drásticas.

—El mensajero te dijo que te devolverían a tu familia tan pronto como yo saliera de viaje, ¿no?

—Sí, así que se lo diré a Sanjiv para que te lo haga saber cuando os encontréis.

—Muy bien, porque ya sabes que no le daré a nadie el talismán hasta que esté completamente seguro de ello —repitió Jamie, tanto para Akash como para sí mismo.

La ciudad de Surat estaba situada al noroeste de la India, en la provincia de Guyarat, en una costa algo escarpada y llena de acantilados. La ciudad no estaba exactamente en la costa, sino en la orilla del río Tapi y a unos diez kilómetros del mar. La desembocadura del río estaba en el golfo de Cambay, en el que los fondos arenosos dificultaban la navegación. El río no era una alternativa mucho mejor, pues en muchas zonas había grandes bancos de arena, y en un punto concreto solo se podía

navegar por un canal muy estrecho y peligroso.

Los buques más grandes y de mayor calado anclaban en la desembocadura del Tapi. De ahí los pasajeros eran trasladados a la ciudad en barcazas. Jamie así lo había hecho la primera vez que llegó a la India, a bordo de un barco comercial sueco. Reconoció los puntos de la travesía que un compatriota le mostró a su llegada. Después de un pequeño tramo de vegetación, en la que abundaban más los arbustos que los árboles grandes, se llegaba a un pueblo.

—Esto es Domus —le explicó el viajero—, que está en la orilla sur. —Y un poco más adelante continuó con las explicaciones—. Este es el embarcadero mogol, y un poco más allá hay otro pueblo que se llama Omrah.

Los exóticos aromas del campo indio le llegaron aquella primera vez transportados por la brisa, y Jamie recordó que había cerrado los ojos por un momento para sentirlos con toda su intensidad. Ahora estaba tan acostumbrado a ellos que ya no tenía en cuenta esas cosas. Y Suecia, con sus aromas a pino y resina y la frescura del aire, le parecía como un recuerdo de otra vida. El calor y las especias de la India formaban parte de su mundo actual.

Pasaron por otro pueblo llamado Athwa, en el que había algunos muelles que pertenecían a los comerciantes más ricos, y finalmente al embarcadero de la *Compagnie des Indes*, la empresa francesa, inmediatamente antes de llegar a la zona sur de la muralla de la ciudad.

Surat estaba en un meandro del río, ocupando una planicie y protegida por un doble semicírculo de murallas. El más interior rodeaba el centro de la ciudad y el castillo, y el externo se había construido más tarde, para proteger el extrarradio. Jamie recordó que la muralla interior era conocida con la denominación de *sheherpanah*, que significa «la seguridad de la ciudad», mientras que a la interior la llamaban *alampanah*, es decir, «la seguridad del mundo», cosa que le pareció ciertamente pintoresca. Las dos eran de ladrillo, y su altura superaba los tres metros. Además, tenían numerosos puntos de acceso y bastantes fortificaciones suplementarias.

La barcaza pasó cerca del castillo y de su foso, que se encontraba en el punto más meridional de la muralla interior. A poca distancia estaba la *furza*, es decir, el edificio de la aduana. Al desembarcar, Jamie divisó la Casa Imperial de la Moneda, justo al otro lado de la calle donde estaba la *furza*, y a la izquierda el *dariah mahal*, el edificio en el que residía la máxima autoridad del puerto. Supo que el castillo de color verde que había enfrente se llamaba el *maidan* que, como siempre, estaba atestado de tiendas, de gente, de animales y de mercancías de todo tipo. Muchas carretas arrastradas por bueyes intentaban abrirse camino entre los vendedores y sus clientes. La escena era un caos absoluto y le ponía de los nervios: charlas a voz en grito, risas, música, mugidos, etc. Se mezclaban los olores, a humanidad, a especias y a ganado, lo que le hacía sentirse casi mareado. Además, el polvo y el tremendo calor húmedo lo envolvían de forma sofocante. Incluso la brisa, cuando llegaba a soplar, era cálida,

y parecía proceder de un horno encendido.

A Jamie le apetecía mucho volver a recorrer la ciudad, pero primero tenía que pasar la aduana, como todo el mundo. Su baúl fue registrado y todo quedó patas arriba, lo que le molestó sobremanera, aunque se controló para evitar problemas. Cuando los funcionarios de aduanas lo registraron a él, procedieron a vaciarle los bolsillos y a cachearle. No dijo nada, pues sabía que el registro sería infructuoso. Había preparado varios escondites seguros. Se pagaban tasas aduaneras por cualquier tipo de mercancía que se importara o exportara, generalmente entre el dos y medio y el cinco y medio por ciento del valor declarado del producto. Jamie no tenía la menor intención de abonar tales tasas, a no ser que se viera obligado a hacerlo sin remedio.

—¿Tiene usted algo que declarar? ¿Alguna mercancía comercial? —preguntó el funcionario de aduanas.

—No, solo estoy haciendo turismo para contemplar las maravillas de su país —dijo Jamie negando con la cabeza y sonriendo.

Pero todo lo que salió de su boca era completamente falso, sobre todo en este viaje en concreto.

Una vez superado por fin el trámite aduanero, Jamie contrató los servicios de un par de *majurs*, es decir, mozos de carga, para que le ayudaran a transportar sus pertenencias. Como de costumbre, había montones de ellos alrededor del *maidan*, a la espera de encontrar este tipo de tarea. Jamie viajaba bastante ligero de equipaje, pero de todas maneras llevaba un par de baúles llenos de ropa y de todo tipo de cachivaches. Pronto se dio cuenta de que llevar en el equipaje una extravagante colección de artículos chinos e indios, entre los que se contaban figuritas, dagas, prendas de seda, adornos de marfil y de metal y otros artilugios similares, atraía la atención de los funcionarios, y de ese modo no revisaban los baúles propiamente dichos. De haberlo hecho, habrían encontrado varios compartimentos secretos llenos de joyas de muy diversos tipos. Algunas de las figuras también escondían piedras preciosas, igual que las vainas de las dagas. Jamie repartía los escondites, y hasta había uno en un par de zapatos de confección europea, cuyos tacones estaban huecos. Lo primero que hizo cuando empezó a comerciar con joyas fue discurrir este tipo de tretas para evitar el control aduanero. Ahora se sentía contento y muy aliviado por haberse convertido en un especialista, y de hecho la copia el talismán estaba escondido en uno de los zapatos.

—No voy a correr ningún riesgo —le había dicho a Akash. De hecho, hasta ahora ningún funcionario de aduanas había encontrado joya alguna en sus escondites secretos.

Se dirigió hacia la izquierda, echando un vistazo al *darbar*, la residencia del gobernador, que estaba detrás de otro edificio. Recordaba de su primera visita que la mayoría de la población se apiñaba tras la muralla interior; de hecho, esa zona de Surat estaba tan atestada de casas que apenas había espacios libres, con excepción de las plazas. Caminaba hacia Saudagarpura, que era la zona en la que tenían sus

mansiones los más ricos de la ciudad, algunas de ellas junto al río. Allí se encontraba también la Factoría inglesa, la primera puerta a la que iba a llamar Jamie.

El edificio de la Factoría pertenecía a uno de los comerciantes más ricos de la ciudad, que se la tenía alquilada a los ingleses, por lo que el estilo era igual al de los edificios de alrededor. Había un amplio patio, rebosante de gente, al que se llegaba a través de un arco. Varios edificios rodeaban el patio, entre ellos una capilla sin ninguna estatua o pintura, pues nadie quería ofender a los mahometanos, o moros, según la denominación que les daban los extranjeros occidentales. Para los mahometanos, cualquier figura que intentara representar la divinidad era idolatría. Jamie sabía por experiencia que el lugar ofrecía buenas condiciones de alojamiento. Aunque no deseaba pasar mucho tiempo allí, era un buen punto de partida. Tuvo la suerte de encontrar una cara conocida en el patio.

—¡Andrew! —gritó para hacerse oír—. Andrew Garwood, por Dios bendito, ¿todavía estás aquí?

El hombre al que se dirigía se detuvo al escuchar su nombre y se volvió. Primero reaccionó con asombro, que rápidamente dio paso a una expresión de alegría y bienvenida.

—¡Kinross! ¡Cómo es posible que no haya recocado esa voz inconfundible! ¿Cómo estás? ¿Qué te trae por aquí?

Los dos hombres se estrecharon las manos efusivamente. Se habían conocido cuatro años antes, cuando el barco sueco en el que viajaba Jamie atracó en Surat durante un tiempo. Andrew era un individuo cordial, con el que resultaba fácil trabar amistad, y los dos conectaron rápidamente.

—Bueno, varios asuntos. Desde hace unos años me dedico al comercio de piedras preciosas. He venido aquí para un tema de negocios, pero no me quedará demasiado tiempo. Un par de semanas, o quizá un poco más. Busco una casa de alquiler. ¿Crees que podré quedarme aquí mientras la encuentro?

—Pues claro que sí, yo me encargaré de organizarlo, pero me parece que vas a tener suerte. Resulta que conozco una casa que se ha quedado libre hace muy poco y que seguro que te iría de perlas. Pero bueno, lo primero es lo primero, te tienes que acomodar. ¿Es este todo tu equipaje?

—Sí —respondió Jamie, e hizo una seña a los *majurs* para que lo siguieran.

—Muy bien, muy bien —dijo Andrew encabezando la marcha—. Ah, y además has llegado justo a tiempo para asistir a una *soirée*. El Director del Puerto ofrece una de sus pequeñas recepciones esta noche. Será divertido.

Jamie se lamentó para sí. No había planeado ningún tipo de vida social, por lo menos no con los ingleses, pero no había más remedio que adaptarse y soportarlo.

—Excelente, me apetece mucho —respondió mintiendo descaradamente. Reprimió un suspiro y siguió a Andrew al interior del edificio.

## Capítulo 5

—Entonces, doy por hecho que todavía no conoces a la «Viuda de Hielo», ¿verdad?

—¿La qué? —preguntó Jamie levantando las cejas y mirando a Andrew.

—Ya me has oído, y puedo asegurarte que el apodo le va como anillo al dedo. Sus miradas son capaces de congelar la sangre de cualquier hombre... —dijo Andrew, y después tosió para aclararse la garganta—. Según parece, no tiene excesivo interés por los hombres, o al menos eso creo. No busca marido, sea lo que sea lo que ofrezca el candidato. Ven conmigo, voy a presentarte —añadió Andrew con expresión juguetona y expectante; antes de llegar volvió a hablar, pero *soto voce*, solo para los oídos de Jamie—. Será un regalo de bienvenida.

—¿Por qué lo dices?

Pero Andrew o bien no escuchó la pregunta de Jamie, o bien prefirió ignorarla.

Formaban parte de un grupo de personas que se reunían en lo que habitualmente era la sala que se utilizaba como comedor en la Factoría inglesa. Las largas mesas que normalmente se encontraban allí se habían recogido para permitir que los asistentes pudieran reunirse y formar grupos para charlar, cotillear y reírse. Había sirvientes que iban de acá para allá ofreciendo bebidas. Aunque los ventiladores hacían circular el aire, la atmósfera de la sala era agobiante, y Jamie se estaba arrepintiéndose de haber accedido a acudir. No tenía ganas de hacer vida social en este complicado viaje, y había accedido por pura cortesía y deferencia para con Andrew.

Según caminaban por la sala, Jamie se fijó en una dama que vestía ropa de estilo inglés, pero ligeramente distinta de la del resto de las señoras de la reunión. Su traje era de seda brillante de color turquesa, con enaguas también de seda, pero de un color más suave y que formaban una V invertida debajo del borde del corpiño. Siguiendo la moda, las mangas del vestido terminaba justo por encima del codo, formando un volante. Los encajes de la blusa asomaban bajo las mangas, y también por el amplio escote, lo que hacía resaltar sus curvas. ¡Y qué curvas! Los ojos de Jamie se abrieron un poco más de lo normal al verla, y del todo cuando alcanzó a verle la cara. Su exótica hermosura cortaba la respiración.

Por desgracia, la expresión de su cara rompía el encanto por completo. Su mirada era altiva, casi altanera, con la barbilla ligeramente levantada como si quisiera mirar desde un pedestal al resto de los mortales, de una categoría claramente inferior a la suya. Recorría la sala con la vista como si fuera, como mínimo, una *rani*, es decir, una reina india. Así que esta debía de ser la «Viuda de Hielo». El corazón de Jamie se encogió. Tenía todo el aspecto de ser una de esas mujeres de belleza arrebatadora pero consentidas y soberbias, igual que aquella con la que había estado casado. No tenía ningunas ganas de conocerla, y tuvo que reprimir una primera intención de

darse la vuelta y salir corriendo fuera del salón.

De todas maneras, era impresionante, había que reconocerlo.

Incluso a cierta distancia pudo ver que sus ojos eran muy luminosos y sorprendentemente claros, lo que contrastaba con sus pestañas largas y absolutamente negras. Se volvió y lo miró directamente a los ojos mientras se acercaba, acompañado de Andrew. Jamie no pudo desviar la mirada de los ojos de aquella mujer, de color verde esmeralda en el centro y que se transformaban en un brillante azul aguamarina en el exterior del iris. En su vida había visto nada parecido. El contraste con el color de su pelo era sorprendente, de un marrón muy oscuro, casi negro, y peinado con una simple trenza que descansaba sobre uno de sus hombros, continuaba ondulándose sobre el turgente pecho y terminaba cayendo hasta más abajo de la cintura. Su piel era perfecta, ligeramente más oscura que la del resto de las damas de la reunión, por lo que Jamie dedujo que debía de ser mestiza, en parte asiática y en parte europea.

Interesante.

Cuando Andrew se detuvo frente a ella y dijo su nombre, «señora Miller», Jamie habría jurado que ella dudó y que frunció la boca durante una fracción de segundo. Parecía claro que no tenía muchas ganas de hablar con ninguno de ellos, y que solo contestaba por educación, haciendo gala de sus buenos modales.

Altiva, malcriada y grosera a la hora de discutir o negociar. Apretó los dientes con fuerza. Jesús, cómo odiaba a las mujeres de ese tipo. ¿Qué era lo que hacía que se sintieran tan superiores, y que creyeran que podían dirigir como a un caballo a cualquier hombre con el que se encontraban? Eran insufribles.

—Señor Garwood —dijo ella de forma cortés aunque con voz fría, extendiendo la mano hacia Andrew. Él se inclinó de forma un tanto teatral y pasada de moda, pero a Jamie le pareció que solo era una forma de ocultar el deseo que le embargaba. Pobre Andrew. Jamie reprimió la sonrisa que le apetecía esbozar tras la idea que se le había ocurrido. Quizá la mejor manera de exasperarla sería fingir que la cortejaba. Y, por alguna razón, deseó devolverle de alguna forma que realmente le molestara el obvio desdén que estaba mostrando.

—¿Me permite que le presente al señor Kinross? Acaba de llegar a la ciudad.

Jamie vio que Andrew observaba la reacción de ella ante el recién llegado, como si esperase que actuara de una manera determinada. Hubo un conato de reacción inicial —¿interés, sorpresa?— cuando se fijó en la figura de Jamie, pero nada que se pareciera a la respuesta que su sola presencia solía provocar en las mujeres. Jamie sabía que se le consideraba atractivo y que solía provocar cierto revuelo, cosa que había aprendido a ignorar. En esta ocasión ese efecto no se produjo, lo que, sin saber por qué, le molestó. ¿O es que ella era tan hábil como él a la hora de ocultar sus emociones? Y es que Jamie sintió una especie de corriente eléctrica entre ellos, y no podía negar que la mujer le atraía físicamente. ¿A qué hombre con sangre en las venas no le pasaría lo mismo?

Ella extendió la mano de nuevo y asintió levemente tras la presentación.

—Señor Kinross —murmuró con una voz tenue y seductora, aunque Jamie dudaba de que hubiera hablado así a propósito. Su expresión dejaba muy claro que no tenía intención de seducir a nadie. Una pena, pero a lo mejor se las arreglaba para que cambiaran las cosas. Sería divertido intentarlo. Se inclinó para tomar su mano y restregó sus dedos con la incipiente barba que no se había podido afeitar; además utilizó levemente los labios. La mano retrocedió a toda velocidad y Jamie escuchó un ligerísimo suspiro, pero no le dio la oportunidad de protestar.

—Hace muchísimo calor en esta sala, ¿no le parece? —comentó con una media sonrisa—. ¿Le importaría dar un paseo conmigo por el jardín de la terraza, señora Miller?

Como Jamie había estado allí antes, recordaba aquella terraza en la que Andrew y él habían pasado bastante tiempo charlando durante su primera visita. Era el lugar perfecto para cortejar a una mujer. O para fingirlo.

Ella miró a su alrededor, sin duda buscando una excusa para negarse educadamente, pero rápidamente levantó los hombros como si se estuviera preparando para una pelea. Asintió de mala gana y Jamie notó una mezcla de irritación y resignación en su mirada cuando colocó la cuarta parte de tres de sus dedos sobre su brazo.

—De acuerdo. Supongo que resultará muy... agradable.

Andrew sonrió y le guiñó un ojo a Jamie. Estaba claro que pensaba que Jamie había aceptado su reto no expresado y que había decidido ablandar la dureza y la frialdad habituales de la viuda.

—Disfruten de las vistas —dijo cuando empezaron a andar hacia la puerta que daba a las escaleras.

—Por supuesto que lo haremos —murmuró Jamie mirando directamente a la señora Miller, y tuvo la satisfacción de contemplar cómo le lanzaba una mirada de desaprobación—. Las noches de luna son maravillosas, ¿no le parece? —añadió sonriendo. Ella no contestó.

Fuera, disfrutando del balsámico aire nocturno, había otras personas paseando, pero Jamie se dirigió deliberadamente hacia un rincón desierto. No iba a intentar seducir a la mujer, pero quería comprobar su reacción al pasar un rato sola con él, dada su fama de aversión hacia los hombres. Había fanales alrededor de la balaustrada, por lo que la zona a la que la llevó no estaba completamente a oscuras. No obstante, sí que era un tanto íntima para dos personas que se acababan de conocer. Jamie se preguntó si estaba haciendo lo correcto al molestarla de esa manera, pero se acordó de su expresión inicial, como si le estuviera haciendo un favor por el mero hecho de dirigirle la palabra. Jamie se reafirmó en su intención de jugar el mismo juego con ella.

—¿Le gustaría...? —empezó, señalando con la mano un banco, pero ella lo interrumpió.

—No, prefiero estar de pie —susurró, volviéndose a contemplar el río, que

brillaba a la luz de la luna.

—Muy bien —dijo Jamie, acercándose a ella para mirar el paisaje a su lado. Inmediatamente se hizo a un lado para establecer un espacio entre ambos, aunque la anchura de las faldas era más que suficiente como para mantenerlos bien alejados. Él se quedó donde estaba. Por el momento.

—Mi amigo me ha dicho que es usted viuda, señora Miller —dijo Jamie para iniciar la conversación.

—Sí, mi marido murió el año pasado —respondió, mostrando un muy escaso entusiasmo por ese curso de conversación.

Jamie presumió que ella prefería no hablar de eso, quizá porque la entristecía. Se inclinó levemente y siguió hablando.

—Siento su pérdida. Debe de afectarle intensamente el tener que vivir sola.

—Gracias, pero la verdad es que lo prefiero.

—¿Le gusta la soledad? —dijo Jamie, a quien no le importó mostrarse sorprendido. No era algo muy común entre las mujeres, al menos que él supiera.

—Sí.

Parecía que no iba a haber ninguna explicación sobre el asunto, así que realizó un comentario.

—Es algo... poco habitual —dijo, y volvió a señalar el banco—. ¿Está segura de que no desea sentarse? Ya sabe que podría seguir disfrutando de la vista.

Le lanzó una mirada que él no fue capaz de interpretar y después se encogió de hombros.

—La verdad es que no vamos a estar mucho rato aquí de pie, pero, de todas maneras... —dijo, y se sentó desparramando el vestido de tal forma que Jamie alzó las cejas sorprendido.

—Excúseme, pero a no ser que desee que me siente encima de su vestido, ¿sería tan amable de recogerlo un poquito? Salvo que esté indicándome que en realidad prefiere que me quede de pie...

Jamie vio cómo sus mejillas se teñían levemente, y enseguida retiró algo las faldas para hacerle sitio en el banco.

—Entonces explíqueme, por favor, por qué no vamos a estar aquí mucho rato. ¿Tan pronto se ha cansado de mi compañía? —dijo en tono de broma.

—No. Es decir... solo hemos venido aquí para respirar un poco de aire fresco.

—Bueno, yo no sé que piensa usted, pero yo personalmente no tengo ninguna prisa por volver a internarme entre la multitud que se apiña en el salón —indicó Jamie. Ella no hizo ningún comentario al respecto, por lo que pensó que no estaba de acuerdo con él. Le fastidiaría bajar tan pronto, por lo que intentaría robarle un poco más de tiempo. Así que continuó con la charla anterior.

—Dígame, ¿no se le hace difícil estar sola aquí en Surat?

—No. Ya le he dicho que lo prefiero.

—¿Y no le gustaría vivir en Inglaterra?

—De ninguna manera —dijo, y al ver que él volvía a levantar las cejas con expresión de asombro, continuó—. Crecí aquí. Para mí, Inglaterra es un país extranjero.

—Ah, entiendo. Entonces me imagino que su intención es casarse con alguien que desee quedarse en la India.

—No, no es esa mi intención.

Jamie se sorprendió ante una respuesta tan tajante, pero ella ahogó cualquier intervención que tuviera intención de hacer poniéndose de pie y lanzándole una mirada fría y directa.

—Mire, también quiero indicarle que... sé el derrotero que va a tomar esta conversación, y mi respuesta es no, señor Kinross —dijo con voz dura y con una expresión de tranquila determinación—. Y ahora me gustaría volver abajo.

—¿Le importaría explicarme a qué se refiere? No recuerdo haberle hecho ninguna petición ni ninguna pregunta —dijo Jamie levantándose a su vez.

Inclinó la cabeza ligeramente hacia un lado y le dirigió la mejor de sus sonrisas, que muchos amigos le habían dicho que fundía el corazón de las mujeres en segundos. Pero no el de esta, al parecer. Tal pensamiento por poco lo hizo reír, pero entonces se preguntó por qué a ella le ofenderían tanto sus hasta el momento tímidos intentos de conversar con ella. En realidad, no habían intercambiado ni dos frases.

—Ya me doy cuenta de que usted es ese tipo de hombre que siempre causa revuelo entre las damas, y no me cabe la menor duda de que ha pensado que yo podría ser una conquista fácil dados sus encantos —dijo, casi escupiendo las palabras y de carrerilla, cómo si se supiera la frase de memoria y la hubiera pronunciado cientos de veces.

Jamie pensó que podría ser que lo hubiera hecho.

—Pero no busco marido, así que pierde el tiempo —concluyó, y por fin pudo respirar profundamente tras la parrafada—. Tendrá que buscar la fortuna de alguna otra forma, como todos los demás hombres que me han pedido en matrimonio desde que enviudé.

La ira salió finalmente a la superficie, provocando el que Jamie se olvidara de todo excepto del deseo de castigarla con toda la dureza posible por la presunción de que todos los hombres que se acercaban a ella lo hacían para conquistar a una mujer tan hermosa como ella y, sobre todo, para hacerse con su herencia. Exactamente igual que Elisabet. Le miró el pecho con deliberada intensidad, lo que hizo que ella se ruborizara de inmediato. Y él siguió mirándola, levantando la vista hasta sus ojos y después bajándola con lentitud a lo largo de todo su cuerpo.

—Como le decía, ni le he preguntado ni le he pedido absolutamente nada —dijo con voz cansina—. Y le puedo asegurar que ni siquiera pensé en el matrimonio, ni cuando la vi por primera vez ni en ningún otro momento hasta que usted lo mencionó, aunque sí en otras cosas... —añadió sonriendo entre dientes de manera calculadamente rijosa.

Tuvo la enorme satisfacción de observar como abría los ojos asombrada y empezaba a respirar con cierta agitación, y pensó que se lo merecía. También decidió que no debía preocuparle en absoluto el hecho de haber herido su sensibilidad, dado que lo primero que hacía con un hombre que intentaba ser amable era insultarlo. Era su problema el dar por hecho que un hombre al que acababa de conocer ya suspiraba por casarse con ella... y cazar su fortuna.

—¡Bueno, la verdad es que yo no...! —empezó, con voz alterada.

—... usted no está acostumbrada a encontrar hombres a los que no les interese el matrimonio con usted, ¿no es así? Claro, lo he entendido. Pero, señora Miller, tenga por seguro que no me casaría con usted ni aunque fuera la última mujer sobre la tierra. Si lo que busca es un puro devaneo, más o menos intenso, hágamelo saber. Para eso sí que estoy a su entera disposición —dijo, dejando que las palabras flotaran en el aire durante unos momentos, y después hizo una reverencia burlona—. Y ahora, una vez que ha quedado claro por parte de ambos que el matrimonio no figura entre los intereses de ninguno de los dos, le doy las buenas noches. Creo que no tiene sentido prolongar esta conversación para conocernos un poco mejor, lo cual, dicho sea de paso, era mi única intención, pues nos acaban de presentar. Disfrute intensamente de su solitaria vida.

Se dio la vuelta y salió andando, bastante más alterado a causa del encuentro de lo que le hubiera gustado. La señora Miller le había hecho revivir todo aquello que quería olvidar, y todas las razones por las que había escogido la India para su huida. La presunción de ella respecto a sus intenciones era tan dura como infundada. ¿Qué pasaba con las mujeres malcriadas, ricas y hermosas, que pensaban que cualquier hombre en veinte kilómetros a la redonda pensaba exclusivamente en casarse con ellas? Al menos podrían esperar a que se las pidiera en matrimonio. Dio salida a su ira ingiriendo varios vasos de ponche.

—Zorra —susurró para sí pensando en la señora Miller, aunque mirando a una mujer mayor que estaba enfrente. Le dirigió la mejor de sus sonrisas para tranquilizarla, pero por dentro seguía echando humo ya que, en su mente, la hermosa figura de la señora Miller había dado paso a la de Elisabet, que seguro que se habría comportado de la misma manera.

Empezó a sentir de nuevo aquel resentimiento, antiguo y familiar, que siempre lo dejaba inerme, pero logró apartarlo de sí. Seguramente estaba reaccionando de forma excesiva porque, en cualquier caso, ¿qué más le daba? La señora Miller no le importaba en absoluto y no tenía por qué hablar con ella nunca más.

Al diablo con todas las mujeres.

Zarina se quedó petrificada durante unos largos momentos, mirando boquiabierta la espalda del señor Kinross mientras se alejaba a grandes zancadas. Se llevó una mano a la boca temblorosa mientras exhalaba un profundo suspiro. El encuentro había sido

mucho peor de lo acostumbrado, pese al hecho de que el señor Kinross ni siquiera había intentado tocarla. Pero virtualmente la había devorado con los ojos. Se había sentido como desnuda, muy vulnerable y, pese a todo... ¿excitada?

—¡Maldito sea! —exclamó en voz alta.

No entendía por qué se encontraba tan violenta. Ya debería estar acostumbrada a este tipo de cosas, pero pese a que había recibido más propuestas de matrimonio de las que literalmente podía contar, ningún hombre la había hecho sentirse avergonzada. Hasta ahora.

¿Por qué se sentía así? Él no era mejor que los demás. De hecho, era peor, dada la grosera proposición que le había espetado.

Pero, por Dios, no cabía duda de que resaltaba sobre la multitud.

Zar lo vio nada más entrar en la sala, y desde ese momento estuvo atenta a sus movimientos, conforme iba siendo presentado por su amigo a los distintos grupos. Alto y ancho de hombros, Kinross sobresalía por encima de la mayoría de los hombres presentes, pero no solo destacaba por eso. Ciertamente, era muy difícil ignorar su excelente apariencia y su luminosa sonrisa, pero tampoco eso era todo. Zarmina pensó que tenía que ver con una especie de poder latente que irradiaba. Había notado que era delgado, que su ropa se ceñía a una musculatura fuerte y bien desarrollada y que, bajo su apariencia amable y educada se escondía un macho consciente de su fuerza.

Era peligroso. Por lo menos para las mujeres vulnerables.

Y esa era la razón por la que decidió abortar cualquier conato de cortejo desde el primer momento.

Pero el caso es que él no estaba interesado, por lo que había pasado por la habitual situación embarazosa sin que realmente hubiera sido necesario. Y había quedado en evidencia.

Zar notó como sus mejillas se encendían de nuevo al recordar sus groseras palabras. Sí que estaba interesado en ella, pero solo para llevarla a la cama, como era habitual en el caso de otras viudas más complacientes que ella. Siempre las había despreciado abiertamente. Eso sería lo último que haría después de... Interrumpió el curso de sus pensamientos de forma abrupta. Lo pasado, pasado estaba. No quería ahondar en ello.

Respiró varias veces el dulce aire nocturno mientras atravesaba la terraza en dirección a las escaleras que llevaban al salón. Como siempre, levantó la cabeza y compuso su habitual expresión de indiferencia. Ahora nadie tenía la capacidad de herirla. Era dueña de si misma, no pertenecía a nadie, y así seguiría.

Pronto olvidaría al señor Kinross, ¿o no?

No obstante, cuando cerró los ojos brevemente, la imagen grabada en su memoria era la de su rostro sonriendo burlón.

## Capítulo 6

Jamie se despertó con un jadeo y trató de inspirar todo el aire que había exhalado durante sus sueños. Durante un momento se sintió débil, pero obligó a sus pulmones a trabajar como debían. Aunque sabía perfectamente que las pesadillas no eran reales, tuvo que luchar para librarse del pánico que había sentido con la última. Salió con algo de torpeza de entre las sábanas y la mosquitera, se puso de pie y se pasó los dedos por el cabello, que le llegaba hasta los hombros. Tenía el cuerpo cubierto por una capa de sudor, debido tanto a la alarma del sueño como al sofocante calor que hacía en la habitación. Poco a poco, su corazón empezó a bombear con calma y normalidad, y la piel a refrescarse.

—*Fan i helvetes jävlar!* —Era capaz de jurar de forma soez en varias lenguas, pasando por ejemplo del sueco al inglés sin ningún esfuerzo, después al danés, su lengua materna, y finalmente al hindi, si se le acababa el repertorio. De todas maneras, las maldiciones no le sirvieron de nada esta vez. Lo que deseaba de verdad era que su cerebro quedara limpio de recuerdos de Elisabet Grahn. Ojalá nunca hubiera puesto los ojos en ella.

Estaba muerta. Se había ido para siempre. Constantemente se lo recordaba a sí mismo, pero su imagen envenenaba sus sueños de forma constante.

Estaba completamente despierto, y no podría volver a dormirse aunque quisiera. Así que se puso unos calzones y salió al estrecho balcón del cuarto que ocupaba. Allí el aire era algo más fresco, pero caluroso en todo caso. Después de todo, estaba en la India, y a cualquier hora hacía calor, incluso de noche; todo lo contrario que en su Escandinavia natal, donde la mayor parte del año hacía un frío helador. Echaba mucho de menos el frío, el aire vigorizante, la frescura de la brisa, la nieve. Pero no podía volver.

Todavía no.

Puede que nunca.

Y todo era por culpa de Elisabet. ¿O era en realidad culpa suya?

Su cerebro era una maraña de pensamientos que no le daban respiro. Por ello se permitió recordar, para intentar que sus demonios interiores lo dejaran descansar un rato. Había sido tan estúpido...

A Jamie no le daba ningún miedo cabalgar por los tupidos bosques suecos. Todo lo contrario, le encantaba esa sensación de soledad, de fundirse con la naturaleza. El maravilloso aroma de las agujas de los pinos y de las semillas del verano lo envolvía por completo, y no lo asustaban las alimañas que habitaban los bosques. Si algún

estúpido lobo o lince se cruzara en su camino, lo lamentaría. Siempre llevaba consigo un cuchillo de caza, y sabía perfectamente cómo utilizarlo.

Era la noche de San Juan y, pese a lo tardío de la hora, no reinaba la oscuridad, ya que el sol no se pondría del todo. Jamie había estado de celebración con sus amigos. Estaba borracho como una cuba, pero daba igual. Su caballo podía encontrar el camino de vuelta a casa sin necesidad de que él lo dirigiera, así que su amo se permitía ir pensando en una preciosa y joven criada que le había prometido encontrarse con él a solas un día de estos.

Un fuerte grito rompió el silencio e hizo que el caballo se encabritara. Jamie solo pudo sujetarse con las riendas, y su cerebro, atontado por el alcohol, tuvo que trabajar a fondo para intentar procesar lo que ocurría.

—Tranquilo, Modig, cálmate chico —le susurró al caballo. Sacó el cuchillo de la vaina, desmontó, acarició al caballo al pisar el suelo y miró alrededor. Oyó otro grito por su derecha y avanzó entre los árboles, llevando a Modig de las riendas.

Conocía todos los caminos de los alrededores de la mansión de su padre, y se acordó de que por allí había un río en el que se formaba una preciosa cascada. Los gritos parecían proceder de esa dirección, por lo que se dirigió hacia allí. Poco después llegó a un claro, justo a la orilla del río, y se quedó de piedra.

—¿Elisabet? Por Dios, ¿qué te ha pasado?

Recuperó la sobriedad al instante y se quedó lívido al ver el aspecto desaliñado de la amada de su hermano. Elisabet Grahn yacía en el suelo, su ropa estaba sucia y medio arrancada y tenía el corpiño manchado de lo que parecía ser sangre. Las lágrimas le corrían por las mejillas y tenía la boca tumefacta. Jamie no pudo evitar mirar su torso medio desnudo, solo cubierto de jirones de ropa.

—J-Jamie, ayúdame, por favor —sollozó, extendiendo una mano implorante hacia él.

Jamie soltó a Modig sabiendo que el caballo no iría muy lejos y corrió para ayudar a Elisabet a levantarse.

—¿Puedes ponerte de pie? ¿Estás malherida? —le preguntó, mirándola a la cara para ver si hacía gestos de dolor mientras se levantaba con su ayuda.

—Un poco, pero creo que puedo... —empezó a decir mientras negaba con la cabeza.

Ella bajó la mirada y Jamie cayó en la cuenta de lo que pasaba. Fue como recibir un puñetazo en el plexo solar. Estaba claro que había sido violada. Vio que le habían arrancado y destrozado las faldas, dejándole las piernas al aire.

—¿Quién te ha hecho esto? —preguntó con un tono siniestro.

Elisabet era la amada de Brice, el hermano mayor de Jamie, eso lo sabía todo el mundo. Aunque no se había establecido un compromiso formal, era cuestión de tiempo. Las familias solo estaban esperando el regreso de Brice, que estaba de viaje por China, para anunciar el enlace.

—El... el aprendiz del herrero. Luc, el más mayor —susurró ella.

—¿Cómo? ¿Uno de los valones? ¡Malditos sean todos!

El herrero local era de ascendencia belga, de la región de Valonia, y durante el último año había traído a algunos familiares como aprendices temporales. Eran jóvenes atractivos, de pelo negro, ojos oscuros, amplia sonrisa y piel bronceada. Jamie, que tenía veinte años, era algo mayor que ellos, por lo que apenas había frecuentado su compañía. Pero aunque había oído que de vez en cuando se peleaban con los chicos el lugar, nunca pensó que se atrevieran a violar a alguien.

Jamie puso su brazo alrededor de los hombros de Elisabet y la condujo hasta el caballo.

—Deja que te lleve a casa y después iré a por él. ¡Esto le va a costar caro!

—No, es demasiado tarde —dijo Elisabet sin parar de sollozar—. Ha dicho que se iba. Yo... no sé a dónde. Probablemente de... de vuelta a su país.

—No te preocupes, le encontraré. —Jamie la levantó y la colocó encima del caballo, y después se montó tras ella—. Toma, ponte mi abrigo —dijo, y se lo colocó para tapar sus pálidas curvas. No era porque se sintiera tentado por ellas, sino por si se cruzaban con alguien.

Ella era pequeña y frágil, como una muñequita de porcelana. Aunque su belleza resultaba exquisita y tenía una figura perfecta, Jamie nunca se había sentido hechizado por ella, como le pasaba a su hermano. Quizás era raro, pensó, pero nunca la había deseado. Exteriormente, Elisabet era preciosa, pero su condición de hija única hacía que estuviera muy mimada, y se comportaba de forma petulante y caprichosa. Jamie prefería chicas más llanas y que no fueran en el fondo unas arpías. De ninguna de las maneras quería malgastar el resto de su vida atado a las enaguas de una tirana.

Pobre Brice. No obstante, cada uno se ahorca con la cuerda que quiere.

En ese momento solo sentía comprensión y lástima de ella. Y como Brice no estaba aquí para vengar su honor, él asumiría la tarea.

Cuando se volvió para ver si estaba bien sujeta, creyó ver una expresión extraña en su cara, pero se disipó en un instante. Se preguntó si serían imaginaciones suyas ya que, después de todo, su cerebro aún estaba algo afectado por el casi incontable número de *snaps* que se había bebido. Estaba claro que era cosa suya.

—Voy a llevarte a casa.

Más tarde se dio cuenta de que no se había imaginado aquello, que de verdad había notado algo raro, pero para entonces ya le habían cazado.

—Hay un mensaje para usted, *sahiba* Zar. Ese hombre al que usted insiste en contratar vino mientras usted estaba fuera.

—¡Priya, aquí no!

Zarina puso un dedo sobre los labios de su criada, para asegurarse de que nadie más escuchaba la conversación. Después la condujo hasta su salón privado, anejo al

dormitorio. Nadie podía entrar allí, salvo ellas dos.

Priya siempre había sido su *ayah*, primero como niñera y más adelante como criada y confidente, pero aunque Zar le confiaría hasta la vida, la verdad es que a veces Priya hablaba o actuaba sin pensar. De todas formas, ella era todo lo que tenía. Escondió ese pensamiento, pues hacía tiempo que se había dado cuenta de que no podía luchar contra su destino.

—Y ahora, ¿qué te dijo?

—Realmente nada nuevo —se quejó Priya—. Solo que su hijastro sigue viéndose con tipos repugnantes.

—¿Con alguien en particular? Es importante, debo saber lo que trama. Si está haciendo negocios ilegales bajo cuerda, podría arrastrarme con él.

—Pues los habituales —dijo la criada encogiéndose de hombros—. Y También con Mansuck, el comerciante.

—¿Mansuck? Eso es nuevo. ¿Por qué se estará viendo con él? Es rival nuestro.

Zar frunció el ceño y empezó a andar por el salón, intentando poner en orden sus pensamientos. William, su hijastro adulto, no tenía talento alguno para los negocios, y probablemente por eso su padre, el marido fallecido de Zar, le había dejado en herencia a ella, su viuda, la mitad de su empresa. Supo que William reaccionó con incredulidad y después con ira cuando lo supo, pero el testamento era válido a todos los efectos y no pudo hacer nada para evitarlo. Tuvo que aceptar convertirse en socio de su madrastra, una muchacha algo más joven que él. En todo caso, ella pasó a ser una molestia constante para él.

—El viejo *sahib* nunca debió dejarle a usted esta responsabilidad —se quejó Priya.

—Puede que no, pero me alegro de que lo hiciera. Eso me ha salvado de tener que casarme de nuevo —dijo Zar, que se estremeció ante tal posibilidad—. Me ha dado libertad y me ha servido para saber que el comercio se me da bien. El viejo *sahib* se divertía enseñándome, y se sorprendió mucho de que aprendiera tan deprisa. La verdad es que ha sido una bendición. Pero tengo que proteger mi parte del negocio de las barbaridades que pueda perpetrar mi socio —reflexionó, hablando casi para sí misma—. Me pregunto qué se traerá entre manos. ¿Por qué Mansukh?

Se trataba del comerciante local más poderoso de todos, y con él no cabían pequeñeces. Zar siempre había procurado evitar en lo posible hacer negocios con él, y tampoco se embarcaría en nada que pudiera perjudicarlo en lo más mínimo. Era mucho más conveniente mantenerse en negocios en los que él no quisiera tomar parte.

Zar suspiró. Al parecer William no tenía el buen juicio de hacer lo mismo. Tomó una decisión rápida.

—Priya, voy a salir otra vez. Creo que, después de todo, voy a acompañar a mi hijastro al bazar. Hace un momento, cuando él salía, me dijo que iba para allá.

—¿Al bazar? Pero si acaba de venir de allí y...

—Vamos, Priya, date prisa, por favor. Tengo que vigilarlo y no darle la oportunidad de hacer alguna estupidez.

Pero ¿sería capaz de impedirlo?

Sanjiv todavía no había llegado a Surat, pero Jamie no tenía por qué esperarlo. El viaje por mar era mucho más rápido, salvo imprevistos poco habituales en esa época del año, y podía intentar aprovechar el tiempo antes de que el falso encantador de serpientes se le uniera. Decidió empezar a buscar a su contacto. Incluso aunque no tuviera que entregar de forma inmediata el falso talismán, quizá podría averiguar algo útil siguiendo al individuo.

No le resultaba nada fácil actuar como si fuera un espía, pero no veía otra forma de intentar descubrir lo que necesitaba saber. El hecho de traficar con mercancía robada iba contra sus principios más básicos de comportamiento, y tampoco le gustaba nada que a su amigo le hubieran obligado a hacerlo. Por todo ello, quería desenmascarar a los ladrones y, de ser posible, hasta devolver el talismán a su verdadero dueño.

La mañana posterior a su encuentro con la «Viuda de Hielo» alquiló la casa que Andrew le había recomendado.

—No es una de esas mansiones de piedra imponentes que hay junto al río, pero de todas formas es bastante grande —le explicó Andrew—. Pertenece a un *bania*.

Jamie sabía que los *banias*, es decir, los comerciantes indios ricos, solían vivir cerca de la Factoría inglesa, pero en la parte del barrio de Saudagarpura que se llamaba Nanavat. Sus casas, menos ostentosas que las inglesas, solían ser de ladrillo y formaban hileras compartiendo paredes con las de los vecinos. Una de ellas estaba en alquiler, e incluía dos sirvientes, un mayordomo y ayuda de cámara que se llamaba Kamal y su esposa Soraya, la cocinera.

—Este trato sí que me conviene, gracias. —Jamie llegó a un acuerdo con el representante del dueño después de una larga sesión de regateo, que finalizó de forma conveniente para ambas partes. Se instaló bastante rápido y enseguida empezó a aburrirse, por lo que decidió empezar la búsqueda esa misma tarde, una vez que el enorme calor empezaba a moderarse.

—Voy a dar una vuelta —informó Jamie a su nuevo criado—. Por favor, pídale a su mujer que prepare la cena para dentro de dos horas.

—Muy bien, *sahib*.

El hecho de salir de la casa fue como adentrarse en un ambiente tangible y físico, como en una especie de neblina en la que el calor era tan denso y pesado que uno casi podía tocarlo. Pese a lo tardío de la hora, lo envolvió apretándole los hombros, pero ya estaba acostumbrado y ni siquiera pensó en la molestia: simplemente, estaba ahí. Decidió que se dirigiría al cercano bazar para buscar la zona en la que los mercaderes de joyas tenían sus establecimientos. Andrew le había explicado a grandes rasgos

dónde estaba el bazar y, como la ciudad no era muy grande, Jamie no se apresuró. Deambuló despacio por las tortuosas callejuelas, observándolo todo con atención e interés.

Le fascinaba estudiar a la gente que iba y venía a realizar sus tareas cotidianas, y comparar lo que ahora veía con otras ciudades, tanto de la India como del resto de los lugares que conocía. Había muchas cosas similares, como por ejemplo la actividad de los comerciantes, intentando atraer la atención de los transeúntes, las amas de casa o los criados que iban a la compra, los ladronzuelos de atenta mirada buscando víctimas propiciatorias, pero siempre encontraba diferencias, sutiles o más evidentes, relativas a la raza, a la vestimenta o a las costumbres, que hacían que cada escenario fuera único y distinto. Aquí casi todo el mundo vestía de blanco. Solo los turbantes y los pañuelos para la cintura que llevaban la mayoría de los hombres añadían notas de color.

Las alineación de las calles no seguía ningún orden y había un montón de callejones en todas direcciones. En su primera visita, Jamie se dio cuenta de que resultaba fácil perderse en ellos y que algunos se interrumpían bruscamente y no tenían salida. Tampoco había pavimento, por lo que el polvo era una molestia continua, que a veces impedía respirar y obligaba a toser o carraspear continuamente para aclarar la garganta. La presencia de medios de transporte de diversos tipos tampoco ayudaba mucho al confort del paseo.

Jamie pasó por las calles en las que los *sarafs*, es decir, los comerciantes que cambiaban dinero, tenían sus establecimientos. En este momento no tenía necesidad de utilizar sus servicios, pero sí lo había hecho en el pasado, como todo el mundo. Dada la gran variedad de monedas que había en circulación, era inevitable. Había muchos mendigos que extendían las manos de forma suplicante, pero Jamie no reaccionó ante la gran mayoría de ellos. En esos momentos ya sería un hombre muy pobre si hubiera dado limosna a todos los que se la habían pedido. De vez en cuando no podía resistirlo, sobre todo si el mendigo era un lisiado.

—Gracias, *sahib*, que los dioses te bendigan con eterna buena suerte.

El principal producto de la provincia de Guyarat era la ropa, y Jamie perdió la cuenta del número de establecimientos donde se vendía. La mayoría ofrecían productos de algodón, fuera blanco o de otro color liso, y también de rayas o con algún estampado. Pero también podían comprarse prendas de seda con encajes dorados o plateados. La mayoría de las tiendas estaban en el piso bajo de las casas, y los vendedores permanecían de pie junto a la entrada, ofreciendo la mercancía y anunciando sus precios a voz en grito. Si no se les hacía caso, a veces te seguían durante un rato ofreciendo precios más bajos, para ver si lograban convencerte con sus gangas.

—Pase dentro, *sahib*, tengo la ropa de más calidad de toda Surat —gritaban prácticamente todos, chapurreando todos los idiomas y dialectos que conocían.

Todo ello hacía sonreír a Jamie, aunque no paró en ninguna de las tiendas. Si

alguna vez regresaba a Suecia, ya compraría montones de ropa para su madre y sus hermanas, pero por ahora no la necesitaba.

Finalmente llegó al bazar, que en realidad era una calle muy larga y al menos dos veces más ancha que las demás. Ya sabía que, exceptuando las horas más calurosas del día, siempre estaba abarrotado de gente desde primeras horas de la mañana hasta el final de la noche y que era difícil abrirse paso entre la multitud. El escenario resultaba de veras pintoresco, pues la enorme cantidad de artículos puestos a la venta componían un conjunto brillante y multicolor. Había también un enorme número de perros, muchos de los cuales ladraban y aullaban a la vez; le habían contado que los miembros de la etnia parsi, uno de los grupos más numerosos de la ciudad, valoraban mucho la ayuda de estos animales.

Sintió olores muy diversos y ya fáciles de distinguir para él, después de varios años en la India: comida especiada, flores, fruta e incienso. Aunque también notó otros bastante menos agradables. Había muchos niños, de enormes y oscuros ojos y pelo negro ensortijado, que jugaban, reían y corrían entre los adultos, a veces haciéndoles tropezar y riendo, siempre entusiasmados. En general eran muy guapos, con los dientes muy blancos y una sonrisa perenne. Jamie no podía evitar devolvérsela siempre que se encontraba con su mirada, incluso aunque se tropezaran con él sin querer.

Aproximadamente en mitad de la larga calle, Jamie vio de repente a la señora Miller, que estaba a punto de bajarse de un palanquín con ayuda de un hombre de aspecto impaciente, que le tendía la mano. Cuando su acompañante hubo pagado al conductor o le hubo dado instrucciones, pues Jamie no sabía si era un transporte propio o alquilado, la viuda se quedó de pie con mirada ausente, como si estuviera reflexionando intensamente. Jamie se detuvo también, sintiendo curiosidad muy a su pesar. La verdad es que, tras su encuentro, se había calmado bastante y había llegado a la conclusión de que su propia reacción había sido un tanto excesiva. Andrew le había contado que la pobre mujer no paraba de recibir ofertas de matrimonio, que sistemáticamente rechazaba, por lo que tenía su lógica que hubiera pensado que él iba a comportarse siguiendo la pauta, para ella habitual y cansina.

De todas maneras, podía haber esperado a recibir la propuesta, para así tener algo que rechazar.

El acompañante se estaba tomando su tiempo. Quizá estuviera en pleno regateo. Así, Jamie tuvo la oportunidad de admirar la figura de la viuda, desde una distancia prudencial, durante un buen rato. No cabía la menor duda de que su aspecto era impresionante y de que atraería la atención de cualquiera, sobre todo de los hombres, sin remedio. No obstante, lo último que deseaba era alimentar su vanidad, por lo que no se movió, pues ella no podía verle entre la multitud.

Pero ¿quién sería el hombre que la acompañaba? Sin duda era inglés, o bien un

extranjero occidental, pues tenía el pelo claro, aunque la piel de la cara se le veía muy bronceada, como si ya llevara muchos años en la zona. No parecía excesivamente alto ni tenía nada de especial, al menos a su juicio. ¿Sería su amante? ¿Pero no le había dicho la viuda que prefería estar sola? Quizá solo había mentido con la intención de que la dejara en paz. Jamie se tragó la irritación que le asaltaba de nuevo. No debía llegar a conclusiones precipitadas sin conocer los hechos reales.

De inmediato se olvidó de todo lo que había ocurrido en el violento encuentro de la terraza de la Factoría cuando una figura blanca pasó a toda velocidad al lado de la mujer, que extendió la mano al darse cuenta de que le habían arrebatado el bolso que llevaba. La señora Miller abrió la boca, probablemente dando un grito ahogado, y el hombre con el que estaba se volvió y la miró frunciendo el ceño. Ella señaló hacia un punto en la calle, por donde el ladronzuelo corría esquivando a la multitud de transeúntes, moviéndose tan sinuosamente como una serpiente. El bribón era demasiado rápido para el acompañante de la señora Miller, pero se dirigía hacia donde estaba Jamie.

Sin pensarlo dos veces, miró a derecha e izquierda y después avanzó por la calle evitando por poco la enorme pata de un elefante que también pasaba por allí. El hombre que lo llevaba le lanzó insultos e imprecaciones, de los que Jamie no hizo caso. Llegó al otro lado de la calle justo en el momento en el que el ladrón llegaba corriendo allí. Andando de forma despreocupada, Jamie se acercó al niño casi sin mirarle hasta que estuvo a su alcance. Entonces extendió el brazo y agarró la delgadísima muñeca del ladronzuelo. Prácticamente lo levantó en volandas de un tirón, y al notarlo el pequeño dio un grito.

Se quedó mirando sus enormes ojos marrones, en los que se mezclaban el miedo y el desafío. Para su sorpresa, se dio cuenta de que la mirada era muy femenina, con una pestañas largas y muy oscuras, y la forma de la cara confirmaba que se trataba de una chica. ¡Una ladrona, prácticamente una niña! La verdad es que no le sorprendía. Todo el mundo tenía que hacer lo que pudiera para sobrevivir. Tanto los niños como las niñas trabajaban. ¿Pero robar? La verdad es que no era una ocupación muy normal para una pequeña.

Suavizó un poco la mano y le habló en inglés.

—Dame el bolso.

Aunque la niña no entendiera sus palabras, que era lo más probable, no había confusión posible respecto a lo que le estaba diciendo. La niña miró desesperadamente a su alrededor, como si buscara una forma de escapar, y él sintió como temblaba. Ambos sabían que si le daba el bolso, ella estaría admitiendo que lo había robado, lo que podría acarrearle incluso la pena de muerte o, como mínimo, la mutilación. Jamie se estremeció al pensar en esa posibilidad. Era muy joven, no podía tener más de seis o siete años. Y lo más probable era que alguien le hubiera ordenado hacer lo que había hecho.

La niña tragó saliva y le entregó el bolso a regañadientes, tras lo cual trató de

soltarse de forma desesperada. Jamie negó con la cabeza.

—No tan deprisa.

Con la mano libre sostuvo el bolso de la señora Miller y consiguió extraer de su propio bolsillo una moneda de plata. La puso frente a la atónita cara de la pequeña y la miró con mucha intensidad.

—No vuelvas a hacer esto, ¿entiendes? —dijo mirando el bolso y sacudiendo la cabeza con mucho énfasis. Después le tendió la moneda, que la pobrecilla agarró presurosa y aún asombrada. Después la liberó. Tras una última y confusa mirada, la niña se marchó y desapareció entre la multitud.

Jamie volvió la cabeza hacia donde estaba la señora Miller y se dirigió hacia allí. La alcanzó a ella y a su acompañante, que caminaba unos pasos por detrás. Se dirigió a la mujer haciendo una pequeña reverencia y tendiéndole el bolso.

—Esto es suyo, ¿verdad?

—Yo... sí, muchas gracias, ¿pero cómo...?

—Estaba paseando por el otro lado de la calle y pude ver lo ocurrido. Intercepté al ladrón —explicó Jamie encogiéndose de hombros y evitando a propósito decir que era una niña, pues la señora Miller no tenía por qué saberlo—. Después se me escapó corriendo.

—Una pena —dijo ella, aunque Jamie notó que su mirada era escrutadora—. De haberlo detenido, quizá habiéramos podido ayudarle a encontrar una ocupación más adecuada. La verdad es que aquí hay muchos niños que se ven abocados a delinquir desde que son muy pequeños.

—La próxima vez, si la hay, trataré de tenerlo en cuenta —dijo Jamie con voz algo cansina—. Además, no creo que fuera culpa del niño. Los verdaderos culpables son los que utilizan a los críos para robar. Son ellos los que deberían ser castigados, en mi humilde opinión.

—Sí, por supuesto, eso es exactamente lo que quería decir.

El hombre que la acompañaba había llegado a su altura y señaló a Jamie con la cabeza.

—Muchas gracias por su ayuda, señor...

—Kinross —completó haciendo una mínima inclinación.

—Señor Kinross, estamos en deuda con usted —dijo el hombre devolviendo la reverencia—. William Miller, a su servicio. —Jamie debió de parecer confundido, porque el hombre siguió hablando—. Soy el hijastro de la señora —añadió y, dicho eso, miró a ambos—. ¿Me equivoco al pensar que ya se conocían?

—Sí, nos presentó la otra noche en la Factoría el señor Andrew Garwood —asintió la señora Miller—, en la recepción a la que no fuiste porque tenías otro compromiso.

—Entiendo —dijo lanzándole una impaciente mirada a su madrastra—. En fin, es posible que este pequeño incidente te enseñe a cuidar un poco mejor de tus pertenencias a partir de ahora, Zar.

—¡Ya lo hago! Lo que pasa es que los niños ladrones son muy rápidos, no los ves venir y salen corriendo a toda velocidad entre el gentío —se justificó ella, pero Miller ya se había dado la vuelta—. Además, tampoco llevaba nada de mucho valor en el bolso.

—Si tú lo dices. Y ahora, ¿podemos irnos, por favor? Tengo una reunión dentro de poco y no puedo quedarme aquí charlando. Que tenga un buen día, señor Kinross.

La señora Miller abrió la boca como si fuera a protestar, pero después lo pensó mejor. Saludó a Jamie con una rápida inclinación de cabeza antes de salir a toda prisa.

—Gracias de nuevo. Estoy en deuda con usted.

Al ver como se alejaba, Jamie sonrió para sí mismo. Así era.

Quizá pudiera pedirle algo a cambio alguna vez.

## Capítulo 7

—¿Dónde has estado, Dev? Creo que te había pedido que vinieras ayer a la reunión con nuestro vecino, el viejo *nawab* de Bhagalat, ¿no te acuerdas?

El rajá de Nadur paseaba de nuevo a grandes zancadas por sus aposentos, mientras que su joven medio hermano estaba repanchingado en una esquina sobre una montaña de almohadones, limpiándose las uñas con la punta de una daga. Bijal observaba la escena en silencio desde su lugar habitual, junto a la ventana, presente pero procurando, y lográndolo casi siempre, pasar inadvertido. Se trataba de una disputa entre ambos hermanos, en la que no tenía ni necesidad ni ganas de intervenir. En su opinión, la cosa iba bien y no había ninguna necesidad de hacerse notar, interceder o dar su opinión. Cuanto más discutieran los hermanos, mejor para él.

—Ese viejo pesado. ¿Por qué tendría que sentarme todo el día a su alrededor viéndole comer? Es un tipo insufrible —gruñó Dev.

—¿Y tú no lo eres? Bebes todas las noches hasta perder la consciencia. Te acuestas con todas las mujeres de mi palacio, y digo de «mi» palacio, tenlo en cuenta, y te enfrentas con quien te parece, porque nadie se atreve a hacerte frente por miedo a las consecuencias. ¡Ya está bien, no lo voy a permitir más! —dijo el rajá, golpeando una pequeña mesita con el puño, lo que hizo volar por los aires las piezas del juego de ajedrez que estaban sobre ella. Nadie las recogió, pues había echado de su habitación a todos los sirvientes. Nadur no quería que hubiera testigos del enfrentamiento, lo que era bastante acertado, a juicio de Bijal.

—¿Y qué otra cosa puedo hacer aquí? Tú tomas todas las decisiones y hay sirvientes que realizan todas las tareas. Tal como yo lo veo, creo que mi deber es que todo el mundo contemple cómo ejerzo los privilegios que me confiere el hecho de ser tu hermano.

—¡Ah!, ¿se trata de los privilegios? ¿Y qué me dices de todo el dinero que gastas? No creas que no me he dado cuenta de que algunas de mis propiedades se han evaporado. ¿Se las estás dando a los prestamistas a cambio de dinero contante y sonante?

—Pues sí, he tomado una o dos de esas horribles estatuillas de oro —dijo Dev encogiéndose de hombros—. Pero solo las que mi madre me dijo que había traído como parte de su dote.

—¿Y qué pasa con el talismán? —bramó el rajá—. Ella no lo trajo.

—¿El talismán? —preguntó Dev, y esta vez levantó la cabeza y lanzó una mirada sorprendida a su hermano—. ¿Qué quieres decir? Jamás me lo llevaría. Puedo estar aburrido, pero no trastornado.

—¿Así que niegas haberlo «tomado prestado»? —dijo Nadur mirándole

fijamente.

Dev se puso de pie y anduvo hasta ponerse delante de su hermano, casi cabeza contra cabeza.

—¡Por supuesto que lo niego! ¿Me estás acusando de algo? Porque no me divierte nada el que me llamen ladrón.

Se hizo el silencio durante un buen rato, hasta que finalmente Dev movió la cabeza de lado a lado y se encaminó hacia la puerta.

—¿Qué sentido tendría que yo hubiera «tomado prestado» el talismán? —preguntó sin volver la cabeza—. Los dioses se vengarían de mí, todo el mundo lo sabe. Hermano, si lo has perdido, busca otro que te sirva de cabeza de turco. Y, por una vez, aplica la lógica.

Una vez que Dev se hubo marchado, Nadur se dejó caer sobre los almohadones que su hermano había dejado libres y se cubrió la cara con las manos.

—No sé qué pensar, Bijal —susurró—. Parece siempre tan inocente, incluso candoroso. Pero sé por experiencia que es la personificación de los problemas. Me gustaría creerle, pero no puedo fiarme de él.

Levantó la cabeza y miró de frente a Bijal, que reprimió su deseo de mirar para otro lado.

—No sé qué decirle, alteza. Tal vez un registro de sus aposentos fuera una buena idea, para que las cosas se calmasen.

Sería todo lo contrario, claro. Eso haría que Dev se enfadara más aún y ampliaría la brecha que se abría entre ambos hermanos.

—Puede que tengas razón aunque, si ha sido él quien se lo ha llevado, dudo que sea tan estúpido como para tenerlo por aquí.

—Más bien estaba pensando en una nota de compromiso, su alteza. Si lo ha intercambiado por un anticipo de fondos, la nota sería la clave —sugirió Bijal.

—Ah, claro, por supuesto. Muy bien, ordenaré un registro.

Bijal sabía que los hombres del rajá no encontrarían nada, y que ello no haría más que provocarle aún más frustración, además de acabar de enfrentarle del todo con su hermano. Pero tenía que mantenerse firme en su propósito, se dijo a sí mismo. No sentía la menor piedad o simpatía por este hombre. Ninguna en absoluto. Era pura escoria, como lo había sido su padre antes que él.

En su momento todo el mundo conocería la verdad, pero no antes de que los augurios le fueran favorables.

Zar se apresuró para llegar hasta William, aunque su mente se hallaba en otra parte. Estaba casi segura de que había visto al señor Kinross darle una moneda al ladronzuelo antes de dejarle marchar, por lo que solo podía llegar a una conclusión lógica, y era que había contratado a alguien para que la robara y así poder quedar como un héroe ante ella. ¿Pero por qué?

Había quedado meridianamente claro que ninguno de los dos estaba interesado en el matrimonio, así que no tenía necesidad alguna de impresionarla. A no ser que de verdad quisiera llevarla a la cama... Aspiró con fuerza y por poco se desmaya debido a la gran cantidad de polvo que inhaló y que siempre estaba flotando en el ambiente de las calles.

—¿Te encuentras bien? —preguntó William deteniéndose brevemente al oírla toser con fuerza.

—Sí, sin problemas. Es el polvo, que está por todas partes.

—Tenías que haber traído un pañuelo.

Tan galante como siempre, pensó Zar con sarcasmo. Sin embargo, el señor Kinross... Pero ni se permitió finalizar el pensamiento, y menos expresarlo. Sabía que discutir con William era una pérdida de tiempo. Nunca había aprendido buenos modales, así que era un poco tarde para intentar inculcárselos.

Volvió a pensar en su supuesto salvador. Aunque con toda seguridad no era nada ni siquiera parecido a eso. Pero lo que no podía evitar era considerar su atractivo, muchísimo más apreciable a la luz del día. La mirada de sus ojos color de plata la dejó casi sin aliento. Vio que sus pestañas eran tan oscuras que parecía como si se las hubiera delineado con lápiz de ojos, tal como hacía ella de vez en cuando. Pero él no tenía ninguna necesidad de utilizar tal ayuda cosmética, ya que sus rasgos eran absolutamente perfectos. Tenía una cara bien delineada, de nariz orgullosa y mejillas un poco prominentes. Su piel estaba bastante bronceada, lo que la inducía a pensar que ya llevaba bastante tiempo en la India o en el Lejano Oriente. Y también había admirado el rico color castaño claro de su pelo, pero con brillos dorados y rojizos cuando le daba la luz del sol.

Negó con la cabeza. ¿Qué le estaba pasando? Estaba ocupada en otra cosa. Además, el hecho de caer bajo su hechizo solo le traería problemas.

¿Pero qué era lo que buscaba él?

Temía conocer la respuesta a esa pregunta, pero aún le daba más miedo el hecho de que dicha respuesta no le disgustaba tanto como debiera.

William echó un vistazo hacia atrás en dirección a su madrastra, que se había vuelto a rezagar y tenía una expresión ausente. ¿Madrastra? Le faltó poco para soltar una carcajada, aunque la cosa no tenía ninguna gracia. Era una situación del todo ridícula. Ella era varios años más joven que él, y el hecho de que su padre se casara con aquella mujer le había convertido en el hazmerreír de toda la ciudad. Y también a él.

Fue el capricho lujurioso de un viejo senil, que al final le había costado nada menos que la mitad de su herencia. El daño que eso le había causado era como un herida lacerante en su interior, siempre presente y que cada día se hacía más grande, al igual que su frustración.

Maldita fuera.

Por supuesto que entendía la soledad a que tuvo que enfrentarse su padre tras la muerte de su madre. No le había importado que buscara una nueva esposa, ¿pero por qué tuvo que escoger a una niña que casi acababa de salir de la escuela? Una joven que podía perfectamente ser su hija y, encima, mucho más inteligente de lo que debía. Los privilegios de William como hijo pequeño y único desaparecieron de un día para otro. Por el contrario, ahora su padre siempre lo comparaba con la recién llegada, cuya habilidad para aprender cosas que no eran propias de mujeres resultaba asombrosa. No podía soportarlo.

—¿Por qué insiste en que aprenda el negocio, padre? —le había preguntado montones de veces, cuando el viejo le restregaba por la cara todos los éxitos de la mujer y se quejaba de su falta de sentido común.

—Porque tiene la cabeza sobre los hombros. Harías bien en intentar imitarla, en lugar de caer en todas las trampas que te tienden los comerciantes. ¡Utiliza la cabeza para pensar, y no solo para llevar sombrero, muchacho!

William no creía que fuese tan desastroso en los negocios, sino solo que tenía bastante mala suerte. Por el contrario ella, esa pequeña zorra aprovechada, tenía más fortuna que el mismísimo demonio. Bueno, ya no tanta. Su marido había muerto y ahora él tenía que poner fin a tanto despropósito.

Zar era una molestia a su lado, y en muchos aspectos. No estaba ciego, y se había dado cuenta de que algunos de los comerciantes preferían negociar con ella. Pero al utilizar sus armas de mujer para conseguir mejores tratos dejaba en mal lugar a William, y eso era algo que no podía soportar.

En el testamento, su padre había estipulado que si ella se casaba antes de que transcurrieran dos años desde su muerte, su nuevo marido solo se haría con la cuarta parte del negocio, pese a que, en este momento, Zar era dueña de la mitad. William no sabía cuáles eran los entresijos legales de la disposición. Lo único que tenía claro era que, si quería recuperar parte de la herencia que había ido a parar a la zorra pese a su derecho por nacimiento, necesitaba que se casara lo más pronto posible, independientemente de que quisiera o no hacerlo.

Hasta ahora, había rechazado todas las propuestas de matrimonio que había recibido, pero William pensaba que habría alguna forma de obligarla a casarse. Solo tenía que encontrar la manera para poder librarse de ella.

Jamie visitó a todos los comerciantes de piedras preciosas que pudo encontrar y se las arregló para deslizar la pregunta secreta en todas y cada una de sus conversaciones.

—«Me pregunto si los monzones de este año traerán niebla».

Pero nadie le dio la respuesta requerida. Por el contrario, todos se mostraron algo sorprendidos. En un principio pensó que el problema podría estar en su pronunciación, o bien en el hecho de que no todos los comerciantes hablaran hindi. Probó con su rudimentario portugués, lengua que utilizaban muchos comerciantes de

la India occidental, pero tampoco tuvo suerte. Así que regresó con su nuevo criado para que le hiciese de traductor, pero no sirvió de nada.

Durante una cena con Andrew, mencionó el hecho de que había ido a hablar con muchos comerciantes locales.

—No obstante, ninguno de ellos tiene nada que me resulte interesante —añadió Jamie—. Y no creo que estén en condiciones de comprar el tipo de joyas que ofrezco. Son más adecuadas para los europeos, así que iré a Bombay o a Madrás para venderlas.

—¿Has probado con los comerciantes extranjeros? —sugirió Andrew—. Sé que hay un par de holandeses, y también está Miller, claro. Comercian con los persas y también envían mercancías a Europa.

—¿Miller? —dijo Jamie, aguzando el oído al escuchar el apellido.

—Sí, claro, ¿no te lo había dicho antes? La viuda tiene un hijastro que comercia con todo tipo de mercancías: ropa, añil e incluso joyas. Ella es su socia —explicó Andrew sonriendo con malicia mientras daba un largo trago de vino—. Y circula un rumor al respecto...

—Vamos, desembucha —le pidió Jamie sonriendo a su vez—. Apuesto lo que sea a que te mueres por contar chismes sobre la «Viuda de Hielo», ¿o me equivoco?

—No te equivocas, en absoluto. Me sorprende que no me preguntaras más cosas la otra noche.

Jamie no le había contado a su amigo nada de lo ocurrido aquella noche, ni del desinterés de la viuda ni de su abrupta reacción, pero ahora le picaba la curiosidad.

—Pues vamos, cuéntame.

—Bueno, estoy seguro de que te has dado cuenta de que es mestiza. Su padre es inglés, un tal Thomas Evans, que se casó con una mujer parsi. Extraordinariamente hermosa, según cuentan. Evans estuvo empleado en la factoría durante cierto tiempo pero, como les pasó a muchos otros, fue despedido por malversación de los fondos de la compañía.

—¿Hablas en serio? ¿El padre de la señora Miller era un delincuente?

—Técnicamente sí, pero la verdad es que ocurre muy a menudo —dijo Andrew abriendo los brazos con gesto de resignación—. La paga es muy escasa, ¿sabes?, y mucha gente «toma prestada» cierta cantidad de dinero de las arcas de la compañía y se mete en negocios comerciales paralelos. La mayoría obtiene beneficios y devuelve el «préstamo», pero Evans no tuvo suerte, o no lo hizo bien, y le pillaron. En realidad fue él quien tomó la decisión de dejar la compañía antes de que le despidieran de forma oficial. Luego, estableció su propio negocio.

—Entiendo. ¿Y prosperó?

—No, en absoluto —contestó Andrew entre risas—. Todo lo contrario. Así que se hartó de la India y se planteó volver a casa. Pero había un pequeño problema: su hija.

—¿Por qué? ¿Y su esposa? —preguntó Jamie frunciendo el ceño.

—Oh, ella había muerto hacía mucho, lo que le ahorró a la pobre bastantes

disgustos, supongo. La hija se había convertido en toda una belleza, como la madre, pero no podía llevársela de la India para siempre. Al parecer lo intentó una vez y ella se negó en redondo. Tiene su lógica, por su aspecto y todo eso... ¿Te la imaginas en Yorkshire? En Londres quizá, pero es que Evans era del norte.

En opinión de Jamie, la señora Miller no es que fuera tan diferente de las mujeres europeas, aunque la verdad era que llamaría bastante la atención entre un grupo de muchachas inglesas de provincias.

—Pero seguramente su enorme belleza la habría ayudado a integrarse en cualquier sitio.

—La verdad es que lo dudo —dijo Andrew moviendo la cabeza—. Además, el viejo Evans se avergonzaba de ella, solo Dios sabe por qué. Se había casado con su madre, así que no hay quien lo entienda. En todo caso, tuvo otra idea. —Andrew se detuvo para beber, y quizá también para que la pausa hiciera crecer la curiosidad de Jamie. Finalmente, concluyó con un gesto teatral—. La vendió.

—¿Cómo dices? —exclamó Jamie parpadeando de asombro—. No sabía que la esclavitud estuviese permitida aquí.

—No, no lo está —dijo Andrew riendo entre dientes—. Lo que quiero decir es que, en la práctica, arregló su matrimonio por dinero con un viudo anciano, Francis Miller. Debía de tener más de cincuenta.

—No exageres. A esa edad nadie puede considerarse anciano —dijo Jamie, que volvió a fruncir el ceño, aunque sin saber muy bien por qué.

—Pues la verdad es que sí, si se ha pasado la mayor parte de la vida en la India. Créeme si te digo que su aspecto era el de un septuagenario, y eso como poco —dijo Andrew imitando un estremecimiento—. Y la pobre chica apenas había cumplido los diecisiete.

—Me parece una auténtica barbaridad —afirmó Jamie, y sin duda lo era. Se negó a imaginarse a la pareja. Solo acertó a pensar cómo se habría sentido ella—. Aunque ocurre a menudo, incluso en nuestra Europa.

—Sí, ya lo sé, pero en todo caso, no debió de ser una circunstancia feliz para ella, ni mucho menos. No obstante, la cosa no le salió mal del todo. El viejo murió un par de años después y, a pesar de que tenía un hijo, William, de su anterior matrimonio, en el testamento le dejó a su joven viuda la mitad de su negocio. ¿Has conocido ya al joven Miller?

—Sí, pero muy brevemente —asintió Jamie.

—Bueno, pues la verdad es que no se puede decir que sea un genio de los negocios, si es que hemos de hacer caso de las habladorías. En cambio, la señora Miller sí tiene una habilidad especial. Es probable que esa fuera la razón por la que el viejo la hizo heredera de la mitad de la empresa. Lo que fue también como poner una soga al cuello de William ¿no te parece? Quiero decir, el hecho de tener como socia a una mujer, la viuda de su padre y, para rematar la cosa, más joven que él. El hombre estaba que echaba humo cuando se enteró —concluyó Andrew sonriendo con

suficiencia.

—Lo puedo entender, pero a lo mejor ahora se ha dado cuenta de que fue un acierto, ¿no?

—Según él, no; pero a decir verdad no lo sé.

—En todo caso, gracias por contármelo —dijo Jamie alzando su copa a modo de saludo—. Creo que les pediré cita. Tengo la impresión de que será una reunión bastante interesante.

—Lo único que puedo hacer es desearte buena suerte —dijo Andrew riendo.

—*Sahiba*, uno de los visitantes de abajo quiere verla. Al parecer, el caballero desea decirle algo —dijo Priya desde a puerta de la habitación de Zar, y frunció el ceño—. ¿Le digo que es muy tarde y que ya se ha retirado usted a descansar?

Zar estuvo tentada de decirle que sí. William estaba con amigos ingleses de la Factoría y no había podido evitar oír sus voces y sus risas. No dudaba de que habían ingerido una buena cantidad de vino de importación. Cualquiera sabía el nivel de embriaguez que habrían alcanzado. Pero si no atendía al visitante, tal vez William se lo echaría en cara después. Ya había ocurrido alguna vez en el pasado. Además, odiaba tener que discutir con él cuando estaba rabioso. Sería mucho más sencillo recibir a quien fuera y darle cualquier excusa. William evitaría comportarse de forma grosera delante de sus amigos.

—No, Priya, ya bajo. Muchas gracias.

Al bajar la escalera, Zar se iba preguntando qué se encontraría esta vez. Esperaba que no durara mucho, fuera lo que fuese.

—Ah, aquí estás por fin, Zar. Te has tomado tu tiempo, como siempre —gruñó William cuando entró en el salón—. Ven y siéntate aquí.

Estuvo a punto de tropezar con William, que andaba con ciertas dificultades. Ahora le puso la mano sobre el hombro y la condujo hasta un diván bajo, en el que ya estaba sentado el señor Richardson, un hombre muy pomposo al que ya había rechazado dos veces en los últimos seis meses. Al parecer no era capaz de aceptar un no por respuesta. Además había oído decir que sus negocios no iban del todo bien y que buscaba desesperadamente una nueva fuente de ingresos.

—William, no creo que esto sea una buena idea, la verdad, —le dijo siseando y tratando de librarse de su mano, aunque no lo logró y se sintió empujada hacia delante. Siguió intentando resistirse, sobre todo porque vio que Richardson era el único invitado que quedaba en la casa. William no tenía ningún derecho a obligarla a hacer nada ni a ver a nadie. No era su dueño ni su cuidador. Pero era más fuerte que ella, al menos físicamente.

—No seas boba. Mi amigo solo desea intercambiar unas palabras contigo.

—Ya lo ha hecho varias veces. ¡William, déjame en paz, por el amor de Dios! ¿Por qué haces esto? ¿Le debes dinero, o algo así? Podemos darle algo —le susurró.

—No, en absoluto. Simplemente me ha dicho que estabas siendo difícil. Le hago un simple favor.

—Pero no me lo haces a mí.

—Por supuesto que sí. Ya va siendo hora de que encuentres marido.

—No quiero encontrar marido.

Pero William no la escuchaba, y ella sabía que aunque lo hubiera hecho, no le habría importado. Con toda seguridad estaba deseando librarse de ella, pero no se lo pondría fácil. Mientras, ya había llegado hasta donde estaba Richardson, que se levantó e hizo una reverencia. Cuando sus ojos se posaron en Zar, brillaron llenos de codicia y deseo. Ella reprimió un gesto de asco y contuvo la respiración al acercarse. Olía muchísimo a sudor. ¿Se habría bañado siquiera? ¿Es que William no se había dado cuenta? Aunque la verdad era que tampoco él olía precisamente a rosas.

—Señora Miller, tiene usted un aspecto maravilloso esta noche —dijo Richardson tomando su mano y posando sus labios secos sobre sus dedos. Zar retiró la mano de inmediato e inclinó la cabeza solo un poco, pero no dijo una palabra.

—Os dejo para que podáis hablar con tranquilidad, ¿os parece? —dijo William. Salió de la habitación rápidamente, sin dejar que ninguno de los dos dijera nada, de modo que la protesta de Zar murió en sus labios antes de poder expresarla. La puerta se cerró casi con un portazo.

«¿Cómo se atreve a dejarme aquí sola con este... asqueroso?», pensó Zar, y decidió marcharse de inmediato.

—Lo siento, señor Richardson, pero me temo que no puedo quedarme. Debo... —empezó.

—No tan de prisa —la interrumpió el hombre de forma abrupta, mientras la tomaba de la mano con cierta fuerza, obligándola prácticamente a sentarse en el diván—. Todavía no me ha escuchado siquiera, doña Petulante.

Zar procuró arreglarse las faldas, se aseguró de que el corpiño no dejaba entrever más piel de lo que era deseable y después le echó una mirada iracunda.

—Ya le he dado mi respuesta dos veces, señor Richardson, y puedo asegurarle que no he cambiado de opinión al respecto.

—Entonces lo único que tengo que hacer es procurar que cambie de opinión, hermosura —dijo él, muy pagado de sí mismo.

Se sentó de repente en el diván, encima de sus faldas, y la sujetó por los brazos. Zar echó una mirada para ver si había algún criado cerca, pero fue en vano. Estaba completamente sola con aquel hombre horrible. Trató de librarse de la sujeción de Richardson empujándolo por el pecho con las manos. Pero él se mantuvo firme.

—Tengo que decirle que cuando le propongo matrimonio a una joven, y sobre todo si es una como usted, espero ser tratado con la consideración que merezco, y no que se me den calabazas como si fuera un niño en edad escolar.

—¿Qué quiere decir con eso de «una como yo»? —preguntó Zar que, aunque sabía perfectamente lo que quería decir, se sintió más que furiosa.

—Una mestiza. No tenemos por qué ignorarlo, pues usted lo es, ¿verdad? Así que no piense que es demasiado buena para mí, porque le puedo asegurar que eso no es cierto.

—Me sorprende entonces que quiera casarse con alguien tan por debajo de su nivel social —escupió la viuda, que seguía forcejeando para intentar librarse de él—. ¿Por qué no busca a alguien de su clase? Así no tendría que mancharse las manos —dijo, tan enfadada que olvidó el miedo que sentía al principio.

—La necesidad obliga, como suele decirse. Los que necesitan algo no están en condiciones de elegir.

—Lo sé perfectamente. Solo tiene que ver con el dinero, ¿verdad? Bueno, pues podemos discutirlo. No me voy a casar con usted, eso seguro. De hecho, creo que sería el último hombre sobre la tierra que escogería para casarme.

Finalmente consiguió liberar una de las manos, pero él levantó la suya y la apretó bajo el mentón, a la altura de la tráquea. Zar gritó y trató de retroceder, pero lo único que consiguió fue tropezar y medio caerse, mientras Richardson a su vez le caía encima. Trató de apartarlo con una sola mano, mientras con la otra buscaba a tientas y desesperadamente algún objeto con el que defenderse. Al principio no encontró nada, pero después palpó una mesita que estaba junto al diván. Sobre ella había una pequeña maceta con una planta, de la que pudo arrancar una rama, y de pronto le golpeó con ella en el ojo.

El hombre aulló y retrocedió, tapándose el ojo con una mano. Zar renunció a ver lo que iba a hacer después. Se asentó en el diván, se arregló la falda, se puso de pie y avanzó rauda hacia la puerta.

—¡Zorra! —gritó él—. ¡Serás mía! ¡Espera y verás!

—No, si puedo evitarlo —susurró al tiempo que se recogía las enaguas y subía las escaleras prácticamente corriendo hacia su habitación. Priya, que sin duda estaba esperando su regreso, se acercó deprisa.

—Ese hombre es odioso, absolutamente odioso —siseó Zar entre dientes—. De ahora en adelante dormirás aquí conmigo, y quiero que uno de los sirvientes haga guardia junto a mi puerta a todas horas, y también en el patio. Le pagaré yo misma y dile que si deja entrar a alguien, sea quien sea, haré que le castren, ¿entiendes?

Priya parpadeó, asombrada al ver a su ama tan furiosa y vehemente, pero asintió.

—Ahora mismo hago el encargo.

—Gracias.

Zar se tendió sobre la cama y se tapó los ojos con un brazo. El hecho de saber que ni en su propia casa estaba a salvo era el colmo, y no estaba dispuesta a soportarlo.

Procuraría estar segura de que no volviera a suceder. Y si William pensaba que podría forzarla a contraer matrimonio, no sabía lo que le esperaba.

## Capítulo 8

Los Miller vivían en una casa no muy distinta a la que había alquilado Jamie, aunque bastante más grande. Como todas las de los ricos, tenía un patio muy amplio, con habitaciones y salas en la planta baja, y estaba rodeada de terrazas. En el patio había algunos senderos que lo dividían en partes, y tenía flores, arbustos, algunos árboles pequeños y un pequeño estanque en el centro. Las plantas superiores, y en esta casa había dos, siempre tenían una especie de corredor central, con ventanas y huecos a ambos lados para permitir que corriera la brisa y las ventilara. La mayoría de las casas eran de tejado plano, formando una especie de terraza con verjas alrededor, y los dueños a veces dormían allí cuando hacía demasiado calor.

En la parte delantera de la casa estaba el salón principal, que en esta zona solía llamarse *divan*. Se utilizaba para hablar de negocios, como en ese momento, y también para recibir visitas. Un sirviente algo ceñudo acompañó a Jamie hacia el salón.

—Sígueme, *sahib*.

Una vez allí, Jamie miró con interés a su alrededor. La habitación no tenía chimenea, ya que nunca hacía falta encender la calefacción en aquella zona, y el mobiliario resultaba algo escaso. Los nativos siempre se sentaban en el suelo, sobre preciosas alfombras, y apoyaban la espalda en celosías, pero Jamie se dio cuenta de que los Miller habían optado por un mobiliario más europeo. Había dos mesas y varias sillas, un escritorio que resultaba un tanto fuera de lugar y un diván bajo junto a una ventana. Eso era todo. Los suelos eran de un material duro y brillante llamado *puckha*, que se parecía un poco al mármol, aunque estaba hecho de ladrillos aplastados, una especie de cola para amalgamar, caliza y pelo de vaca. Ese suelo, junto con algunas pequeñas alfombras y adornos de pared, prestaban cierta calidez a la decoración.

—Pase y siéntese, Kinross, por favor.

Jamie siguió a su anfitrión hasta el escritorio y se olvidó de todo lo que le rodeaba en cuanto vio la hermosura que tenía delante. La señora Miller, que estaba de pie a un lado, en actitud recatada, vestía de nuevo un magnífico traje de seda, esta vez de color verde claro. Los rayos de sol que entraban por las ventanas hacían brillar su cabello oscuro y parecían convertir sus ojos en estanques de color turquesa, rodeados por aquellas impresionantes pestañas. Jamie sintió una repentina urgencia de deshacer la enorme coleta que colgaba de su hombro. Era tan larga que estaba seguro de que, si estuviera suelto, el pelo prácticamente le llegaría hasta los muslos. Seguro que sería como una cortina de seda que envolvería su piel como una capa, delineando el contorno de su cuerpo y...

Detuvo en seco el curso de sus pensamientos, pues de lo contrario no sería capaz de controlar sus reacciones físicas. No estaba allí para admirar la figura de la «Viuda de Hielo», sino para hablar de negocios. Y tampoco estaba interesado en ella. Claro que no. Respiró hondo y se volvió hacia William Miller. No permitiría que una mujer, aunque fuera de una belleza tan extraordinaria, le distrajera de su propósito, que era ayudar a Akash.

—Muchas gracias. Ha sido muy amable de su parte recibirme con tan poco tiempo de antelación.

No parecía que el hombre se alegrara mucho de verle. Por el contrario, su expresión era hosca y crispada, como si estuviera impaciente por acabar la reunión antes incluso de que hubiera empezado. Dado que apenas se conocían, esa actitud le intrigó. Jamie se sentó en la silla y se puso a esperar acontecimientos con paciencia.

William acomodó al señor Kinross en el *divan*, junto al escritorio. Zar sabía que su aparente hospitalidad era pura fachada. Todavía estaba enfadado por lo que él había denominado un «comportamiento vergonzoso» con su amigo el señor Richardson, y estaba más molesto de lo habitual por tener que permitir la presencia de Zar en aquella reunión. También había gruñido por la mañana acerca de la posibilidad de tener que hacer negocios con Kinross.

—Seguro que se trata de otro comerciante aficionado que piensa que puede sacarse un conejo de la chistera y venderme joyas de escasa calidad. Sé que voy a perder el tiempo.

Zar tuvo que reprimir sus ganas de decirle que la mayoría de los comerciantes de piedras preciosas le vendían material de escasa calidad a no ser que ella lo impidiera, simplemente porque no tenía ojo para las joyas. Le fascinaban las piedras de gran tamaño, fueran o no buenas. Aquello era un engorro, pero había renunciado a intentar aconsejarle, así que ahora se limitaba a dejar que las cosas siguieran su curso e intervenía de forma directa con los vendedores antes de cerrar un negocio. La mayoría de ellos la respetaban y escuchaban sus puntos de vista, pero algunos, faltos de escrúpulos, seguían aprovechándose de la ineptitud de William. Zar había tenido que aprender a vivir con ello.

Lo mismo ocurría con la mayor parte de las mercancías con las que comerciaban, aunque por suerte trabajaban con un intermediario muy hábil que les ayudaba a hacer negocios rentables. William era muy perezoso y solo intervenía en negocios relacionados con las piedras preciosas, lo que por una parte era una bendición y por otra una molestia.

Zar se sentó un poco apartada, mientras que William se acomodaba en la silla que una vez fue de su padre. El señor Kinross se puso cómodo al otro lado del escritorio, frente a ambos. Echó una breve mirada a Zar, pero no pareció sorprendido de verla allí, como ocurría con algunos otros comerciantes. Supuso que alguien le había

informado de su papel en la empresa, así que fue un alivio para ella no tener que dar explicaciones acerca de su presencia.

—Al parecer, quería hablar de algo conmigo..., quiero decir, con nosotros —dijo William lanzando una mirada irritada en dirección a Zar, sin disimular lo molesto que se sentía por su presencia. Ella no le hizo ni caso.

—Sí. He estado hace poco en las minas de Golconda y he pensado que quizá podrían estar interesados en algunas de las piedras que adquirí allí. No tengo la intención de volver a Europa todavía, pero si no me han informado mal ustedes tienen contactos con intermediarios que viajan de vez en cuando. Creo que el material que tengo sería muy adecuado para el mercado europeo.

—¿Ha ido personalmente a las minas? —inquirió William mirando a Kinross de hito en hito—. Creía que los extranjeros no podían viajar al interior, y menos a ese destino concreto.

Todo el mundo sabía que los rajás ejercían un control absoluto sobre las minas de la India y apenas permitían visitas. Zar también había oído que se guardaban para ellos las piedras más grandes, por lo que tenía sentido que no quisieran recibir muchos visitantes.

—Sí. Queda solo a una semana de camino del fuerte San Jorge de Madrás. Un gran amigo mío, tallador, tiene contactos allí, y viajamos juntos.

—Me resulta difícil de creer que le permitieran ir allí —dijo William, sin ocultar su escepticismo.

Kinross sonrió, pero Zar se dio cuenta de que la sonrisa no le llegó a los ojos, cuyo color gris parecía helado esta mañana.

—Siempre hay maneras y medios, señor Miller. Fingí ser un nativo del norte de la India. Como usted sabe, esa gente tiene los ojos azules o grises, como los míos.

William se encogió de hombros, como si no le interesara cómo se las había ingeniado Kinross para llegar a las riquísimas minas que, según parecía, estaban cerradas a los occidentales.

—Muy bien. Y ya que está usted aquí, podríamos echar un vistazo a lo que ha traído —dijo de un modo un tanto abrupto, con lo que su amable fachada empezó a resquebrajarse.

De un bolsillo interior, Jamie sacó una pequeña bolsa de seda blanca y desató el cordel. En el escritorio había una bandeja forrada de terciopelo. William la empujó hacia Kinross, que vació el contenido de la bolsita sobre la suave superficie. Apareció un gran diamante de corte Peruzzi, tallado con cincuenta y ocho facetas para hacer resaltar su brillo, y otras diez joyas algo más pequeñas, de variadas formas y colores. Zar vio como los ojos de William se abrían desmesuradamente al ver la gran piedra y ahogó un suspiro. ¡No! Iban a engañarle otra vez.

—¿Puedo? —preguntó William, y tras el leve gesto de asentimiento de Kinross tomó el diamante más grande y lo miró a la luz. Ni siquiera se preocupó de fijarse en el resto de las piedras expuestas, aunque algunas de ellas, desde la distancia, parecían

de excelente calidad. Zar miró a Kinross y, para su sorpresa, vio cómo le guiñaba un ojo. Frunció el ceño, preguntándose qué pretendía en realidad.

—¿Le importa que eche un vistazo a estos? —dijo Zar, señalando los diamantes más pequeños.

—En absoluto, adelante.

Los fue mirando uno por uno, mientras que William seguía estudiando su premio, sin preocuparse de nada más. Su marido había enseñado a Zar a estudiar las cuatro características claves de los diamantes, a saber, los quilates, el color, la transparencia y el corte. Esos eran los criterios de evaluación de una piedra, y por tanto se aplicó a examinar lo que buscaba. Una vez estudiados, los alineó en la bandeja en función de su calidad, y después volvió a retroceder en la silla mirando a Kinross. Vio como asentía, al parecer mostrándose de acuerdo con su juicio.

—William, ¿puedo echar un vistazo un momento? —dijo extendiendo la mano, al tiempo que su hijastro le pasaba de mala gana el diamante más grande—. Tal vez quieras ver también los demás —le indicó.

Así lo hizo, aunque se dio cuenta de que no se fijaba en ellos en realidad. Todo su pensamiento estaba centrado en la joya que tenía en ese momento entre sus manos, y pudo ver un brillo de avaricia en su mirada. Era un absoluto estúpido, pero eso ya lo sabía.

Mirándolo a la luz se dio cuenta de que tenía bastantes inclusiones, que era la denominación técnica de las imperfecciones de las joyas. Se trataba de pequeñas fisuras o de trocitos de material extraño, lo que impedía que fuera tan brillante como podría haber sido, y eso que había sido tallado con mucha habilidad precisamente para disimular algunos de esos defectos.

—¿Cuánto quiere por esto? —le preguntó a Kinross adelantándose a William que, estaba segura, estaría dispuesto a pagar por la piedra muchísimo más de lo que valía en realidad. No se le daba bien el regateo, lo sabía.

Kinross dio un precio muy exagerado, pero notó un brillo en sus ojos que le hizo saber que la estaba poniendo a prueba.

—Eso es ridículo —dijo, dejando el diamante en la bandeja—. No vale ni siquiera la mitad de esa cifra.

—Zar —dijo William mirándola con el ceño fruncido—. Yo manejaré este asunto.

—Pero...

—¿Te importaría? —No era una petición, como pudo comprobar al ver su expresión furibunda, así que Zar se retrajo.

—Muy bien.

William empezó a regatear con escasa habilidad, hasta que al fin acabaron acordando un precio excesivamente alto, y eso a pesar de que ella intentó avisarle sutilmente. Le entraron ganas de agarrarle de las solapas y zarandearlo. ¿Cómo era posible que no entendiera que el hecho de mostrar tanto interés desde el principio llevaba sin remedio a hacer un mal negocio? Era un idiota.

—¿Está usted interesada en algunas de las otras piedras, señora Miller?

—Sí, ¿por qué no compras algunas mientras yo voy a buscar el dinero para pagar esta? —propuso William—. No parecen malas. Perdome, será solo un momento —añadió dirigiéndose a Kinross.

Tan pronto como el joven hubo salido de la habitación, se volvió hacia Kinross.

—Ha perpetrado un robo a plena luz del día, y lo sabe perfectamente. Usted no es un caballero, señor mío.

—No me dice nada nuevo: no lo soy, pero su hijastro se merece todo lo que le pase por su torpeza, e incluyo esta transacción —dijo Kinross asintiendo y dejándola consternada—. Nadie debería meterse en negocios si no tiene capacidad para ello. Honestamente, no entiendo cómo no ha caído en la bancarrota hace tiempo.

—No ha ocurrido porque casi siempre puedo salvarle el pellejo —se le escapó a Zar, pero apretó los dientes para dejar de gruñir frente a ese hombre tan exasperante—. En todo caso, imagino que no va usted a atender a razones y bajar el precio, incluso aunque yo tenga claro que nos está estafando, ¿no?

Kinross la miró de frente y de repente se puso serio.

—¿Nos? ¿Esta venta afecta también a su parte del negocio?

—Por desgracia sí, aunque yo hago algunas transacciones por mi propia cuenta, lo que ayuda bastante.

Él tomó de la bandeja dos de los diamantes pequeños más valiosos y se los pasó. Su brillo enviaba destellos de fuego por toda la habitación.

—Entonces quédese con estas piedras, señora Miller, como compensación por mi «estafa». Su valor es aproximadamente el del sobreprecio que su hijastro va a pagar por la piedra grande. ¿Está de acuerdo conmigo?

—¿Me las está regalando? —dijo Zar asombrada.

—Sí, pero con la condición de que no se lo diga a él —le dijo señalando la puerta por la que había salido William hacía unos instantes—. No quiero que sufra usted las consecuencias de su estupidez. Puede que no sea un caballero, pero al menos tengo principios y no estafa a las damas. Por favor, tómelas y escóndalas.

Tal vez no estafara a las damas, pero, seguramente, se aprovechaba de las mujeres de otras maneras. Sin embargo, que no lo hiciera en los negocios resultaba un gran alivio. No obstante, se quedó un tanto aturullada y no supo cómo responder a la insólita propuesta. Como si le estuviera leyendo el pensamiento, el hombre depositó las piedras en la palma de su mano y le cerró los dedos para que se las quedara. El mero toque de su mano en los dedos hizo que se estremeciera. Levantó la vista hacia él.

—¿Está seguro de lo que hace?

—Completamente —respondió Kinross asintiendo—. Mi única intención era poner a prueba a Miller, y ya me he hecho una composición de lugar. No entraba en mis planes que usted se viera implicada.

Zar intentó dominar la agitación que sintió en la boca del estómago cuando miró

sus ojos plateados. Eran como los diamantes, transparentes, agudos, llenos de luminosidad... y muy hermosos. Contuvo sus pensamientos. El señor Kinross había estado jugando con ellos, y todavía no sabía exactamente lo que se traía entre manos. Primero la supuesta estafa y ahora esto. ¿Qué pretendía? No tenía la menor idea, pero dado que William había hecho un trato tan ruinoso, no tenía sentido rechazar la oferta que le hacía.

—Muy bien, se lo agradezco mucho. Y tiene mi palabra, señor Kinross, de que no le diré nada a William.

—Magnífico.

La sonrisa que le dedicó esta vez fue deslumbrante. Zar dio gracias a que estaba sentada, ya que le llegó a las entrañas. Y entonces apareció un brillo burlón en sus ojos.

—¿Y no ha vuelto usted a considerar mi propuesta? —preguntó él.

—¿A qué propuesta se refiere? —preguntó a su vez la joven viuda, dándose cuenta de inmediato de que la había pillado con la guardia baja.

—Pues, eh..., la de procurarle un poco de entretenimiento, si es que le apetece.

Zar no pudo evitar quedarse con la boca abierta, pero la cerró inmediatamente y le lanzó una mirada reprobatoria.

—La verdad, señor Kinross, no tengo la menor idea de a qué se refiere.

—Oh, vamos, creo que sí que lo sabe.

Seguía sonriendo, y Zar se sintió de repente muy acalorada. Montó en cólera. Tendría que dejarle muy claro a aquel individuo que ella no era una mujer de esa clase.

—Debo hacerle saber que soy una viuda respetable. Ni usted ni nadie pondrá un pie en mi dormitorio, y le agradecería que no volviera a referirse a ese asunto nunca más.

Se volvió para mirar por la ventana mientras procuraba que su respiración recobrar su ritmo habitual. Por algún motivo tenía problemas para inhalar, como si le faltara el aire, y eso le oprimía el pecho.

—Me tomo esa afirmación como un reto personal. ¿Le gustaría apostar?

## Capítulo 9

—¿Cómo dice? —exclamó Zar volviéndose de inmediato para mirar de frente a Kinross.

—Estoy dispuesto a apostar cien rupias a que lo haré. Poner un pie en su dormitorio, quiero decir —afirmó levantando las cejas, como retándola a que aceptara—. ¿Digamos que en las próximas dos semanas? —añadió con tono levemente burlón.

—No me puedo creer lo que estoy oyendo...

—Muy bien, que sean docientas, entonces. ¿Acepta?

—Mire usted, señor Kinross...

—La verdad es que negocia bien, señora Miller. Pero de trescientas rupias no paso.

Zar estuvo a punto de patalear de pura frustración, no podía creerse el descaro desplegado por Jamie, pero se las arregló para contenerse en el último momento.

—¡Jamás se me ocurriría apostarme nada con usted!

—¡Ah! Lo que pasa es que teme perder. Ya sabía yo... —dijo meneando la cabeza.

Su petulante expresión puso todavía más furiosa a la mujer, que apretó los puños y le miró desafiante.

—No temo nada.

—Bueno, pues si está tan segura tiene ante sí la oportunidad de incrementar su patrimonio en trescientas rupias, así de fácil. Tampoco sería tan malo, ¿no?

Zar respiró hondo y procuró pensar con tranquilidad, pero la mirada fría y plateada de Kinross la ponía tan nerviosa que no era capaz de aclararse. El caso es que tenía razón. Sería el dinero más fácil que hubiera ganado en su vida. Pero entonces, ¿por qué le estaba proponiendo semejante cosa? Tenía que haber gato encerrado... pero no era capaz de vislumbrar siquiera de qué se trataba.

—Muy bien, lo ha conseguido, será como usted quiera. Acepto la apuesta. Pero no me reuniré con usted en privado para recoger mis ganancias, ¿queda claro?

—Como el agua —dijo él haciendo una reverencia—. Usted tomará sus propias decisiones, y yo no pondré ninguna pega. Si gana usted, por supuesto.

Zar se disponía a insistir una vez más en que ganaría, pero en ese momento volvió William y no tuvo la oportunidad de decir nada más. Hizo un gesto casi de dolor al ver como le daba a Kinross la enorme suma de dinero por la que habían cerrado el trato, pero se mordió la lengua y no dijo nada, tal como habían acordado. Los diamantes que le había dado compensaban de sobra la pérdida, tal como él le había dicho. Y, desde luego, su hijastro no se merecía que le sacaran de su error.

Una vez completada la transacción, Kinross recogió las piedras que quedaban en la bandeja de terciopelo, las guardó en la bolsita de seda blanca y se puso de pie. Se inclinó para saludar a ambos y miró por la ventana, por la que entraba la brillante luz del sol.

—Mi criado me ha dicho que el tiempo ha sido muy impredecible últimamente, aunque es difícil de creer con un día tan espléndido como el que hace hoy. No obstante, la temporada de lluvias llegará antes de que nos demos cuenta. Me pregunto si los monzones de este año traerán niebla.

—¿Nieblas? —William arrugó la nariz y su mirada se afiló de repente. Para desconcierto de Zar, respondió tras soltar una risa bastante forzada.

—Sí, y la niebla lo esconde todo.

Kinross alzó las cejas y le miró. Después asintió pensativo.

—Desde luego que sí. Que tengan ustedes un buen día.

Se despidió con otra inclinación, y cuando empezó a andar Zar abrió la boca para preguntarle a William de qué demonios habían estado hablando, pero no pudo hacerlo, pues él siguió a Kinross hasta la puerta.

—Tenemos que darnos prisa. Sé exactamente a quien vender ese diamante gigantesco. Nos encontraremos a la hora de la cena.

Ella se quedó mirándolos, absolutamente pasmada. ¿Monzones? ¿Nieblas? ¿Por qué hablaban de esas incongruencias? ¿Y precisamente hoy? Hacía un tiempo estupendo, el mejor que podía esperarse para principios de junio, y no había ni rastro de lluvia.

Algo raro estaba cociéndose, ¿pero qué?

Decidió averiguarlo y fue a buscar a su informador.

Así que el contacto era el propio Miller. Mala cosa.

Jamie había pensado que quizá podría encontrar el modo de devolver la joya a su dueño, o al menos de engañar de alguna manera a los ladrones. Aunque existía la posibilidad de que hubiera sido el propio dueño el que hubiera organizado el robo. No, eso no podía ser. ¿O sí? De cualquier modo, su esperanza era que el contacto fuera alguien que aceptara implicarse en su plan, pero a juzgar por el comportamiento de Miller esa mañana, no había nada que hacer. El personaje no tenía la más mínima habilidad para los negocios, y quedaba claro que alguien le estaba utilizando.

También parecía evidente que Miller se había involucrado en algo demasiado peligroso, y que no tenía ni inteligencia ni agallas para controlarlo. Jamie no iba a confiar en él ni por un momento, y quienquiera que fuese el ladrón, debía tratarse de alguien muy inteligente. Sin duda había atraído al joven con fuegos artificiales. Seguramente el inglés no tenía ni idea acerca del incalculable valor del talismán, y muy probablemente no se lo iban a decir en ningún momento. Se preguntaba por qué habrían escogido a un extranjero para la tarea de sacar la joya del país, y sobre todo a

uno tan inepto como aquel. Era muy extraño.

Suspiró. Tendría que urdir un plan distinto del que había ideado en un principio, aunque sería mejor esperar a la llegada de Sanjiv. No obstante, aún tardaría días, incluso semanas. Mientras, Jamie se mantendría muy atento. Entretanto, haría que alguien siguiera a Miller. Era una buena idea, tenía que pensar en cómo organizarlo todo.

Jamie estaba muy relajado en el salón de su casa de alquiler, echado sobre una suave alfombra y dos cojines, mientras un ventilador, accionado desde el exterior por un niño, movía el aire. Hacía muchísimo calor, pero al menos se renovaba el ambiente y resultaba algo más soportable. Se preguntó sin reflexionar mucho si la hermosa viuda estaría implicada de algún modo en la trama del talismán, pero rechazó de inmediato la idea.

El desconcierto reflejado en su cara cuando planteó la pregunta acerca de los monzones y la niebla era sincero. Además, Miller fue incapaz de ocultar la emoción. Menudo patán.

Y la mujer tampoco estaba acostumbrada a hacer apuestas. Jamie movió la cabeza, descontento consigo mismo. ¿Por qué demonios la había tomado el pelo y molestado de aquella forma? ¿Acaso no había tomado la decisión firme de no tener ninguna relación con ella? Pero parecía tan vulnerable, tan vencida, cuando su hijastro se tragó el anzuelo y aceptó pagar una verdadera fortuna por el diamante que no correspondía a su valor... Aquello hizo que Jamie la mirara con otros ojos, no como a una belleza altiva y manipuladora, sino como una mujer que trataba de mantener su propio espacio y abrirse camino en un mundo dominado por los hombres. Y que trataba de controlar y reparar los daños que provocaba la enorme estupidez de su hijastro. Y eso sí que era tarea de titanes.

Estaba claro que la había juzgado de manera equivocada durante su primer encuentro. No le cabía la menor duda.

Aun así, aquello no era excusa para flirtear, que era lo que había hecho al fin y al cabo. Por Dios, estaba perdiendo los papeles.

Jamie dio un sorbo de vino e hizo una mueca. Estaba tibio y no le resultó muy agradable. En aquel momento hubiera dado lo que fuera por una bebida fría, como agua mineral sueca o una cerveza... El curso de sus pensamientos, llenos de deseos imposibles, se vio interrumpido por una suave llamada.

—Perdone, *sahib*, hay, eh..., alguien que desea hablar con usted. Está en el recibidor —le informó Kamal frunciendo el ceño.

—¿Quién es? —preguntó Jamie, a quien no le apetecía recibir visitas. Quería estar solo para discurrir la mejor manera de seguir adelante.

—Es una persona muy pequeña, *sahib*, que dice que le debe a usted algo. ¿Quiere que la mande irse?

—¿Cómo? ¿Una niña pequeña? —se asombró Jamie, incorporándose. El criado asintió con la cabeza, mostrando de forma clara una expresión de desaprobación, pero Jamie se dirigía ya hacia la puerta, jurando por lo bajo. ¿Qué querría ahora de él la ladronzuela? Porque no podía tratarse de nadie más.

Estaba en lo cierto. Permanecía allí de pie, muy cerca de la puerta, como si estuviera dispuesta a salir corriendo en caso de que Jamie cambiara de opinión y se decidiera a denunciarla a las autoridades, o al menos eso pensó él. Junto a ella estaba sentado el chuchó más sarnoso que había visto en su vida. Pequeño, marrón, de nariz respingona y una oreja levantada, mientras que la otra se movía arriba y abajo. El delgado cuerpecillo terminaba en una cola que se alzaba apuntando al techo. El perro miró a Jamie con ojos no muy distintos de los de su joven dueña, grandes, oscuros y recelosos.

En principio, se quedó de pie delante de sus nuevos visitantes, pero enseguida se puso en cuclillas para quedar a la altura de la niña. Tenía que haber hecho un gran acopio de valor para ir hasta allí. No quería asustarla, por lo que la saludó en la lengua local, el gujarati. Ya había aprendido unas cuantas frases, pues se parecía un poco al hindi, pero añadió también alguna frase en esa lengua para asegurarse de que ella le entendiera.

—*Namaste*. ¿A qué debo este placer? —dijo, y estaba a punto de volverse hacia Kamal, que permanecía detrás de él, para pedirle que tradujera lo que había dicho, cuando vio que se dibujaba una tímida sonrisa en la cara de la niña.

—Usted inglés. Poder hablar en inglés. ¿Eso bien?

—Pues claro, eso es estupendo. ¿Dónde has aprendido inglés? —le preguntó, pues muy poca gente de la zona de Surat lo hablaba, y resultaba sorprendente encontrar una niña tan pequeña capaz de hacerlo.

—Mi padre trabajar con familia inglesa. Yo escuchar. Yo aprender —dijo moviendo la cabeza arriba y abajo, demostrando lo orgullosa que estaba de sí misma. Y era lógico que se sintiera así, pensó Jamie. Debía de ser bastante lista.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó sonriendo.

—Roshani. Y este ser *Kutaro* —dijo señalando al perro, que abrió la boca en una especie de sonrisa, como si le alegrara conocer a Jamie. También agitó la cola.

—Ah, ya —dijo Jamie, pensando que acariciar al perro no sería muy prudente, pese a lo simpático que parecía. Seguro que en la piel del animal habitaban todo tipo de huéspedes no deseados...—. Pero ¿a qué has venido?

—*Sahib* salvar vida a Roshani, y ahora yo servir usted para siempre.

—¿Cómo? —dijo Jamie frunciendo el ceño—. ¿Te me estás ofreciendo como sirvienta? —preguntó asombrado, mientras la niña sonreía de manera luminosa—. ¡Pero si no eres más que una niña! No puedes tener más de... ¿cuántos años tienes, seis?

—Yo ocho años. Querer servir *sahib* toda la vida —dijo, y añadió algo en su lengua materna, que su sirvienta le tradujo en voz baja al hindi.

—Dice que como usted le salvó la vida, ahora le pertenece. Le servirá para siempre, y dará la vida por usted si es necesario. Dice que ya sabe que es pequeña, pero que crecerá y se hará grande y fuerte.

—No, eso no es necesario —dijo Jamie negando con la cabeza y fijando la mirada en Roshani—. Lo único que quería era que dejaras de robar. Robarle a la gente no está bien. En lugar de eso deberías aprender algún oficio para ganarte la vida, ahora y en el futuro. En todo caso, no me debes nada.

La cara se le ensombreció y sus grandes ojos marrones se anegaron en lágrimas. Jamie no sabía si se trataba de una excelente representación teatral o si lloraba de verdad, pero en cualquier caso su llanto le afectó mucho.

—No me debes la vida —aclaró.

—Yo no querer robar. Tío obligar. Él hombre malo.

—Vives con tu tío.

—Sí, padre morir. Tío gran ladrón fuera de ciudad. ¿Ustedes decir «ban dido»? Convertir a mí en ladrona pequeña. Si no... —dijo, e hizo un gesto para representar un golpe.

—¿Te pegaría? —indicó Jamie, y la niña asintió—. ¿Y no puedes ir a ningún otro sitio? ¿Nadie puede hacerse cargo de ti?

—No. Toda familia irse —afirmó, y su cara adquirió una expresión de esperanza—. ¿Dormir fuera casa *sahib*? Yo y *Kutaro*. Vigilar.

Jamie estuvo a punto de soltar una carcajada. La idea de que le guardaran las espaldas una niña de ocho años y chucho zarrapastroso le parecía ridícula, pero se dio cuenta de que la pequeña hablaba muy en serio, y se contuvo para no herirla. Se puso de pie y le pasó la mano por el pelo, que le caía sobre los ojos.

—Demonios —susurró, y miró al sirviente pidiendo ayuda—. ¿Qué puedo hacer con ella? No puedo tener a una niña de ocho años viviendo en esta casa. No quiero que nadie piense mal. Pero tampoco puedo obligarla a irse y que se convierta sin remedio en una delincuente.

—Si permanece en las dependencias de los sirvientes, mi esposa está allí, y no sería indecoroso —dijo el criado algo dubitativo.

Jamie sopesó sus opciones. O bien dejaba que Roshani durmiera fuera de la casa, tal como sugería, y en ese caso lo más probable era que le siguiera a todas partes con el perro sarnoso pegado a sus talones, o la convencía de que permaneciera en la casa como sirvienta. Respiró hondo y se decidió por la segunda opción.

—De acuerdo, siempre que a Soraya le parezca bien, Kamal. Tal vez podáis encargarle algunas tareas. Algo como, por ejemplo, no sé,... picar verdura, o hacer algún recado. Pero primero habrá que lavarla a fondo, no quiero pulgas en mi casa. A ver si también encuentras algo de ropa que le pueda servir, y quema la que lleva —dijo mirando la harapienta túnica que vestía la pequeña—. Yo la pagaré.

—¿Has entendido, Roshani? —le preguntó mirándola fijamente—. Puedes quedarte como criada, pero solo porque quiero ayudarte. No me debes la vida, ni

mucho menos, y puedes irte cuando quieras.

—Sí, *sahib*. Quedarme aquí. ¿*Kutaro* también?

Jamie miró al perro, que golpeaba el suelo con la cola y de nuevo parecía sonreír.

—De acuerdo, *Kutaro* también —asintió—. Pero tienes que ayudar a bañarlo, después que tú misma lo hagas también.

—*Sahib*, se hará lo que usted ha dicho —dijo Kamal haciéndose cargo de la situación. Hizo una reverencia y después le dijo algo a la niña en su idioma.

En su cara se dibujó una radiante sonrisa, y los ojos le chispearon de absoluta felicidad. Empezó a dar saltitos, al igual que el chucho.

—¡Gracias, gracias, *sahib*!

—De nada, de nada, y ahora marchaos, por favor —dijo Jamie haciendo un gesto con la mano, y la niña obedeció saliendo a toda prisa detrás del criado, con el perro pegado a ella.

Él cerró los ojos, movió la cabeza de un lado a otro y habló consigo mismo en voz alta.

—¡Oh, Dios! ¿Qué acabo de hacer?

¿Pero qué otra cosa podía haber hecho? Era la única salida para una persona decente.

—Ya ha llegado el contacto, la persona que me encargaste que buscara. Debías haberme dicho que podía ser un extranjero. ¡Ha faltado muy poco para que me diera un ataque al corazón cuando ha dicho las palabras secretas delante de mi madrastra!

William estaba sentado enfrente de Mansukh, uno de los comerciantes más importantes de Surat. Era un personaje bastante grueso, de ojos oscuros e inteligentes a los que no se les escapaba nada, y tenía fama de ser un negociador muy duro que comerciaba con cualquier cosa que le reportara beneficios. De todas maneras, era la primera vez que hacían negocios juntos. William lo había intentado antes varias veces, pero él lo había rechazado, y por eso ahora se sentía feliz, ya que el gran comerciante lo había buscado a él, y no a otro. El hecho de que Mansukh hubiera confiado en él para un asunto tan importante era sintomático, en su opinión.

—Si me ayudas y tenemos éxito, compartiré contigo buena parte de los beneficios —le había prometido el comerciante. Y aunque William sospechaba que las mercancías de las que le había hablado eran con toda probabilidad ilegales, no le importó. No tenía por qué hacerlo. Este no era su país y, en cualquier caso, esperaba irse pronto de la India.

Llevaba tiempo pensando que tenía que volver a Inglaterra. Su padre le había hablado de la magnificencia de la vida de la clase alta inglesa, y que los comerciantes que habían amasado una fortuna en la India eran aceptados en el escalón social más elevado, sin importar su ascendencia.

—Puede que haya gente de la nobleza que los mire por encima del hombro, pero

aquellos que vean menguar sus fortunas y tengan que casar a muchas hijas no pondrán pegos a la falta de linaje. No pueden permitirse ser quisquillosos.

William estaba seguro de que podría encontrar una chica de ese tipo para casarse y entrar en ese mundo. Pensaba que era en el que debía estar, y no en este país dejado de la mano de Dios, en él era un don nadie. Si conseguía obligar a Zar a casarse se haría con la mitad de la herencia de ella, vendería el negocio y finalizaría el trato con Mansukh. Así tendría un capital más que suficiente para satisfacer a cualquier suegro y vivir lujosamente durante el resto de su vida.

—¿Un extranjero? —dijo Mansukh, devolviéndolo a la realidad. Parecía sorprendido y no del todo contento—. ¿Por qué?

—¿Y cómo voy a saberlo? El individuo vino a mi casa y dijo la frase requerida, aunque en inglés. No tuve la oportunidad de preguntarle, mi madrastra estaba delante.

—No claro, por supuesto que no. Deberíamos averiguar algo más acerca de él. Tienes que organizar una reunión para que nos enseñe la mercancía lo antes posible. Tengo que enviarla a Persia antes de que llegue el monzón.

—¿Vas a decirme de una vez de qué se trata? ¿O voy a tener que esperar hasta que me lo dé?

Mansukh le dirigió una mirada dubitativa, como si estuviera sopesando la fiabilidad de William y dudase de ella.

—No sé si sería bueno para ti el saberlo.

—¿Por qué? Si se trata de algo ilegal, está claro que no voy a informar a las autoridades. Sería un suicidio. Y si no me lo dices, ¿cómo sabré que el hombre me ha dado la mercancía adecuada?

Mansukh permaneció en silencio durante un rato, y finalmente asintió con la cabeza.

—De acuerdo, te lo voy a decir. Lo que trae el mensajero es un talismán que antes pertenecía al rajá de Nadur, y digamos que ya no es suyo. En todo caso, es muy, muy especial, y aquí no lo compraría nadie.

—¿Por ser robado?

—Yo no he dicho tal cosa. Ha cambiado de manos, eso es todo.

William no creyó ni por un momento lo que el otro le había dicho. No era tan estúpido.

—¿Y entonces por qué?

—Posee una magia muy poderosa, que le traería una enorme mala suerte al nuevo dueño. Cualquier marchante de joyas de la India que merezca ese nombre lo sabe, y por ello ha de ser vendido en el extranjero, y tan pronto como sea posible. Nadie debe saber de qué se trata.

—Entiendo —dijo William, aunque no estaba del todo convencido. Él no creía en la magia, pues era una superstición absurda, pero si Mansukh quería explicar así las cosas, no importaba—. ¿Qué aspecto tiene? Lo digo solo para saber que no me dan gato por liebre.

—Es un hermoso diamante rojo maravillosamente tallado, unido a un zafiro cabujón que tiene unos símbolos inscritos y a unas plumas, todo ello engarzado en oro. Estoy seguro de que habrás visto antes alguna joya de ese tipo, que son adornos de turbantes. Lo que pasa es que esta es una de las más grandes. No hay confusión posible. Creo que es única.

—Muy bien, organizaré una reunión con el contacto para realizar la transacción —dijo William sacando del bolsillo el gran diamante que le había comprado a Kinross—. Y ahora quiero enseñarte algo que quizá te interese comprar...

—¿Estás segura de que mi hijastro fue directamente a ver al comerciante Mansukh esta mañana? ¿No fue antes a ninguna otra parte?

—No, *sahiba*, fue directo allí y después volvió sin pasar por ningún otro sitio. Parecía muy contento consigo mismo e incluso un poco excitado, o al menos eso dijo Ali, y sobre todo durante el camino de ida —dijo Priya encogiéndose de hombros.

—Necesito más información, detalles. Cueste lo que cueste, tengo que saber en qué está metido. Esta repentina y amigable relación me parece muy extraña.

—Sí, resulta bastante sospechosa. Pero si esos dos están metidos en algo turbio, no sé por qué no se retira y vende su parte del negocio. No es decoroso que una mujer se dedique a estas cosas. Y no tiene ninguna necesidad. Sería lo suficientemente rica como para...

—Sí, gracias, Priya. Ya me has comentado muchas veces tus puntos de vista sobre este tema, y yo te he dicho que de momento estoy bien como estoy. Así tengo un objetivo en la vida. No tengo marido ni hijos. ¿Qué haría durante todo el día?

—Podría volver a casarse —susurró Priya, pero no se atrevió a mirar a su señora. Ese era un asunto sobre el que nunca se ponían de acuerdo.

Zar ni siquiera respondió. ¿Para qué? Priya no lo entendería nunca. El mero hecho de pensar en el matrimonio hacía que Zar se sintiera físicamente enferma, y daba gracias a Dios todos los días por disponer de medios que le permitían mantener la libertad.

—He oído que se reunió con un hombre muy guapo —dijo Priya cambiando de táctica y sonriendo—. No me lo ha contado.

Zar tuvo que volverse para evitar que la doncella viera cómo se sonrojaba. Ella solo podía estar refiriéndose al señor Kinross. ¡Maldito fuera! Cada vez que pensaba en su encuentro de por la mañana le hervía la sangre. Pero tenía la honestidad consigo misma de admitir que su desasosiego no se debía únicamente a su comportamiento presuntuoso. La verdad es que era solo por él, por el hombre en sí mismo. Le costaba aceptar, pero era cierto que ejercía sobre ella un efecto que no reconocía. Aquellos ojos, tan fríos en ciertos momentos, pero brillantes como joyas al sol instantes después, y su sonrisa... No obstante, aunque le había dejado meridianamente claro lo que pretendía de ella, jamás se lo permitiría. No era mejor que el matrimonio; de

hecho, era mucho peor.

Jamás permitiría que un hombre la volviera a tocar de aquella forma.

No importaba lo atractivo que fuera, no habría ninguna diferencia. Simplemente se divertiría con ella. Querría ponerle las manos encima, tocarla, apretarla, hacerle daño... Zar se estremeció al acordarse de cuando Francis la tocaba. No, no quería pensar en eso. Fue hace tiempo, ahora se había ido para siempre. Su marido había muerto y ya no la podía tocar.

Y Kinross no ganaría esa apuesta. De ninguna de las maneras.

## Capítulo 10

—¿Hay noticias de Madrás?

Tufan, el criado de más confianza de Bijal, había llegado a sus aposentos por un pasadizo secreto, aunque a pesar de ello hablaban en susurros, por si alguien estuviera intentando espiarles. En el palacio de Nadur todas las paredes oían, y había que ser enormemente precavido.

Situado en un rincón muy alejado de las dependencias principales del palacio, los dominios de Bijal eran casi tan lujosos como los del propio rajá. Los techos abovedados y de intrincada decoración se soportaban con columnas igualmente adornadas. Los suelos, siempre brillantes, estaban cubiertos de alfombras de gran calidad, y también había enormes cojines, sobre los que Bijal se tumbaba de vez en cuando para descansar y reflexionar acerca de sus manejos, generalmente turbios. Como Gran Visir podía permitirse todos los gastos que le apeteciera, pero apenas hacía caso de lo que le rodeaba. Para él, estos aposentos no eran más que una especie de cuartel general temporal, hasta poder llevar a cabo sus designios.

—Todo ha ido bien. El tallador tiene un amigo extranjero que accedió a llevar la mercancía a Surat. Vi con mis propios ojos como subía a un velero inglés, y conseguí que alguien de mi entera confianza entrara en la tripulación del barco para vigilarlo. Imagino que le llevará algo de tiempo ponerse en contacto con la persona indicada una vez que llegue allí.

—Excelente. De todas formas, no podemos correr el más mínimo riesgo. Debes ir tú mismo a Surat dentro de unos días y asegurarte de que todo marcha según lo hemos planeado. Yo iré después, una vez que salga la caravana de la boda. Pasará cerca de Surat, de camino hacia Ahmenavad, y organizaré una reunión contigo en los alrededores.

—¿La boda va a seguir adelante, aunque no tengan el talismán? Yo pensaba que... —empezó a decir el criado levantando las cejas.

—Le he asegurado que estoy haciendo todo lo que puedo para encontrarlo, y que no se preocupe. Las cosas seguirán tal como estaban planificadas, al menos hasta que nos acerquemos al momento. Una vez que él tenga claro que la joya no va a aparecer, tendrá que darse la vuelta, pero de momento todo sigue igual. Va a ser una absoluta vergüenza para él —explicó Bijal, cuya sonrisa de lobo se ensanchaba cada vez más—. No te preocupes, todo irá perfectamente.

—Sí mi señor —dijo Tufan haciendo una reverencia—. ¿Y el otro asunto? —preguntó el sirviente mirando nervioso alrededor, pese a que era noche cerrada y apenas había posibilidades de que hubiera nadie en las cercanías.

—Debemos actuar tal como teníamos previsto. El hermanastro del rajá es muy

fácil de manejar. Si le digo que hay una mujer muy bella esperándole en el lugar que acordamos, irá para allá de inmediato. Es muy voraz en lo que se refiere a las mujeres, así que podemos aprovecharnos de ello. Y entonces debes asegurarte de que sufre un accidente por el camino. Creo que lo mejor sería una caída desde un elefante. Lo prefiero al veneno.

—Sí, eso sería lo mejor —dijo el criado asintiendo—. Cualquiera puede caerse, sobre todo si ha bebido en exceso de ese vino extranjero que tanto le gusta, *shari...*, o *shori...* bueno, no sé exactamente cómo se llama.

—Shiraz, sí, ya lo sé. Buena idea. Me aseguraré de que alguien lo acompañe, e incluso compartiré una o dos copas con él antes de su partida. Y así, si no lo llevan bien, el pobre elefante puede desmandarse, hacerlo caer y patearlo, ¿no crees? Qué triste. ¿Mañana por la noche?

—Estaré esperando.

La noche siguiente, mientras cenaba sola, Zar volvió a pensar en las palabras de Priya. Era indiscutible que estaba muy sola. William salía prácticamente todas las noches y nunca la invitaba a acompañarle. Tampoco es que tuviera el más mínimo interés en malgastar su tiempo con él ni con sus odiosos amigos. Y sin embargo...

Si al menos tuviera un hijo. Pero no era así, y ahora tenía que estar sola y sin amigos de confianza, salvo su sirvienta.

Había probado a invitar a otras viudas inglesas tras la muerte de sus maridos, pero era como si se hubiera convertido de la noche a la mañana en una paria. La presencia de Francis a su lado aseguró las invitaciones a cenar, a acudir a recepciones, meriendas y otros pasatiempos, pero ahora el único lugar al que acudía cada cierto tiempo era a la Factoría inglesa. Y ella sabía por qué seguían invitándola.

Todavía había algún empleado o directivo que aspiraba a convencerla de que se casara, pues de esa forma se haría rico instantáneamente. Bueno, eso no iba a ocurrir de ninguna manera, podían olvidarse de ello.

El hecho de que prácticamente cada vez que acudía tuviera que rechazar alguna proposición no evitaba que siguiera asistiendo a las recepciones. Necesitaba hablar con alguien de vez en cuando, y esa era la única ocasión que tenía para hacer vida social.

—Podría intentar ponerse en contacto con la familia de su madre —le había sugerido una vez Priya, pero Zar sabía que eso no ayudaría mucho. Su madre, Noor, había sido desheredada por su padre, de la etnia parsi, por casarse con un extranjero. Zar dudaba de que la nieta fuera bien acogida. Y tampoco tenía ganas de entrar en contacto con gente tan intolerante.

Los parsis eran el tercer grupo étnico más numeroso de Surat, y se diferenciaban mucho tanto de los hindis como de los musulmanes. Su piel era más clara, aunque el pelo era tan oscuro como el de los demás, y todos los hombres se dejaban barba.

Tenían fama de ser muy trabajadores, y la mayor parte de los artesanos de la ciudad, como por ejemplo los constructores de barcos, carpinteros y tejedores, eran parsis. También cultivaban los campos de los alrededores de la ciudad. Bastantes de ellos trabajaban como sirvientes de los *bantias*, es decir, de los europeos, que los apreciaban mucho porque odiaban la pereza y la indolencia.

Zar solo sabía lo que le habían enseñado su madre y Priya, pero sí que se le había grabado a fuego una cosa: para los parsis era un deshonor morir sin descendencia. Así que, ¿cómo iba a recibir bien la familia de su madre a una mujer que no había sido capaz de engendrar un hijo después de cuatro años de matrimonio? Era un fracaso como esposa. Y pensar en ello la entristecía sin remedio.

Con un suspiro retiró la servilleta, la dejó junto al plato y se dirigió hacia las escaleras. No tenía sentido seguir allí sentada alimentando la melancolía. Era mejor irse a la cama.

—¿Puedo ayudarla, *sahiba*? —preguntó Priya acercándose, pero Zar negó con la cabeza.

—No gracias, estaré bien sola. Sube solo cuando quieras irte a dormir tú también —contestó, pues iba vestida con ropa nativa y no necesitaba ayuda para quitársela.

Su dormitorio estaba en la esquina del edificio, y desde él se veía un pequeño patio trasero. Tal como había ordenado, un criado llegaría pronto para montar guardia a la puerta, pero como aún era temprano probablemente todavía estaría cenando. Cerró la puerta, aún pensativa, y se apoyó contra ella con los ojos cerrados.

—Buenas noches, señora Miller.

La profunda voz la dejó absolutamente paralizada, excepto por el hecho de que abrió los ojos como si fueran dos platos. Así pudo entrever la figura del señor Kinross, tranquilamente sentado en una silla de mimbre, con las piernas cruzadas y de lo más relajado. Zar se puso la mano en el pecho como si intentara parar los violentos latidos de su corazón.

—¿Pero qué demonios hace usted aquí? —preguntó siseando. No quería gritar ni llamar a nadie. Si los criados la encontraban con el individuo, su reputación quedaría arruinada instantáneamente. Aunque no tendría otra opción si él intentaba... ¡No, por Dios! Tragó saliva con trabajo.

Él se levantó moviéndose sin ninguna prisa, y sonrió.

—Pues ganar nuestra apuesta, o al menos eso creo. Este es su dormitorio, ¿no es así?

Caminó hacia ella y Zar se dio cuenta de lo alto que era. Ese poder latente que emanaba de él, y que había notado previamente como si consistiera en un oleaje invisible, la hizo casi temblar. Le miró a los ojos a la escasa luz del farol que habían dejado encendido junto a su cama.

—No puede estar hablando en serio —musitó.

—Por supuesto que sí. Nunca apuesto si no estoy absolutamente seguro de que voy a ganar. Usted tampoco debería... —dijo extendiendo la mano, con la palma

hacia arriba—. Creo que me debe trescientas rupias, señora.

Zar tuvo que contenerse para no golpearle. Estaba furiosa, pero fundamentalmente consigo misma. ¡Estúpida! ¡Imbécil! ¿Cómo podía ser tan idiota? Tenía que haberse dado cuenta de la trampa que le había tendido.

—¿Cómo ha conseguido entrar? ¿A quién ha sobornado? —le preguntó, hablando todavía en voz muy baja, pero dejando muy claro con su tono glacial que cualquiera que le hubiera ayudado lo pagaría muy caro. ¿Sería por eso por lo que no había nadie en la puerta?

—A nadie —dijo negando con la cabeza—. He trepado —explicó, señalando con la cabeza las puertas que daban a un pequeño balcón—. Si quiere asegurarse de no tener visitantes nocturnos indeseados, le sugiero que pade sus plantas con más regularidad.

—Pero hay un vigilante que patrulla el patio. ¿Qué le ha hecho? —dijo Zar, que no podía dar crédito. ¿Tan fácil resultaba llegar a sus dependencias privadas desde la calle? Si Kinross lo había conseguido, cualquiera podría. Qué horror.

—Pues me temo que está bien dormido, y que lo seguirá estando al menos hasta que amanezca. Le gustó mucho la bebida que mi criado le trajo esta tarde.

—¿Será posible? Es usted un... —se interrumpió al darse cuenta de lo enrevesado de sus maquinaciones—. Eso significa que ha hecho trampa, por lo que no le debo nada —espetó.

—Pues no estoy de acuerdo. ¿Acaso establecimos algún tipo de regla para nuestra apuesta? Ahora no puede echarse atrás.

—No tengo trescientas rupias aquí. Tendrá usted que esperar —dijo Zar, aunque le costaba admitir que él tenía razón. Debería haber puesto reglas. No, en realidad lo que no tendría que haber hecho era apostar con él.

—Eso no es factible. Si no tiene el dinero aquí y ahora, deberá pagarme en especie.

Una vez más Zar abrió unos ojos como platos, al tiempo que una oleada de miedo la recorría, tan intensa que casi la paralizó.

—¿Cómo dice? ¡No!

—¿Solo un beso? —sugirió, y después miró hacia su muñeca—. Y quizás esas pulseras de oro. Deben de valer bastante.

Como si estuviera en trance, la mujer dirigió la mirada a las finas pulseras que llevaba en el brazo. Podía llevárselas, por supuesto, ¿pero un beso? No, de ninguna manera.

—Muy bien, lléveselas y la deuda estará saldada. Seguro que descubrirá que su valor supera lo acordado en la apuesta —dijo quitándoselas y extendiendo el brazo hacia él. En cualquier caso, eran demasiado anchas para ella y se le caían continuamente, impidiéndole hacer ciertos movimientos. Él las aceptó y se las puso en la muñeca en un instante. Zar le miró sorprendida. ¿Acaso no tenía huesos en la mano? Parecía como si pudiera aplastarlos y reducirlos a un hilo.

—Muchas gracias, señora Miller. ¿O puedo llamarla Zarmina?

—¿Qué? No, no puede.

—Una pena, porque a mí no me importaría que me llamase Jamie. Mis amigos me llaman así.

—Ya, pero nosotros no somos amigos —dijo ella dando un paso hacia atrás al darse cuenta de que su mirada estaba pegada a sus labios.

—Pero podríamos serlo —dijo él dando un paso, y después levantó los ojos para mirar a los suyos—, Zarmina.

Susurró su nombre y ella notó un escalofrío. Nadie lo había pronunciado nunca de una forma tan íntima, tan sensual. Y nadie lo había dicho con tanta admiración, como si fuera especial. Ella siguió de pie mientras su cara se acercaba, sin dejar de mirarla a los ojos con gran intensidad. Por lo que fuera, no podía moverse, solo observar como su boca bajaba buscando la de ella. En su fuero interno algo la urgía a alejarse, a huir tan deprisa como pudiera. Pero no lo hizo. Parecía que hubiera echado raíces en el sitio.

Le rozó los labios con los suyos con mucha suavidad y sin ningún otro contacto corporal. No la agarró de los antebrazos para impedir que se moviera como solía hacer Francis, ni tanteó ninguna otra zona de su anatomía. Su boca era dulce y sus labios estaban secos, aunque suaves. Los movió como si estuviera paladeándola, memorizando su tacto, valorándola. Zar sintió una pequeña urgencia en los labios, y los abrió un poco. Kinross, Jamie, pareció tomarse ese mínimo gesto como una invitación. Su lengua se deslizó con suavidad dentro de la boca, llegando a la punta de la suya. Zar se estremeció sin saber qué hacer.

¡Sal corriendo! ¡Dile que pare! Pero no lo hizo.

Por el contrario, su lengua, traicionera, buscó la de él, tomando la iniciativa en el juego de roces y exploraciones. Nadie la había besado antes, al menos no de esta forma. Y nunca con su consentimiento.

¿Con su consentimiento? Dios bendito...

Con un jadeo, se separó de él y le miró parpadeando. Diablos, ¿por qué tenía que pensar en él ahora con su nombre de pila? En las comisuras de su boca se dibujó una sonrisa cálida, que hizo que sus pulmones se encogieran.

—Tampoco ha estado tan mal, ¿verdad? —preguntó él, dando un paso atrás y creando el espacio para respirar que ella necesitaba casi con desesperación.

—Yo... —empezó, pero parecía haber perdido el don de la palabra, y en cualquier caso no sabía qué decir. No podía mentir. No había estado mal, en el sentido de que no había sentido pánico, como le había ocurrido otras veces cuando algún hombre lo había intentado contra su voluntad, pero, para empezar, no tenía que haber ocurrido. No obstante, había sido glorioso. Pero no, por favor, ¿en qué estaba pensando?

—Tu deuda está pagada con creces —dijo, y su sonrisa se hizo más amplia y luminosa—, a no ser que desees que continuemos, claro...

—¡No! No, por favor —dijo Zar tragando saliva, procurando poner orden en su proceso mental y mantener su cuerpo, aún desbocado, bajo control. Puso los brazos alrededor del torso para protegerse, aunque no tenía la menor idea sobre cómo podría protegerla ese gesto.

—Bueno, qué le vamos a hacer —dijo él encogiéndose de hombros y con gesto de decepción—. Si cambiases de idea, estoy seguro de que sabrás averiguar dónde vivo sin muchas dificultades. En fin, ya que es lo que quieres, debo marcharme. Buenas noches, hermosísima Zarmina.

Se dirigió al balcón y Zar observó como saltaba por la barandilla, al parecer sin la más mínima dificultad. Sintióse intrigada, salió a su vez y miró hacia el estrecho patio, pero todo estaba tranquilo y ya no había ni rastro de Jamie. Se había fundido con la noche, como si no hubiera sido otra cosa que un fruto de su imaginación.

Se tocó los labios con los dedos. Nada de imaginaciones, había sido todo muy real.

Y le había permitido besarla, no la había forzado en absoluto.

¿Qué había hecho?

¿Y por qué se había detenido él? Podría haberla obligado fácilmente a continuar. No hubiera sido nada inteligente, pero lo único que hubiera tenido que hacer era ponerle un dedo encima, con eso hubiera bastado, y ella lo sabía. Solo un beso, eso es lo que le había dicho, y mantuvo su palabra. Pero, en realidad, la palabra «solo» no hacía justicia a lo que había pasado, ahora se daba perfecta cuenta. Había sido algo extraordinario.

Jamie tenía ganas de silbar según caminaba hacia su casa atravesando las oscuras calles. Bueno, la cosa no había ido nada mal. De hecho, todo se había desarrollado según lo planeado. Salvo por el hecho de que el beso le había gustado demasiado.

Demonios, le había costado muchísimo separarse de ella.

Su intención era darle un besito, un mero toque de sus labios en los de ella, pero la cosa se había desarrollado de otra manera. Era extraño, pero ella se había comportado de una forma tan dubitativa que hubiera jurado que era la primera vez que la besaban. O por lo menos, usando la lengua.

Sonrió para sí. Bueno, quizá fuera verdad. Había conocido mujeres casadas a las que sus maridos no les habían hecho la corte previamente, ni habían desarrollado con ellas una relación física de ternura y amor, utilizándolas simplemente como recipientes seminales según su deseo y su conveniencia. Durante sus años de despreocupación juvenil, antes del matrimonio, Jamie se había especializado en «consolar» a este tipo de mujeres, pues las encontraba especialmente receptivas a determinadas atenciones, sobre todo si procedían de alguien versado en el arte de hacer el amor. Y, aparte del riesgo siempre presente de ser cazado por un marido iracundo, acostarse con esa clase de mujeres siempre era más seguro que ir detrás de

las jóvenes solteras. Lo había aprendido a su pesar.

Notó que había dejado de sonreír y que estaba ceñudo, así que dejó de pensar en el pasado y volvió al presente. ¿Era una buena idea hacerle la corte a la «Viuda de Hielo» mientras estaba en Surat? Tenía mucho tiempo mientras esperaba a Sanjiv. La señora Miller, o Zarmina, como la llamaba ahora, no tenía marido, por lo que podía haber consecuencias indeseadas. Debía asegurarse de que las cosas no fueran demasiado lejos.

Un poquito de flirteo no le haría mal a nadie, ¿verdad? Le ayudaría a no aburrirse.

Aparte de las rupias, eran muchos y variados los tipos de monedas que se usaban en las distintas partes de la India, con nombres exóticos como *pagodas*, *fanamas* y *serafines*, solo por nombrar unas pocas. Pero Surat tenía su propia moneda local, y en la casa de la Moneda, en el *maidan*, todo el mundo podía cambiar su plata por dicha moneda. La primera vez que llegó allí, Jamie se extrañó mucho de que la plata se valorara más que el propio oro. A todos los europeos se les hacía raro, pero todas las monedas de la ciudad eran de plata, y el oro tenía que cambiarse por dicho metal, a no ser que se tratara de un objeto de adorno, sin intención de comerciar y pagar con él una compra.

Se cobraba un cargo por acuñar monedas, y además, salvo que se pagara de más, había que esperar mucho para conseguirlo, pues los artesanos que lo hacían siempre tenían mucho trabajo. También podían comprarse monedas ya acuñadas, pero a un precio mucho más alto. Solo las personas que lo necesitaban con mucha urgencia recurrían a ese tipo de intercambio.

Por desgracia para Jamie, él no podía esperar, por lo que tuvo que tragarse su desprecio por esta práctica, que le parecía usurera, e ir a ver a un tratante de monedas, un *saraf*, como los denominaban en la ciudad. Estaba distraído con Zarmina cuando Miller le pagó el diamante, y se dio cuenta después de que le había dado un conjunto de monedas muy variopinto, y que ninguna de ellas era de curso legal en Surat. Miller debió de pensar que era la primera vez que estaba en la ciudad, y que no conocía la costumbre local al respecto.

Se equivocaba, pero ahora Jamie tenía que pagar un precio por su falta de atención.

—Malditos ladrones —había susurrado Andrew refiriéndose a los *sarafs*—. No solo controlan la acuñación, sino que nos tienen en sus manos porque deciden los tipos de cambio. Es un robo a la luz del día, de verdad.

Pero la necesidad obliga.

Jamie se acercó al *maidan*, en el que la actividad era tan frenética como de costumbre. Había decidido vestir una indumentaria local, así que utilizó el extremo del turbante para cubrirse la nariz y la boca e intentar evitar un ataque de tos debido a la polvareda. También le serviría para protegerse del intenso y desagradable olor,

mezcla de sudor, basura, excrementos, especias e incienso. No obstante, de lo que no podía librarse era del calor. En la India no había manera humana de lograrlo, nunca, y daba igual la ropa que llevaras.

Una gran multitud se apiñaba en las *kafilas*, las filas de carretas tiradas por bueyes que exponían y ponían a la venta los productos traídos del campo. También había muchos palanquines y un par de caballos árabes con magníficas monturas. Ropas de todo tipo pasaban sin orden ni concierto de los carros a las tiendas de los vendedores, y los funcionarios de aduanas estaban por todas partes, valorando las mercancías para que se abonaran las tasas correspondientes. Todo lo que entraba o salía de la ciudad debía pagar una tasa.

El caos era tan absoluto que apenas podía uno moverse, y el ruido era indescriptible, pero a Jamie le encantaba. No solo había comerciantes y *sarafs*, sino también ilusionistas y malabaristas, contorsionistas y encantadores de serpientes. En el *maidan* había de todo. Durante unos momentos simplemente se detuvo para mirar a su alrededor y guardar la escena en su memoria. Finalmente, se abrió camino hacia uno de los puestos de cambio, en el que había un hombre sentado en una mesa pequeña bajo una marquesina de tela, rodeado literalmente de bolsas de monedas.

—Bienvenido, *sahib* —dijo el hombre, invitándole con un gesto a sentarse frente a él con las piernas cruzadas—. ¿Cómo puedo ayudarle?

Así comenzó una interminable sesión de regateo. Seguramente el *saraf* pensó de entrada que Jamie era un pobre incauto que no tenía la menor idea acerca de cómo hacer una transacción favorable. Pronto se dio cuenta de su error, y cuanto más avanzaba la negociación, más parecía disfrutar el individuo. Él también sentía cierto placer negociando, y aunque sabía que al final no conseguiría el mejor trato posible, procuró minimizar las pérdidas. Podía haber sido peor.

Guardó bajo el cinto la bolsa de monedas, a la manera india. Normalmente esa ropa nativa no tenía bolsillos, ni se llevaban carteras o bolsos, sino que se utilizaba el cinto, de tela y bastante ancho, para transportar todo tipo de cosas. Jamie había adoptado esta práctica, que le parecía muy inteligente. Con el dinero u otras pertenencias tan pegado al cuerpo, sabía que era mucho más difícil ser víctima de cualquiera de los ladronzuelos que operasen en la zona.

Mientras se alejaba del *saraf*, oyó una conversación en inglés que estaba produciéndose a poca distancia, y se paró a prestar atención.

—Quíteme las manos de encima, señor. Ya he rechazado su oferta y no voy a cambiar de opinión. ¡Deje de tocarme inmediatamente!

La señora Miller, Zarmina, era quien había pronunciado esas palabras, y su tono de voz parecía un tanto desesperado. Jamie se lanzó en esa dirección atravesando la multitud.

## Capítulo 11

Zar intentaba desasirse de las manos que rodeaban su cintura como si fueran grilletes. ¿Dónde estaba Priya? Había enviado a la doncella a comprar algo de fruta, justo al otro lado del *maidan*, pero ya había pasado demasiado tiempo.

—Señora Miller, está siendo usted irritablemente evasiva. Todos sabemos que tiene que casarse con alguien, y además pronto. Bien, pues podría hacerlo conmigo. En este momento ocupo el rango más alto entre los empleados de la compañía, aparte del Director. Usted podría estar socialmente por encima de las otras damas. ¿Qué mujer no desea algo así?

—Ya le he dicho, señor Richardson, que no estoy interesada en el matrimonio. Mi condición de viuda me satisface, y la posibilidad, como usted la llama, de «estar socialmente por encima» de otras damas no es uno de mis objetivos, se lo puedo asegurar.

—Pero usted debe de tener, eh..., necesidades, señora Miller. Y yo podría satisfacerlas. Le daría hijos. A usted le gustaría tener hijos, ¿verdad?

Todavía la tenía sujeta por la cintura, a pesar de sus esfuerzos por liberarse, y Zar empezó a sentir auténtico pánico. No quería que la tocara, y la sola idea de que él fuera a «satisfacer sus necesidades», haciendo con ella lo que hay que hacer para tener hijos, le ponía el estómago del revés. Una bocanada de bilis atravesó su garganta y miró alrededor en busca de ayuda, pero el cambista de moneda al que había ido a ver estaba ocupado con otro cliente y había dejado de prestarle atención. La multitud que la rodeaba iba a lo suyo, y nadie parecía notar el hecho de que ese asqueroso individuo la mantuviera sujeta en contra de su voluntad. La multitud les empujaba constantemente, pero no conseguía zafarse. Tenía que haber salido con un arma. Pero esta vez no lo había hecho.

—Vamos, déjeme en paz. Váyase.

Trató de levantar los dedos de Richardson haciendo palanca, pero no había manera. Desde atrás, alguien la empujó contra él, lo que el otro aprovechó para agarrarla también con un brazo, acercándola aún más.

—Creo que usted me debe algo por tratarme de la manera que lo hizo la última vez que nos vimos.

Tenía tan cerca su cara que podía verle las venas de las mejillas, enrojecidas por la exposición constante al sol de la India. Aunque sería solo unos diez años mayor que ella, o sea que tendría poco más de treinta, tenía la piel ajada y ya le habían salido entradas en la frente. Además, estaba absolutamente empapado de sudor y su olor era pestilente, tanto que Zar llegó a creer que no se había bañado hacía siglos.

—Señor Richardson, si no me suelta la cintura en este instante, me verá obligada

a gritar y a montar una escena.

—¿Y de verdad cree que eso le importaría a alguno de estos bárbaros? —preguntó torciendo la boca—. Sus mujeres hacen lo que ellos les dicen, y seguramente pensarán que es usted muy rara por venir sola a hacer recados. No, esta vez no la dejaré ir hasta que no haya aceptado mi propuesta. Y ahora tampoco tiene nada con lo que golpearme.

—Creo que sería mucho mejor que soltara usted a la señora ahora mismo, caballero. —Una nueva voz se había unido a la conversación, y Zar vio a Jamie de pie frente a ella, con los brazos cruzados a la altura del pecho y una mirada desafiante. Parpadeó al verle vestido con atuendo de nativo. Resultaba un tanto extraño, pero en cierto modo le hacía parecer aún más poderoso. En todo caso, resultaba casi irresistible. La blancura de sus ropas hacía resaltar todavía más su piel profundamente bronceada, y los ojos parecían esquirlas de hielo.

—¿Quién le ha dado vela en este entierro? —gruñó Richardson, mirándole de arriba abajo con el ceño fruncido.

—Nadie, desde luego —contestó Jamie encogiéndose de hombros—, salvo por el hecho de que mi madre me educó para comportarme como un caballero. Y estoy seguro de que la suya puso todo su empeño en lograr lo mismo de usted. Una de sus enseñanzas fue que no debía tocar a las mujeres que no estuvieran interesadas en mis atenciones.

Zar tuvo que reprimir una risa histérica que intentó brotarle de las entrañas, pues eso era lo que había hecho con ella la noche anterior. Aunque no fuera exactamente el verbo «tocar» el que debía utilizarse para describir el episodio. Y ella sí que estuvo interesada. Intentó reprimir esa idea, pero no pudo. Aún en esas circunstancias, cayó en la cuenta de la contradicción consigo misma.

—Suéltela —ordenó Jamie. Su voz era baja, pero fría como un manantial de montaña. Su mirada, también gélida, pareció traspasar a Richardson.

Finalmente Richardson le soltó la cintura, pero la empujó con desprecio y de tal forma que cayó hacia atrás y pisó a alguien sin querer. Aprovechando el lío que se montó, Richardson arremetió contra Jamie, que evidentemente esperaba el ataque, porque Zar vio como se movía hacia la izquierda. Solo un instante después, su puño derecho se estampó contra la mandíbula de Richardson, con tal fuerza que Zar pudo oír el golpe, incluso por encima del estrépito del mercado. Los ojos del individuo se quedaron en blanco, y cayó como si fuera un animal que hubiera recibido un disparo.

Hubo una explosión de gritos a su alrededor. Todo el mundo gesticulaba preguntando qué era lo que había ocurrido. Jamie volvió a encogerse de hombros, haciendo gestos que indicaban que el hombre que yacía en el suelo debía de estar trastornado. Después tiró del cuerpo de Richardson y lo colocó a un lado, junto a una tienda. El gentío murmuró, pero pronto se desinteresó y volvió a atender sus asuntos.

Richardson se revolvió y gimió, pero cuando consiguió abrir los ojos no vio otra cosa que la cara de Jamie a solo unos centímetros de la suya.

—Si se le ocurre ponerle un solo dedo encima otra vez a la señora Miller, le buscaré hasta clavarle un cuchillo entre las costillas. ¿Me ha entendido? Ella no está disponible.

Zar vio como su asaltante palidecía aún más, asintiendo de mala gana. Entonces notó los dedos de Jamie bajo su codo empujándola para alejarla de allí, y poco después la tomó de la mano y se abrió paso entre la multitud sin esfuerzo aparente. Ella no intentó soltarse de su mano. Se dijo a sí misma que era por razones prácticas, pero la verdad es que le gustaban su calidez y su firmeza. A salvo. Se sentía a salvo. Y, desde luego, era gracias a él.

De hecho, no la soltó hasta que estuvieron cerca de su casa. Entonces se volvió a mirarla y relajó la mano.

—¿Estás bien? —dijo, y su mirada buscó la de ella, como si realmente le importara y se preocupara por ella. Zar sintió que sus mejillas ardían.

—Sí-sí. Gracias. Por... por rescatarme —acertó a decir, e intentó sonreír un poco—. Su madre se sentiría muy orgullosa de usted.

Él sonrió, y sus dientes brillaron contrastando con su tez morena.

—Eso espero. La verdad es que, aunque parezca raro, generalmente lo está, incluso aunque muchas veces no lo merezca. Pero les pasa a todas las madres, creo.

—Seguro que sí —dijo Zar asintiendo—. Bien, gracias de nuevo. Creo que estoy en deuda con usted una vez más.

—En absoluto. Me ha sentado de maravilla golpear a ese individuo, así que me has hecho un favor. De todos modos, ¿puedo darte un consejo?

—Supongo que sí.

—Si alguien vuelve a intentar retenerte en contra de tu voluntad, finge que vas a golpearle en la ingle. Se trata de la forma de autodefensa más habitual, pero tu asaltante estará preparado para esquivar el golpe. Así que, en lugar de hacer eso, procura golpearlo en la nariz con la frente lo más fuerte y lo más rápido que puedas. Así —explicó, e hizo una demostración actuando muy lentamente y sin hacerle daño, de modo que le tocó suavemente la nariz con la frente. Después miró hacia arriba—. ¿Comprendes?

—Sí, pero... ¿no me dolerá?

—Puede que te duela un poco, pero casi seguro que al hombre le dolerá mucho más la nariz, y te soltará. La nariz es muy sensible.

—Yo... sí, lo entiendo. Gracias. Lo tendré en cuenta.

—Excelente. Bien, pues que pases un buen día, Zarmina.

Hizo una pequeña reverencia y se alejó por la calle sin mirar hacia atrás. Zar se quedó mirándolo hasta que se perdió entre la multitud. Después respiró hondo y caminó despacio hasta su casa.

Kinross, Jamie, era un enigma. Parecía que tenía un lado caballeroso, junto a su tendencia a comportarse como un desaprensivo. Zar sabía que debía deplorar la tremenda violencia que había utilizado con Richardson, pero incluso a ella le hubiera

gustado golpearle y hacerle mucho daño. Tuvo lo que se merecía, y la próxima vez, si es que la había, haría que le sangrara la nariz de forma abundante.

Y por lo que se refería a Jamie, estaba asustada por el hecho de que le apetecía muchísimo volver a darle un beso.

—¿Quería usted verme de nuevo, señor Miller?

Jamie entró en el *divan* de William por segunda vez en pocos días, aunque no le sorprendió recibir la cita. No obstante, esta vez estaban solos, que era lo que se esperaba.

—Por supuesto que sí. Gracias por venir tan rápido.

Ambos se sentaron y William jugueteó con algunos de los papeles del escritorio antes de empezar a hablar.

—Estoy seguro de que esperaba mi aviso, tras nuestra pequeña conversación del otro día.

—Por supuesto —asintió Jamie.

—¿Y lo lleva usted encima? Quiero decir la... eh... el objeto, por decirlo así —preguntó William humedeciéndose los labios.

—No. Pensaba que en primer lugar teníamos que acordar la forma de entrega y el pago. Naturalmente, antes tengo que estar seguro de que todo se ha producido según lo acordado —dijo Jamie. Akash le había indicado que, a la entrega del talismán, recibiría una pequeña suma de dinero, aunque Jamie tenía la impresión de que la cantidad apenas cubría todas las molestias y peligros que habían corrido por llevar a cabo la transacción. Y, por supuesto, la prioridad absoluta era el regreso de su familia, sana y salva.

—Tengo que ver el objeto. De otra manera, ¿cómo puedo saber que no nos está engañando de algún modo?

—¿Nos? —dijo Jamie levantando las cejas. Tal como sospechaba, William no actuaba solo.

—Quiero decir a mí y a la... persona que transportará la mercancía hasta su destino final —dijo William frunciendo el ceño—. Además, he de decirle que el hecho de que fuera usted el correo me causó cierta sorpresa. No esperaba que fuera un inglés.

—Confío en que nadie lo esperase —dijo él sonriendo forzosamente—. Eso me ha facilitado el transporte del objeto. En realidad soy sueco, o escocés si lo prefiere —aclaró, aún sabiendo que el detalle resultaba intrascendente para el asunto, pero sentía que debía indicarlo por respeto a sus padres. Su padre había luchado por la causa jacobita<sup>[1]</sup>, por lo que el que su hijo fuera tomado por un traidor inglés le habría llenado de indignación.

—Ah, ya veo —dijo William, aunque a Jamie no le pareció que entendiera una palabra—. Bien, ¿y cuándo podrá traerla?

—No estoy seguro. ¿Cómo puedo saber que es usted de verdad la persona a quien se la he de dar?

—Vamos a ver, señor Kinross. Le di la respuesta acordada a la pregunta en clave. Eso debería bastarle —dijo William, que mostró su enojo poniéndose colorado. Era como si estuviera conteniéndose, pero Jamie pensó que no por mucho tiempo.

—Quizá —dijo Jamie mirándole con calma—. Si a usted no le importa, haré primero algunas averiguaciones y después podemos encontrarnos de nuevo.

—Pero...

—Podemos citarnos para dentro de una semana, al anochecer en el cementerio holandés, en las inmediaciones de la tumba del barón Van Reede. Si no recuerdo mal, no tiene pérdida —dijo Jamie, que había estado allí durante su primera visita a Surat y recordaba el lugar, un monumento enorme que sobresalía en comparación con todos los demás—. Si llego a la conclusión de que eso es lo que debo hacer, le entregaré el objeto en ese momento. Estaremos en contacto.

Jamie se levantó e hizo una inclinación de despedida, antes de que William tuviera tiempo de protestar otra vez. Puede que no tuviera más remedio que, finalmente, darle el talismán falso, pero quería ganar tiempo para confirmar que la familia de Akash había regresado sin más novedades. Nadie tendría el talismán hasta que él no lo supiera con total seguridad. ¿Acaso pensaban que era tan estúpido como para darles lo único con lo que podía negociar? Y si lo creían, que fueran olvidándose. Jamie también quería explorar otras posibilidades. Dado que William no era más que una marioneta, debía asegurarse de que el hombre no tendría que pagar un precio demasiado alto por su participación en el asunto.

—Que pase un buen día, señor Miller.

William se quedó hecho una furia, apretando los dientes en silencio. ¿Quién se creía que era ese individuo? ¿Y a qué estaba jugando?

No era más que un correo, por el amor de Dios.

Se puso de pie y empezó a dar saltos arriba y abajo, intentando relajarse y librarse de la frustración que le había producido la conversación con Kinross. No podía permitirse fallar en esta tarea. Era demasiado importante. Y Mansukh tampoco lo toleraría.

Al imaginarse lo que le haría el poderoso comerciante si no cumplía con su parte del acuerdo el estómago se le volvió del revés. Tenía que hacerse con el talismán como fuera, por las buenas o por las malas. Si Kinross no se lo daba, tal como habían acordado, simplemente se lo llevaría. Había mucha gente a la que se podía contratar para robar, y cualquiera de ellos podía asaltar la casa de Kinross sin problemas, buscar la joya y llevársela.

William se calmó. Al menos tenía opciones, y por supuesto que no fallaría. Simplemente tenía que tener un poco más de paciencia.

Una vez recuperado el resuello se sentó, y de repente le asaltó otra idea. ¿Y si le dijera a Mansukh que Kinross se había negado a darle la joya porque se la quería quedar para sí? William también tenía contactos propios en Persia, y de hecho había realizado en el pasado transacciones con comerciantes de joyas persas. Podía quedarse con el talismán y venderlo. No sería difícil comprar un pasaje, pues había montones de barcos que iban a diversos puertos de aquel país.

Sonrió para sí. Mansukh le echaría la culpa a Kinross, y sabe Dios lo que le haría para averiguar donde tenía escondido el objeto. Pero daba igual lo que le hicieran, ya que no podría decirle donde estaba. Simplemente, al no tenerlo, no lo sabría. Por supuesto, juraría y perjuraría que se lo había dado a William, pero ¿por qué iba a fiarse Mansukh de lo que dijera Kinross en lugar de creerle a él, si eran socios en ese negocio?

No lo haría. Y en el momento en el que el comerciante empezara a pensar que había sido estafado, él ya estaría muy lejos.

Si hubiera podido darse una palmadita en la espalda, lo habría hecho. Era un plan de lo más ingenioso. Y todo lo que tenía que hacer era poner en orden sus asuntos, venderlo todo y prepararse para la marcha. Pararía en Persia de camino a Inglaterra. Mansukh no le perseguiría hasta allí, era imposible.

Frunció el ceño por un momento. Aún tenía un problema. Debía conseguir que Zar se casara, y deprisa. Solo había una manera de lograrlo. Tenía que ver de nuevo a Richardson.

—Se reunió con el señor Kinross, ese extranjero recién llegado.

Priya estaba de nuevo informando acerca del seguimiento de Ali a William. Al escucharla, Zar frunció el ceño absolutamente confundida.

—¿El señor Kinross? ¿Pero por qué? Mi hijastro ya le pagó por el diamante grande, el que ha estado intentando vender sin éxito durante esta semana. ¿Por qué razón se habrán visto de nuevo? Además, me da la impresión de que no se llevan bien.

Volvieron a su mente las extrañas palabras que había pronunciado Kinross justo antes de irse del despacho de William. Fue algo sobre monzones y nieblas. En su momento no le pareció que tuviera sentido, y seguía sin parecérselo. ¿Sería algún tipo de clave?

—Esto no me gusta nada —dijo Zar en voz alta.

—Serán asuntos de hombres, ¿no? —respondió Priya encogiéndose de hombros.

—No, ni mucho menos. Puede que me afecten a mí de lleno. ¿Puedes pedirle a Ali que haga seguir también al señor Kinross? Lo puede hacer él o uno de sus amigos. Me gustaría saber en qué está metido.

—Muy bien, *sahiba* —suspiró Priya elevando los ojos al cielo, como si pidiera ayuda a los dioses. Zar no la hizo caso, pues estaba acostumbrada a las reacciones de

su doncella. Sabía que la muchacha le era absolutamente leal, por lo que le toleraba casi todas sus salidas de tono y las aceptaba como lo que eran: un genuino interés por el bienestar de su señora.

Una llamada en la puerta interrumpió su charla. Entró otro criado e hizo una reverencia.

—Hay un hombre que desea verla, señora. Está esperando en el patio.

—¿Un hombre?

—Sí, un *videsi*.

—¿Un extranjero? Bien, bajaré dentro de un momento.

«Podría ser Jamie. No, Kinross, por el amor de Dios, tengo que esforzarme por no pensar en él con tanta confianza. Pero ¿por qué iba a venir a plena luz del día esta vez?». Zar reaccionó con interés, tanto que sintió un espasmo en la boca del estómago, pero rápidamente controló tamaña estupidez. También podría ser uno de los insistentes moscones ingleses de la Factoría. Por Dios, que no fuera de nuevo Richardson. En todo caso, no correría ningún riesgo esta vez.

—Acompáñame Priya, por favor.

—Naturalmente, *sahiba*, Me sentaré en un rincón desde el que pueda verla.

La presencia de Priya haría que se sintiera un poco mejor. No obstante, no pudo evitar que su corazón diera un salto cuando comprobó que, en efecto, era Jamie el que estaba sentado en un banco de piedra que había en medio del patio. Cuando ella se aproximó se puso de pie e inclinó la cabeza.

—Señora Miller. Le doy las gracias por dedicarme su tiempo.

—Por favor, vuelva a sentarse, señor Kinross. ¿A qué debo este honor? Creo que hoy no necesito ser rescatada... —dijo Zar, sin poder evitar un deje de ironía en sus palabras. Al fin y al cabo, en su anterior visita no se había molestado en pedir permiso. Ni tampoco lo pidió para besarla... Notó como sus mejillas enrojecían al pensar en lo que había hecho sin preguntar, y se dio la vuelta para sentarse y para que no se le notara el rubor. En todo caso, la había salvado del señor Richardson. Y, además, no se tomaba confianzas en el trato. Quizá porque había testigos.

Él no contestó enseguida, y se quedó mirando hacia las plantas durante un momento, como sopesando una a una las palabras que iba a pronunciar. El silencio alteraba un tanto los nervios de Zar, por lo que decidió volver a intervenir.

—Tal vez haya venido usted a disculparse por su intrusión de la otra noche, y por las, eh..., libertades que se tomó —dijo en voz muy baja, para que nadie pudiera oírla.

Él se volvió sonriendo, y sus ojos brillaban mostrando que se estaba divirtiendo. A la luz del sol, sus iris parecían transparentes como el cristal, y Zar tuvo que apartar la mirada.

—No, no he venido a eso —contestó—. ¿Por qué esperaba usted que lo hiciera?

—Sería el comportamiento lógico de un caballero.

—Ah, pensaba que había quedado claro que no soy tal cosa.

—Pero usted dijo que su madre...

—Me educó como tal, sí. Lo que no significa que lo lograra del todo, ni que siga en todo momento sus enseñanzas. Solo lo hago cuando hay que limpiar y retirar la basura.

Zar se dio cuenta de que le estaba tomando el pelo, y aunque se sintió algo molesta, también encontró el intercambio extrañamente placentero. No podía recordar la última vez que disfrutó discutiendo o simplemente hablando con alguien. Esta charla le sirvió para notar que la sangre corría por sus venas, como solo una relación social enriquecedora puede lograr.

—Ya veo —dijo, fingiendo desdén—. Entonces, ¿qué es lo que le trae por aquí hoy? Apostaría a que nada bueno.

—Y yo que pensaba que te había vacunado contra la enfermedad de hacer apuestas contra mi, Zarmina —dijo él, riendo entre dientes. Ya volvían las confianzas...

—Era solo una forma de hablar, estoy segura de que se ha dado cuenta. Y no me llame así ni me tutee —pidió Zarmina intentando ponerse seria y evitar su familiaridad, pero todo lo que consiguió fue que su sonrisa resplandeciera todavía más.

—No hay nadie por aquí, así que creo que seguiré haciéndolo, Zarmina.

No se le ocurrió ninguna respuesta, de modo que se limitó a esperar para saber lo que quería decirle. ¿Era posible que hubiera cambiado de opinión y que, después de todo, quisiera proponerle matrimonio? Si así fuera, recibiría la misma respuesta que todos los demás.

Pero sus siguientes palabras fueron una absoluta sorpresa para ella.

—He venido para pedirte consejo acerca de una niña.

—¿Perdón, cómo dice? —preguntó mirándolo—. ¿A qué niña se refiere?

—En estos momentos he acogido bajo mi techo a una niña de ocho años —respondió Jamie suspirando—, y no sé muy bien qué hacer con ella. Es la ladronzuela que te robó el bolso el otro día y...

—¡Ah, lo sabía! Lo organizó todo para aparecer como mi salvador. Exactamente lo que pensaba.

—¿Cómo? ¡No, ni mucho menos! —exclamó Jamie, que parecía verdaderamente horrorizado, lo que la hizo dudar.

—¿No fue así? Pues parecía todo tan... adecuado a sus intereses.

—Entiendo que pueda parecerle así —dijo él asintiendo algo apesadumbrado— pero te juro por todo lo que más quiero que no lo organicé. Roshani es... era una ladronzuela. Se vio forzada a seguir ese camino empujada por un tío suyo tras la muerte de su padre, y no tuvo otra elección. Según lo que he podido saber, su tío es uno de los peores bandoleros que asolan esta zona, atacando a los viajeros desprevenidos, y la enviaba cada día a la ciudad para robar bolsos, dinero y otras mercancías. Pero vino a mi casa el otro día y se me ofreció como sirvienta para toda

la vida, porque me dijo que la había salvado de morir. No sé el castigo que hubiera recaído sobre ella si la hubiera entregado a las autoridades, pero la pobre parecía pensar que sería muy malo.

Zar no terminaba de creerse la historia y le miró con el ceño fruncido.

—Claro, por supuesto que habría sido castigada, aunque no sé exactamente de qué manera al tratarse de una niña tan pequeña —dijo encogiéndose de hombros—. Si ahora la ha tomado a su servicio, tiene usted la responsabilidad de que no vuelva a las andadas. No sé para qué necesita mi consejo. La cosa parece muy evidente, ¿no?

Jamie, que se había puesto de pie para caminar un poco, se sentó de forma repentina al lado de ella. Ahora estaba tan cerca que sus piernas se tocaban desde los muslos hasta las rodillas, pero él no pareció darse cuenta. No obstante, ella sí, y tuvo que controlar un jadeo, pues el contacto le produjo una ola de calor en todos sus miembros.

—Me ha dicho que no tiene intención de volver a robar en toda su vida, y confío en ella —dijo mientras miraba a Zar con mucha intensidad—. No es ese el problema. Por ahora está a salvo, bajo la protección de la esposa de mi criado, a la que ayuda a cocinar, limpiar y todo eso. El problema es que yo no me quedo en ningún sitio durante mucho tiempo, y tampoco voy a quedarme aquí para siempre. He alquilado la casa, que incluye la servidumbre, de forma temporal, así que, ¿qué pasará con Roshani cuando me vaya? Dudo que los criados sigan ocupándose de ella. Tampoco puedo llevármela conmigo. Y además está el perro...

—¿El perro? ¿Qué perro?

—Oh, un chuchó que va con ella. Acepté que se quedara también —dijo abriendo los brazos con gesto de resignación—. Bueno, la verdad es que no fui capaz de separarlos. Era obvio que estaban muy unidos.

Zar siguió mirándolo de hito en hito, preguntándose si estaba del todo en sus cabales. Una cosa era admitir que una ladronzuela entrara a su servicio, pero permitir además que un perro de dudosos orígenes viviera en su casa desbordaba cualquier lógica. Sin lugar a dudas era llevar la filantropía demasiado lejos.

—Ya sé, ya sé, parece una locura, ¿verdad? —dijo Jamie torciendo la boca y meneando la cabeza—, pero ¿qué quieres que te diga? Me encantan los perros. Miran de una manera tan desamparada que no puedo resistirme.

—Ya veo —dijo Zar respirando hondo. Por alguna razón, su cariño por los perros y el hecho de que era obvio que tenía muy buen corazón hizo que ella misma se ablandara. No podía evitar preguntarse si todo el asunto no sería un montaje. Era un hombre muy inteligente. ¿No estaría intentando convencerla haciéndola creer que era distinto de todos los moscones que la perseguían y apelando a sus buenos sentimientos? Pero parecía muy afectado, como si el asunto le preocupara de verdad. No había ni rastro de nada turbio en su mirada. Decidió que abordar el asunto de forma directa sería sin duda lo mejor. Cuanto antes le dijera por qué había venido, antes se marcharía, y mejor sería para su propio equilibrio emocional.

—¿Y qué es exactamente lo que quiere usted de mí, señor Kinross?

En sus ojos pareció otro pequeño brillo de diversión, como si quisiera recordarle lo que de verdad quería de ella, pero de pronto se puso muy serio.

—Sé que te parecerá de lo más extravagante, pero me preguntaba si podría pedirte que emplearas a la niña cuando yo me fuera. Si no fuera así, sé que es lo suficientemente terca como para intentar seguirme, le diga lo que le diga. Habiéndola rescatado una vez, me resultaría insoportable la idea de dejar que volviera a caer en las garras de su tío. Solo Dios sabe lo que la obligaría a hacer cuando crezca...

Dejó la frase colgando en el aire, de modo que Zar captó su significado de forma clara y precisa. Una chica joven y vulnerable sería vendida al mejor postor. Estuvo a punto de resoplar. ¡Ella sabía muy bien lo que significaba eso!

—Muy bien. Tiene mi palabra. Pero ella deberá aceptar por su propia voluntad. No quiero obligarla a que trabaje para mí, así que deberá usted persuadirla de que esa es su mejor opción.

Jamie sonrió ampliamente, lo que durante un momento la dejó sin respiración. Le agarró las manos con una de las suyas.

—Muchas gracias. Me quitas un gran peso de encima. Tengo contigo una deuda de gratitud, y jamás lo olvidaré.

Ella liberó una de sus manos, y con la otra se dio unos suaves toques en los dedos para que dejaran de temblar.

—No tiene que agradecerme nada —murmuró—. Estoy encantada de poder ayudar a una futura joven, que sin duda lo necesitará. Lo único que espero es no lamentarlo. Si me roba...

—No lo haré, estoy tan seguro que podría jurarlo. Y si lo hiciera, la compensaría con creces —le aseguró. Iba a levantarse pero de repente se detuvo—. ¡Ah!, ¿y qué pasa con el perro? —dijo abriendo los ojos con un gesto de tal consternación que Zar por poco suelta una carcajada. ¿De verdad estaba tan preocupado por el chucho? Aunque, a decir verdad, como medio parsi, su madre le había enseñado a tener en gran consideración a los perros, y en realidad le gustaban. Sin embargo, William no quería tener ninguno en la casa.

—Supongo que también puede venir —dijo suspirando—, pero tendrá que quedarse en la cocina. Si no, William lo matará. No le gustan nada los animales.

—Gracias de nuevo —dijo Jamie asintiendo—. Me aseguraré de que Roshani lo mantenga fuera del alcance de tu hijastro. —Se levantó por fin y le hizo una profunda reverencia—. ¿Quieres conocerles? Sería una buena idea que te fueras acostumbrando a tus nuevos inquilinos.

—Bueno, supongo que sí.

—¿Qué te parece si salimos un día, por ejemplo a merendar al campo? He oído que la gente suele ir de excursión a los parques de las afueras. Podría alquilar un transporte.

—Yo... bueno... —Zar no estaba muy segura de querer ir a ninguna parte con él,

incluso aunque fuera en compañía de una niña y de su perro.

—Podrías llevar a tu doncella, por supuesto, e invita a quien te apetezca. ¿Te parece bien mañana pronto por la tarde o antes de que anochezca, cuando haya pasado la hora de más calor? —Al verla dudar, volvió a hablar sonriendo—. Te juro que no te haré ninguna proposición, de ninguna clase, si es eso lo que te preocupa. Lo único que quiero es que Roshani y tú os conozcáis.

—De acuerdo —concedió Zar asintiendo—. Mañana entonces.

Él se fue, pero ella permaneció en el patio preguntándose por qué sus últimas palabras la habían dejado algo desasosegada. Debería estar contenta de que no quisiera casarse con ella, y también de que, al menos mañana, no fuera a hacerle ninguna proposición inadecuada. Pero entonces, ¿por qué le había molestado precisamente el que se lo asegurara? No tenía sentido. A no ser que, en el fondo, quisiera casarse con él. O que hicieran algo inapropiado... Pero eso era una absoluta estupidez.

No quería casarse con Jamie, ni con nadie.

Entonces, ¿por qué le vino a la mente la frase de Shakespeare en Hamlet?: «Al revés te lo digo, para que lo entiendas».

Se sacudió las enaguas energicamente, bastante enfadada consigo misma, y se dirigió a su dormitorio. Tenía cosas más importantes de las que preocuparse, y algunas de ellas incluían al propio señor Kinross y su extraña relación con William. El resto no eran más que tonterías.

## Capítulo 12

Jamie ya había visto antes a su perseguidor, el hombre de la nariz parecida a una espada *tulwar*, y no solo hoy, sino ya hacía días. Tras salir de casa de Zarmina, se dio cuenta de que le seguía de nuevo aunque, como siempre, aparentó no haberse dado cuenta. Un poco harto del asunto, se metió en una tienda absolutamente abarrotada de gente y se ocultó detrás de una enorme maceta de arcilla, para esperar a que el espía pasara de largo. Hoy no tenía ganas de seguirle la corriente.

—Hombre todavía fuera. Esperar —susurró una vocecita detrás de él.

Jamie se volvió y vio a Roshani y al chucho detrás de otra maceta, algo más pequeña, mientras el tendero los miraba frunciendo el ceño.

—¿Qué estas haciendo aquí? —le preguntó Jamie con tono severo—. ¿No deberías estar trabajando en la cocina? —La verdad es que no le importaba que paseara de vez en cuando, pero lo que no quería era que se viera mezclada en sus negocios de joyería. ¿Y si el hombre la había visto? ¿Y si la hacía daño? Solo de pensar en ello hizo que la mirara enfadado.

—Cocinera no necesitar ayuda hoy. Me dijo jugar. *Kutaro* y yo vigilar.

—¿Me has estado siguiendo? —preguntó Jamie, que suspiró cuando la vio asentir—. Mira, Roshani, te agradezco tu preocupación, pero puedo cuidarme solo. ¿Por qué crees que me he metido aquí? Solo para esperar a que pasara el hombre de la nariz grande.

—Oh, ese pasar, pero el otro hombre todavía allí —dijo la pequeña señalando hacia la izquierda, al otro lado de la calle.

—¿El otro hombre? —preguntó Jamie, asomando la cabeza con precaución. Vio a un individuo deambulando alrededor de un puesto de frutas, tocando la mercancía aunque sin mirarla, y dirigiendo vistazos furtivos a la tienda en la que estaba Jamie—. ¿Pero qué diablos...? —Le molestaba mucho haber sido tan descuidado, al no pararse a pensar que podía haber más de un espía siguiéndole. Se volvió hacia Roshani—. No le conocerás, ¿verdad?

La pregunta tenía su lógica. Surat era una ciudad bastante grande, pero si su tío era un delincuente conocido, tenía que estar relacionado con personas que hacían trabajos poco ortodoxos, como por ejemplo seguir a la gente.

—No, pero señora amiga sí conocer.

—¿Cómo dices? —exclamó Jamie levantando las cejas casi hasta el pelo—. ¿Quieres decir la señora Miller?

—Doncella hablar con hombre cuando señor marchar —dijo Roshani.

¿Zarmina había contratado a alguien para que le siguiera? ¿Por qué? Tenía que averiguarlo, y la única forma de hacerlo era preguntar.

—Bueno, gracias por decírmelo —dijo Jamie apretándole la mano a la pequeña—. Anda, vámonos a casa. Si quiere seguirnos, que lo haga, no estamos haciendo nada malo. —Pero lo pensó mejor y sonrió—. A no ser que quieras que le gastemos una broma. ¿Quieres que comprobemos cuánto tiempo pasa hasta que nos pierda de vista entre la multitud?

—¡Sí! ¡Mucho divertido! —dijo la niña, y se le iluminó la cara.

—Muy bien, vamos.

—Ali los perdió, a él y a su hija —explicó Priya mientras peinaba el pelo de su señora con movimientos suaves; sus ojos se encontraron con los de Zar al mirar al espejo del vestidor, y se encogió de hombros—. ¿Quieres que contrate a otra persona para que le siga?

—Que yo sepa, el señor Kinross no tiene ninguna hija. Debe de ser su, eh..., protegida. ¿Pero por qué iba con él? ¿Se fue de casa solo después de hablar conmigo?

—No lo sé. Quizá. ¿Quieres que despida a Ali?

—¡No! Simplemente hazle saber que no voy a pagarle por perder la pista de la persona a la que quiero que siga. Necesito saber lo que hace Ja... Kinross. Él y William. Se traen algo raro entre manos.

—No puede ser nada bueno. Su hijastro es un estúpido.

—Pues por eso. Siendo así, ¿por qué Kinross iba a hacer negocios con él? ¿Y por qué no me lo ha mencionado? Tiene que tratarse de un asunto secreto —dijo pensando en voz alta. De pronto, se le ocurrió una idea—. ¿No crees que podría ser un ladrón? ¿Falta algo de mi joyero? —preguntó alarmada. ¿Sería esa la razón por la que había sido tan comprensivo con la pequeña ladrona? ¿Porque él mismo era un ladrón? Zar no se había preguntado de dónde había sacado aquel hombre los diamantes tan magníficos que había traído. Había dado por hecho que la historia de las minas de Golconda era verdad.

—No. No falta nada, que yo haya notado.

—¿Podrías comprobarlo, por favor?

No faltaba nada. Zar movió la cabeza.

—Quiero que lo mantengamos vigilado. Dile a Ali que busque a alguien si él no es capaz de hacerlo correctamente. No puede fallar, déjaselo muy claro.

—Sí, *sahiba*.

Priya la miró resignada, y Zar sospechó que habría disfrutado despidiendo a Ali. El hombre no se había mostrado excesivamente de fiar. Pero un momento después Priya puso cara de diversión.

—Y ahora, ¿puedo preguntarle qué se va a poner mañana? Imagino que querrá estar muy guapa, ¿verdad?

—¿Y qué te hace pensar eso? Solo se trata de un picnic —dijo Zar, que se había molestado un poco al notar la mirada especulativa de Priya cuando le contó sus

planes de salida para el día siguiente.

—Sí, pero con un hombre. Y muy guapo. No hacía esto desde... bueno, desde hace mucho tiempo —dijo Priya sonriendo, como si por fin su señora estuviese recuperando el sentido común.

—Déjate de imaginar tonterías. El señor Kinross no está interesado en casarse conmigo, me lo ha dicho muy claramente. Además, ya sabes lo que pienso al respecto, aunque lo estuviera.

Pero la criada pareció no prestar atención a lo que le decía y, durante el resto de la jornada, llevó a cabo sus obligaciones canturreando y sin que aquella molesta sonrisa se borrara de su cara ni un instante. A Zar le entraron ganas de abofetearla. Pero no, nunca haría nada semejante.

Lo único que tenía que hacer era demostrarle que la salida no significaba nada.

Y a ella misma... ¿tenía que demostrárselo también?

En las afueras había muchos jardines, a cual más bonito. Eran propiedad de comerciantes muy ricos, y Jamie había obtenido un permiso para hacer uso de uno de ellos. Era una delicia escapar por un rato de las estrecheces y los olores del centro de la ciudad, y sobre todo en una tarde tan calurosa. En las semanas que precedían al monzón anual el calor se intensificaba y se volvía casi insoportable. Los niveles de humedad crecían cada día y el ambiente se convertía en un auténtico horno. Además, con tanta gente alrededor, moverse por la ciudad resultaba extremadamente desagradable. La basura se acumulaba en las calles, pues lo que se hacía con ella era simplemente tirarla fuera, y no había basureros que la recogieran. Por tanto, la ciudad solo se limpiaba cuando llegaban las lluvias del monzón.

Había alquilado palanquines para que los llevaran al lugar del picnic, y por el camino atravesaron la zona de cabañas de los trabajadores más humildes, que generalmente vivían en barrios, agrupados según sus oficios. Carpinteros, tejedores, alfareros, picapedreros y demás, que transmitían los secretos del oficio a la siguiente generación. Y las mujeres y los niños parecían ayudar a realizar muchas de las tareas. Se trataba de un entorno pacífico y relativamente falto de interés.

Cuando llegaron a su destino, Jaime ayudó a las damas a salir de los palanquines, simplemente alzándolas. Empezó por Roshani, continuó con la doncella y, finalmente, se dirigió hacia Zarmina.

—Creo que puedo arreglármelas sola —protestó ella, pero no le hizo caso.

—No creo que desee que se le rompa el vestido a causa del viaje —dijo, levantándola sin pedirle permiso. Notó que se sonrojaba, y el color le sentaba bien a sus mejillas. Él reprimió una sonrisa. Para ser una mujer que había estado casada más de tres años, se comportaba como si fuera una soltera sin la menor experiencia. La única explicación que se le ocurría era que su marido no le había hecho mucho caso, o al menos no durante las horas del día. Y siendo bastante mayor que ella, tampoco

debió de satisfacerla demasiado en el aspecto físico. Peor para él, pensó Jamie, porque era un buen bocado. Era bastante alta para ser mujer. Tenía la piel suave y curvas donde había que tenerlas. Sintió cómo su propio cuerpo respondía a la sensación de mantenerla en sus brazos al levantarla, por lo que la dejó en el suelo tan pronto como pudo.

No era ni el momento ni el lugar para dejar actuar al deseo. Tenía que concentrarse en otras cuestiones.

Kamal, que les había acompañado, ayudó a Jamie a extender alfombras para sentarse. Priya se ocupó después junto a él de desempaquetar las cestas de comida. La cocinera de Jamie había preparado viandas como para alimentar a un regimiento. Roshani y su perro miraban asombrados la enorme cantidad de comida. Seguro que ambos había pasado hambre más de una vez. Pensarlo hizo que se indignara profundamente. Su tío debería haberla cuidado, pero había hombres que no se preocupaban por sus parientes.

«¿Acaso eres tú mejor que ellos?», dijo una voz que procedía de su propia mente. «¿No has dejado a una niña indefensa al cuidado de tu madre sin siquiera dudarlo? Era responsabilidad tuya y de nadie más».

Jamie apretó los dientes. Eso era diferente. Se había preocupado por su bienestar. El hecho de que no la hubiera querido criar por sí mismo no quería decir que la hubiera dejado de lado, abandonada a su suerte. Confiaba plenamente en que su madre estaría criando y educando a Margot como debía.

Hizo un esfuerzo para volver al presente. Quería disfrutar del día, sin pensamientos lúgubres.

El jardín estaba cerca del río y resultaba muy agradable sentarse sobre las largas alfombras. Corría una ligera brisa, que al menos refrescaba un poquito el ambiente. Habían encontrado un lugar perfecto para merendar, a la sombra de un gran árbol. Jamie echó una mirada a las tres mujeres que se sentaban junto a él. La primera, Zarmina, su invitada principal, miraba a su alrededor con cierta cautela, como si temiera que fuera a raptarla. La segunda, su *ayah*, tenía una expresión especial, como si hubiera logrado una victoria largamente esperada, lo que le dejó un tanto perplejo. Y la tercera, Roshani, casi daba saltos de emoción, como su compañero perruno.

*Kutaro* estaba limpio como una patena, y su pelo oscuro tenía algunas zonas más claras, como la melaza. Desde que lo lavaron, Jamie apenas podía resistir la tentación de acariciarlo y jugar con él en cuanto lo veía. Para tratarse de un chucho que, con toda probabilidad, había sido maltratado con cierta asiduidad, resultaba ser muy cariñoso y le gustaba que le acariciaran, sobre todo detrás de las aquellas orejas desiguales que lucía. Sabía que le resultaría muy difícil abandonar al animal y a su dueña cuando llegara el momento. Echaba de menos un perro. Y por lo que respectaba a la niña, la cosa sería todavía más difícil.

—Es una tarde perfecta para una excursión, ¿no le parece, señora Miller? —dijo Jamie, que había decidido intentar dar inicio a una charla intrascendente, tal como

dictaban las normas de cortesía. Se comportó adecuadamente en aras de la buena educación, evitando el tuteo y sin llamarla por su nombre de pila.

—Sin ninguna duda.

Se dio cuenta de que ella no parecía estar muy dispuesta a ayudar. A cada observación que le hacía respondía con monosílabos. Al final se volvió hacia Roshani y se puso a charlar con ella. Hablaba con la niña todo lo que podía para que mejorara su dominio del inglés, y la verdad es que aprendía rápido.

Jamie se dio cuenta de que, cada vez que intentaba hablar con Zarmina, ella procuraba incluir en la conversación a Roshani, y que a veces traducía una frase a su idioma nativo para ayudarla. La niña se mostró algo tímida al principio, pero pronto se animó y empezó a charlar abiertamente, mitad en inglés y mitad en gujarati. También pareció alegrarse de que a la señora Miller le gustase *Kutaro* y, como siempre, el can acaparó buena parte de la atención, abriendo la boca con esa especie de sonrisa tan característica y provocando la hilaridad de todos.

La niña y su perro se comieron todo lo que les ofrecieron, hasta que ya no pudieron más. Después se tumbaron sobre una de las alfombras, cerca de donde se sentaba Kamal, y enseguida se quedaron dormidos. Priya, aunque intentaba valientemente mantener los ojos abiertos, demostraba con claridad que quería seguir su ejemplo y echarse una siesta. A Jamie le dio pena de ella.

—Señora Miller, ¿le gustaría ir a dar una vuelta por entre las higueras de Bengala? Supongo que eso nos ayudaría a que nos sentara mejor la comida — propuso Jamie, y después miró a Priya con una sonrisa—. Su doncella podrá vernos desde aquí, no iremos muy lejos. —Para su sorpresa, la criada le guiñó un ojo sin que su ama la viera, y después movió las manos animándolos a irse.

—Sí, vayan, un paseo le vendrá bien, *sahiba*.

Zarmina asintió, aunque no sin lanzar antes a su doncella una mirada asesina. Luego se levantó, abrió el parasol y puso un par de dedos sobre el brazo de Jamie, que empezó a andar hacia la orilla del río. Un gesto tan mínimo como ese le pareció muy adecuado, sintiendo como si los dedos de ella formaran parte de su brazo. Se hizo una advertencia a sí mismo. Tenía que mantener la cabeza y el corazón fríos.

No obstante, ella parecía nerviosa, y creyó notar que le temblaban un poco los dedos. Se preguntaba por qué le producía ese efecto, pero antes de preguntarle, ella empezó a hablar, tal vez para evitar que empezara a flirtear.

—¿Lleva usted mucho tiempo siendo comerciante de gemas, señor Kinross? Parece muy versado.

—Gracias —respondió, decidiendo no pasar al tuteo de momento—, me alegra que piense eso. No, solo llevo cuatro años en el negocio, pero he tenido un magnífico maestro. Uno de los mejores.

—¿El hombre que lo llevó a Golconda?

—En efecto —confirmó Jamie, sorprendido de que lo recordara. Estaba claro que no se le pasaba una.

—¿Y comercia solo con diamantes?

—No. Procuero hacerme con cualquier tipo de gema que, en mi opinión, merezca la pena. De hecho, hace poco he estado en Birmania para adquirir algunos rubíes.

—¿De verdad? ¿Algunos «sangre de paloma»? Me gustaría ver uno de esos alguna vez. Y también alguno con un asterismo.

Jamie arqueó las cejas, francamente sorprendido por sus conocimientos. La denominación «sangre de paloma» hacía referencia a los rubíes de mayor calidad, de color rojo intenso y con un ligero toque azulado. Y un rubí con un asterismo era aquel que parecía centellear con seis rayos cuando la joya se movía despacio. Eran muy raros.

—Podría tenerlos —dijo de forma un tanto críptica—, pero si fuera así, preferiría venderlos en Europa. Creo que allí obtendría un beneficio mayor.

—Sí, por supuesto. Simplemente decía que me gustaría echarles un vistazo. Nunca he visto un rubí de Birmania.

—Supongo que eso podría arreglarse —le dijo sonriendo. Vio como se volvía y admiró sus largas pestañas cerrándose y tocando las suaves mejillas. Casi se había olvidado de su objetivo, que era alejarse con ella del resto del grupo, pero ahora se acordó. Era el momento de ponerse serio y cambiar de asunto.

—Bien, hablando de otra cosa, ¿por qué ha ordenado que me sigan? —preguntó de sopetón, aunque hablando bajo para que nadie le oyera, excepto ella.

—¿Cómo? —dijo abriendo la boca y volviéndose hacia él asombrada.

—El estúpido al que di esquinazo el otro día en el bazar... Le había contratado usted, ¿verdad? ¿O es su hijastro quien me espía?

—Yo... ¡no! —exclamó Zarmina ahogadamente, mientras las mejillas se le ponían coloradas. Notó como el rubor le bajaba hasta la garganta y el pecho, que asomaba incitante por encima del escote del vestido. Le costó no fijarse en eso, pero al fin, se concentró en su cara.

—¿A qué se refiere? ¿No le ha contratado usted o no lo ha hecho Miller? —preguntó Jamie, esta vez mirándola con cierta frialdad y sin dejar de andar, obligándola a hacer lo mismo.

Notó como Zarmina respiraba profundamente y recuperaba poco a poco su color habitual.

—Bien, soy yo quien le paga. Obviamente, no entraba en mis cálculos el que usted se diera cuenta —admitió entre dientes.

—Ya lo supongo —respondió con ironía—. Lo que me gustaría saber es el porqué. ¿Está intentando averiguar algo más sobre mí porque ha cambiado de idea y piensa que, después de todo, podría ser un marido adecuado para su nivel?

—¡No! Bueno, quiero decir que yo jamás... —empezó a decir, casi jadeando—. Es decir, desde luego que no. Para que lo sepa, Ali me informó de que usted se había reunido con William, lo que me hizo sospechar, ya que yo no fui invitada a la cita y William es mi socio. Ustedes ya habían terminado su intercambio, así que tenía que

haber otra razón que explicara el que se volvieran a ver tan pronto. A decir verdad, no tengo la menor confianza en William, aunque debo aguantarlo, y me preocupó que se reuniera de nuevo con usted. Últimamente se ha estado viendo con gente poco recomendable, y quería saber cómo encaja usted en todo esto —concluyó, y se quedó mirándole con expresión resuelta—. ¿Le importaría explicármelo?

Jamie se tocó la barbilla, que estaba más suave de lo habitual, pues se la había afeitado a conciencia antes de salir. ¿Debía o no contarle lo que pasaba? Era lo suficientemente inteligente como para no contentarse con una explicación poco creíble o incompleta. Además, podía ser una aliada mucho más fiable que su hijastro. Tomó una decisión rápida.

—Si se lo explico, ¿jura por la memoria de su madre que no se lo dirá a nadie? ¿Y mucho menos a Miller?

Ella se llevó la mano al pecho y asintió, lo que hizo que, de nuevo, Jamie no tuviera más remedio que dirigir su mirada a sus formas perfectas.

—Lo juro, siempre y cuando no esté usted implicado en algo ilegal —aseguró con absoluta seriedad, lo que le indujo a fiarse de ella.

—Yo no lo estoy, pero sí otras personas. Vamos, alejémonos un poco más.

Conforme caminaban, le contó con detalle por qué había tenido que ir a Surat, omitiendo únicamente la razón por la que estaba en deuda con su amigo Akash. Tenía la corazonada de que podía confiar plenamente en ella, y además le había jurado no contárselo a nadie, porque lo que había entre él y Akash era demasiado íntimo.

Cuando hubo acabado de contarle su historia, ella suspiró.

—¿Y usted cree que William es solo el intermediario o el hombre que se supone que va a sacar del país el objeto robado?

—Tiene que ser como mínimo el intermediario. Si no lo fuera, ¿cómo iba a conocer las palabras secretas?

—No me puedo creer que sea tan estúpido —dijo ella meneando la cabeza—. ¿Cómo ha podido meterse en algo así? Aunque supongo que esto explica su reciente relación con Mansukh.

—¿Con quién?

—Es un comerciante muy influyente. Alguien con quien no le gustaría cruzarse, se lo aseguro —le dijo, y él vio cómo se estremecía un poco.

—¿Tiene contactos con otros países?

—Sin la menor duda. Es dueño de toda una flota de barcos mercantes.

—Ya. Entonces seguramente es así como piensan pasar el talismán a un comprador extranjero. No pensaba que Miller fuera capaz de hacer eso por sus propios medios. Pero no podemos permitirselo, sería una equivocación. Tiene que haber una manera de detenerlos. En primer lugar, debo estar seguro de que Akash y su familia están sanos y salvos. Después tengo que averiguar quién es el propietario. Tengo la esperanza de que Sanjiv pueda decírmelo cuando llegue, pues se supone que debía mantener los ojos y los oídos abiertos durante el viaje. Tenemos una teoría,

pero hay que estar seguros del todo.

—¿Quiere devolverlo?

—Si es posible, sí. A no ser que el robo haya sido organizado por el propietario para obtener dinero, y si fuera así no sabría qué hacer. Eso complicaría muchísimo las cosas.

—Suponiendo que el propio dueño no esté detrás de todo, ¿cómo devolvería el talismán sin que resultara incriminado usted mismo? Nadie creería que usted no es el ladrón si tiene la joya en su poder —dijo Zarmina mostrándose muy preocupada, y Jamie se quedó muy impactado al darse cuenta de que era por su causa. Ese pensamiento hizo que se tomara un respiro.

—¿Así que no te gustaría que las autoridades me detuvieran? —dijo volviendo al tuteo—. Pensaba que serías feliz librándote de mí para siempre. Otro pretendiente indeseado fuera de la circulación...

—Usted mismo me ha dicho que no le intereso como esposa —replicó ella con rapidez—. Lo único que quiere es... —Se detuvo justo a tiempo al darse cuenta de lo que iba a decir. De nuevo se sonrojó y desvió la mirada hacia la otra orilla del río.

—Si, dije exactamente que quiero lo que tú no has dicho —completó Jamie riendo entre dientes—. Y no tendría la más mínima posibilidad de hacerlo si me detienen.

Ella se volvió y le agarró del brazo, sacudiéndoselo un poco antes de volver a hablar.

—¡Es usted un hombre exasperante! ¡Sea serio! —siseó dirigiendo la mirada hacia el grupo para comprobar que nadie había visto su gesto. Priya y los demás dormían a pierna suelta.

—Lo soy —respondió él. Pero al ver sus ojos, hoy más azules que una turquesa, que brillaban de puro enfado, levantó las manos—. De acuerdo, me portaré bien. Tenemos que urdir un plan, así que el flirteo tendrá que esperar.

—Nunca habrá tal cosa —insistió ella.

—Veremos. —Volvió a sonreír y se apartó un poco para evitar que volviera a zarandearlo—. Así pues, ¿qué crees que debemos hacer?

Zarmina fingió no hacer caso de sus bromas y de su recobrada confianza, pero todavía estaba ruborizada, y a Jamie eso le complació. Al menos demostraba que no era del todo inmune a sus encantos, pese a sus protestas.

—Creo que debe esperar hasta que llegue el hermano de su amigo —propuso—, y después ponerse en contacto con el verdadero dueño por medio de una tercera persona.

—Estoy de acuerdo. Quizá lo más adecuado sería decirle al dueño cuándo y dónde se producirá la entrega a William... —empezó él, pero se detuvo al observar su cara de consternación, y rectificó la frase—, quiero decir, a Mansukh o a sus agentes. Así, los hombres del dueño podrían tender una emboscada al comerciante y recuperar la joya sin que nosotros nos veamos implicados.

—Buena idea —dijo Zarmina asintiendo—. ¿Cree que debo decirle a Ali que no deje de seguir a William, a ver si puede averiguar algo más?

—Sí, pero que no me siga a mí. Ya tengo bastante con estar pendiente del otro.

—Muy bien, se lo diré. No obstante, dudo que el comerciante permita que William intervenga en algo secreto. Tiene que saber que es un mamarracho que no sabe tener la boca cerrada.

—Tal vez tengas razón —dijo Jamie, que se detuvo un instante y la tomó de la mano con la que no sostenía el parasol. Se la llevó a los labios y la besó con suavidad—. Muchas gracias. Te prometo que puedes confiar plenamente en mí, igual que yo he confiado en ti y seguiré haciéndolo.

Ella bajó las largas pestañas pero no retiró la mano, como había hecho cuando el pobre Andrew la vio por primera vez. Miró hacia arriba buscando sus ojos.

—Confío en ti —susurró.

## Capítulo 13

—Alteza, me temo que traigo malas noticias. Muy malas. Su hermano...

Bijal estaba de pie en un rincón, junto a una columna, y escuchaba atentamente como el sirviente de más confianza del rajá le transmitía la tragedia, con voz temblorosa por la emoción.

—¿Ravi? ¿Qué ha ocurrido?

—Uno de los criados de su hermano ha llegado cabalgando. *Sahib* Dev ha tenido un accidente, y ha sido aplastado por un elefante. Todo ocurrió de forma muy repentina. Lo siento mucho, pero debo decirle que... ha muerto.

Ravi se puso de rodillas delante de su señor, con la cabeza doblada y los hombros hundidos. Dev no era muy querido en palacio, y Ravi siempre estaba del lado de su señor en las frecuentes discusiones que tenían, pero el hecho de que alguien tan joven muriera era una tragedia. Bijal lamentaba haber tenido que hacerlo, pero no había otra manera. Dev era el único heredero del rajá hasta entonces, y ahora que había muerto, solo si el matrimonio con Indira produjera descendencia se podría mantener la dinastía.

Pero si la boda no se producía... Bijal inclinó la cabeza y adoptó una expresión muy compungida, en lugar de manifestar la satisfacción que sentía. Sus condolencias tenían que parecer sinceras cuando se dejara ver. Aparentemente se trataba de una auténtica tragedia, no solo para el rajá, sino para toda la región.

—No lo comprendo. Su seguridad era muy importante, y no me cabe la menor duda de que sus guardias estaban muy atentos —dijo el rajá, cuya voz expresaba una mezcla de pena y enfado—. Tienen que explicarme con detalle lo que ha pasado. Hazlos venir, Ravi.

—Muy bien, alteza. Pero recuerde, por favor, lo terco que es... que era Dev *sahib*. Muchas veces no hacía caso ni siquiera a los que velaban por su seguridad. Y me temo que todos los presentes, incluido él, habían bebido mucho.

—Ya lo sé, ya lo sé. Era un hombre difícil, pero aún así necesito saber qué ha sucedido. Ve a buscar a su guardia, por favor.

—Ahora mismo, alteza.

Cuando el rajá fue a mirar por la ventana, con los hombros hundidos por la pena, Bijal dio un paso adelante.

—Lo siento mucho, alteza. Acepte mi más sentido pésame.

—Muchas gracias. Ahora puedes irte. Preferiría... estar solo durante un rato.

—Por supuesto.

—Pero espera un momento. ¿Hay noticias del talismán? ¿Lo has encontrado ya, o al menos tienes alguna pista?

—No, todavía no —dijo Bijal fingiendo pesadumbre y moviendo la cabeza—. Pero este país es muy grande y recibir mensajes lleva días, así que no desespere. — Todavía no.

—¡Bueno, pues encuéntralo, maldita sea! Tengo que recuperarlo, lo sabes — exclamó el rajá cubriéndose la cabeza con las manos—. El talismán trae suerte, y la necesitamos. Mira lo que ha pasado en cuanto lo hemos perdido. No me atrevo a pensar qué otros desastres causará su falta.

—Estoy haciendo todo lo que puedo, su alteza, se lo aseguro.

—Muy bien —dijo levantando los hombros y haciendo con las manos un movimiento de despedida a su Gran Visir—. Vete y sigue buscándolo.

Tras dejar la habitación, Bijal respiró muy hondo y sonrió. Otro mal augurio antes de la boda. Esto haría que el rajá se lo pensara dos veces a la hora de celebrar los esponsales, si es que la pérdida del talismán no le había disuadido ya del todo. Estaba seguro de que alguno de sus consejeros se lo haría ver.

Excelente.

—No voy a acercarme otra vez a esa maldita mujer, por mucho dinero que haya en juego.

William miró a Richardson sorprendido. Su expresión malhumorada recordaba a la de un niño pequeño al que su padre acabara de echarle una regañina.

—¿Por qué? Pensaba que habías dicho que nada te impediría casarte con ella. Anthony, dependo completamente de ti para librarme de ella. En serio, necesito tener las manos libres, y de prisa.

—Bueno, pues tendrás que buscar a otro para que se case con ella. Te repito que renuncio por completo.

—Pero ¿por qué has cambiado de idea de forma tan radical? ¿Qué ha pasado? — preguntó William, que estaba muy confuso. Hacía solo uno o dos días su amigo juraba que se vengaría de Zar por haberle hecho daño en el ojo de aquella forma—. Estoy seguro de que puedes imponerte a una débil mujer —afirmó, olvidándose a propósito de que Zar no era una mujer cualquiera, y mucho menos débil, sino todo lo contrario, como bien sabía él.

—Por supuesto que puedo, pero no quiero correr el riesgo de que me claven un cuchillo entre los hombros. Esa fue la amenaza que me hizo su guardaespaldas y, maldita sea, lo creo a pies juntillas.

—¿Guardaespaldas? ¿Quieres decir uno de sus criados? Por todos los diablos... Los haré apalear por haberte amenazado.

—No, no creo que fuera un criado. Debía de ser un pariente, o algo así. Parecía muy posesivo. Un individuo alto, nativo, pero con los ojos claros. Hablaba un inglés excelente. Sí, ahora que lo pienso, podría ser un pastún, o un afgano. Muy hábil con los puños —afirmó, y William volvió a observar el gran moratón que tenía

Richardson en la mandíbula.

—No tengo la menor idea de quién puede ser. Tal vez haya contratado a alguien para protegerse. ¡Que el diablo la lleve! De todos modos, no importa. Me libraré de él. Entonces podrás...

—¡He dicho que no! —exclamó Richardson negando con la cabeza—. He perdido el interés. Me buscaré la vida de alguna otra forma. En cualquier caso, nunca deseé en realidad relacionarme con una zorra nativa, solo sirven para lo que sirven. No podría llevarla a Londres cuando regresara. Como te he dicho, me buscaré a otra. Me he hartado de ella.

A William le hubiera gustado abofetearle, aunque sabía que no serviría de nada.

—Muy bien. Si es tu última palabra, estoy seguro de que encontraré muchos otros que estén interesados en casarse con ella y hacerse ricos.

Pero tan pronto como abandonó hecho una furia el despacho de Richardson en la factoría se dio cuenta de que no había en toda la ciudad ningún hombre tan despiadado como aquel, y Zar necesitaba una mano firme. Muy firme.

Apretó los dientes. Si esa estúpida no quería casarse, quizá debería librarse de ella de algún otro modo. Puede que no tuviera otra opción.

Por Dios, ¿qué le hizo pronunciar la frase «Confío en ti» mirándole a los ojos? Zarmina se puso las manos en las mejillas, que se le habían puesto muy calientes al pensar en la frase que había pronunciado esa tarde en respuesta a la de Jamie. Había sonado como una promesa de lealtad, casi matrimonial, cuando precisamente era eso lo que debía evitar. Para siempre, ¿no?

Puede que no quisiera casarse con ese hombre, pero ya tenía muy claro que su cuerpo traicionero le deseaba de muchas otras maneras. Con solo pensar en el acto carnal entre un hombre y una mujer se le ponía la piel de gallina de puro horror. Pero de alguna manera el hecho de que Jamie la tomara en sus brazos para levantarla le planteó la duda de si dicho acto, con ese hombre concreto, pudiera no estar tan mal al fin y al cabo. Si tal vez no todos los hombres te hacían daño cuando te tocaban y te tomaban. La había sostenido como si fuera de porcelana, con sumo cuidado, y pese a que tuvo la oportunidad, se abstuvo de rozar siquiera cualquier otra parte de su anatomía, excepto las estrictamente necesarias.

Pero ¿y si lo único que estaba haciendo era esperar con paciencia, como un tigre espera el momento oportuno, dejando primero que su presa se confíe?

Zar se estremeció. Nunca le daría su consentimiento. No podía correr el riesgo.

Priya le había dicho siempre que los hombres hacían todo lo que querían cuando pasabas a ser de su propiedad, y que las mujeres debían conformarse con ese estado de cosas. Aunque la respetaba, Zar nunca había entendido ese miedo tan enraizado de su doncella. Pero no le había contado a su *ayah* lo vulnerable y expuesta que se había sentido, teniendo que ponerse de pie desnuda delante de Francis mientras él se

regodeaba admirándola. Y cuando sus dedos arrugados empezaban a toquetear, pellizcar, apretar... Cerró los ojos y procuró apartar de su mente aquellas imágenes. Francis estaba muerto, ya no podía hacerle ningún daño.

Y, por lo que se refería a Jamie, tal vez lo único que buscaba era que sintiera una falsa seguridad y se confiara. Pero no, ella no iba a caer en eso, de ninguna manera.

A su regreso a la casa que tenía alquilada, Jamie vio que tenía un visitante, pero por desgracia no se trataba de Sanjiv, sino de Andrew. Y traía algo que a la vez deseaba y temía: una carta de su madre.

—Esta mañana ha llegado un barco desde Suecia, y han mandado un mensajero para preguntar si alguien te había visto o tenía noticias de dónde podías estar. Ha sido una suerte que yo estuviera por los alrededores, porque si no se la hubieran llevado hasta China, o quién sabe a dónde. Parece que no saben exactamente dónde tienes tu residencia principal.

—Saben que me muevo mucho de un lado para otro —dijo Jamie encogiéndose de hombros—, así que probablemente dieron instrucciones a la tripulación para que preguntaran en todos los puertos de atraque. Muchísimas gracias por traérmela.

—Ha sido un placer —contestó educadamente Andrew mirando a su alrededor mientras daba un sorbo a la bebida que le había servido el siempre eficiente Kamal—. Bueno, ¿y qué tal te las arreglas? ¿Has decidido quedarte por algún tiempo?

—Pues sí, me quedaré unas pocas semanas más. Me gusta este sitio.

—Y supongo que eso no tiene nada que ver con cierta viuda, ¿o me equivoco? —preguntó Andrew levantando irónicamente una ceja y echándole una mirada ladina, pero con un guiño cómplice que quitó hierro y malicia al comentario.

—Podría ser —respondió Jamie sin comprometerse, y de inmediato cambió de asunto—. Pero cuéntame algo de ti. ¿En que estás metido?, ¿has encontrado alguna dama que te interese? Su amigo mordió gustosamente el anzuelo y empezó a entonar líricas alabanzas acerca de una belleza local que había conocido hacía poco. Jamie dejó que se explayara hasta que le llegó el momento de marcharse. Abrió la carta de su madre después de que Andrew se hubo ido, pues sabía que su lectura le afectaría. Y así fue.

*Mi muy querido Jamie:*

*Espero que, a la recepción de esta, te encuentres bien. Me hizo muy feliz el saber que habías empezado a dedicarte a algo que te hace disfrutar, y a tu padre le interesó mucho la información acerca de los beneficios que se consiguen con el comercio de joyas. Igual es algo en lo que podríais trabajar juntos cuando regreses, ¿no te parece?*

*No quiero presionarte, pero supongo que vas a volver pronto, ¿verdad? Recuerda lo que te dije cuando te fuiste, que salir huyendo no era más que una solución temporal. La pequeña Margot crece a ojos vista, tanto en tamaño como en ganas de saber, y ha empezado a hacer preguntas. El otro día me dijo que los demás niños son muy poco amables con ella, y que la molestaban por el hecho de que su aspecto era diferente al de los demás. Su pelo es oscuro como una noche de invierno, y tanto eso como sus ojos marrones son muy poco habituales por aquí, como ya sabes. ¡Y no te haces una idea de cómo se*

*tuesta su piel cuando le da un poco el sol! Su ascendencia es evidente para todo el mundo, pero lo que yo le he dicho es que es bueno destacar entre la multitud, y que cuando crezca será mucho más hermosa que las demás, como lo era su madre. Y probablemente será así.*

*La cuestión es que te necesita, Jamie.*

*Sea quien fuere su padre, para ella lo eres tú. Yo hago y haré todo lo que pueda para detener las lenguas viperinas de los cotillas, pero tu ausencia les da alas y alimenta la maledicencia. Por favor, piensa en esto, te lo ruego. Pon las necesidades de la niña por delante de las tuyas propias. Y trata de dejar que tus demonios descansen en paz. Todo eso es pasado y Margot no tiene la más mínima culpa. Lo sabes tan bien como yo.*

*Todo el mundo está muy bien, incluidos Brice y su esposa Marsaili. ¿Sabes que ya tienen dos hijos? Espero que te llegara la carta en la que te contaba esa buena noticia. El pequeño, un niño, se llama Kenelm, en honor a su bisabuelo. Ailsa, la niña, crece sin problemas y, según su padre, va a ser tan voluntariosa y cabezota como su madre. Dado lo enamorado que Brice está de su esposa, creo que eso es un elogio. Los veremos en primavera, si Dios quiere, pues tu padre y yo estamos planeando viajar a Escocia. Cree que si vuelve ahora ya no correrá ningún peligro, y está deseando regresar para ver Rosyth y a su gente, igual que yo.*

*Cuídate mucho y no te expongas a peligros innecesarios. Te tengo siempre en mis pensamientos.*

*Con todo mi amor:*

*Mamá*

Jamie se inclinó sobre los cojines y se cubrió los ojos con una mano. Notó como apretaba la mandíbula sin querer, como si su cuerpo luchara por contener las emociones que le embargaban. Maldita vida. No quería volver a casa. No quería ver a esa niña... Pero, como siempre, su madre tenía razón. Margot no tenía ninguna culpa del inicuo comportamiento de su madre. Pero, por Dios, ¿cómo podría soportar verla cada día? ¿Y cómo podría contestar a sus preguntas? Sería incapaz de decirle la verdad y contarle cómo le había engañado Elisabet. Aquello era algo que nadie debería oír jamás acerca de su propia madre...

Poco después de ayudar a Elisabet a montar, empezaron a cabalgar rápidamente por el bosque, por el mismo camino por el que había ido antes Jamie. Se dirigían hacia una amplia granja, Granhult, donde vivía la chica con su padre viudo.

—¿Podemos entrar por la parte de atrás, por favor? —le rogó Elisabet cuando se acercaban a la casa—. Mi padre no está, pero la doncella seguramente esté todavía despierta. Karin me dijo que me esperaría.

—¿Dónde estabas? ¿Cómo consiguió el valón arrastrarte con él? —le inquirió Jamie, que intentaba imaginarse lo ocurrido y tenía muchas preguntas, aunque no sabía si ella estaba en situación de darle una respuesta.

—Estaba en el pueblo con los demás, bailando. Los mozos de cuadra de mi padre me llevaban de regreso, pero nos detuvieron cerca de donde me encontraste. Él... Luc, y sus amigos, que estaban con él al principio —contestó ella, pero empezó a sollozar otra vez y Jamie lamentó haber preguntado.

—Perdóname —se disculpó, atrayendo hacia sí su espalda para tranquilizarla—. Ya me lo contarás después.

Ella se volvió despacio y apoyó la mejilla en su pecho.

—Gracias, Jamie. Sé que solo quieres ayudarme, ¿pero no crees que sería mejor que nadie supiera nada de esto? Quiero decir, mi reputación... —dejó la frase sin acabar y Jamie captó enseguida lo que quería decir.

—¿De verdad que no quieres ni siquiera denunciar a la justicia lo que ha ocurrido? —dijo sin poder creérselo—. Pero si te han... atacado. —No quiso utilizar la palabra «violado», no fuera a ser que se echase a llorar de nuevo.

—Lo sé —dijo ella abrazándose a él y mirándole a los ojos—, pero creo que es mejor que guardemos el secreto. Solo lo contaremos si hay... consecuencias. —Lo miró con sus enormes ojos azules, cuyas pestañas aún brillaban mojadas por las lágrimas—. Por favor, Jamie, piensa en cómo se lo tomaría Brice si se enterara.

Jamie ya lo había pensado. Brice era un hombre tranquilo, que no se dejaba llevar por la ira con facilidad, pero algo así le haría estallar, sin la menor duda. Si Elisabet se las ingeniaba para mantenerlo en secreto, quizá sería lo mejor. Pero también pensaba que, si él fuera Brice, le gustaría saberlo. Su hermano iba a casarse con una mujer que ya no era virgen, aunque no fuera culpa suya. Sin duda tenía todo el derecho a saberlo.

—Me lo pensaré por la mañana —respondió. Se daba cuenta de que en ese momento no podía pensar con absoluta claridad debido al alcohol que había consumido en la fiesta, y prefería tomar decisiones cuando estuviera sobrio del todo.

—Muy bien.

La doncella de Elisabet, Karin, salió enseguida de la casa, protestando acerca de los dos mozos que habían vuelto antes sin la señorita.

—Tuve que vendarles la cabeza porque los dos tenían un buen chichón. Dijeron que les habían dado un golpe por detrás —informó nerviosa—. Pero señorita Elisabet, ¿qué le ha pasado?

La mujer la sostuvo y la ayudó a entrar en la casa. Jamie las siguió, aunque preguntándose si su presencia seguía siendo útil o no.

—Oh, por favor, ¿le importaría esperar aquí mientras compruebo cómo está? —le dijo Karin a Jamie, señalando hacia una silla que estaba junto a la gran mesa de la cocina—. Puedo necesitar su ayuda después —añadió susurrando.

Jamie no se imaginaba cómo podía ayudar a una mujer recién violada, pero se dejó caer en la silla. La cabeza le daba vueltas, por lo que apoyó los brazos sobre la mesa y dejó caer la frente sobre ellos, esperando que se le pasara el mareo.

—*Fan också!*<sup>[2]</sup> —susurró. Se trataba de un asunto terrible y no sabía bien qué era lo que debía hacer. ¿De verdad debía dejar que su hermano, que también era su mejor amigo, se casara con una muchacha que había sido forzada de esa manera? ¿Qué pasaría si Brice se enteraba después y le echaba en cara no habérselo contado? Y también querría vengarse de alguna forma, a ser posible descuartizando miembro a miembro a aquel extranjero por lo que había hecho. Sin duda que Brice desearía lo mismo si supiera lo que había pasado.

Después de que transcurrieran lo que a él le parecieron años, Karin regresó con aspecto sonriente y lloroso al mismo tiempo.

—La señorita Elisabet querría verle ahora —dijo.

—¿Verme? ¿Pero no está descansando?

—Todavía no. Ella... ella desearía verle a usted antes. Eso me ha dicho —confirmó Karin mirando al suelo, como si le diera vergüenza mirarle a los ojos—. No se preocupe, yo seré su carabina —dijo yendo hacia una alacena y sacando un par de jarras de metal—. Deje que les sirva un poco de cerveza. Quiero que la señorita tome un trago para que duerma bien.

Jamie siguió a Karin escaleras arriba hasta el dormitorio de Elisabet, y allí procuró no mirarla, pues estaba acostada en la cama y solo medio cubierta por las sábanas. Estaba vestida con un camisón y un chal y tenía la cara recién lavada, pero en cualquier caso él no se sentía nada cómodo allí. Como las circunstancias eran totalmente excepcionales, intentó alejar las dudas que empezaba a albergar. Tal vez ella solo quería asegurarse de que estaba tranquilo, y lo estaba. Al menos de momento.

—Ah, Jamie, aquí estás —dijo Elisabet, indicándole que se acercara—. Solo quería darte las gracias de nuevo. Si no hubieras aparecido en ese momento... —dijo pestañeando, y los ojos volvieron a llenársele de lágrimas.

Jamie se sentó al borde de la cama, un poco harto y deseando acabar de una vez con el asunto. Le palmeó la mano.

—Procura no pensar más en ello. Hablaremos mañana. Ahora tienes que dormir.

—Estoy de acuerdo —dijo Karin entrando con las dos jarras de cerveza—. Vamos, bébase esto. —Le dio una jarra a Elisabet y la otra se la ofreció a Jamie—. Y a usted, joven, quizá le apetezca también un trago de cerveza, ¿verdad?

—Bueno, la verdad es que yo ya... —empezó a protestar.

—Beba —insistió Karin con firmeza—. No es más que media pinta, le vendrá bien después de todo esto.

Jamie estaba demasiado cansado como para discutir, así que se bebió la jarra lo más deprisa que pudo. Ahora todo lo que deseaba era irse a su casa. La cerveza era bastante amarga e hizo un gesto. Después vio como Elisabet se bebía la suya y cerraba los ojos.

—Muchas gracias de nuevo, Jamie —susurró—. Haremos que las cosas se desarrollen bien para todos, ya lo verás.

Él no estaba seguro de lo que quería decir con eso, pero dedujo que estaba demasiado cansada como para pensar con coherencia, así que sonrió y esperó. Cuando creyó que ella ya se había dormido, intentó levantarse, pero tuvo que sostenerse con uno de los postes de la cama para no caer. La habitación daba vueltas a su alrededor de forma extraña, y parecía como si el suelo se levantara bajo él.

De repente todo se volvió negro.

Y cuando se despertó, estaba en la cama de Elisabet. Desnudo.

Jamie se levantó de golpe, intentando dejar de pensar en todo aquello. Era cosa del pasado, y sabía que tenía que hacer lo que su madre le decía, dejar que sus demonios desaparecieran. Pero aún no estaba preparado del todo. Margot todavía tendría que esperar un poco más, pero mientras tanto había otra niña pequeña a la que podía ayudar: Roshani.

Tenía que enseñarle a hablar un inglés perfecto, y también a leer y escribir. Incluso pensaba que debía asignarle una dote. Así Zarmina podría asegurarse de que tendría un buen futuro.

Fue hacia la puerta y la llamó. Cuanto antes mejor. Y aunque una molesta voz interior le decía que estaba aplacando su mala conciencia, no le hizo caso.

Cumpliré con mi deber con Margot, pero todavía no. Es demasiado pronto.

## Capítulo 14

Por la noche, el cementerio holandés prometía ser un lugar escalofriante, pero a Jamie le pareció de una belleza excepcional. Había muchísimas tumbas, y también muchos mausoleos. Tenían el aspecto de edificios indios a pequeña escala, pintados de blanco y con tejados abovedados. Algunos eran abiertos, y se trataba de pabellones que, en el centro, contenían sarcófagos. Otros estaban cerrados, como si fueran casas para los muertos. Parecía un lugar tranquilo, muy adecuado para descansar durante toda la eternidad.

El pabellón más grande de todos era el de un tal barón Adrian van Reede. Tal como había comprobado Jamie en su primera visita, tenía una doble cúpula y varias galerías, soportadas por una fila de columnas. Cuando llegó a ella contempló la decoración, compuesta por frescos con pasajes de la Biblia, y con textos escritos en holandés. A la luz del crepúsculo, apenas pudo distinguir algunas palabras. Algunas ventanas tenían también hermosas vidrieras.

Un hombre surgió desde la parte de atrás del monumento y Jamie se tensó durante un instante, hasta comprobar que era la persona con la que se había citado, William Miller.

—Llega tarde, Kinross —le hizo saber su interlocutor de forma poco cordial.

—He venido lo más pronto que he podido —respondió Jamie, que no tenía la menor intención de justificarse con Miller. Además, había llegado tarde a propósito, para poner a prueba los nervios del otro. Si planeaba hacer algo malo, lo encontraría impaciente o nervioso. A juzgar por lo que vio, lo estaba.

—Tiene que entregar lo que ha traído —espetó William—. Se le ha pagado para eso.

—Nadie me ha pagado nada todavía —indicó Jamie.

—Recibirá lo que se le debe cuando me haya entregado el, eh... la mercancía.

Jamie simuló sacudirse una mota de polvo de la manga, y decidió arriesgarse.

—Mire, Miller. He estado pensando, y quizá debiera devolverle lo suyo al rajá. Apuesto a que pagaría muchísimo por recuperarlo, ¿no le parece?

William se quedó helado y abrió unos ojos como platos.

—¿Sabe de quién es? ¿Cómo lo ha averiguado?

—Bueno, tengo mis medios y maneras —contestó reprimiendo una sonrisa. Así que Akash tenía razón, el dueño era un príncipe.

—Dudo que Nadur haga otra cosa que ejecutarle por ladrón —dijo William entre dientes.

Jamie tuvo que tragar saliva para no reírse. Nadur. Así que Akash había acertado de pleno. ¡Miller era absolutamente idiota, acababa de darle el nombre del dueño

legal! Puso la expresión más seria que pudo, movió la cabeza y siguió hablando.

—No lo creo. No soy tan estúpido como para ir a cara descubierta —balbuceó, y después suspiró como si estuviera discutiendo consigo mismo—. No obstante, sería algo muy tedioso, pues tendría que viajar de nuevo. Ahorraría tiempo si...

—¡Claro! Démelo a mí. Como le he dicho, recibirá lo que se le debe, y hasta podría añadir un pequeño extra si insiste.

Se hizo el silencio entre ellos durante un rato, mientras Jamie simulaba sopesar su oferta.

—Quiero el pago de inmediato —dijo finalmente—. Y así podría entregarlo.

—¿Qué significa eso de «podría»? —dijo William, que tenía la frente perlada de sudor. Jamie dedujo que aquello se debiera tal vez a algo más que el aire de la noche, que desde luego resultaba bastante húmedo y caluroso. Él también tenía el cuello ardiendo, y habría preferido vestirse con ropa nativa en lugar de los pantalones, la camisa, el chaleco y el blazer que llevaba.

—Vamos a ver, Kinross, entérese. Si no me lo da muy pronto, va a tener muchos problemas. Quienes lo están esperando no se caracterizan precisamente por su paciencia, como supongo que imagina. No puedo garantizar su seguridad si sigue empeñado en continuar con su estúpido juego.

Jamie se preguntó quién estaba jugando aquí. Tenía la sospecha de que era William, aunque también pensaba que no tenía el cerebro suficiente para eso.

—¿Alguien lo está esperando? Yo pensaba que era usted personalmente quien lo trasladaría al extranjero —dijo Jamie poniendo de nuevo a prueba a William, a ver si volvía a irse de la lengua sin darse cuenta.

—Bien, por supuesto que voy a ser yo, pero está claro tengo que alquilar un barco. Eso es lo que quería decir. No tengo barco propio.

Eso no parecía ser toda la verdad. ¿Cuál era exactamente el problema? Según la información que le había dado Zarmina, eso no sería un problema para Mansukh, si es que él era el dueño de los barcos en cuestión. No era posible que William fuera tan idiota como para intentar jugársela a un personaje tan peligroso como él. ¿O sí? Su madrastra seguramente diría que, desde luego, lo era.

Con el rabillo del ojo Jamie alcanzó a ver un movimiento detrás de otra tumba, y la sombra de la cara de un hombre se dibujó brevemente contra una pared blanca. No era el *Tulwar*, el espía de la nariz grande, pues hubiera sido inconfundible. ¿Quién le seguía ahora? ¿Un hombre de Zar? ¿O lo mandaba otro?

—Bueno, yo no tengo ninguna prisa —dijo con voz cansina, con ánimo de provocar a William y ver hasta qué punto estaba desesperado—. Hágame una oferta si quiere tener la mercancía pronto —dijo sonriendo, pero dejando claro que la sonrisa era absolutamente falsa.

La cara de William se ensombreció, y Jamie notó como apretaba los puños, como si se dispusiera a atacarle. Dado que él era más alto y estaba en mejor forma, el hombre se lo pensó mejor, pero estuvo claro que le costó un gran esfuerzo controlar

sus emociones.

—Muy bien —bufó William entre dientes—. Un diez por ciento extra, y ni una rupia más. Es mi última oferta. Me traerá la mercancía aquí mañana a la misma hora.

—No, no lo haré. Voy a asistir a una recepción social en la Factoría inglesa. Lo siento —dijo Jamie en un tono que indicaba que no lo sentía en absoluto—. Pensaba que usted también estaba invitado. Y también estoy ocupado unas cuantas tardes más.

—Dentro de tres días, entonces —propuso William, casi gruñendo.

—Lo siento, pero no. Me he comprometido a salir.

—Bien, le doy una semana. Siete días a partir de hoy, justo antes de la puesta de sol. Asegúrese de venir, o se acabó el trato.

William se marchó como una exhalación, sin esperar más respuestas indeseadas, y Jamie se quedó esperando para ver si el espía se iba detrás de él o se quedaba también. No ocurrió nada.

«Muy bien, si quieres seguir jugando conmigo, aquí me tienes», pensó y echó a andar hacia la puerta del cementerio sin apresurarse, pero aguzando el oído por si captaba alguna señal de que le seguían. Oyó el crujido mínimo de una piedrecilla, y así comprobó que había alguien detrás de él. ¿Pero quién era? Tenía que averiguarlo.

Rodeó la puerta de entrada y se desplazó hacia un lado, como si estuviera buscando algo en el suelo. Así no podrían verle desde dentro del cementerio, por lo que su perseguidor tendría que salir rápido si no quería perder su pista. Lo único que quería era verle y quedarse con su cara, pero enseguida se dio cuenta de que no estaba solo. Miró hacia arriba y se dio de bruces con Roshani y *Kutaro*. Estaban sentados en el suelo, apoyados contra la valla y tapados con una tela andrajosa. A la luz de la noche, la mayoría de la gente los hubiera tomado por un mendigo y su perro.

—¡Condenada niña! —susurró—. ¿Qué diablos hacéis aquí?

—Cuidar de...

—¡Shhh! Después... —pidió Jaime en voz muy baja, pues había oído el sonido de unos pasos rápidos. Se alejó de ellos para que quien mirase en esa dirección no les viera. Observó como salía un hombre, que miró a derecha e izquierda y le vio. Fingiendo que no se había dado cuenta de que le seguían, Jamie se alzó y levantó la mano, en la que llevaba su reloj de bolsillo.

—¡Qué bien! —exclamó—. ¡Lo he encontrado!

El hombre se quedó mirándolo perplejo y Jamie intentó explicarle por señas que se le había caído el reloj y que acababa de encontrarlo. El hombre asintió levemente y salió andando. Jamie sonrió para sí. Ojalá le hubiera engañado; ojalá pensara que no se había dado cuenta de que le seguían. Como mínimo, ahora sabía cual era el aspecto de este nuevo espía, aunque no para quién trabajaba.

Pero fue Roshani la que le dio la respuesta a esa pregunta.

—Él hombre muy malo —susurró, saliendo a toda prisa de donde estaba en cuanto se hubo marchado el espía—. Trabajar con tío.

—¿De verdad? —inquirió Jamie, preguntándose por qué su tío estaba metido en

el asunto—. ¿Tu tío se dedica al negocio de las joyas?

—¿Cómo?

—¿A tu tío le gustan los diamantes? Esas piedras brillantes, como esta —dijo Jamie mientras desataba su bolsita le mostraba una de las gemas—. Es un diamante —dijo, pronunciando la palabra despacio para que Roshani pudiera imitar la pronunciación.

—Sí, él gustar —respondió encogiéndose de hombros—. Pero él y ese hombre malo no buscar dai...eh...munte. Trabajar para otro hombre. Rico.

—Ah —dijo Jamie, pensando que ya lo entendía—. ¿Puede ser que ese hombre rico se llame Mansukh?

—Sí, sí, Mansukh, hombre mucho, mucho malo. Peor malo que tío.

—Eso pensaba. Entonces tenemos que asegurarnos de no cruzarnos con él, si es posible —afirmó, y se quedó mirando a Roshani con expresión enfadada—. Eso significa que de ninguna manera debes seguirme cuando salgo por la noche, ¿está claro? ¡Es muy peligroso! Aléjate de ese hombre, de tu tío y de todas las personas que tengan algo que ver con Mansukh, ¿entiendes?

Roshani asintió a regañadientes.

—Bueno, y ahora vayamos a tomar algo para cenar. La verdad es que estoy muerto de hambre.

—Yo también. *Kutaro* también.

—Vosotros dos siempre estáis muertos de hambre —dijo Jamie riendo—. De hecho, creo que tenéis un agujero en el estómago.

—¿Qué ser eso?

—Pues como un pozo sin fondo.

—¿Y eso ser malo? —preguntó Roshani con una sonrisa luminosa.

La tomó de la mano y le dio un apretoncito cariñoso.

—No, ni mucho menos. Me alegro mucho de que comas bien. Eso significa que vas a crecer con mucha salud.

Y se dio cuenta de que su bienestar empezaba a ser algo muy importante para él.

Demonios, se estaba ablandando.

—En las próximas semanas voy a marcharme, y estaré fuera durante un tiempo. Pero los sirvientes te protegerán, así que todo irá bien.

William hablaba como sin darle importancia, pero Zar notó que estaba en tensión, y que le temblaba un poco la mano mientras alzaba la copa de vino. Por una vez cenaban juntos, pues iban a ir a la Factoría inglesa, a otra de las habituales recepciones sociales.

—Entiendo. ¿A dónde irás?

—No es de tu incumbencia. No será más que un viaje corto. Aunque dependerá de si los vientos son o no favorables, claro.

—¿Así que viajarás en barco? —dijo Zar sorprendida, pues sería la primera vez que utilizara ese medio de transporte, o por lo menos desde que le conocía.

—Sí. Y ahora deja de acosarme con preguntas y termina de cenar. Tenemos que ir a esa reunión infernal.

—Pensaba que te gustaba ir a la Factoría inglesa. Siempre dices que allí encuentras buenos clientes —dijo Zar, tomándole un poco el pelo sin poder reprimirse—, y también amigos —añadió, aunque se le ensombreció el semblante al acordarse del tipo de amigos de William, entre los que se encontraba Richardson. Desde el último incidente había observado al hombre mirándola fijamente en varias ocasiones, pero no se le había acercado, haciendo caso de la advertencia de Jamie. De todas formas, tendría la precaución de no ir sola a ninguna parte, y sobre todo a la terraza del tejado.

—Normalmente sí, pero no estoy de humor. Tengo cosas en las que pensar. Muchas cosas.

Zar no le presionó más, pero decidió pedirle a Ali que estuviera especialmente atento. No le hacía muy feliz tener que espiar a su hijastro, pero lo cierto era que no confiaba en él. Había hecho todo lo posible por llevarse bien con él y trabajar de manera coordinada desde la muerte de Francis, pero él se había negado en todo momento a llegar a un punto de encuentro. En cierto modo, podía entender su resentimiento. Como hijo único, y además varón, esperaba haberlo heredado todo. El que, de repente, su padre hubiera centrado toda su atención en su nueva esposa y después le hubiera legado la mitad de su negocio debió de parecerle extremadamente injusto. Ella se lo había dicho a su marido cuando supo de sus intenciones, pero no hizo caso, y ahora tenía que soportar las consecuencias.

Pobre William. Su padre no le prestaba la menor atención en lo relativo a los negocios cuando estaba vivo; y ahora que estaba muerto, le había quitado la mitad de lo que le correspondía. No obstante, Zar tenía sus propias cruces que llevar a cuestas, y sabía que una de ellas era conservar, y si era posible mejorar, el negocio que el destino había puesto en sus manos. Ya era hora de que su hijastro madurara.

En la Factoría inglesa volvió a fijarse en Jamie, que estaba al otro lado de la estancia. Sus sentimientos habían sufrido un profundo cambio desde la primera vez que le viera. Ya no le miraba con furia, sino todo lo contrario. Y tampoco se sentía intimidada ante la posibilidad de hablar con él, como le había ocurrido apenas hacía más o menos un par semanas. ¿Cómo podría ser, solo dos semanas? Le parecía mucho más tiempo.

Esperó, y al cabo de un rato él se abrió paso entre los invitados y llegó a donde se encontraba. Estaba de pie, y esperó pacientemente a que ella terminara de hablar con un anciano que había sido amigo de Francis. Zar soltó un breve suspiro de alivio cuando el hombre dejó de mirarla como si fuera una oveja de primera clase y se dirigió hacia otro grupo.

—¿Otro pretendiente? —preguntó Jamie, con el habitual brillo bromista en los

ojos.

—Espero que no, válgame el cielo. Por lo menos nunca me lo ha pedido, aunque supongo que todavía le queda algo de tiempo, pero no demasiado —respondió ella sabiendo que el comentario era sarcástico e, incluso, algo cruel, pero no pudo evitarlo. ¿Cómo podía nadie pensar que se casaría con el primero que pasara, con la única intención de vivir una vida confortable? ¿Acaso creían de veras que eso era lo que ella consideraba confort?

—¿Qué te parece, nos hacemos con un turno en el jardín de la terraza? —sugirió Jamie, y le puso la mano en el codo para hacer que se dirigiera a las escaleras. Otra vez tuteándola. Sin embargo, no le molestaba... Hasta le gustaba. Aunque no le seguiría el juego.

—No irá a intentarlo usted también...

—No te pongas a la defensiva —contestó riendo—. Lo único que quiero es hablar. Tenemos un asunto pendiente, ¿recuerdas?

—Oh, sí, por supuesto —dijo, y pensó que se había portado como una tonta.

Una vez en la terraza, la tomó de la mano y la condujo hacia un rincón apartado. Intentó apartar los dedos, temerosa de que alguien les viera, pero por una vez el jardín estaba vacío. Estaban solos. Su mano estaba tibia y seca, y el hecho de que la suya, más pequeña, cupiera en ella la hizo sentirse segura, de una forma parecida a cuando la liberó de Richardson. Cuando la soltó, tuvo que resistir la tentación de volver a dársela.

Jamie metió una mano en el bolsillo y, a continuación, le mostró algo extendiendo la palma.

—Mira, te he traído esto. —«Esto» refulgía como el fuego de color rojo a la escasa luz de los faroles cercanos, y Zar lo tomó mirándolo con intensidad, pues inmediatamente supo de qué se trataba.

—¿Un rubí de Birmania? —dijo conteniendo el aliento—. ¡Dios mío! ¡Es tan hermoso que corta la respiración!

La piedra era enorme, del tamaño de su dedo pulgar, pero además se dio cuenta enseguida de que era especial no solo por su tamaño. Aunque el color era purísimo, del tipo llamado «sangre de paloma», lo que lo hacía único era la especie de estrella que brillaba en su superficie al moverlo, incluso a la pobre luz de los faroles. Era el famoso asterismo del que había oído hablar, pero las palabras no hacían honor a su belleza. Pese a que estaba acostumbrada a ver piedras extraordinarias, la hermosura de esta la había dejado atónita.

—Entonces, ¿te gusta la joya? —preguntó Jamie, y Zar creyó notar de nuevo un simpático tono de diversión, como si volviera a intentar bromear con ella.

—¿A qué mujer no le gustaría? —respondió con tono algo mordaz. Sabía que debía devolvérsela de inmediato, pero no podía dejar de mirarla mientras seguía moviéndola para admirar el efecto de su brillo y el extraordinario fulgor de sus tonos rojizos.

—Pensé que tú la apreciarías bastante más que cualquier otra mujer, dado que entiendes mucho de joyas, como ya he podido comprobar.

Zar le miró pensando que se estaba burlando de ella, pero por el contrario su expresión era muy seria. Así que asintió.

—Por supuesto que me parece extraordinaria, aunque también debo decirle que sobre todo aprecio su belleza como mujer, no tanto como experta en joyas —admitió; un tanto a regañadientes, extendió la mano para devolvérsela—. Muchas gracias por enseñármela.

—Por favor, quédatela. Tengo bastantes más, y la compré por muy poco dinero —dijo negando con la cabeza.

—Pero no es posible que me la esté... —empezó, y para variar, el miedo se adueñó de ella al pensar que le pediría algo a cambio. No obstante, las palabras que él pronunció a continuación tuvieron sobre ella un efecto tranquilizador.

—Considera el rubí como un regalo de gratitud por tu promesa de cuidar de Roshani cuando me vaya. Estoy muy en deuda contigo por eso. Por favor, insisto.

Él colocó ambas manos sobre las suyas, igual que había hecho cuando le dio los dos diamantes, y le cerró el puño alrededor del exquisito rubí. Ella procuró hacer caso omiso de la pequeña descarga que el gesto produjo en sus brazos.

—¿Está usted seguro?

—Pues claro que sí.

—Si es así, muy bien. Muchísimas gracias. Lo guardaré como un tesoro.

—Espléndido —dijo, dando por cerrado el asunto. Después suspiró y siguió hablando—. Y ahora no tenemos más remedio que hablar de asuntos menos agradables. No nos queda mucho tiempo. Tuve una reunión con tu hijastro ayer por la tarde. Se le escapó el nombre de la persona a la que pertenecía el talismán robado. Es el rajá de Nadur.

—¡Oh, no! He oído hablar de esa joya, y se dice que es especial y particularmente poderosa. Trae consigo la suerte, pero solo a su legítimo dueño. Para todos los demás es un peligro, y en ese caso atrae la fatalidad.

—Ya imaginaba que había algún tipo de superstición asociada al talismán. Siempre la hay con este tipo de objetos. De todas formas, creo que William va a intentar venderlo por su cuenta. Y creo que ha alquilado uno de los barcos de Mansukh para que lo lleve a dondequiera que planea ir. Aunque también me da la impresión de que el comerciante sabe exactamente lo que está pasando, porque envió a alguien a espiarnos.

—Eso cuadra con lo que William me ha dicho esta noche durante la cena. Me ha contado que va a emprender un viaje por mar. ¿Cree que está relacionado con Mansukh? ¡La verdad, este muchacho no tiene cabeza!

—Sin la menor duda. O bien los ladrones lo han organizado todo con Mansukh y, por alguna razón, este contrató a William como intermediario.

—Puede, pero no entiendo muy bien por qué.

—¿El qué? ¿El papel de William o el del comerciante?

—El de Mansukh. ¿Cómo es posible que un hombre como él haya permitido que mi hijastro sea el mensajero pudiendo hacerse él mismo con el talismán? Tendrá que darle una parte del beneficio. A no ser que planea asesinarlo... ¡oh, no, seguro que se trata de eso! —Por mucho que le desagradara el muchacho, no quería un destino así para él.

Jamie parecía estar pensando a conciencia.

—Tienes razón, y creo que acabas de dar la respuesta. ¿No has dicho que el talismán tiene una maldición? —preguntó, y Zar asintió—. Bien, pues Mansukh debe de estar utilizando a William para que se lo lleve físicamente a su nuevo dueño, de modo que si hay algún problema, no le afecte a él. Ninguno de los otros comerciantes locales de gemas aceptaría un encargo como ese, creo yo. La mayoría de los indios se mantendrían alejados de una pieza que se sabe que trae mala suerte a todo el mundo, excepto a su legítimo dueño. Por el contrario, un extranjero como William consideraría eso una superstición y una estupidez.

—Sí, seguro que es así. Entonces, ¿a dónde cree que van a llevarlo? ¿A Persia? —preguntó ella.

—Tal vez. Me consta que en ese país hay un mercado muy activo de piedras preciosas y joyería, y a muchos de los compradores no les importa si el origen de la mercancía es legal o no. Al menos eso he oído, porque nunca he estado allí.

—¿Y qué vamos a hacer? —dijo Zar mordiéndose el labio—. Tenemos que evitar que se vaya.

—No hagas eso. Me distrae.

—¿El qué? —dijo Zar arrugando la frente al mirarle, mientras su labio inferior seguía preso entre los dientes.

—¡Oh, diablos! —susurró él. Vio que Jamie echaba una mirada alrededor, como para cerciorarse de que aún estaban solos, y después la atrajo hacia sí y le cubrió la boca con la suya. Notó como su lengua exploraba la parte del labio que ella había mordisqueado, y Zar abrió la boca sorprendida, lo que le permitió llevar la exploración a lugares un poco más profundos.

Había un banco justo a su lado. Él se sentó y tiró de ella, de modo que terminó a su vez sentada en su regazo. No paró de besarla y continuó como si nada interfiriera. Zar perdió muy pronto la noción de dónde estaba y de lo que estaban hablando. Hasta que sus manos empezaron a bajar...

—¡No, por favor! —rogó al notar que sus dedos empezaban a tantear el inicio de sus senos. Todos los viejos miedos que había acumulado durante el matrimonio salieron a la superficie y tuvieron el efecto de enfriarla como si hubiera recibido un baño de agua helada. Su respuesta fue instantánea y refleja, sin pensar ni poder evitarla.

Él parpadeó algo aturdido, y se quedó mirándose la mano que ella intentaba desalojar.

—Lo siento —se disculpó, y después arrugó la frente—. Me he dejado llevar. ¿No te habré hecho daño?

—Yo... no, pero... ¡ah! —farfulló incorporándose y empujándole el pecho para ponerse de pie más deprisa; después le dio la espalda, cruzando los brazos sobre el pecho como para protegerse. Respiró deprisa para intentar recobrase del pánico que aún la empantanaba, aunque su corazón no parecía querer que su ritmo normal de latidos regresara. Le pareció como si luchara contra sus brazos.

Jamie se puso de pie tras ella.

—Te pido disculpas —dijo—. En principio solo quise besarte. Tu gesto de morderte el labio me hizo perder la cabeza... Estás a salvo, no voy a volver a tocarte, te lo juro.

Zar logró por fin controlarse y se volvió para mirarle una vez más.

—Está bien. He reaccionado de manera un tanto exagerada.

Él la miró durante un momento, buscando sus ojos a la luz de la luna, y finalmente asintió como si aceptara sus palabras.

—Muy bien, ¿dónde estábamos? Tenemos que detener a tu hijastro, ¿no es así? Lo antes posible, pues de lo contrario se verá obligado a entregar el talismán falso, y no creo que eso sea una buena idea.

—Sí. Le he ordenado a Ali que le vigile más de cerca, y yo voy a procurar estar atenta a cualquier conversación que tenga con las personas que vengan a visitarle en casa.

—Bien. Hazme saber si averiguas algo más. Tendríamos que encontrar la manera de devolver el talismán al rajá tan pronto como sepamos que la familia de mi amigo está sana y salva.

Después de eso no quedaba mucho más que decir, así que volvieron abajo, aunque separados. Primero bajó Zar y Jamie lo hizo un buen rato después. Por una vez, ella agradeció el hecho de que nadie se extrañara de verla bajar con expresión molesta o cansada. Y tampoco había mucha gente esta noche que pareciera prestarle excesiva atención.

Dio gracias a Dios por estos pequeños favores.

¿Pero qué demonios había pasado? Jamie dio una vuelta completa por los jardines de la terraza antes de bajar las escaleras. Zarmina había estado en sus brazos de forma dócil y entregada mientras la besaba, sin oponerse siquiera a que la cobijara en su regazo para poder estar más a gusto. Pero en el instante en que intentó tocarla, fue como si se hubiera sentado sobre un nido de avispas.

Estaba absolutamente aterrorizada. Él había reconocido las señales de pánico. Las había visto en la cara de un hombre, empleado de su padre, al que le daba miedo el mar, pero que una vez había intentado ir con ellos en un viaje en barco. Había reaccionado con un terror puro, casi animal, exactamente el mismo que había

mostrado Zarmina. ¿Pero por qué?

Alguien debía de haberle hecho daño. Con toda probabilidad, su viejo marido. ¿Habría forzado a su joven esposa? ¿Acaso nadie había advertido a la joven de lo que significaba compartir la cama en un matrimonio? Ocurría bastante a menudo, pero casi todas las mujeres solían acostumbrarse a ello al cabo del tiempo. ¡Que el diablo se llevara al maldito viejo! Bueno, en realidad ya se lo había llevado, pero no las consecuencias de sus bárbaras acciones. ¡Una esposa era una esposa, no una esclava sexual!

Jamie estaba bastante seguro de que a Zarmina nunca la habían besado antes como es debido, así que no fue eso lo que desató su pánico. Fue otra cosa, que sí que le había hecho sufrir. ¿Cómo iba a ayudarla a superar eso? Porque ahora ya estaba seguro de que la deseaba, y que ella también se sentía atraída por él, se diera cuenta o no de ello.

Tendría que pensar sobre el asunto, pero ese no era el momento. Había cosas más urgentes que hacer. Como salvarle el cuello a William, aunque quizá no lo mereciera.

Jamie suspiró. ¿Por qué su vida nunca podía discurrir por cauces tranquilos y serenos?

## Capítulo 15

—Perdone la intrusión, alteza, pero mi criado Tufan me ha traído algo que quizás esté interesado en ver.

Bijal había escogido el momento con cuidado y se aproximó al rajá cuando estaba solo en sus dependencias. Era evidente que el príncipe estaba descansando, pero por lo que podía ver el visir, más parecía que estuviera como un animal encerrado en una jaula. Su amo se detuvo y se volvió hacia él. Tenía la cara hundida y casi gris de la preocupación que le embargaba.

—¿De qué se trata, Bijal? ¿Alguna otra mala noticia?

—Podría ser. No estoy del todo seguro, pero... se encontró esto entre las pertenencias de su hermano. Tufan lo reconoció, pues hacía poco que usted se lo había dado a Dev como regalo especial —dijo, y le entregó una pequeña cajita de madera, tallada con enorme delicadeza, en la que se engarzaban piedras preciosas, oro y plata. Como bien sabía Bijal, el rajá se lo había dado a su medio hermano repleto de joyas, esperando con este gesto poder restablecer la paz entre ambos. Pero Dev había vendido las joyas enseguida y solo quedaba la caja.

Ahora contenía algo completamente distinto, y Bijal ardía en deseos de contemplar la reacción de su amo al verlo.

El rajá abrió la caja y frunció el ceño.

—¿Pero qué es esto? No puede ser...

—Me temo que sí, su alteza —dijo Bijal, intentando que su voz sonase a disculpa mezclada con pena, dado que su amo había entendido rápidamente lo que aquello implicaba.

Dentro de la caja se guardaba lo que parecía ser la parte superior de un adorno de turbante, una pieza de oro engarzado con hojas que solía ponerse en la parte superior de esas joyas. Y no era el adorno de una joya cualquiera, sino el del talismán sagrado que había desaparecido. Bijal había ordenado fabricar esta copia, de modo que pareciera como si se hubiera roto a propósito para separarla de las otras dos partes que lo componían. Era de primera calidad, y nadie podría notar la diferencia, estaba seguro.

El rajá lo reconoció de inmediato. Palideció y después tomó las hojas con dos dedos, como si le repugnara tocarlas. Y así debía de ser, pues dejaba claro que su hermano había vendido las otras dos partes del talismán y se había quedado con esa.

—Lo siento muchísimo, alteza, pero creo que tenía derecho a saberlo —dijo Bijal suspirando y moviendo la cabeza de lado a lado.

Su amo volvió a depositar el ofensivo objeto en la caja y la cerró.

—Gracias, Bijal. Ahora déjame solo. Tengo mucho en lo que pensar.

—Por supuesto, alteza.

Bijal hizo una reverencia y salió de la habitación. Una vez fuera tuvo que reprimirse de dar un salto y echar a correr, que era lo que realmente le apetecía. La cosa progresaba mejor que bien, y muy pronto el rajá comprendería que el talismán se había perdido para siempre. Con un poco de suerte, ya estaría camino de Persia y pronto él estaría en condiciones de adquirir un nuevo símbolo de poder con el dinero que obtendría de la venta del antiguo. Tendría que mandar hacer uno nuevo, o quizá fingir que había descubierto otro antiguo con grandes poderes mágicos.

Un nuevo talismán para una dinastía nueva. Resultaba bastante adecuado, por supuesto.

Zarina se sintió como una auténtica ladrona al bajar los escalones desde su dormitorio para esconderse en el oscuro patio y escuchar lo que se decía en el *divan*. La puerta estaba cerrada, pero como una de las ventanas estaba cubierta solo por una celosía, Zar esperaba poder escuchar la conversación que se desarrollaba en el interior. Así fue y, como siempre ocurría, William no estaba teniendo excesivo cuidado, lo que en este caso le favorecía, pero ello no evitó que se desesperara por su estupidez. Hablaba tan alto que prácticamente cualquiera podría oír lo que decía. ¿No iba a aprender nunca a ser cuidadoso? Se sentó en un banco junto a la balaustrada del sendero que bordeaba el patio y procuró fundirse con las sombras.

William atendía a un invitado, y le había pedido que cenara sola en su habitación.

—Hablaremos de asuntos de hombres —le había dicho de pasada, pero eso solo sirvió para despertar su interés.

Por lo que pudo percibir, estaban muy contentos. Esperaba que el visitante no fuera musulmán, pues se suponía que no podían beber alcohol y emborracharse. Ese comportamiento iba contra los preceptos de su religión, aunque sabía por experiencia que, de puertas para adentro, no siempre los seguían, ni en eso ni en otras cosas. ¿Estaría pasando eso esta noche? Eso parecía, aunque a lo mejor estaban bebiendo aguardiente de coco. Por alguna razón, para ella inexplicable, el aguardiente de coco, pese a ser una bebida alcohólica, y bastante fuerte, no estaba prohibido para los musulmanes, por considerarse procedente de un fruto.

Pasó un buen rato y nada de lo que pudo enterarse le pareció que tuviera interés. Era la típica cháchara masculina, salpicada de chistes procaces que hacían que se ruborizara. En un momento dado, la conversación empezó a tener más sustancia, cuando William dejó su copa sobre la mesa de forma bastante ruidosa, como un juez que dictase una sentencia importante, y cambió de asunto.

—Bueno, pasemos a hablar de cosas más importantes. ¿Estamos de acuerdo entonces? ¿Me llevarás en tu barco a dónde te diga? —dijo William, con voz un tanto imprecisa, pero no tan afectada como ella había observado otras veces.

¿Qué se traía ahora entre manos? No era posible que quisiera engañar a Mansukh

e ir él mismo a Persia a vender el talismán... aunque parecía que eso era precisamente lo que pretendía. Si lo hiciera, era hombre muerto.

Hubo una pausa.

—¿Juras sobre el Corán que me pagarás la mitad de los beneficios de lo que sea que vayas a vender? ¿Y que será suficiente para que pueda construir más barcos y aventajar a Mansukh, ese perro taimado? —preguntó una voz, que Zar no reconoció, pero sí dedujo a quién podía pertenecer. Había oído rumores acerca de un tal Feroz, que estaba intentando hacerle la competencia al otro comerciante. Su hijastro confirmó sus sospechas cuando volvió a hablar.

—Sí, lo juro por mi honor, o por lo que tú consideres más sagrado. El pequeño imperio de Mansukh desaparecerá por completo. Tú, Feroz, eres el hombre que puede romper su monopolio sobre el comercio local. Lo sé. Eres el único que tiene la inteligencia y las agallas suficientes para lograrlo.

A sus ojos, tanta adulación le pareció exagerada. Movi6 la cabeza. Era poco probable que el otro se tragara tanto piropo. Y sin embargo, lo hizo.

—Sí, tienes razón, amigo mío. Lo único que necesito es bastante más dinero. Y Mansukh me fastidia una y otra vez.

Zar solo podía pensar que el otro hombre había bebido bastante más de lo aconsejable. Seguramente por la mañana se arrepentiría de lo que había hecho, tanto de la bebida como del acuerdo. Pero ese era su problema, no el de ella.

Por la referencia al libro sagrado, el Corán, supo que Feroz era mahometano, lo que contribuía a aumentar la rivalidad, dado que Mansukh era *bania*, de religión hinduista. Diversos grupos étnicos y religiosos convivían en Surat en aparente armonía, pero había tensiones soterradas y, en todo caso, la competencia era muy grande. Cada grupo se mantenía en su propia zona de la ciudad y era fiel a sus costumbres y tradiciones.

Los dos hombres pasaron a discutir sus planes y Zar se enteró de que la mercancía en cuestión estaría en su poder más o menos en una semana. Jamie no le había dicho nada acerca de que fuera a entregársela tan pronto, y dudaba de que lo hiciera. Entorpecería a William todo lo que pudiera, a la espera de la joya de verdad.

Ahora que ya sabía quién era el cómplice de su hijastro, podía encargarle a Ali que averiguara el nombre del barco y cuándo se disponía a zarpar, por si acaso. Y después se lo diría a Jamie.

La sola idea de volver a verle, aunque fuera para este deplorable asunto, la encandilaba. Y eso no era nada bueno. Tenía que dejar de pensar en él. No iba a quedarse aquí, se lo había dicho.

Y, en todo caso, a ella no le importaba. Pues claro que no.

Un ligero movimiento a su derecha interrumpió de golpe sus pensamientos. Se volvió enseguida para escudriñar el patio. Solo vio sombras, pero no pudo evitar la sensación de que alguien la estaba observando. ¿Habría otro espía escuchando la conversación de William y Feroz? No tendría nada de extrañar, y además era una

tarea fácil, dado que hablaban muy alto. Se estremeció y, tras una última y apresurada mirada, subió corriendo a su habitación.

La cosa se estaba poniendo seria. Tenía que hablar pronto con Jamie.

Un estruendo, seguido de un concierto de ladridos, despertó a Jamie en mitad de la noche. Apartó la delgada sábana que le cubría y saltó de la cama, bajando los escalones de tres en tres para llegar lo más rápido posible al piso de abajo. En el *divan*, que se encontraba en la zona delantera de la casa, vio a Roshani y *Kutaro*. El perro intentaba escupir un trozo de algo que, al parecer, se le había quedado entre los dientes. Su pequeña ama le acariciaba y hablaba en voz baja, repitiendo lo mismo una y otra vez, mientras intentaba ayudarlo.

—Buen chico, buen chico.

—¿Qué demonios pasa aquí? —preguntó Jamie echando una mirada a la estancia que, a la luz de la luna, parecía como si hubiera sido arrasada por un tifón. Encendió un farol para ver mejor los detalles del desastre.

—¿Qué ha hecho el perro? ¿Ha salido corriendo como un loco? —preguntó Jamie mirando de manera acusadora al chuchó, que bajó los ojos como queriendo decir que él no tenía culpa de nada.

—*Kutaro* valiente. Morder hombre malo que entrar a robar —dijo Roshani, y después hizo un gesto imitando a un perro que mordía la mano de alguien—. ¡Hacer sangre, herir! ¡Bien!

—¿Ha entrado alguien? ¿Un ladrón?

—Sí.

—¿El hombre del cementerio? ¿O el de la nariz rara?

—Sí y no —dijo Roshani moviendo la cabeza.

—¿Cómo?

—Sí, hombre cementerio. No, hombre nariz.

—Ah, entiendo.

O sea, el espía de Mansukh. ¿Por qué demonios había entrado en su casa? ¿Acaso después de todo el comerciante había decidido tomar las riendas del asunto y no correr el riesgo de que fuera él quien le diera a William el talismán? Eso sería comprensible. Fue hacia la puerta y echó una mirada al patio. A la luz de la luna todo parecía tranquilo, y el agua del estanque central no se movía. Ni una pequeña onda surcaba la superficie del agua. Jamie se quedó tranquilo. El talismán falso estaba a salvo.

Lo había escondido en el agua, bajo una baldosa suelta de la parte posterior. Las hojas quedarían empapadas y pastosas, pero pensó que era un escaso precio a pagar si lograba mantenerlo fuera del alcance de los posibles ladrones. Se podrían secar o, incluso, cambiar si hiciera falta. Cuando se quería esconder algo, lo mejor era hacerlo en un lugar que todo el mundo pudiera ver, pues nadie pensaría en tal sitio como

escondrijo. Después de lo que había sucedido esa noche, el truco había funcionado.

Entonces, ¿qué estaba pasando? Intentó poner un poco de orden en sus pensamientos. Alguien le había robado el talismán al rajá y después se lo había pasado a Akash para que lo transportara a Surat. Ese alguien también había contratado a Mansukh para que lo vendiera en el extranjero, pero el comerciante debió de insistir en que fuera William el que lo llevara, para no verse implicado en caso de que todo se descubriera, ni por el mal fario al no ser su dueño legítimo. Pero ahora que William había demostrado lo inútil que era, Mansukh había perdido la paciencia y había enviado a su espía para que se hiciera con la joya.

Pero no lo había logrado, así que, ¿qué pasaría ahora?

Lo único que Jamie sabía era que no podía dejar que nadie obtuviera el talismán falso antes de recabar más información. ¿Dónde estaría Sanjiv? ¿Por qué no había llegado todavía? ¿Estaría a salvo la familia de Akash? Suspiró y se pasó la mano por la cara. Se sentía agotado. De ahora en adelante tendría que ser todavía mucho más precavido y permanecer siempre en guardia.

—¿Te ha visto el ladrón? —le preguntó a Roshani.

—No saber. Quizá.

—Ya te había dicho que te mantuvieras alejada de esa gente. Pueden hacerte daño, mucho más que el que *Kutaro* les ha hecho a ellos. La próxima vez, si es que hay una próxima vez, busca a alguien que pueda ayudarte en vez de meterte de cabeza en el problema. ¿Y dónde está el vigilante nocturno?

—No saber.

—Tal vez le hayan herido. Debería de ir a comprobarlo. Tú y *Kutaro* volved a la cama.

—Perro escuchar algo y solo venir a ver —se defendió Roshani—. Perro bueno.

Jamie se agachó para acariciar las orejas del animal.

—Sí, es un perro muy bueno. Anda, dame eso —dijo Jamie, tirando del trozo de material que *Kutaro* tenía todavía entre los dientes—. Es solo algodón normal, así que no podemos utilizarlo para demostrar la culpabilidad de nadie —informó, y maldijo entre dientes. De todas formas, ¿quién iba a creerle? Era un extranjero en la ciudad, y no podía demostrar que alguien había entrado en su casa.

Lo importante era que el ladrón se había tenido que ir con las manos vacías. Al menos esta vez.

—Tal vez vuelva —le dijo a Roshani—. ¿Me puedes dejar a *Kutaro* el resto de la noche, por favor? El siguiente sitio que querrán escudriñar es mi habitación.

—Sí, *Kutaro* quedar contigo —asintió Roshani, y le dio instrucciones a *Kutaro* en su idioma materno. Jamie intuyó que le decía que se mantuviera atento.

—Gracias. Ahora vete a la cama y no le digas a nadie lo que ha pasado. Quédate cerca de Soraya. Voy a intentar arreglar un poco todo esto antes de ir a ver qué ha pasado con el vigilante. Y recuerda, si oyes algo más, ven y despiértame primero, ¿comprendes?

—Sí, *sahib* Jamie.

El joven miró el desastre que había a su alrededor. La noche iba a ser larga.

—Señor Kinross, ¿a qué debo este honor?

Zarina había estado muy atenta en el *divan*, y salió casi corriendo para interceptarle en el patio. Le hizo una expresiva seña para indicarle que debía seguir su ejemplo y simular un saludo ceremonioso, y él pareció entender el mensaje.

—Yo, eh..., he venido para interesarme por su salud. Espero que no haya sufrido más episodios como el del otro día en la recepción de la Factoría —improvisó él—. Hacía mucho calor y temía que no se hubiera recuperado o que hubiera recaído. —Oh, no, en absoluto. En todo caso, es muy amable de su parte, gracias.

—Estupendo, estupendo. ¿Está por aquí su hijastro? —dijo, aunque dejando claro que tenía más preguntas y que las guardaba para mejor ocasión. Debía de haber adivinado que tenía que hablar con él a solas, y también que Zar estaba siendo vigilada. Por lo menos había venido de prisa. Le había mandado la nota hacía menos de una hora.

—No, ha salido un rato, pero creo que volverá pronto. ¿Le apetece un refresco?

—Muchas gracias, sí que me apetece. ¿Qué le parece si charlamos aquí fuera, en el patio? Es muy agradable estar al aire libre por las mañanas.

—Por supuesto —aceptó Zar, dándose cuenta de que, si hablaban en voz baja estando fuera, sería más difícil que les oyeran. Tenía que contarle lo de la noche pasada, aunque aún no disponía de la información que pudiera haber recabado Ali acerca del barco.

Pidió a un criado que les sirviera *sharbat*, una bebida dulce de frutas con azúcar. Les sentaría bien, pues ya hacía mucho calor aunque el sol no había llegado al cenit. La temporada del monzón estaba ya cerca, por lo que las temperaturas se habían disparado en los últimos dos días. Zar habría preferido sentarse a la sombra, pero estaba más que dispuesta a soportar la falta de comodidad en aras de la privacidad. Echó una mirada alrededor para asegurarse de que no había nadie en los alrededores. El pequeño patio estaba vacío y muy tranquilo. Solo se oía el zumbido de los insectos, ocupados con las abundantes flores de las macetas. Se sentía orgullosa de ellas, pues las cuidaba personalmente. Tenía diversas clases de orquídeas, caléndulas, lilas y jazmines, además de nenúfares en el estanque y una gran cantidad de hierbas y arbustos aromáticos. Era un lugar verdaderamente tranquilo, y toda una explosión de color a la luz del sol.

Llegó el momento de tener una conversación en susurros una vez que les hubieron servido las bebidas y el criado se hubo ido. Zar le contó a Jamie las novedades, y después le llegó el turno a él, que le relató lo que había ocurrido en su casa durante la noche anterior y las conclusiones a las que había llegado.

—¿Estás seguro de que el ladrón no se lo llevó? —le preguntó Zar haciendo

sombra con la mano encima de los ojos. Volvía a estar asombrada por la cristalina claridad de los iris de Jamie cuando les daba la luz. Eran mucho más bonitos que cualquier diamante que hubiera visto. ¿Pero cómo se le ocurría pensar en eso ahora? Enfadada consigo misma, dejó de mirarle y se concentró en las mangas de su vestido. Se había puesto ropa inglesa, como hacía siempre que recibía alguna visita o salía para visitar a extranjeros.

—Sí, lo comprobé de inmediato y he vuelto a hacerlo esta mañana. Está a salvo en su escondite.

—Bueno, y entonces ¿qué vamos a hacer ahora? Ali todavía no ha traído noticias, pero cuando lo haga sabremos con seguridad qué día pretende irse William. No me puedo creer que esté intentando jugársela a Mansukh. Tiene que haberse vuelto loco.

—Por lo que me has contado, no parece que esté actuando con inteligencia —confirmó Jamie asintiendo con la cabeza—, pero aún no podemos dar nada por seguro. Vamos a quedar otra vez mañana, cuando tengamos algo más de información.

—Me parece bien, pero ¿qué excusa vamos a poner? Estoy segura de que averiguará que has estado aquí. Pensará que es muy raro que volvamos a vernos tan pronto, ¿no crees?

—¿Qué te parece si traigo a Roshani de visita? Lleva hablando de ti desde el picnic en el río.

—¡Oh, sí, estupendo! Me apetece muchísimo volver a verla, y para entonces lo más probable es que Ali ya me haya dicho algo. De hecho, ya tendría que estar aquí. No puede ser tan difícil averiguar algo tan sencillo como eso —dijo la mujer arrugando la frente al preguntarse por qué tardaba tanto su informador—. Yo...

Se interrumpió al oír voces procedentes de la entrada principal. Un instante después William irrumpió en el patio, con la cara torcida y con expresión iracunda. Zar se levantó, dándose cuenta de lo cerca que estaba de Jamie, y llamó a su hijastro.

—William, ¿qué pasa? ¿Ha ocurrido algo?

El joven dio un respingo, como si no se hubiera dado cuenta de que estaban allí, y empezó a andar hacia ellos.

—Ah, Kinross —dijo, inclinándose con cortesía para saludar al visitante—. No esperaba encontrarle aquí.

—El señor Kinross ha venido a preguntar cómo me encontraba de salud —explicó Zar a toda prisa.

—¿De salud? ¿Acaso estás enferma?

—No, es que... —empezó Zar, pero fue como si se le congelaran las ideas y no supo qué decir. Afortunadamente Jamie acudió al rescate.

—El otro día llevé a la señora Miller y a su *ayah* a dar un pequeño paseo y me temo que hacía demasiado calor para ellas —dijo con tranquilidad—. Afortunadamente, veo que se han repuesto sin problemas.

La suspicaz mirada de William puso de manifiesto que tenía dudas acerca de la explicación, pero los asuntos previos acapararon su atención, naturalmente.

—Ha ocurrido algo terrible, y que me afecta mucho —estalló, empezando a dar vueltas a su alrededor a grandes zancadas—. Un comerciante, muy amigo mío, ha sido encontrado muerto, asesinado. Tenía la garganta rebanada de oreja a oreja —dijo, y al ver la mirada horrorizada de Zar se disculpó—. Siento haber sido tan directo, pero es que realmente esto es el colmo de los colmos.

—¿A qué comerciante te refieres? —preguntó Zar con voz temblorosa, aunque daba por seguro de quien se trataba.

—Se llamaba Feroz —contestó William, confirmando sus sospechas—. De hecho, estuvo aquí anoche para que habláramos de, eh..., una propuesta de negocios. ¡No termino de creérmelo! —dijo mesándose los cabellos y dejándoselos despeinados y algo tiesos y húmedos debido a la transpiración.

Jamie no intervino en la breve conversación, pero él y Zar se miraron durante un instante. Movi6 la cabeza hacia ella, con un gesto tan sutil que con toda seguridad William no lo percibió.

—Qué asunto tan desafortunado, lo siento por el pobre individuo —dijo Jamie—. Espero que a usted no le cause problemas.

—¿Qué quiere decir? —preguntó William con el ceño fruncido—. ¿Por qué iba a causarme a mí problemas la muerte de ese hombre?

Jamie levantó las manos con gesto apaciguador.

—Solo quiero decir que espero que no suponga ningún inconveniente que pueda afectar a sus planes. Acaba de decir que estaba discutiendo con él una propuesta de negocios, ¿no es así?

—Ah, se refiere a eso —dijo el joven con alivio—. Sí, sí, una maldita nadería sin importancia.

—Bien, debo irme —dijo Jamie—. Está claro que no es el mejor momento para una visita social. La veré mañana, señora Miller, cuando traiga de visita a mi protegida, tal como hemos acordado. Está verdaderamente impaciente por volver a verla.

—¿Protegida, dice usted? No sabía que tuviera una protegida —dijo William, volviendo a lanzarle una mirada de desconfianza.

—Sí, pero se trata de una larga historia, y no quiero aburrirle ahora con ella. Les deseo a ambos un buen día.

Una vez que Jamie se hubo marchado, Zar observó a su hijastro, que parecía muy preocupado y nervioso. Se preguntaba qué ocurriría a continuación. ¿Quién habría asesinado a Feroz? Solo podía ser alguien relacionado con Mansukh, a no ser que el otro comerciante tuviera más enemigos que ella no conocía. Si, como sospechaba, había otro espía en el patio durante la conversación de la noche pasada, él se lo habría contado a su amo. Y la muerte de Feroz era el resultado.

Se estremeció. El asunto se estaba poniendo cada vez más serio, y más peligroso.

William se dejó caer en el sillón del escritorio soltando una maldición iracunda. Pasó la mano por la superficie para apartar los papeles y demás objetos. Todo se desparramó por el suelo a su alrededor, pero le daba igual. Le hubiera gustado tirar algo muy pesado contra la pared para desahogarse y eliminar al menos parte de su frustración, pero lo único que había a mano era un tintero. No fue tan estúpido como para tirarlo, pues la tinta habría echado a perder suelo y paredes.

—¡Que el diablo le lleve! —exclamó golpeando el escritorio, ahora vacío, con las palmas de las manos. ¿Cómo era posible que Feroz hubiera muerto?

Se había reunido anoche allí con él, y parecía una persona que sabía cuidar de sí misma. Según los rumores que le habían llegado, ya llevaba bastante tiempo intentando plantarle cara a Mansukh en los negocios, por lo que lo lógico era que estuviese siempre ojo avizor. Pese a todo, había sido asesinado.

Pero lo verdaderamente preocupante era que, si su muerte estaba relacionada con el acuerdo al que había llegado con el propio William, entonces él estaba en serio peligro. ¿Cómo se habría enterado Mansukh de sus planes? Él no se los había contado a nadie, excepto a su administrador y a Feroz. Y había sido muy cuidadoso, pues todavía no había vendido ni uno solo de sus bienes. De hecho, había decidido que se vendiera todo una vez que él se hubiera marchado, y los fondos obtenidos los llevaría a Persia el administrador en persona. Le esperaría allí. Además, tenía en él una confianza ciega. Había sido empleado de su padre durante muchísimos años.

Mansukh le estaba espionando. Había espías e informadores por todas partes y se había equivocado al pensar que en su propia casa estaba a salvo de ellos.

Se estremeció. Había pensado que le resultaría fácil escaparse con el talismán y el resto de su fortuna sin que Mansukh se diera cuenta hasta que ya fuera tarde para él. Pero ese hombre tenía ojos y oídos por todas partes. ¿Cómo iba a salir de este embrollo que le podía costar la vida?

Tal vez pudiera echarle la culpa a Kinross. Decir que había sido idea suya y que le había obligado a involucrarse en el plan.

Por mucho que pensó, no se le ocurrió nada mejor. Y mientras tanto, intentaría encontrar otra manera de irse, y lo más deprisa posible.

## Capítulo 16

—Ha sido usted muy amable al traer de visita a Roshani esta tarde, señor Kinross —dijo Zar, que una vez más se reunió con sus huéspedes en el patio, esperando que pudieran quedarse allí para hablar con Jamie sobre los acontecimientos del día anterior. Pero primero tenía que atender a su joven visitante.

—¿Cómo estás, querida? —le preguntó Zar a la niñita, que le devolvió la sonrisa con ojos brillantes y traviosos. Su expresión le recordaba mucho a la del propio Jamie, quien había acogido bajo su protección a la pequeña ladronzuela. ¿Le habría parecido tal vez que era su alma gemela y por eso la había protegido?

—Le agradecemos mucho su invitación —dijo Jamie hablando por los dos.

—¿Nos quedamos fuera? —dijo Zar señalando al patio—. Puede que a Roshani le apetezca moverse un rato a sus anchas por él.

—Sí, la verdad es que tiene muchísima energía —dijo Jamie sonriendo, y por un momento Zar se olvidó del motivo real de la visita.

Se recobró y mando traer unos refrescos, igual que el día anterior. Roshani se puso a charlar con su anfitriona durante un rato. Después, una vez que se hubo bebido casi de un trago su *sharbat*, empezó a explorar los senderos. Zar se volvió hacia Jamie y le habló susurrando.

—Ali no vino ayer, así que no he averiguado nada. ¿Tú sabes algo más?

—No demasiado —dijo negando con la cabeza y contrariado—. Envié a Kamal a ver si conseguía alguna información, pero solo pudo enterarse de los hechos sin más. Habían encontrado a Feroz degollado, pero nadie parece haber visto ni oído nada.

—Tiene que haber sido Mansukh, ¿verdad? Quiero decir que él era el único que tenía un móvil.

—De eso no podemos estar seguros. Tal vez el fallecido fuera un timador y un mentiroso y tuviera muchos enemigos.

—Ya, pero su muerte cuadra perfectamente con todo lo que sabemos —dijo Zar pensando en voz alta y casi sacudiéndole el antebrazo sin darse cuenta de lo que hacía—. ¿Qué vamos a hacer ahora? Mansukh está furioso, puede matar a William, y después a ti... —musitó, y se quedó callada, incapaz de soportar la idea de que Jamie resultara herido, o algo peor.

Él hizo un gesto con la boca y puso una mano sobre la suya, que todavía descansaba sobre su brazo.

—¿Estás preocupada por mí, Zarmina? Me conmueves.

Ella retiró el brazo e hizo un gesto de impaciencia.

—Estoy preocupada por todos nosotros. Todo este asunto es demasiado peligroso. No tenemos ni idea de a quién nos enfrentamos en realidad.

—Tienes toda la razón. ¿Y qué sugieres?

La mujer intentó poner sus pensamientos en orden. Miró a Roshani, que daba vueltas alrededor del patio jugando sola y saltando a la pata coja. Deseó ser niña otra vez y librarse de todas aquellas preocupaciones. A aquella edad la vida parecía sencilla. Suspiró.

—No lo sé, pero supongo que nuestra única opción es hacer lo que quiere el ladrón, o los ladrones si son varios —dijo, y miró a Jamie—. Tendrás que darle el talismán a William.

—No puedo. Todavía no. Ya lo sabes —respondió él apretando los dientes—. No lo haré hasta que llegue Sanjiv y traiga noticias acerca de Akash y su familia.

—Pero...

Un grito angustiado rasgó el aire interrumpiendo a Zar en mitad de la frase. Priya corría hacia ellos aterrorizada. Justo detrás llegaba un grupo de hombres armados con dagas y espadas curvas. Se desplegaron para cubrir todas las salidas del patio y entraron una por una en todas las habitaciones. Dos de los hombres salieron de una habitación lateral arrastrando con ellos a un sudoroso William, en el preciso momento en el que otra persona atravesaba la entrada: era el propio Mansukh.

—¡Oh, no! —susurró Zar, con el corazón en la garganta. Su charla llegaba demasiado tarde.

—Cúbreme un momento —siseó Jamie, que se deslizó por detrás de Zar.

—¿Cómo? —dijo ella frunciendo el ceño, pero hizo lo que le pidió, mientras su hijastro llamaba a gritos a sus *sepoys*. En la India, todo el mundo con un cierto nivel económico tenía soldados a su servicio por lo que pudiera ocurrir. No costaban mucho y era un signo de riqueza y estatus, además de servir de protección. La casa tenía ese tipo de empleados, pero ninguno de ellos acudió a la llamada. Zar prefirió no pensar en lo que les había ocurrido, aunque temía que hubieran compartido la suerte de Feroz.

Inspiró profundamente y trató de no ceder al pánico que la embargaba.

Jamie regresó y se puso otra vez a su lado. Ella le miró, preguntándose qué había hecho, pero su expresión era hermética.

El grueso *bania* se acercó a ellos. Sus negros ojos brillaban de rabia, apenas contenida. Priya seguía gritando, y Mansukh levantó una mano dirigiéndose a uno de sus hombres.

—Llévoisla de aquí, y también a su hija. Esto no tiene nada que ver con ellas —ordenó. Zar se dio cuenta de que Mansukh pensaba que Roshani era la hija de Priya, pues la niña se había puesto rápidamente a su lado. Vio como los soldados del comerciante introducían a ambas en la casa y cerraban la puerta tras de sí. Bien, al menos las dos estarían a salvo. Sabía que, si ella faltaba, Priya cuidaría bien de la niña.

Ahora William permanecía en silencio, petrificado, mirando a Mansukh como lo haría una persona que hubiera sido atrapada por un tigre o por cualquier otro animal

salvaje. Por su parte, Jamie estaba aparentemente en calma.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó mirando al comerciante a los ojos—. ¿Cómo se atreve a amenazar a una dama en su propia casa?

El intruso se detuvo delante del grupo y frunció los labios.

—Creo que sabe usted perfectamente por qué estoy aquí, extranjero. No me gusta que me engañen —dijo en un inglés bien construido, aunque con un fuerte acento. Zar recordó que en el pasado había hecho negocios con las compañías inglesas durante bastante tiempo.

—Nadie le ha engañado —dijo Jamie—. Todavía —añadió en un mínimo susurro, y Zar pidió a Dios que nadie lo hubiera oído, excepto ella.

Pero Mansukh fijó la mirada en William, que se retorció como si intentara liberarse y palideció visiblemente.

—Sí lo han hecho. O al menos lo estaban intentando. ¿Así que creen que pueden hacer lo que quieran a mis espaldas, no? No es esa mi forma de hacer negocios. Y ahora, ¿dónde está la mercancía?

—Yo no la tengo —espetó William, cuyo tono era entre desafiante y malhumorado, aunque también dejaba ver el miedo que sentía en la forma de pronunciar las palabras. Parecía un chiquillo pillado en falta y asustado.

—Mientes —dijo Mansukh dirigiéndose a él—. Lleváoslos para interrogarlos. Me estoy cansando de este juego absurdo.

Repitió la orden en gujarati y sus hombres se apresuraron a obedecerle. El propio Mansukh se dio la vuelta para marcharse sin mirar atrás. No hizo caso del ruido de la pelea que se produjo cuando Jamie trató de resistirse, enfrentándose a ellos con los puños cerrados, lo que asombró a Zar. Pero aunque luchó con fiereza, era solo un hombre desarmado contra una docena. No se podía contar con William, ya que no hizo el menor ademán de echar una mano, así que no tuvo más remedio que claudicar. La propia Zar tampoco pudo hacer nada, y pronto tuvo las manos atadas a la espalda con una cuerda por las muñecas.

Por razones religiosas, las mujeres mahometanas de clase media solían salir a la calle cubiertas por completo con una prenda blanca llamada burka, que tenía una parte transparente a la altura de los ojos para que pudieran ver. A todos los prisioneros les colocaron una de esas prendas antes de sacarlos de la casa e introducirlos en tres palanquines. Cuando empezaron a moverse, cada transporte avanzó custodiado por seis guardias, y Zar tragó saliva intentando contener las lágrimas.

Los planes de Jamie no habían podido cumplirse. Las cosas no había podido salir peor.

Los comerciantes ricos vivían en magníficas casas de ladrillo, y Jamie ya sabía que la de Mansukh estaba situada muy cerca de la ciudad, a la orilla del río. Había ido a

darse una vuelta por allí después de que Zar le mencionara que se había relacionado con su hermano, y reconoció el edificio de cuatro plantas en cuanto se acercó a él. La mayoría de los que lo rodeaban eran más bajos, de dos o tres plantas como máximo. Estaba claro que su dueño quería demostrar que era más rico que los demás con una casa mayor y más espléndida.

Todas las edificaciones tenían las paredes gruesas y recias, y en esta en particular la cuarta planta sobresalía de las demás y se sujetaba mediante columnas de madera labrada. Los tres prisioneros fueron rápidamente introducidos en la casa por la puerta principal y arrastrados hacia una escalera que conducía a un sótano abovedado. Parecía ser tan amplio como el piso superior y Jamie procuró memorizar el plano. Zar y él acabaron en una habitación bastante grande que debía de estar muy cerca del río, a juzgar por la humedad que cubría las paredes.

Les quitaron los *burkas* y los tiraron al suelo. Jamie rodó sobre sí mismo para evitar hacerse daño en la caída, ya que no podía protegerse con las manos atadas a la espalda, pero pudo oír como Zar soltaba un grito ahogado y supuso que algo le sucedía.

—Desgraciados —gruñó, pero los guardias no le hicieron el menor caso. En lugar de eso, les empujaron hacia la pared y les colocaron unas gruesas esposas de hierro en las muñecas. Después unieron las esposas a una cadena, de modo que la única posición que podían adoptar era la de estar apoyados de espaldas contra la pared.

—No era suficiente con la cuerda —dijo Jamie con sarcasmo, pero tampoco le prestaron la menor atención.

Los guardias se llevaron a William, al que obviamente iban a trasladar a otro sitio para interrogarle, y tardaron en dejar de oír sus protestas en el eco de las bóvedas.

—Parece que ha recobrado la voz —dijo entre dientes Jamie—. Una pena.

—¿Qué... qué crees que le harán? —susurró Zar, que parecía luchar por mantener bajo control sus emociones. Menos mal, no se había puesto ni a gritar ni a llorar. No soportaba a las mujeres que lloriqueaban por cualquier cosa. Ya había tenido suficiente ración de llantos con Elisabet...

Se volvió a mirar a Zar. Entraba un poco de luz por una rejilla que había en lo alto de la pared, que fue suficiente para darse cuenta de que estaba bastante calmada. Estudió su cara. Tenía los ojos abiertos como platos, pero él era incapaz de despejar sus miedos.

—No es difícil de adivinar —dijo sin rodeos. Sería absurdo ocultar o suavizar lo que era obvio, y además ella no era tonta—. Y a nosotros nos tocará después, cuando se den cuenta de que William no sabe nada.

—¿Y les vas a decir dónde está el talismán?

—No creo que tenga otra opción —dijo dando un suspiro—. Si hubiera llegado ya Sanjiv... pero algo tiene que haberle retrasado. Sabes que no puedo hacer nada hasta que llegue.

—¿Qué hiciste en el patio cuando me pediste que te cubriera?

Sonrió y abrió la boca para enseñarle lo que tenía escondido bajo la lengua: tres diamantes, cada uno del tamaño aproximado de la uña de un dedo meñique.

—Suministros de emergencia —dijo, una vez que los puso de nuevo en su sitio. No le resultaba muy difícil hablar con ellos en la boca. Lo había practicado a menudo.

—¿Qué? ¿Vas a intentar sobornar a los guardias? —dijo ella pestañeando y animándose de entrada al pensar en ello. Sin embargo, él negó con la cabeza.

—No, ni pensarlo. Estoy seguro de que Mansukh los tiene bien entrenados y les paga muy bien. Veremos si nos sirven de algo en algún momento. Aunque tal vez sería mejor que los tuvieses tú si me interrogan.

Le temblaron las aletas de la nariz, como si el mero hecho de pensar en ello la aterrorizara. No obstante, él al menos tenía algo con lo que negociar, cosa que no ocurría con William.

—Si te los paso, ¿podrías mantenerlos escondidos como hago yo? —le preguntó.

—Creo que no podré esconder los tres. No sería capaz de hablar con normalidad. Tal vez pueda hacerlo con uno.

—Entonces tendré que poner los otros dos en algún sitio. No obstante, sería una buena idea que los guardásemos en lugares diferentes. Acércate un poco, por favor. Creo que estas cadenas podrían ser lo suficientemente largas.

—¿Para qué? ¿Qué vas a hacer? ¡Jamie!

Él se había arrastrado hacia ella y se dobló para poner la boca a la altura de su escote. Dejó caer dos de los diamantes entre sus senos. Ella jadeó, aunque no supo exactamente si fue de indignación o porque le hizo cosquillas.

—¡Jamie, eres imposible! —protestó.

—Esperemos que no miren ahí —dijo riéndose mientras apartaba de mala gana los labios de las proximidades de sus senos; eso sí, después de dar un somero besito en cada uno de ellos. Zar abrió la boca, probablemente para volver a reprocharle su acción, pero él se lo impidió inclinándose para besarla. Lo hizo con suavidad, utilizando la lengua solo para recorrer la superficie de su labio inferior, y oyó un suspiro, como si renunciara a intentar detenerle. Al darse cuenta de que no le impedía actuar, sino todo lo contrario, la besó en toda regla, siempre teniendo en cuenta que conservaba todavía un diamante en la boca.

—Jamie, me parece que no es momento para esto —murmuró ella, entre dos besos.

—Sí que lo es. Es el momento perfecto —contestó él, pensando que con eso conseguirían olvidarse de la terrible situación en la que se encontraban. Esperaba distraerla, y también distraerse, para no pensar mucho en el peligro que corrían, sobre todo él.

—¿Esto no te... asusta? —añadió, mordisqueándole un poco el labio con los dientes, lo que hizo que se estremeciera.

—No.

—¿Es porque no puedo tocarte? —le preguntó en un susurro, procurando adoptar un tono ligero e insinuante, aunque deseaba conocer la respuesta con verdadera desesperación.

Ella se detuvo un momento y le miró a los ojos; finalmente asintió con la cabeza.

—Yo... sí, eso creo.

—Jamás te haría daño, te lo juro —le llenó las mejillas de besos y apretó su frente contra la de ella—. ¿Me crees?

—No... no lo sé. Puede que no lo pretendas, pero...

—Si alguna vez me lo permites, te demostraré que hacer el amor no tiene por qué ser algo doloroso, sino todo lo contrario. Un día de estos, siempre que me dejes, te enseñaré a disfrutar de ello, te lo prometo —dijo, sabiendo que estaba caminando sobre el alambre, pero pensó que el que no se arriesga, no gana—. Antes te gustó que te besara la piel, ¿verdad? —dijo echando una mirada a su escote—. Imagina por un momento qué sentirías si lo hiciera un poquito más abajo y tus, eh..., atributos estuvieran libres de esa ropa tan apretada. —Se dobló y empezó a besarla desde la clavícula hasta el escote, acariciando con los labios su piel de terciopelo antes de tocarla suavemente con el mentón.

Su cuerpo se estremeció, pero se retiró un poco y tragó saliva con suficiente fuerza como para que él la escuchara.

—No puedo. De verdad, no... no es posible.

—Sí, claro que sí —bajó la boca aún más, apretándola contra la parte del vestido que le tapaba los senos. Notó como se le endurecían los pezones y alzó la mirada sonriendo—. ¿Lo ves?

Ella respiró como si le faltara el aliento y negó con la cabeza.

—No, por favor.

Por fin, él se enderezó de nuevo.

—La decisión es tuya, de nadie más —afirmó con énfasis. Si iba a hacer alguna vez el amor con ella, tendría que ser con sus condiciones y conforme a su voluntad, por lo que no debía forzarla a hacer nada que no quisiese—. Simplemente piensa en ello, ¿quieres? Necesitas confiar en mí. Si no, no hay nada que hacer.

Por el momento, tampoco había posibilidades de que pasaran del punto al que habían llegado en su relación. Y por otra parte, ¿sobrevivirían para llegar un poco más lejos? Pero al menos así su mente estaba ocupada con lo relativo a su miedo a hacer el amor. De ese modo se olvidaría por un rato de que estaban encerrados.

Zar asintió. Parecía turbada, así que decidió no presionarla más de momento. Solo faltaba una cosa por hacer.

—Ahora necesito un beso más, eso es todo —dijo. Cuando se dobló hacia delante, colocó el diamante que quedaba en la boca de ella—. No te lo tragues, podría ser peligroso. Vamos, pónitelo debajo de la lengua.

—Mmm-mmm —murmuró. Le costó un buen rato colocar el diamante bajo la lengua, pero una vez que lo hizo, fue capaz de volver a hablar—. Es bastante

desagradable.

—Te acostumbrarás. Y si no eres capaz, no te preocupes, me lo devuelves y ya está. Y ahora, vamos a comprobar si se puede hacer algo con estas ataduras.

—¿Así que de verdad pensabas que podías ser más inteligente que yo? Ya sabía que eras bastante tonto, Miller, pero no me imaginaba que tu estupidez llegara a estos extremos.

Mansukh estaba sentado frente a al muchacho, mirándole fijamente, mientras que dos de sus hombres más fornidos le sujetaban. Un tercero, con la mirada fija en el comerciante, le golpeaba en el plexo solar, haciéndole retorcerse de dolor con cada puñetazo.

—¡No fui yo quien te engañó! ¡Fue Kinross! Me amenazó, lo juro.

Otro par de golpes, esta vez en la mandíbula y en la parte lateral de la cabeza. La vista de William se volvió borrosa, y sin embargo tomó clara conciencia de lo estúpido que había sido.

—El otro extranjero no es más que un correo. No sabe qué valor tiene lo que transporta, así que ¿cómo es posible que te haya amenazado? ¿Me tomas por tonto? —dijo Mansukh, con las mejillas brillantes de pura rabia y los ojos oscuros chispeando de furia.

—No, no, te lo iba a explicar, pero no me diste tiempo...

—Ah, claro, por eso compraste un pasaje para uno de los barcos de ese perro de Feroz, ¿verdad? —asintió Mansukh—. Si, no pongas cara de asombro. Lo sé todo. Cantó todo lo que sabía, y después le cortamos las cuerdas vocales para siempre.

William se sintió enfermo y las rodillas le temblaron de pavor al pensar en lo que le había ocurrido al comerciante. Si hubiera tenido las manos libres, se hubiera tapado el cuello con ellas. Quería conservarlo.

—Y ahora, quiero que me digas exactamente dónde has escondido el talismán mientras te preparabas para tu viaje de negocios. Y créeme, ¡me lo vas a decir!

Ojalá se lo pudiera decir. Pero no podía.

Zar todavía temblaba debido a las sensaciones que le había producido el contacto con Jamie, ¡sin ni siquiera utilizar las manos! Nadie le había tocado los pechos excepto Francis, y desde luego nunca había disfrutado de eso. ¡Y aquello le había gustado, por supuesto que sí! Tenía que ser honesta consigo misma, aunque tal pensamiento la horrorizara. Por Dios, ¿a qué extremos la habría llevado si hubiera podido utilizar las manos?

No, eso era ir demasiado lejos.

Además, no tenía sentido pensar en ello. Les habían encerrado y no tenían posibilidades de salir de allí. El miedo a lo que pudiera hacerles Mansukh se abrió

paso en su mente y ahuyentó todo lo tuviera que ver con hacer el amor.

—Nos va a matar, ¿no crees? —explotó—. ¿Crees que puede hacerlo sin correr riesgos? Somos ingleses. Seguro que no puede retenernos, siendo como somos de nacionalidad extranjera.

—¿Eh?

Se dio cuenta de que Jamie estaba retorcido manipulando la cadena que tenía detrás de él.

—¿Qué estás haciendo?

—Intentando liberarme, naturalmente —gruñó, y de repente oyó el sonido del metal cayendo al suelo—. Bueno, ya tenemos una. Vamos a por la otra —dijo sonriendo, y la blancura de sus dientes refulgió en la semioscuridad.

—¿Cómo lo has hecho?

—Estas cadenas ha debido de hacerlas un hombre muy grande, porque me quedaban muy sueltas. Tengo muy flexibles los huesos de las muñecas. ¿Te acuerdas cuando me puse tus pulseras? De todas formas, no lo suficiente como para librarme de estas malditas cuerdas. Las han atado muy prietas. Pero tal vez tú sí puedas desatar los nudos si me siento de espaldas a ti. Deja primero que me libere de la otra argolla.

Zar se preguntó si ella sería capaz de liberarse también, pero los gruesos grilletes que le aprisionaban las muñecas eran muy estrechos, casi como si estuvieran hechos para un niño. Qué pensamiento tan terrible. Lo único que ella podía hacer era ayudarlo.

Le costó bastante tiempo, pero al final logró desatar los nudos de las cuerdas de Jamie, que se agachó para echar un vistazo sus ataduras.

—¿No puedes librarte de las argollas? —le preguntó.

—No, creo que no.

Las palpó con los dedos, lo intentó, pero Zar se dio cuenta de que no podía.

—*Fan också!* —maldijo.

—¿Qué quiere decir eso? ¿Y en qué idioma lo has dicho? —preguntó Zar, que sentía curiosidad y se daba cuenta de lo poco que sabía sobre el hombre al que ya había besado tres veces. La verdad es que tenía que cambiar esa situación si es que iba a seguir permitiéndole tomarse tantas libertades. Pero no lo haría. No debía.

—He hablado sueco, y no creo que quieras saber lo que significa, te lo aseguro —dijo riéndose—. No es algo que una joven de buena familia deba decir en toda su vida.

—¿Y por qué en sueco? Es ese país lejano que está tan al norte de Europa, ¿no? —preguntó Zar, que solo había estado en Inglaterra una vez, y cuyo conocimiento de la geografía europea era bastante limitado.

—Sí, muy lejano. Durante el invierno todo está cubierto de una gruesa capa de nieve y hace muchísimo frío. Lo hecho mucho de menos a veces, sobre todo cuando aquí hace tantísimo calor, como ahora —le explicó, y dudó por un momento. Después continuó—. Allí viven mis padres. Mi padre es escocés, pero se trasladó a Suecia

cuando era joven, conoció a mi madre y se casó con ella.

Parecía algo remiso a hablar de aquello, pero Zar insistió. Su sensibilidad le decía que había algún misterio, y sentía mucha curiosidad por averiguarlo. Además, prefería hacerlo a esperar allí sentada lo que le deparara el destino inmediato, que no tenía visos de ser nada bueno.

—Cuéntame algo sobre ellos. Y sobre ti. ¿Tienes otra familia? ¿Una esposa? — especuló. Nada más decir lo de la esposa sintió un vacío en el estómago. ¿Cómo es que no le había preguntado antes sobre eso? Qué estúpida era...

—No. Soy viudo. Tengo... tengo una hija.

Hizo la confesión como si alguien se la estuviera arrancando contra su voluntad, y la mujer no entendió el porqué.

—Vaya, eso es maravilloso. ¿Qué edad tiene?

—Eh... cuatro años y medio.

No parecía muy convencido de que tener una hija fuera algo bueno. Estuvo a punto de preguntárselo, por qué no, pues consideraba que era obligación de todo hombre preocuparse por sus hijos y dedicarse a su educación, sobre todo siendo tan pequeños. Pero en ese momento se le ocurrió una idea. ¿Y si su esposa había muerto en el parto? A veces, cuando eso sucedía, al marido se le hacía muy cuesta arriba soportar al bebé, o al menos eso era lo que había oído decir.

—Te hablaré de ese asunto en algún otro momento, pero no ahora —susurró él—. Es algo muy complicado.

Eso parecía confirmar su conjetura, por lo que Zar decidió dejar de lado el tema.

—Bueno, pero al menos cuéntame algo sobre Suecia. ¿Cómo podéis vivir si hace tantísimo frío? En Inglaterra ya me pareció que hacía muchísimo. Mi padre me llevó allí una vez y llegamos en marzo. ¡El tiempo era horrible! ¡Pasé meses y meses muerta de frío! Afortunadamente nos fuimos antes de que llegara el otoño.

—¿Así que ese tiempo te pareció insoportable? —dijo Jamie riendo—. Entonces te sería imposible sobrevivir en Suecia. Imagina que la nieve se acumula hasta la altura del pecho tras una tormenta, carámbanos de hielo colgando de los tejados y las ramas de los árboles cubiertas de hielo. Es precioso, pero bastante duro.

—Me cuesta siquiera empezar a imaginármelo.

—Naturalmente, hay que abrigarse mucho y bien. Hay ropa hecha con pieles de animales, y eso ayuda mucho. Sombreros, guantes y varias capas de ropa. Y para viajar se utilizan ladrillos calientes, que se llevan en el trineo.

—¿Trineo?

—Es un carruaje sin ruedas que se desliza sobre la nieve. Las ruedas se hundirían.

—Me gustaría ver todo eso.

—¿De verdad?

—Por lo menos una vez, antes de que me helara y muriera de frío.

Su afirmación le hizo reír.

—Entonces puede que te lleve algún día —dijo, y después suspiró—; aunque, por

ahora, me temo que estamos atrapados aquí.

Él había estado intentando encontrar la manera de liberarla mientras hablaban, manipulando la cadena que la sujetaba para intentar encontrar algún eslabón más débil, pero no hubo manera.

—Tú no lo estás —dijo ella—. ¿Por qué no intentas huir y buscar ayuda? Seguramente los ingleses de la Factoría vendrían a rescatarnos a William y a mí si pudieras llegar hasta ellos.

—Sin duda que podría, pero no hay salida. La puerta está bien cerrada, y tengo que esperar hasta que venga alguien. ¿Seguro que no prefieres que me quede? Si prometo entregarles el talismán, al menos te liberarán a ti.

—No. ¿Por qué iban a hacerlo? No creo que quieran correr el riesgo de que alguien pueda contar lo que está pasando —dijo, y tragó saliva con dificultad—. Me parece que su intención es silenciarnos para siempre, una vez que tengan el talismán.

## Capítulo 17

Esperaron durante lo que les parecieron varias horas. La oscuridad se volvió absoluta. El silencio se rompía solo por el lejano sonido del río, y pudieron oír también la voz del muecín llamando a orar a los fieles musulmanes. En Surat había mezquitas por todas partes. Las más grandes lucían cúpulas redondeadas y arcadas, mientras que las pequeñas solo tenían torres, no muy altas. Tres o cuatro contaban también con minaretes, unas torres redondeadas de gran altura y con una escalera que llegaba hasta lo más alto, y desde allí se llamaba a la oración a los creyentes. Jamie estaba tan acostumbrado a oír esas llamadas que para él no eran más que un ruido de fondo.

Al principio Jamie se quedó de pie junto a la puerta, intentando prestar atención a cualquier sonido que denotara algún movimiento y con la esperanza de que entrara alguien a quien pudiera derribar. Pero después de un rato fue a sentarse junto a Zar, dejando que apoyara la cabeza sobre su hombro.

—Intenta dormir un poco —le dijo—. Te despertaré si oigo algo.

—De acuerdo, pero antes vuelve a quedarte con el diamante.

Así lo hicieron mediante un beso rápido, y Jamie no intentó nada más, porque quería que descansara un poco. Para su sorpresa, ella se durmió enseguida, y algo se removió en su interior al pensar que confiaba en él, al menos en lo que se refería a su seguridad. Ninguna mujer había confiado en él de esa manera tan completa, y menos en una situación de tal peligro, lo que le produjo una sensación nueva y extraña. Sin embargo, sabía que no debería haberla involucrado en sus asuntos. Era culpa suya el que estuviera ahora cautiva en esa celda oscura y húmeda. Ese pensamiento hizo que apretara los puños. Aunque, en realidad, el problema lo había causado Miller, por ser tan codicioso.

Jamie no estaba muy seguro de qué hacer a continuación. Podría enfrentarse y reducir a uno, o incluso a dos hombres cuando entrasen, ¿pero cómo se las compondría para escapar de la casa? ¿Y cómo iba a dejar a Zar allí, sin saber qué haría Mansukh con ella? Se le pasaba de todo por la cabeza, y cada cosa que se imaginaba era peor que la anterior. Además, después de lo que, según intuía, debía de haber sufrido con su antiguo marido, si no perdía la vida perdería la razón.

No, no podía dejarla allí. Debía encontrar la manera de que huyeran juntos.

Al final, la decisión no fue cosa de su voluntad. En algún momento después de la medianoche oyó pasos que se acercaban. Entonces puso en práctica la primera parte de su plan. Sacudió el hombro de Zar y le tapó la boca con la mano.

—Alguien se acerca. No te muevas —susurró, y notó que ella asentía—. Y métete el diamante en la boca, deprisa, por si me interrogan.

Se lo pasó con un beso muy tenue, e inmediatamente se levantó y se colocó junto

a la puerta. Al entrar el primer hombre, le dio un puñetazo tan fuerte por encima de la oreja izquierda que lo dejó inconsciente. El segundo hombre, al ver lo que había pasado, empezó a luchar, pero había alguien más detrás de ellos llevando un farol. Era el propio Mansukh.

—¡Quieto o disparo! —ordenó.

Jamie le había dado un golpe en el estómago al otro hombre, que se había doblado sobre sí mismo, pero inmediatamente se quedó quieto, mirando al *bania*. El comerciante le apuntaba con una pistola. No sabía si estaría cargada o no, pero no quiso correr riesgos. Si fuera una daga, podría enfrentarse al recién llegado, pero un arma de fuego era algo distinto.

—Bien, veo que es un hombre con sentido común —dijo Mansukh entrando en la estancia y echando una mirada a Zar—. Al contrario que el pariente de la dama.

—¿Qué le ha hecho a William? —preguntó la mujer en un susurro y mirándole con el ceño fruncido por la ira. Jamie, a la escasa luz del farol, pudo ver que estaba pálida.

Mansukh reaccionó apretando los dientes, y también muy enfadado.

—No se trata de lo que yo le haya hecho, *sahiba*, sino de lo que él me ha hecho a mí. Es un estúpido, pensó que podía ser más listo que yo y engañarme —indicó mirando a ambos con cara de pocos amigos—. Después de un poco de... persuasión, me confesó que iba a quedarse con la mercancía que debía pasarme una vez que la recogiera. Le dejé ir, eso sí, acompañado por varios de mis hombres, a su casa. Decía que sabía exactamente dónde guardaba el... la mercancía —dijo dirigiéndose a Jamie—. Pero después de mucho rato buscando, intentó huir saltando por una ventana trasera. Por supuesto, yo había tomado mis precauciones y lo capturamos de nuevo. Pronto irá río abajo, de camino a mi barco.

—¿No le ha dado el... la mercancía? —preguntó Jamie, casi seguro de que la respuesta era negativa. Quería estar seguro del todo.

—No, por supuesto que no. ¿Cómo hubiera podido, si lo tiene usted? Estaba casi seguro de que no me decía la verdad, pero faltaba eliminar el «casi». Ahora ya sé con toda seguridad que lo tiene usted.

Jamie asintió. No tenía sentido fingir, tal como estaban las cosas.

—Estoy harto de juegos —ladró el comerciante—. Vaya a buscarlo y tráigalo de inmediato o la señora morirá. Y si intenta conseguir ayuda de sus amigos ingleses, me aseguraré de que las pruebas indiquen sin lugar a dudas que la mató usted, lo que significaría que las autoridades lo ejecutarían de inmediato. ¿Me ha entendido?

—Sí. ¿Me jura que no va a hacerle ningún daño a la señora?

—No está usted en posición de pedir nada, pero en este caso concreto se lo voy a prometer, porque la señora Miller siempre se ha mantenido al margen de mis negocios y en todo momento ha actuado limpiamente con los demás, me consta. Es una mujer cabal y tiene sentido común.

Sus palabras parecían sinceras, por lo que Jamie asintió.

—Se lo agradezco. Así que, después de usted —dijo, indicando que debía salir y dirigiendo a Zar una mirada de ánimo—. Volveré pronto —le prometió.

Los dos hombres que venían con Mansukh ya se habían incorporado y le empujaron a través de la puerta. Uno de ellos le dio un golpe subrepticio, pero él no hizo caso y salió detrás del comerciante, después de ver que habían cerrado de nuevo la puerta de la estancia en la que estaba Zar. Al menos no se iban a quedar con ella. Esperaba que Mansukh cumpliera su palabra.

Se daría toda la prisa que pudiera.

—¡Jamie, Jamie! ¿Tú bueno?

Roshani llegó corriendo tan pronto como entró en la casa. *Kutaro*, para variar, la seguía pegado a sus tobillos, ladrando con entusiasmo. Afortunadamente, los hombres de Mansukh se habían quedado en la calle, después de decirle que se diera prisa. Jamie se inclinó para tomar en brazos a la niña, que le rodeó el cuello con los brazos y apretó con fuerza.

—Estoy muy bien. ¿Y tú? Esos hombres no te han hecho daño, ¿verdad?

—No. Priya traerme a casa. Ella aquí. Pero... ¿*sahiba* Miller?

—Zar también está bien, pero tengo que darles algo a estos hombres malos para que la dejen volver a casa. Ven, antes debo hablar contigo. Deprisa.

Se dirigieron a su dormitorio, después de echar mano de un farol que había en la escalera. Quizá fuera mejor que los hombres que estaban fuera pensaran que había subido a su cuarto a por el talismán.

—Ahora siéntate. Necesito que me escuches.

Sentó a Roshani en una silla y se arrodilló enfrente de ella.

—Los hombres malos tienen a Zarmina porque yo tengo algo que ellos quieren, una joya. Se la voy a dar y espero que eso sirva para que la liberen. Pero quiero que me prometas que, si yo no vuelvo, tú te vas a quedar con ella. Voy a tener que, eh..., irme de viaje con los hombres malos. Y si Zarmina tampoco vuelve, te quedarás con Priya. ¿Me has entendido?

Roshani asintió, pero se mordió el labio inferior.

—Yo querer quedar contigo.

—Ya lo sé, pero puede que eso no sea posible. Ya veremos. Lo único que quiero es que estés a salvo. Le daré algo de dinero a Priya para que pueda cuidarte.

Fue a buscar un pequeño cofre y lo abrió. Agarró un puñado de joyas. Tenía un pañuelo en el bolsillo en el que las puso e hizo un nudo para que no se cayeran.

—¿Ves? Son para ti, y confío en que Priya las guardará bien para dártelas cuando las necesites.

Los ojos de la niña se abrieron de par en par al contemplar tanta riqueza, pero no dijo nada.

—Gracias —susurró simplemente.

—Todo va a ir bien, pero llevará su tiempo —le dijo sonriendo. No estaba convencido de que la cosa fuera a ser así, pero necesitaba que ella le creyera en ese momento—. Ahora tengo que decirte qué debes hacer cuando un hombre que se llama Sanjiv venga preguntando por mí. Voy a confiar mucho en ti, ¿comprendes? Bien, escucha...

Poco después encontró a Priya llorando en el patio, y la animó todo lo que pudo antes de recoger el talismán.

—Ahora debo marcharme otra vez. Ayudaré a tu señora, no te preocupes. Por favor, cuida de Roshani. Y cuéntale a Kamal lo que ha pasado.

—Lo prometo —dijo la mujer secándose las lágrimas.

Jamie salió de nuevo a la calle y esperó a que los hombres de Mansukh le rodearan. Conforme avanzaban en medio de la noche, miró hacia la casa y un estremecimiento le recorrió la espina dorsal.

Tal vez fuera la última vez que la veía.

Zar permanecía sentada, sola en la oscuridad, intentando evitar los temblores que le atravesaban el cuerpo a intervalos más o menos regulares. Trataba de decirse a sí misma que lo que le pasaba era que estaba exhausta por el hecho de haber sido raptada. Pero en realidad sabía que lo que sentía era puro y simple terror, y que este la atenazaba por completo.

No confiaba en Mansukh, dijera lo que dijese. Era reconfortante que pensara bien de ella y que se hubiera dado cuenta de que había evitado con sumo cuidado involucrarse en los negocios en los que él estuviera metido. Pero, una vez que se hiciera con el talismán, ¿cómo podría evitar que alguno de ellos le contara a todo el mundo que se dedicaba a traficar con objetos robados? La respuesta obvia era que no podía, y por tanto no tenía más remedio que matarlos.

Tras un tiempo que se le hizo eterno, pero que probablemente no superó ni siquiera una hora, oyó pasos y notó que se abría la puerta de la habitación. Respiró hondo, esperando ser capaz de mantener al menos el valor suficiente como para enfrentarse a su destino. Sin embargo, no pudo evitar que el corazón le latiera tan fuerte que hasta se preguntó si el movimiento no resultaría visible a través de su vestido.

Uno de los sirvientes de Mansukh entró y cruzó la habitación. Se acercó a ella y la liberó de las dolorosas argollas de hierro. Aunque sus brazos seguían atados a la espalda, se sintió un poco mejor por haberse librado al menos de una de sus ataduras.

—¿Ha vuelto el extranjero? —preguntó al hombre en gujarati.

El hombre gruñó en lugar de responder. La levantó para que se pusiera de pie y después la empujó hacia la puerta sin ningún miramiento. Zar sabía que no tenía ningún sentido luchar, por lo que se apresuró a ir con él.

En el patio exterior, a la suave luz del inmediato amanecer, vio a Mansukh

esperando con varios de sus hombres. William estaba de pie a un lado. Parecía asustado y nervioso, y tenía la cara cubierta de moratones. También le salía sangre de la nariz, y sorbía como intentando librarse de ella. Por supuesto, llevaba las manos atadas a la espalda. Zar le lanzó una mirada interrogante, pero él se limitó a observarla muy ceñudo.

Notó como la ira se apoderaba de ella. No tenía culpa de nada de lo que había pasado, de ninguna manera. Él solito se había metido en este embrollo. Pero, al mismo tiempo, le daba pena de él. Nunca había sido muy listo y lo cierto era que su padre debería haberse esforzado en enseñarle el negocio, en lugar de dejarle a un lado para dedicarse a enseñar a su nueva esposa.

Observó muy aliviada como Jamie bajaba las escaleras de la entrada, escoltado por más guardias del comerciante. Aparentaba calma y seguridad, lo que hizo que el corazón de Zar latiera a su vez un poco más despacio.

—¿Lo tiene? —preguntó Mansukh inmediatamente después de que Jamie se detuviera delante de él.

—Sí. Ahora, ¿hará usted el favor de soltar y dejar libre a la señora Miller?

Zar se dio cuenta de que no suplicó, sino que preguntó, a la espera de una respuesta positiva. Durante un momento el comerciante pareció titubear, pero después negó con la cabeza, casi como si se disculpara.

—Todavía no, lo siento. No puedo arriesgarme. Todos ustedes se vienen de viaje con nosotros.

La boca de Jamie se endureció y Zar vio como sus ojos llameaban, pero no hizo ningún comentario. Por el contrario, se metió la mano en uno de los bolsillos del chaleco, sacó una bolsita y después se la ofreció a Mansukh.

—Está un poco húmedo, pero no creo que haya sufrido ningún daño irreparable.

Mansukh la abrió, dándose la vuelta para que sus hombres no vieran el objeto. Zar pudo ver brevemente algo rojo que refulgía como el fuego, y después algo azul. Todo el mundo esperó mientras el *bania* examinaba el objeto más de cerca. El ambiente estaba tan cargado y tenso que se podía cortar con un cuchillo, y algunos de los hombres se movían con nerviosismo. Zar supuso que temían la ira de su amo y que esperaban que nada la causara en este momento.

El comerciante asintió satisfecho y se guardó el talismán en el cinturón antes de dar la orden de partir. Zar se dio cuenta de que su codicia le había hecho olvidar la superstición, pues de otra forma le hubiera encargado a alguien que transportara la joya.

—A los botes, y démonos prisa —ordenó, y después señaló a Jamie—. Y que alguien le ate otra vez.

El joven se dejó hacer sin mostrar la más mínima emoción. Después se acercó a ella al tiempo que se ponían en marcha.

—¿Estás bien? —susurró.

—Sí, gracias. Mantuvo su palabra. No me han tocado.

—Esperaba que te librara de esto una vez que tuviera el talismán, pero la verdad es que lo entiendo. Podría ser muy peligroso para él. Tendremos que buscar un modo de escapar más adelante. Puede que bajen la guardia cuando estemos en el mar.

Zar sintió que se le revolvió las tripas al pensar en un viaje por mar con esta banda de rufianes, pero con Jamie a su lado al menos no se sentiría tan sola. Sus pensamientos se interrumpieron cuando William se acercó a ellos y cargó contra Jamie con su hombro, lo que le hizo trastabillar un poco y tropezar contra ella.

—Maldito idiota —rugió William—. Si me lo hubiera dado a mí, que era lo que tenía que haber hecho, no estaríamos ahora en este aprieto.

Jamie le embistió a su vez y lo mandó contra uno de los guardias, que le agarró el brazo y se lo retorció, mientras juraba en voz alta.

—Y tú no deberías haber intentado jugar con fuego si no tienes cabeza para hacerlo —le respondió Jamie.

—¡Ya está bien! —dijo Mansukh deteniéndose. Después se volvió hacia sus hombres—. No tenemos tiempo para discusiones. Separadlos.

Llevaron a William al final del grupo, mientras que Jamie resistió los intentos de separarlo de Zar. Ella agradeció su tenacidad, y finalmente los guardias le permitieron caminar junto a ella.

«Por favor, Dios mío, no dejes que se lo lleven cuando lleguemos al barco. No creo que fuera capaz de resistirlo...», rogó para sí.

La marea empujaba hacia el mar con su ruido habitual. La corriente era fuerte, y las barcas a las que subieron se alejaron rápidamente de la ciudad, que apenas despertaba. No obstante, se oía en la distancia otra llamada a la oración, y el sonido formaba una especie de eco en el agua. Aparte de eso, el silencio era total.

Zar permanecía sentada, impasible, sin mirar las zonas de densa vegetación que estaban atravesando, interrumpidas por algunos campos de cultivo y algún que otro pueblo. Jamie había conseguido sentarse a su lado y, como no había demasiado espacio, tuvo que acercarse mucho a ella. De vez en cuando notaba como temblaba. Ojalá pudiera hacer algo que le hiciera olvidar el miedo, pero dado que no tenía la menor idea acerca del destino que le aguardaba, no se atrevía a decir nada.

Tras llegar a la desembocadura del río, siguieron la costa por aguas más profundas, y finalmente llegaron a un barco más grande y subieron a él. Se trataba de una embarcación local, más pequeña que los veleros ingleses o suecos en los que había navegado antes, pero parecía rápida. Jamie pensó que la idea era moverse lo más deprisa posible, pues los monzones estaban a punto de llegar y a nadie le gustaría encontrarse en el mar una vez que empezaran los tifones. Tal vez fuera esa una de las razones por las que Mansukh se había impacientado. De hecho, todos los barcos europeos se habían marchado ya, y el último había sido el que le trajo a la ciudad.

Jamie y Zar fueron trasladados a un pequeño camarote situado bajo el puente,

mientras que a William se lo llevaron en otra dirección. Por suerte, no tendría que compartir espacio con él. Tal como se sentía en estos momentos, no sabía si podría contenerse y no darle una paliza a aquel imbécil en cuanto tuviera la más mínima oportunidad.

—No les ataremos las manos si me prometes que no volverá a atacar a mis hombres —le dijo Mansukh antes de que les condujeran al camarote—. Pero si les toca un solo pelo de la cabeza, haremos lo propio, o alguna otra cosa, con la señora —añadió.

—Tiene mi palabra —dijo Jamie en tono algo seco, pues no le gustó la velada amenaza para Zar que implicaban sus palabras.

Fue un gran alivio librarse de las ataduras y Zar suspiró de puro placer, mientras estiraba los brazos y los hombros.

—Gracias a Dios. No sé cuánto más habría aguantado —murmuró—. Nunca imaginé lo horrible que puede ser el verse obligado a mantener los brazos en la misma posición durante mucho tiempo.

—Deja que te dé un pequeño masaje para que te recuperes mejor —se ofreció Jamie poniéndole las manos sobre los hombros.

—No, no creo que... —dijo ella dando un brinco.

—¡Zarina, relájate! Te juro que lo único que quiero hacer es ayudarte.

Ella le miró por encima del hombro algo dubitativa, pero finalmente se dejó hacer. Él se inclinó enseguida sobre sus hombros, intentando aflojar la tensión de sus castigados músculos.

—¡Ah, qué bien sienta esto! —exclamó ella.

—Ya te lo había dicho —confirmó Jamie, sin poder resistirse a darle un besito en la mejilla, pero controlándose para no pasar de ahí. No quería dar ideas a los hombres de Mansukh, por si acaso entraban de repente en el camarote y pensaban que Zar estaba a la libre disposición de quien la quisiera. Esa idea hizo que se le revolviera el estómago. No le tocarían un pelo, si podía evitarlo.

Pasado un rato se sentaron sobre los tablones de madera del camarote, que al menos no estaban tan húmedos y fríos como los del sótano de la casa en la que habían estado durante la noche. El camarote estaba limpio y olía vagamente a especias orientales. Zar volvió a apoyar la cabeza sobre el hombro de Jamie, y él procuró que estuviera más cómoda pasándole el brazo por la espalda.

—¿Quieres que durmamos por turno? —preguntó él—. Yo creo que es mejor que siempre esté despierto uno de los dos. Duerme tú primero.

—Pero tú no has pegado ojo en toda la noche, ¿no?

—No —contestó sonriendo—, pero no parece que puedas mantener los ojos abiertos por mucho tiempo. Estaré bien, tranquila.

—De acuerdo, si estás seguro. Gracias —dijo—. Pero antes deja que te devuelva el diamante. Tómallo —añadió sacandoselo de la boca con la mano y acercandoselo.

—Gracias. —Jamie, por el momento, se lo guardó en uno de sus bolsillos.

Ella se durmió casi inmediatamente. Jamie se quedó quieto, acostumbrándose a la sensación de estar junto a ella de nuevo. La ternura que sentía le asustaba, pues era una sensación que había estado evitando durante los últimos cinco años. Pero, por alguna razón, el hecho de sentirse así con Zar no era tan malo como había pensado. Ella no le había obligado en ningún momento a protegerla, ni había flirteado con él, ni le había forzado a nada. Era exactamente lo contrario de lo que le ocurrió con Elisabet.

Ese pensamiento le hizo reflexionar. Pensaba que Elisabet había arruinado para toda la vida su concepto acerca de las mujeres. Se consideraba incapaz de volver a confiar en ninguna, pues lo único que esperaba de cualquiera de ellas era que le atrapara de algún modo y le utilizara en su propio beneficio. Por el contrario, Zar había intentado desde el principio que se alejara. Ella, desde siempre, no había sido más que una presa, objeto de deseo por parte de los depredadores masculinos. Como lo fue él para Elisabet. Y eso cambiaba las cosas de manera radical.

La ira que le causaba el recuerdo de la fallecida nunca desaparecería del todo, se daba cuenta. Sin embargo, ahora se preguntaba si no sería hora de dejar atrás el pasado y mirar, y también moverse, hacia adelante. ¿Se atrevería a confiar otra vez en una mujer? ¿Podría enamorarse?

No lo sabía, y no quería pensar en ello en este momento.

Zar tenía un cuerpo exquisito y una cara preciosa. Él la deseaba, eso era todo. ¿Quién no? ¿Qué más daba que fuera valiente y honorable? Esas eran virtudes que admiraba, pero no necesariamente significaban que estuviera enamorado de ella.

La mujer se agitó un poco mientras dormía y se apretó contra él un poco más, rodeando su cintura con el brazo. Jamie notó una sensación que le recorrió todo el cuerpo, pero la contuvo de nuevo. El escote del vestido, bastante bajo, le permitía una magnífica vista desde arriba, y sintió un arrebató de deseo. Pero, al mismo tiempo, lo único que quería era abrazarla más fuerte y mantenerla a salvo.

Movió la cabeza. ¿Para qué complicar las cosas? Si ella se lo permitía, quizá le enseñara algunas cosas acerca de cómo hacer el amor y disfrutar plenamente de ello, pero después sería mejor que se casase con otro. Alguien que le diera lo que él no podía darle, un amor y una confianza totales y absolutos. Un hombre que fuera capaz de estar en un sitio más de un mes sin impacientarse.

Además, había que ver si al día siguiente estaban vivos, así que no tenía ningún sentido pensar en el futuro. Solo existían el aquí y el ahora.

## Capítulo 18

—He decidido partir mañana. Organízalo todo, Bijal, por favor.

—Perdone, alteza, ¿ha dicho mañana? ¿Por qué? Aún faltan dos meses para la fecha de la boda.

Bijal se quedó mirando a su señor y cerró la boca, que se le había quedado abierta por la sorpresa. Notó una sensación de incomodidad por todo el cuerpo. Había contado con que el rajá no se moviera al menos en un mes. De esa manera el talismán viajaría mucho antes de que el rajá y su comitiva llegaran a los alrededores de Surat. No es que fueran a dirigirse en ningún caso a esa ciudad, puesto que la novia vivía cerca de Ahmedabad, muy al norte, pero se podía considerar que estaba en zona de conflicto por su cercanía. Y pese a que la distancia a caballo era larga, por supuesto que no llevaría dos meses, eso por descontado. Maldición.

—He decidido visitar durante unas semanas a un pariente que vive en Baroda. Me envió una invitación en cuanto se enteró de la boda. Me servirá de distracción respecto a mis preocupaciones, y también del luto. Supongo que sigues con tus investigaciones, ¿no es así?

—Sí, por supuesto.

—Bien. Tengo que recuperar el talismán, y tan pronto como sea posible.

—Lo tengo muy claro, alteza. ¿Pero por qué salir tan pronto? Su séquito es muy amplio... Llevará días, incluso semanas, prepararlo todo y...

El rajá levantó una mano para interrumpir al Gran Visir en mitad de su perorata.

—Bijal, te conozco lo suficientemente bien como para saber que eres capaz de organizarlo todo de un día para otro. Lo he decidido, nos vamos al alba. Quien no esté preparado que salga después.

Bijal no tuvo otro remedio que inclinarse y asentir. Pero por dentro echaba humo. No quería que el rajá estuviese en ningún lugar cercano a Surat hasta que el talismán hubiera emprendido su camino hacia Persia. Tenía malas sensaciones respecto a ese repentino cambio de planes. Muy malas.

Pero debía seguir representando su papel por algún tiempo más.

Al caer la tarde, cuando Jamie ya había podido dormir un rato, les dieron de comer *kitchiri*, un plato local consistente en arroz hervido, judías y lentejas, trozos de pescado cocido, mantequilla, canela y otras especias. Zar no se sentía del todo bien, pero se esforzó para comer algo. Sabía que tenía que mantener las fuerzas, por si se les presentaba la oportunidad de escapar. Aunque realmente no se podía imaginar cómo, estando en medio del océano.

—Tal vez podamos robar el bote de remos —musitó Jamie—. Tiene que haber al menos uno, a bordo o amarrado y flotando detrás del barco. De momento parece que no avanzamos muy deprisa, por lo que deduzco que el viento sopla en contra, y eso es bueno. Significa que todavía no nos habremos alejado mucho de la costa.

—Pero primero tendremos que salir de este camarote. ¿Cómo vamos a hacerlo si has prometido no hacerle daño a nadie? —preguntó Zar, que aunque estaba contenta de tener las manos libres, no podía evitar pensar que la promesa de Jamie había sido un tanto excesiva.

—¿De verdad crees que estoy dispuesto a cumplir una promesa que le he hecho a un secuestrador? —preguntó Jamie a su vez, riéndose un poco de ella.

—Ah, entiendo —dijo, notando que se le acaloraban las mejillas, aunque no sabía si porque le avergonzaba haberse creído la promesa que él le había hecho a Mansukh o porque su sonrisa le había alterado el pulso sin querer. Puede que se le juntara todo.

—Pero no te preocupes. Solo utilizaré los puños si es estrictamente necesario, y en ningún caso si existe la posibilidad de que puedan cumplir su amenaza de hacerte daño como venganza.

Esta promesa la alivió un poco, no demasiado. A fin de cuentas, ¿cómo podía estar seguro de si existía o no tal posibilidad?

—Entonces, ¿tienes el corpiño muy ajustado? —preguntó él cambiando de asunto de repente y dejándola atónita.

—¿Perdona? —dijo, volviéndose a mirarle con el ceño fruncido. ¿Estaba tratando de seducirla? ¿Precisamente allí?

—Los diamantes —respondió él con tono paciente—. ¿Están a salvo?

—Ah, ah, era eso... —dijo acalorándose de nuevo, pero se dio unas palmaditas en el corpiño y notó las pequeñas piedras—. Sí, ahí están.

—¿Y el tercero? ¿Quieres pasármelo otra vez? —le sugirió, pues se lo había devuelto cuando le tocó el turno de dormir a él.

Ella se dio la vuelta para ocultar el rubor. ¿Por qué la mera idea de besarle la ponía así? ¿Era una locura! Y sobre todo ahora que no tenían ninguna necesidad de pasárselo de boca a boca.

—No, lo puse con los otros mientras dormías —dijo mirándole con las pestañas entrecerradas—. No quería tragármelo y empezaba a estar incómoda. Además, ¿no debías haberme preguntado esto antes de comer? Podría haberse convertido en parte de mi cena.

—Tienes razón, perdóname —dijo, pero allí estaba otra vez ese brillo travieso en sus ojos, como si le estuviera leyendo el pensamiento—. ¿O quizás lo que pasa es que no querías volver a besarme? —preguntó mientras se le ensanchaba la sonrisa, y ella se sorprendió a sí misma dándole un golpe en el brazo.

—Ya no hay ninguna necesidad de hacerlo. No estamos maniatados.

—Ya, pero ¿y si me apetece?

—Eres imposible. ¿Es que no piensas en otra cosa?

Fingió que reflexionaba durante un momento, y después sacudió la cabeza, dándole la razón.

—Pues no, la verdad es que no.

Volvió a golpearle, y él rió entre dientes. Seguro que se había hecho más daño que él, pues tenía los brazos duros como piedras.

—Bien, bien, para ya. Por supuesto que pienso en otras cosas —dijo—. Lo que pasa es que prefiero pensar en besarte que en que estamos presos y con escasas posibilidades de liberarnos.

Ella sintió la calidez de su piel a través de la manga de la camisa, y tuvo la tentación de volver a tocarle. Pero en lugar de eso se fijó en su aspecto, que era bastante desastrado, como poco. No llevaba blazer, solo la camisa y un chaleco largo. Las dos prendas estaban llenas de polvo y de manchas. El pañuelo del cuello y los bombachos no tenían mejor aspecto, y las calzas parecían marrones, cuando en realidad eran de color blanco.

—¿Qué ha pasado con tu blazer? —le preguntó sin pensar.

—Lo dejé en casa. No parecía lógico estropearlo aún más de lo que estaba, y hace tanto calor que ni siquiera sé por qué lo llevaba cuando fui a tu casa. ¿Por qué lo preguntas? ¿Tienes frío?

—No, por supuesto que no —respondió. De hecho, el ambiente del pequeño camarote empezaba a ser agobiante, y se arrepentía de no vestir ropa india en lugar de la indumentaria de estilo inglés que llevaba. Puede que sirviera para ocultar diamantes, pero también le impedía respirar con normalidad.

—Odio la ropa inglesa —susurró—. ¿Por qué la tienen que hacer tan apretada?

—Es la moda —dijo él torciendo el gesto—. Existen prendas mucho más confortables que las que llevas, ya lo sabes. Y si quieres que te quite algo para que estés más cómoda, no tienes más que decírmelo. —Acompañó la frase con un guiño juguetón.

Ella le lanzó una mirada exasperada, a la que él contestó con otra sonrisa como las que solían derretirla. Zar tuvo que mirar para otro lado. Pensó que si seguía así, haría una tontería en cualquier momento. Maldito fuera. ¿Por qué tenía que ser tan atractivo? No era justo.

William caminaba a grandes zancadas por el pequeño camarote en el que le habían encerrado. Había un par de catres duros y sin colchones, pero en realidad no le apetecía tumbarse. Probó al principio, pero enseguida se dio cuenta de que así, acostado, notaba mucho el movimiento del barco, y su estómago se rebeló. Nunca había sido un buen marino, y por eso hacía que otras personas viajaran en su nombre. Quedarse de pie le ayudaba un poco, pero seguramente era cuestión de tiempo el que le atacara el mareo. Se tragó una pequeña ración de bilis.

—¡Por todos los diablos! —exclamó, aunque no tenía a quien dirigirse.

Sabía que no le oirían, pues el ruido del viento y de las olas apagaría cualquier sonido.

—¡Maldito sea Mansukh! ¡Maldito sea Kinross! ¡Y maldita sea esa zorra de Zarmina!

Todo era culpa de ellos, no suya. Si su padre no le hubiera enseñado a Zarmina los secretos de sus negocios, William podría haberlo vendido todo sin problemas. Si Kinross hubiera hecho lo que debía, y por lo que le habían pagado un buen dinero, que era darle el talismán, él ya estaría de camino a Persia con la joya. Y si ese demonio de Mansukh no tuviera espías en todas partes, no se hubiera enterado de nada...

Si, si, si... Pero todo había ido mal. Fatal.

¿Qué le ocurriría ahora? ¿Se convertiría en comida para los tiburones?

—Pero entonces, ¿a qué están esperando? —gruñó para sí. Prefería que hicieran lo que fuera, y que se acabara todo. La espera le estaba matando.

Al menos la cosa sería rápida, porque no sabía nadar. Con un poco de suerte se ahogaría pronto, antes de que uno de esos malditos bichos apareciera.

Pero la verdad es que no quería morir. No, de ninguna manera...

En el camarote había una pequeña claraboya, y Jamie miraba por ella cómo el sol iba desapareciendo en el horizonte. El cielo se puso primero de color naranja, después rojo, rosáceo y lila, todo ello en una sucesión muy rápida. Era una vista preciosa, pero también una indicación de que el tiempo iba pasando.

¿Los tirarían por la borda pronto? ¿A qué demonios esperaba Mansukh? ¿A que las aguas fueran más profundas?

Jamie pensaba que esa era la intención, pero confiaba en que el *bania* esperase un poco más. Eso les daría al menos una mínima oportunidad de intentar escapar. Si no... no, prefería no pensar en eso.

Pese a los embates del viento contra la claraboya, el ambiente en el camarote resultaba agobiante, y Jamie sintió que el sudor le corría por la espalda. Se enjugó la frente con la manga e intentó pensar en cosas frías. Lo que daría ahora por un poco de nieve. Algo helado que se derritiera en la lengua... Pero estaba muy lejos de todo eso, y no era momento para arrepentimientos.

Durante la noche intentó abrir la puerta, utilizando un clavo viejo que había logrado arrancar de unos tablones del suelo que estaban algo sueltos. No conseguía nada, por lo que pronto se dio por vencido.

—Creo que hay una barra gruesa al otro lado de la puerta, y no consigo levantarla con el clavo —le dijo a Zar—. Tal vez pudiera romper la puerta de una patada, pero el ruido pondría sobre aviso a Mansukh y a sus hombres, así que mejor no intentarlo hacerlo.

Nadie fue a darles de comer otra vez, así que procuraron racionar el agua que les

habían dejado. Y de nuevo se turnaron para dormir.

Pasó una mañana más, y solo acudió uno de sus captores. Les dieron algo de pan y más agua, nada más.

—Supongo que hay que agradecerles que, al menos, nos alimenten —gruñó Zar—. Pero mi estómago está acostumbrado a varias comidas diarias, y como es debido, no solo a un mendrugo de pan una vez al día.

Lo mismo le pasaba a Jamie, pero el dar pequeños sorbos de agua bastante a menudo ayudaba a notar menos el hambre, y el hecho de que les dieran al menos algo de comida era un buen síntoma. Si Mansukh tuviera la intención de deshacerse de ellos, no tendría ningún sentido que los siguiera alimentando, así que probablemente sus planes eran otros, ¿pero cuáles?

Alrededor del mediodía Zar estaba sentada en un rincón, dormitando debido al calor, mientras que Jamie andaba por el camarote. Odiaba permanecer así, de brazos cruzados y sin poder hacer nada, encerrado. Tras dar la vuelta por enésima vez, se produjo una súbita explosión y el barco tembló, haciendo que se tambaleara. Zar dio un grito sofocado y se puso de pie.

—¿Qué ha sido eso? —Los dos se asomaron por el ojo de buey para intentar ver algo.

—Me da la impresión de que son piratas —dijo Jamie—. Espero que sean de los nuestros.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Zar agarrándole del brazo con tal fuerza que hundió los dedos en su carne. Él la tomó de las manos y se las apretó para tranquilizarla.

—Solo que espero que no sean *marathas*, o sea, indios del sur, sino ingleses, o al menos europeos. Si lo son, seguramente matarán a Mansukh y a toda su tripulación. En esta zona ya no abundan, así que esperemos que no sean nativos.

—Y si lo son, ¿nos ma... matarían?

—Ya veremos.

En ese momento se produjo una estrepitosa mezcla de ruidos que venían del exterior del camarote, sobre todo del puente. Hubo más cañonazos y el barco dio unos cuantos bandazos. Jamie vio el barco pirata por la claraboya, lo suficientemente cerca ya como para intentar el abordaje, pero no fue capaz de llegar a leer su nombre. De lo que pudo ver, por la forma dedujo que podría tratarse de un velero europeo, pero eso no significaba que la tripulación lo fuera. Los *marathas* capturaban todo tipo de barcos y después los utilizaban a su conveniencia.

Oyeron el tiroteo y, finalmente, la confirmación que Jamie esperaba. Miró a Zar sonriendo.

—Eso ha sido un juramento en inglés, estoy seguro. Creo que es el momento de salir de aquí.

Se acercó a la puerta y le dio un par de fuertes golpes con los pies, en la zona donde debía de estar la barra que la aseguraba desde fuera. Hizo bastante ruido, pero

no pensaba que nadie se diera cuenta dado el caos que se estaba produciendo en el exterior. La madera empezó a rajarse y, tras un golpe definitivo, la puerta quedó destrozada y abierta. Se volvió hacia Zar.

—Mira a ver si encuentras el camarote donde esté William y puedes liberarle. Yo voy a unirme a los piratas y a luchar con ellos. Espero que eso les lleve a tratarnos bien en caso de que ganen... Dile que haga lo mismo.

Le dio el clavo largo que guardaba en el bolsillo.

—Toma esto y si alguien te ataca clávaselo en la cara, preferiblemente en el ojo. Llévalo entre los dedos, así, de modo que la punta quede hacia fuera —le explicó, mostrándole cómo hacerlo. Zar asintió, y aunque tenía la cara absolutamente pálida, mostraba determinación—. Y ven a buscarme tan pronto como puedas.

Jamie la observó un instante mientras corría hacia el otro extremo del puente donde estaban los cañones, que en ese momento estaba vacío. Parecía que los piratas habían pillado por sorpresa a Mansukh y a sus hombres, y ya era tarde para defenderse a cañonazos. Trepó a grandes zancadas para subir a cubierta.

Salió justo detrás de uno de los guardias de Mansukh, por lo que le pilló desprevenido y le derribó de un puñetazo en la cabeza. Agarró sus armas a toda prisa y justo en ese momento otro tripulante le atacó. Mientras luchaba con él, Jamie se las arregló para ver lo que pasaba en cubierta y comprobó que había acertado, pues los piratas eran en su mayoría europeos, o por lo menos no eran asiáticos. El grupo era muy variopinto: muchos vestían prácticamente harapos, y su jefe lucía un blazer de seda carmesí. Parecían hombres desesperados, de los que no dudaban en matar para conseguir un botín. No sabía si Mansukh llevaba alguna otra carga, además del talismán y sus rehenes, aunque confiaba en que sí. No quería imaginarse lo que pasaría si los piratas se encontraran con las manos vacías después de luchar a muerte.

Zar comprobó con gran alivio que las cubiertas inferiores estaban desiertas, y que nadie hacía guardia en los camarotes del otro lado.

—¿William? ¿Dónde estás? —gritó, y rápidamente oyó una voz procedente del camarote de su izquierda.

—Aquí. ¿Qué está pasando?

Ella levantó la barra y tiró de la puerta lo más deprisa que pudo.

—Un ataque pirata. Tienes que ir a luchar.

—¿Luchar? ¿Te has vuelto loca? Desátame, por favor.

Tenía mal aspecto, con la cara sucia y llena de moratones y los ojos inyectados en sangre, como si no hubiera dormido mucho. Todavía tenía las manos atadas, aunque no a la espalda. Zar trabajó deprisa para deshacer los nudos, y él suspiró aliviado cuando se libró de las ataduras.

—Jamie ha subido a la cubierta exterior para luchar del lado de los piratas —le dijo Zar—. Dice que lo más probable es que sean ingleses o europeos, por lo que tal

vez nos ayuden si nosotros les ayudamos primero. Es nuestra única opción y...

—¡No contéis conmigo! —gritó William. La empujó a un lado y se dirigió a las escaleras que subían hacia el extremo de la cubierta exterior—. Voy a huir mientras luchan unos con otros. Nadie se dará cuenta de que me llevo el bote salvavidas.

—Pero Jamie dice que...

—¡Me importa un bledo lo que diga el maldito Jamie! ¿Y por qué te refieres a él por su nombre de pila? Habéis pasado la noche juntos, ¿verdad? —afirmó desdeñosamente.

—No, no es eso, él...

—Ahórrame los detalles. Tengo que irme ahora mismo.

—Nosotros no podemos irnos sin él —dijo Zar poniéndose delante de él y tratando de bloquearle el paso.

—¿Nosotros? ¿Y por qué iba yo a llevarte conmigo? Menudo alivio ahora que por fin voy a librarme de ti. Además, por lo poco que sé de él, Kinross sabe cuidar de sí mismo. Deberías preocuparte más de salvar tu piel. ¡Eres la única mujer en un barco a rebosar de hombres, y no precisamente caballeros! —espetó, y la empujó con violencia a un lado, haciéndola tropezar.

Zar se recuperó y le miró atónita mientras salía por la escotilla. No podía creerse que la dejara aquí. Ni a ella ni a Jamie.

—William, por el amor de Dios...

—Espero que al menos acabes como amante de algún pirata —dijo con una sonrisa siniestra, al tiempo que subía por las escaleras sin mirar atrás.

Zar apretó los puños, y una enorme furia se apoderó de ella.

—¡William, espera o lo lamentarás! —gritó, pero él ya había desaparecido. Reflexionó por un momento y llegó a la conclusión de que seguirle no tenía ningún sentido. Ojalá le pillaran intentando apoderarse del bote. En ese caso seguro que le tirarían por la borda. Ese era el destino que merecía el muy hijo de perra.

No obstante, su destino no afectaría al suyo propio para bien. Cómo él había dicho, estaba en un barco lleno de hombres peligrosos. Solo había una persona que pudiera ayudarla, pero era uno contra muchos. Jamie era fuerte y muy buen luchador, pero ¿sería capaz de mantenerla a salvo? Tenía que confiar en que su plan de ayudar a los piratas surtiera efecto. Era su única esperanza.

Corrió hacia las escaleras del otro extremo y subió por ellas para asomarse a contemplar el caos. Se estremeció al contemplar la espeluznante escena y tuvo que tragar saliva varias veces para evitar que se le vaciara el estómago. Vio cuerpos mutilados, sangre por todas partes e incluso miembros arrancados, pero se concentró en buscar a Jamie entre la aglomeración de luchadores. ¿Dónde estaba? Por fin logró verle, pero se encontraba lejos, al otro lado de la cubierta, luchando con fiereza contra un hombre pequeño y con un turbante amarillo.

—¡Ah, mira quién está aquí! —exclamó uno de los hombres de Mansukh, que se lanzó hacia ella con un cuchillo en la mano. En el último momento se hizo a un lado

y le atacó con el clavo del modo que le había enseñado Jamie, pero en el brazo. El hombre dejó caer el arma, rugiendo de rabia y esperaba que también de dolor. Con expresión de furia, cargó contra ella y consiguió agarrarla de los brazos, de manera que no podía atacarle de nuevo. Intentó liberarse retorciendo los brazos y dándole patadas en las piernas, pero era mucho más fuerte que ella.

Pensó con pánico que la iba a matar. Eso le dio fuerzas y ánimo para pensar en lo que podía hacer, y de pronto se acordó de lo que le enseñó Jamie tras el ataque de Richardson. Sin dudarle, dobló la cabeza para situarla en el ángulo adecuado y, con toda la fuerza que pudo, golpeó con la frente la nariz de su atacante. Le dolió, pero afortunadamente a él mucho más, pues le pareció escuchar el ruido de huesos rotos, aunque no estaba segura. No obstante, logró el efecto deseado. Su asaltante la soltó y cayó hacia atrás, aunque tuvo la mala suerte de que un pirata le clavó una daga en la espalda.

Zar respiró hondo un par de veces para recuperarse del efecto que le causó la visión del chorro de sangre tras la puñalada. El pirata le dirigió una sonrisa horrible que mostraba varias oquedades oscuras entre los dientes, pero afortunadamente tuvo que dirigir enseguida su atención a otro de los hombres de Mansukh, así que de momento se olvidó de ella. Sintióse muy vulnerable, agarró la espada *tulwar* del muerto y volvió a recorrer la cubierta con la mirada puesta en ver dónde estaba Jamie. Cuando le encontró, parecía haberse librado de sus oponentes, por lo menos de momento, y se dirigía hacia ella. Por el camino chocó con Mansukh, que estaba ocupado manejando una espada curva de aspecto muy peligroso y apenas hizo caso del topetazo. Parecía como si Jamie hubiera desviado su camino a propósito para tropezar con el comerciante, lo que desconcertó a Zar, pero no tuvo tiempo de pensar en ello.

—¿Estás bien? ¿Te han hecho daño? —le preguntó mirándola de pies a cabeza.

—No, la verdad es que no.

—Entonces, vete abajo, por favor, y quédate allí hasta que acabe todo —le dijo Jamie—. Me quedaré aquí para impedir que baje nadie, al menos por esta escalera. Estate atenta y avísame si alguien se acerca a ti desde la otra.

—¡No! ¡No iré a ninguna parte sin ti! ¡Quédate conmigo, por favor!

—Zarina... —empezó a decir con un tono de advertencia, pero no hubo tiempo para más, pues alguien les atacó de nuevo.

Zar nunca había luchado antes con una espada, ni como la que tenía ni con ninguna otra, pero pronto se dio cuenta de que la *tulwar* era extremadamente afilada y puntiaguda, capaz de infligir un gran daño. Tuvo que empuñarla con ambas manos, pues era bastante pesada para ella, pero la determinación y el miedo le hicieron sacar fuerzas de no sabía donde. De vez en cuando miraba a Jamie, que luchaba a su lado, y procuraba imitar sus movimientos. Los hombres de Mansukh dudaban al enfrentarse a ella, como si nunca hubieran luchado contra una mujer, lo que le daba cierta ventaja inicial, a todas luces necesaria.

No pasó mucho rato antes de que se diera cuenta de que apenas podía más, y empezó a preguntarse si no sería mejor hacer lo que le había dicho Jamie y retirarse a la cubierta inferior. Pero en ese momento le llegó la voz de Mansukh, elevándose por encima del estrépito de la batalla.

—¡Alto! ¡Esperad!

Para su sorpresa, todo el mundo se detuvo, piratas y guardias, como si se tratara de un cuadro macabro, y todos los ojos se dirigieron al comerciante.

—¡Tengo algo de un valor infinito! —gritó—. ¡Os lo daré si dejáis que nos vayamos con el barco!

Viendo que nadie se movía, deslizó la mano hacia su faja. Zar dedujo que sacaría el talismán, y dio gracias a Dios de que no fuera el verdadero. Pero algo iba mal. La mano de Mansukh se movía buscando dentro del ceñidor, y su expresión se iba tornando furiosa y casi desesperada. La frustración, la ira y, finalmente, el pánico brillaron en sus ojos. Acto seguido levantó la vista y la clavó en Jamie.

—¡Tú! —gritó señalándolo con la espada y soltando un gruñido de pura rabia—. ¿Dónde está?

Todo el mundo se volvió hacia él. Jamie se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea de a qué se refiere.

El capitán pirata ya había tenido bastante.

—¿Así que has perdido eso tan valioso? —preguntó, y echó una mirada a sus hombres—. Entonces, ¿a qué estamos esperando? ¡Al ataque!

La lucha se reanudó como si no se hubiera detenido. Zar necesitaba desesperadamente un descanso y bajó un momento por las escaleras. No obstante, pudo ver cómo Mansukh se dirigía hacia Jamie hecho una furia. Confió en que fuera capaz de vencer a aquel desalmado.

¿Qué habría pasado con el talismán? Lo más probable era que a Mansukh se le hubiera caído durante la pelea.

El comerciante no pudo llegar hasta Jamie, pues alguien le interceptó. Zar dejó de mirarlo y se concentró en Kinross. Miraba y esperaba, pensando que el tiempo pasaba muy despacio. Si hubiera tenido las manos limpias se habría mordido las uñas, no podía contener los nervios ante la incertidumbre que planeaba sobre ellos y el destino que les esperaba. Una vez que hubo recuperado el aliento, sintiéndose con fuerzas para volver a participar en la refriega, volvió a salir a la cubierta, pero solo para ver que todo había terminado. Se oían grandes gritos de alegría. Los piratas habían salido victoriosos.

—¡Zar! ¡Ven aquí!

La voz de Jamie era precisamente lo que ella necesitaba oír, y cuando él estiró una mano en su dirección, ella la tomó sin dudarle. El caos en la cubierta seguía siendo mayúsculo y muchos piratas se habían lanzado ahora hacia las zonas inferiores para registrar los camarotes. Jamie se dirigió hacia la barandilla, indicándole que avanzara un poco por detrás de él. Se dio cuenta de que le sujetaba la mano con

fuerza, mientras con la otra blandía una espada ensangrentada. Volvió a respirar hondo varias veces, preparándose para todo lo que pudiera venir a continuación.

El hedor de los cuerpos se extendía por todo el barco, y prácticamente podía paladear el sabor de la sangre derramada, como si flotara en el aire. Nunca en su vida había presenciado tanta violencia, y tuvo que hacer un esfuerzo casi sobrehumano para no marearse. En esos momentos no podía creerse que hubiera participado en una refriega de esas características, en la que había herido, y quizá hasta mutilado, a otras personas. Al menos estaba segura de no haber matado a nadie. Menudo alivio.

Sujetó la mano de Jamie tan fuerte como pudo. Era la única roca a la que agarrarse en medio de un mar tormentoso.

## Capítulo 19

Jamie se quedó de pie, esperando. Sabía que el capitán pirata vestido de carmesí se había fijado en él durante la refriega, pero no le había dicho nada. Solo le había mirado con curiosidad. Ahora se acercó a hablar con él.

—¿Eres inglés? —preguntó al tiempo que posaba los ojos sobre Zar, medio escondida detrás de Jamie.

—Escocés. Estos nativos nos tomaron prisioneros a mi esposa y a mí, no tengo idea de por qué, pero cuando os oí hablar, destruí la puerta del camarote donde nos tenían encerrados y me uní a la lucha para echaros una mano y derrotarlos.

—Ya me había dado cuenta —dijo el pirata asintiendo, y los miró durante un rato entrecerrando los ojos—. No solemos atacar a europeos, y puesto que nos has ayudado mucho, he de decir que estoy en deuda contigo. ¿Quieres unirse a nosotros? En estas aguas se puede conseguir un buen botín. Además, tenemos un buen escondite, y cómodo, en Madagascar.

Jamie se inclinó para demostrar que agradecía la oferta.

—Gracias. Si se tratara solo de mí, sería muy tentador, pero... —dijo señalando a Zar—. Seguro que entenderás que no quiera compartir este tipo de vida con mi esposa. Todavía no me he cansado de ella —dijo riendo y guiñándole un ojo al hombre—. Somos recién casados, ya sabes. La luna de miel estaba siendo bastante memorable, hasta que llegó esta gentuza.

El pirata soltó una risotada rijosa, que dejó ver que no le quedaban muchos dientes.

—Sí, creo que entiendo lo que quieres decir. Tu esposa tiene pinta de conseguir hacerte pasar buenos ratos —dijo volviendo a mirar a Zar, esta vez incluso más ávidamente. Jamie apretó aún más la mano de la mujer y también la espada. No se fiaba ni un pelo de aquel hombre, aunque de momento se estaba comportando de una manera bastante civilizada teniendo en cuenta su condición.

El capitán torció la cara, como si estuviera reflexionando profundamente, y después se encogió de hombros.

—Puedo dejar que te marches, ya que nos has ayudado, pero mis hombres quieren que la mujer se quede. A no ser que puedas pagar un rescate adecuado por ella.

Jamie apretó los dientes. Por desgracia, se esperaba algo así. Zar era muy hermosa y lo más probable es que fuera vendida a buen precio en un mercado de esclavos o a algún tratante de blancas. El mero hecho de pensar en ello le hacía hervir la sangre, pero trató de permanecer tranquilo y negó con la cabeza.

—No tengo nada aquí, lo siento. Ten en cuenta que estos forajidos nos robaron todo lo que llevábamos. No obstante, ¿qué te parece una pelea justa? Yo contra el

hombre que tú decidas, solo con los puños. El vencedor se lleva la mujer.

Jamie notó el respingo que dio Zar y oyó su jadeo, pero no reaccionó. No podía estar seguro de si el capitán aceptaría, pero la propuesta se adecuaba al tipo de código por el que se regían los piratas. Tal vez funcionara. Y si las cosas salían mal, aún se guardaba un as en la manga.

El capitán asintió con una sonrisa todavía más amplia que las anteriores.

—Me gusta la idea, pero nosotros tomamos las decisiones por votación, así que voy a hablar con mis hombres.

Así lo hizo, y después de deliberar durante un rato alcanzaron una decisión unánime, que fue saludada con vítores.

—Si eres capaz de ganarle a Jonás, la dama podrá irse contigo.

Jamie asintió y le pasó a Zar la espada. Ella se quedó con ella sin demasiadas ganas y se quedó mirándole con los ojos verdes muy abiertos y mostrando una extrema preocupación. Él se agachó rápidamente para darle un beso en la boca.

—Confía en mí —le susurró.

Zar se sentía muy débil. La espada pesaba mucho, bastante más que la que había utilizado para luchar, y que había dejado en el suelo. ¿Qué estaba haciendo Jamie, por todos los dioses? Aquello no podía salir bien, de ninguna manera.

Le había pedido que confiara en él. ¿Acaso era porque sabía algo que ella ignoraba? ¿O simplemente porque estaba muy seguro de su capacidad para luchar?

Se apoyó en la barandilla, porque las piernas le temblaban y se negaban a sostenerla. Y las cosas no mejoraron nada cuando vio al individuo al que tenía que enfrentarse Jamie. Era un hombre enorme, con el cuello del tamaño de un toro y unos brazos tan gruesos como el tronco de un árbol. ¡Ese era Jonás! ¿Como en Jonás y la ballena? Lo malo era que en este caso, el hombre era la ballena. Aquello sería un desastre, y Zar se había dado cuenta de cómo la había mirado el capitán pirata. No tenía la menor intención de perder el juego, estaba segura...

Jamie parecía tranquilo, pero ella casi ni se atrevía a mirar cuando el enorme individuo y él empezaron a moverse uno alrededor del otro. Los demás piratas habían formado un círculo para ver la pelea y delimitar la zona de lucha, por lo que al menos se sintió contenta por haber dejado de ser objeto de la atención de aquellos hombres, al menos de momento. Por otra parte, tampoco podía ver bien lo que estaba pasando, aunque en todo caso no estaba segura de que quisiera. La idea de ver cómo golpeaban a Jamie hasta convertirse en una masa sanguinolenta, gritando de dolor, yaciendo sobre la cubierta casi agonizante... La imaginación no le daba tregua, tenía que dejar de pensar en eso.

Y después le tocaría a ella. Muy a pesar suyo, no le costaba mucho imaginarse lo que sucedería. Hordas de hombres, sucios y asquerosos, tocándola, utilizándola hasta... MoviÓ la cabeza con fuerza. No, no dejaría que le pusieran ni un solo dedo

encima. Saltaría por la borda.

Por lo que se refería a la pelea, no tenía más remedio que presenciarla.

Echó mano de una soga, trepó hasta colocarse de pie sobre la barandilla, teniendo buen cuidado de no caer al agua, que parecía estar muy, muy abajo. En el momento en que empezó a mirar, Jonás cargó contra Jamie intentando propinarle un tremendo puñetazo en la cabeza. Él lo esquivó moviéndose con rapidez hacia un lado y pareció aprovechar en cierto modo el impulso de su atacante para que perdiera el equilibrio y enviarlo de un empujón con el hombro al suelo. Se produjo un rugido entre los espectadores y, al contrario de lo que había sucedido al principio, ahora se repartieron los gritos de ánimo, que anteriormente solo jaleaban a Jonás. Tal vez estuvieran empezando a darse cuenta de que la lucha no resultaba tan desequilibrada como en principio podría parecer.

Estaban todos locos. Zar comprendió que estos hombres vivían de y para la lucha, y que la única forma de ganarse su respeto era actuar como ellos y según sus reglas. Jamie ya debía de saberlo, pero ¿sería capaz de mantener a raya a Jonás durante mucho tiempo?

El gigante se puso de pie. Jamie actuó con toda caballerosidad y no le golpeó mientras estaba en el suelo. Una vez en pie, se acercó y le soltó dos golpes a la altura del estómago, que no parecieron afectar demasiado al hombre. De repente este le acertó con un directo a la mandíbula, que hizo que Jamie se tambaleara. Zar cerró la boca para ahogar el grito que quería salir de su garganta. ¡No! Por favor, no...

Kinross se sacudió como hacen los perros y empezó a bailar alrededor de Jonás, golpeándole cada vez que podía, y también recibiendo algunos golpes, aunque no tan fuertes como el primero. La multitud aullaba animando a ambos contrincantes. Zar contempló cómo las monedas cambiaban de dueño: la pelea estaba dando lugar a cruces de apuestas. Se agarró con una mano a las cuerdas con más fuerza. En la otra mantenía la espada con la que había luchado. No quería soltarla bajo ningún concepto.

La cara de Jonás estaba absolutamente sudorosa, y cuando Jamie logró golpearle con fuerza en la sien, parpadeó como si estuviera algo atontado. Sus movimientos se volvieron más lentos y erráticos, y Jamie le castigó con una serie continua de golpes, salpicando de vez en cuando alguno más potente en la mandíbula o en la sien.

Estaba claro que ya había pasado alguna vez por una situación parecida. Zar supuso que había aprendido los secretos de la lucha a puñetazos, aunque no era capaz de imaginarse por qué ni en qué circunstancias. En ningún momento le había parecido pendenciero, pero la verdad es que apenas sabía nada de él.

Por poco se echa a reír cuando puso en práctica lo que le había enseñado y golpeó a Jonás con la frente en la nariz, en un momento en que le pilló desprevenido y con la guardia baja. La sangre le manaba a raudales de la boca y de las fosas nasales, y Jonás cerró los ojos un momento. Jamie aprovechó su momentánea falta de concentración y le dio dos fortísimos golpes seguidos, uno de nuevo en la sien y el

otro en plena mandíbula. El último hizo que el gigante se derrumbara como un buey en la matanza, y se quedó tumbado sin conocimiento sobre el suelo de la cubierta.

Hubo una masiva explosión de alegría entre los espectadores, y Zar quiso unirse a sus gritos, pero no le salió la voz del cuerpo. Se quedó como si estuviera congelada, incapaz de mover ni un músculo y agarrada a las cuerdas como si de ello dependiera su vida. ¿Qué significaba aquello? ¿Les dejarían libres de verdad? ¿O simplemente se habían estado divirtiendo con ellos, utilizándolos para pasar el rato y alegrarse el día tras la cruenta batalla?

Tenía mucho miedo de que así fuera.

A Jamie le dolía todo, se sentía magullado por todas partes y notó que tenía un ojo medio cerrado, pero hizo lo que pudo para no mostrar la más mínima debilidad al avanzar a través del círculo que formaban los piratas para llegar a donde estaba Zar. Ella parecía estupefacta, allí subida a la barandilla del barco, agarrada a unas cuerdas y sujetando una espada. Supuso que estaba extremadamente alterada por todo lo que había ocurrido durante los últimos dos días, y quizá no era capaz de reaccionar. Llegó hasta ella y la tomó de la mano con la que se estaba sujetando. Después la levantó y la dejó de pie, junto a él. Por si se desmayaba, la tomó por la cintura para sujetarla, y notó que temblaba como una hoja.

No obstante, no hubo tiempo para animarla. El capitán pirata le había seguido, y Jamie le miró, preguntándose qué ocurriría ahora.

—Una pelea excelente —dijo felicitándole, aunque sin efusividad—. El pobre Jonás va a estar bastante tiempo fuera de la circulación —añadió con una media sonrisa, pero de inmediato su expresión se tornó seria—. Bien, la palabra es la palabra y prometí dejarte libre si ganabas, a ti y a tu esposa. Lo mejor que puedo hacer es dejar que os vayáis en el bote salvavidas, pero hacedlo deprisa, antes de que el viento se lleve el buen humor reinante y mis hombres cambien de opinión. Supongo que imaginarás lo que les da por hacer cuando están celebrando y beben un poco, no habrá quien los frene...

Jamie sintió un gran alivio, pero sabía que el capitán tenía razón y que no había tiempo que perder. Notó que Zar le apretaba la mano y se agachó para poder escuchar lo que le susurró al oído.

—William se ha hecho con el bote y se ha ido —le dijo, y él maldijo para sí.

—Muchas gracias, capitán, pero me parece que hay un problema. El bote salvavidas de este barco se lo ha llevado un cobarde que ha salido huyendo, o al menos eso me ha dicho mi esposa.

—Ah, entiendo —dijo el capitán rascándose la cabeza con la punta de la espada—. Bueno, tenemos nuestro bote, pero lo necesitamos nosotros.

—Puedo pagarle algo para que compre uno nuevo —dijo Jamie—. Y como es muy probable que consigan uno sin tener que pagarlo —dijo sonriendo y recalcando

la palabra «consigan» para que quedara claro que era un eufemismo—, se trataría de un puro beneficio para ustedes. Un momento, por favor. —Se volvió hacia Zar—. ¿Tienes todavía esa mercancía que te pedí que guardaras, amor mío?

Se dio cuenta de que lo había entendido a la primera, pues se volvió un momento de espaldas a la concurrencia y enseguida le dio uno de los diamantes que guardaba bajo el corpiño.

Jamie se lo ofreció al pirata.

—¿Serviría esto como pago? No estoy seguro de lo que podrá valer, pero me parece que bastante. Se lo compré a un tratante indio hace poco e iba a hacerlo engarzar para mi esposa, pero... —explicó, procurando mantenerse lo más inexpresivo posible para que el capitán no adivinase que sabía exactamente cuánto valía el diamante. Aunque no tenía por qué preocuparse, pues los ojos del pirata brillaron al ver el pequeño tesoro. Lo levantó para mirarlo a la luz después de que se lo diera.

—Sí, calculo que puede ser suficiente para «conseguir» uno nuevo. Aunque antes dijiste que no tenías nada con lo que negociar. Podías haberte evitado la pelea con Jonás si me llegas a enseñar esto antes. ¿Hay algo más que me estés ocultando?

—No —respondió Jamie negando con la cabeza—. Simplemente quería guardarlo para mi esposa, eso es todo. Seguro que sabes cuánto les gustan estas cosas a las mujeres. Puede que incluso se ponga muy triste por perderlo —dijo al tiempo que se volvía para mirar a Zar y ver que le seguía el juego haciendo una especie de puchero. Bien por ella.

El capitán le lanzó una mirada dubitativa, y finalmente asintió, como indicando que pensaba que le decía la verdad.

—De acuerdo, pero hay que darse prisa —indicó en tono acuciante, y llamó a uno de sus hombres—. Oye, Jonesy, vete a nuestro barco y trae el bote salvavidas para este caballero. Y date prisa.

—¿Cómo? —preguntó el hombre, y recibió un buen tortazo antes de que el capitán repitiera la orden.

—¡Vamos, rápido!

Poco después Jamie y Zar se preparaban para bajar por una escalerilla de cuerda, mientras Jonesy mantenía quieto el pequeño bote salvavidas. Zar iba primero y Jamie apretó la mandíbula al ver como el pirata miraba con avidez bajo sus faldas conforme descendía. Pero al recordar la bofetada que había recibido antes se limitó a echar una mirada y enseguida trepó por la escalera hasta el barco. Jamie no perdió más tiempo. Tras despedirse y dar de nuevo las gracias al capitán pirata, bajó lo más rápido que pudo y tomó los remos del bote. Eran algo pesados para un hombre solo, pero podría arreglárselas. Suspiró de puro alivio tan pronto como se hubo alejado lo bastante del barco que antes fuera de Mansukh. Suponía que o bien lo incendiarían o bien se lo llevarían a Madagascar. Por otra parte, qué importaba eso ya.

Por lo que se refería a Mansukh y a su tripulación, o los matarían o los venderían

como esclavos, pero ahora no tenía energías ni siquiera para pensar en ello.

Zar se sentó en la parte posterior del bote y miró hacia el inmenso océano, que de momento, y gracias a Dios, no estaba excesivamente agitado. Se mordió el labio para evitar las lágrimas que pugnaban por brotar de sus ojos. Por lo que fuera, ahora que el peligro parecía haber pasado, tenía muchas ganas de llorar y le temblaban las piernas.

—¿Estás bien?

La voz de Jamie, suave y amable, le produjo aún más ganas de llorar, pero tragó saliva con determinación y tomó aire antes de mirarle. Trató de sonreír, pero no pudo.

—Sí. O, por lo menos, lo estaré pronto. Solo que... ¿Quieres que te ayude a remar?

—Gracias, pero no —respondió él echándole una mirada algo burlona, pero sin malicia—. Probablemente terminaríamos navegando en círculos si dejas que tomes un remo.

El comentario hizo que ella soltara una risita, justo lo que quería él. Intentó contener las lágrimas con un parpadeo.

—Seguro que tienes razón. ¿Y cómo estás tú? ¿Estás muy dolorido? ¡Tienes que estarlo!

Por su aspecto se diría que acababa de arrollarle un elefante, o mejor, estando en el mar, por una ballena. Tenía la cara llena de arañazos y moratones, y un ojo casi cerrado.

—¿Quieres que te lave la cara con agua de mar?

—Quizá después. Tenemos que alejarnos de los piratas tanto como podamos. No me fío ni un pelo de ellos.

Zar tampoco se fiaba. Además, se dio cuenta de que, por desgracia, todavía no estaban muy lejos de ellos.

—¿Por qué nos han dejado marchar? Ese hombre podría haberse quedado con el diamante y habernos hecho prisioneros, o matarnos.

—Yo creo que tienen su propio código de honor, o por lo menos eso he oído decir. Y según parece, en dicho código se incluye no atacar a europeos como ellos, de no ser que sea en defensa propia. Consideran chusma a los nativos. Y también he oído historias bastante tremendas acerca de cómo tratan a las mujeres, incluso aunque no sean más que pasajeras. Pero de nuestros buques solo se llevan la carga.

—Ya veo. Entonces hemos tenido suerte —dijo ella, y frunció el ceño como si hubiera recordado otra cosa—. Por cierto, ¿qué ha pasado con Mansukh? No me puedo creer que perdiera el talismán, es decir, el falso.

—La verdad es que no es que lo perdiera exactamente —dijo Jamie riendo—. Durante un momento dejó de remar, metió una mano bajo su camisa y extrajo el paquetito que ella había visto por última vez en el patio de Mansukh. Zar le miró boquiabierto.

—¿Cómo lo has hecho...?

—El padre de un amigo mío era carterista. Me enseñó un par de cosas. No es una profesión a la que me dedique con mucha asiduidad, pero el conocer sus procedimientos ayuda de vez en cuando. Uno de los trucos es tropezar con la víctima, de forma que se distraiga de todo lo que tú estés haciendo, y al mismo tiempo deslizas la mano en su bolsillo o en donde quiera que sea que lleve lo que te interesa, eso sí, muy deprisa. Se necesita práctica, pero si eres joven, estás aburrido y no tienes nada mejor que hacer...

—¿Eres amigo de un carterista? —preguntó Zar, aunque a estas alturas ya no había nada que le sorprendiera en relación con Jamie.

—No. De su hijo. El viejo caco es algo así como tío honorario mío.

Zar estaba algo confusa. Sin embargo, pensó que sería mejor no preguntar.

—¡Así que lo volvemos a tener nosotros! ¡Eso es estupendo!

—¡Ni que lo digas! —dijo entregándole el paquetito—. Puede que sea mejor que lo guardes en un sitio más seguro... Me da la impresión de que tu corpiño está más apretado que mi camisa.

—¡Jamie! —exclamó ella, porque la mirada que acompañó sus palabras la hizo sonrojarse. No obstante, sabía que lo que decía era cierto, por lo que se metió el paquete por el escote y pasó a acompañar a los dos diamantes, que estaban allí, en algún lugar de las profundidades... No es que resultara muy cómodo, pero si por alguna razón caían al agua, había bastantes posibilidades de que se mantuvieran a salvo. Siempre y cuando no se ahogara o se la comiera un tiburón, claro.

Volvió mirar al océano interminable.

—¿Y tú... crees que podremos llegar a la costa en este bote tan pequeño? —preguntó dubitativa, notando que se le encogían las entrañas al pensar en su pequeñez, comparada con la cantidad de agua que había a su alrededor.

—Sí —respondió él con convicción—. No dejo de mirar al sol para mantener el rumbo Este. No llevamos mucho tiempo remando, por lo que la orilla todavía debe de estar muy lejos. Pero como máximo a un par de días de distancia. Puede que te convenga arrancarte un trozo de la camisa y protegerte la cabeza con él. El sol va a darnos de pleno, y quemará. También puedes quitarte la parte exterior de la falda del vestido y utilizarla como parasol —sugirió dejando de remar durante un momento y quitándose la camisa—. Ahora que lo pienso, será mejor que yo me cubra la cabeza también —dijo arrancando un buen trozo de tela y poniéndosela a modo de turbante. Su aspecto era tan gracioso que Zar no pudo evitar reírse.

—Vamos, te toca a ti. Seguro que tendrás pinta de pescadera —se burló él, fingiendo que la miraba con furia mientras volvía a tomar los remos.

Ella le imitó, arrancando con los dientes un trozo de tela de su blusa, haciendo un nudo y colocándoselo alrededor del cuello y la nuca.

—¿Qué, te parece bien?

Él sonrió y asintió con la cabeza, pero notó un brillo especial en sus ojos.

—Estaba equivocado. Incluso así estás preciosa —le contestó con voz un tanto ronca.

Zar notó un súbito rubor y miró hacia abajo.

—Lo dudo mucho —murmuró—. Me siento terriblemente sucia.

—Podremos bañarnos en cuanto llegemos a la orilla. Apetece, ¿verdad?

—Pues no, la verdad es que aquí no demasiado, pero seguro que sí cuando estemos más cerca de la orilla —dijo, y se estremeció al pensar en la cantidad de criaturas marinas que habría debajo de ellos, entre las que se contarían los terribles tiburones.

Se quedaron callados y Zar pensó que probablemente sería mejor no hablar demasiado. No tenían nada de agua, y si hablaban tendrían más sed.

Rezó a todos los dioses para que les ayudaran a llegar a salvo hasta la orilla. Pero ¿cuánto tardarían?

## Capítulo 20

Jamie remó sin descanso durante un día y una noche. Los músculos de sus brazos protestaban hasta casi gritar, y tenía las palmas de las manos llenas de ampollas y heridas. Paró un momento y se quitó la tela que le protegía el cuello para vendarse las manos con ella. Después apretó los dientes y continuó con la tarea. Pensó que no tenía por qué lamentarse: la alternativa era morir, ¿y qué importaba tener las manos despellejadas a cambio de salvar la vida?

Al principio el mar estuvo relativamente en calma, dejando aparte un par de cortos períodos de viento acompañados de chubascos, que surgieron de repente y terminaron de la misma manera. La verdad es que duraron demasiado poco, pues no les dio tiempo para recoger suficiente agua en una pequeña jarra que encontraron en el bote. Con ella pudieron calmar la sed por un instante, pero nada más.

—Se acerca el monzón —dijo Zar mirando ansiosa hacia el cielo, en el que se acumulaban nubes grises y amenazadoras—. Siempre se producen estas lluvias cortas antes de los grandes aguaceros.

—Esperemos que las lluvias continúen siendo ligeras hasta que lleguemos a tierra —contestó Jamie. Con mucho oleaje sería incapaz de avanzar hacia la orilla al ritmo que lo hacía ahora.

Por desgracia, ese deseo no se cumplió. El segundo día el viento arreció de forma considerable y también aumentó el oleaje, de modo que era como si ascendieran colinas y después tuvieran que descender por ellas. Jamie hacía lo que podía para seguir remando, pero pronto le resultó complicado saber en qué dirección debía hacerlo, ya que las olas los zarandeaban de acá para allá. Cada vez que pensaba que había conseguido corregir el rumbo, otra ola los apartaba de él. Además, no se podía ver el sol, sino tan solo algunos retazos de cielo azul, y solo de vez en cuando. Era para volverse loco.

—Jamie, ¿puedes ver hacia dónde nos dirigimos? —dijo Zar, y notó mucha ansiedad en su voz, por lo que intentó tranquilizarla a pesar de que él mismo estaba muy preocupado por la situación en la que se encontraban.

—En estos momentos no, pero en cuanto la tormenta se calme un poco lo sabré. ¿Sabes nadar?

—Sí, pero nunca he nadado distancias largas.

—No importa. Si volcamos, podremos agarrarnos al bote.

Jamie sabía que, incluso aunque fuera una magnífica nadadora, no tendría nada que hacer en mitad del océano. Y permanecer agarrado a un bote como ese sería bastante difícil, eso como mínimo. Pero no pensaba decírselo.

Siguió intentando dirigir la pequeña embarcación superando el oleaje, pero era

una lucha imposible. Pronto estuvieron absolutamente empapados, y una ola muy violenta sacudió el bote. Zar jadeó.

—Agárrate a algo —le gritó Jamie—. O, casi mejor, ven y siéntate aquí conmigo.

Le hizo sitio junto a él y extendió la mano para que se agarrara. Ella extendió a su vez la suya y, cuando empezaba a incorporarse, él le lanzó una advertencia.

—¡No, no te pongas de pie...!

Pero ya se había levantado, y cuando estaba a punto de tomarla de la mano, otra ola enorme golpeó la barca por un lateral y le hizo perder pie. Zar tropezó y cayó por la borda con un grito antes de que él pudiera sujetarla. Jamie miró al agua con desesperación y observó como desaparecía entre el oleaje. De entrada, se quedó paralizado, pero reaccionó de inmediato. Tenía que salvarla.

—¡Zarina!

Se asomó por la borda, buscándola frenéticamente, pero cuando la vio se dio cuenta de que estaba a demasiada distancia como para poder alcanzarla. Entonces se hundió de nuevo, y le pareció oír un grito de desesperación. Tomó los remos y bogó con todas sus fuerzas hacia donde la había visto asomar. Con un enorme alivio la vio de nuevo alzar la cabeza y mover los brazos.

—¡Zar, por aquí! ¡Intenta mantenerte a flote! ¡Voy a acercarme! —rugió.

No estaba seguro de si podía entender sus palabras, pero al menos volvió la cabeza al oír su voz, y le pareció que luchaba por mantenerse sobre el agua.

Los siguientes minutos de lucha contra la tempestad y las olas, intentando acercarse a ella con el bote, fueron los más largos de su vida. Varias veces la perdió de vista y temió que se hubiera hundido para siempre, arrastrada por su pesada ropa, o que se hubiera alejado de forma irremisible. Pero en cada ocasión la vio salir a flote. Al final, cuando ya creía que la perdería sin remedio, pues ya no le quedaban fuerzas para remar contra las olas, su cabeza apareció muy cerca del bote y sus brazos se alzaron intentando agarrarse a la borda. Soltó los remos, se inclinó de lado y consiguió agarrarla con fuerza de un brazo.

—¡Te tengo!

Prácticamente estalló por dentro de alegría y alivio, pero sus dedos estaban mojados y resbaladizos, y faltó poco para que la soltara de nuevo. Luchando contra el pánico, el viento y el agua, la agarró de la muñeca con la otra mano y tiró de ella hacia arriba con toda la fuerza que le quedaba.

—¿Puedes agarrarte a al borde? ¡Vamos, inténtalo, Zar!

Se dio cuenta de que estaba desesperada y exhausta, pero asintió y trató de hacer lo que le había pedido. Una vez que estuvo seguro de que se había agarrado a la borda con firmeza, se inclinó, la tomó por las axilas y tiró de ella, introduciéndola por fin en el bote. Cayó con fuerza sobre el fondo, tosiendo y escupiendo agua. El bote se inclinó peligrosamente pero, por una vez, una ola les ayudó, empujándoles en dirección contraria y salvándoles de volcar.

—¡Zar, Zarmina! ¡Háblame! ¿Has tragado mucha agua?

—Sí. No, no demasiada. Puede, solo un... un poco.

—Bien. Ven aquí. Tranquila, el peligro ha pasado, todo va a ir bien. Estás a salvo. No has sufrido ningún daño —le dijo Jamie, deslizándose junto a ella en el fondo del bote y abrazándola. Los dos temblaban de miedo y agotamiento, pero estaban vivos, al menos de momento.

Se aseguró de que los remos seguían dentro del bote y de que no hubiera peligro de que cayeran al agua, y agachó la cabeza para juntarla con la de ella. Cerró los ojos y dejó que las olas les llevaran a donde quiera que fuese. En aquel momento era inútil intentar guiar el bote. Lo que pasara a partir de entonces quedaba en manos del destino, pero al menos Zarmina estaba viva.

Dio gracias a Dios por ello.

William gimoteó, casi fuera de sí de puro miedo, al ver como unas olas enormes le zarandeaban.

Iba a morir, estaba seguro.

¿Era esto un castigo por haber dejado a Zar atrás? ¿Acaso estaba Dios furioso con él? Sin embargo, se lo merecía, por estúpida y conspiradora. Además, cuidarla no era responsabilidad suya. Ni mucho menos. Se había merecido todo lo que le pasara por actuar de forma tan obstinada.

Tenía que haberse casado con Richardson, y si lo hubiera hecho ahora estaría a salvo y en una situación cómoda y tranquila.

No obstante, pensar en lo que sería de ella, sola entre los piratas o los hombres de Mansukh, quienquiera que fuese el ganador de la refriega, le hizo sentir una punzada de culpa.

«Muy mal hecho, hijo, muy mal hecho», William prácticamente pudo oír la voz de su padre amonestándole con severidad.

No obstante, ya no podía hacer nada. Y tenía a Kinross de su parte. Eso también hacía que estuviera resentido, por la forma en que hablaba de él, como si fuera su salvador, una especie de caballero andante de brillante armadura. ¡Qué risa! William se había salvado a sí mismo, no le había hecho falta la ayuda de ese escocés insoportable.

O al menos eso creía.

Se acurrucó bien dentro del bote, buscando refugio de forma desesperada bajo el asiento de popa. Pero incluso hasta allí llegaban las olas con su espuma. Podía notar su sabor salado, oír las, sentir las humedeciéndole la piel. La tormenta duraba ya horas, y había perdido los remos. Intentando aislarse de cualquier contacto del agua, escondió la cabeza entre las manos. De esa forma no tendría que mirar todo el horror que se desplegaba delante de él. Pero con los ojos de la mente siguió viendo cómo las olas golpeaban el bote y pasaban sobre él, inundándolo...

En un momento dado se quedó dormido, absolutamente extenuado. Cuando se

despertó pensó que había muerto y estaba en el cielo. Todo estaba en calma. Unas tenues y tranquilas olas mecían la barca. Y lo mejor de todo era que brillaba el sol en un cielo azul y sin una nube.

Y de repente oyó un grito.

Sorprendido, miró en dirección al sonido y logró ver un barco. Parecía un velero de pesca, pero aunque era pequeño y poco lucido, pensó que era la visión más maravillosa que había contemplado en su vida. Movi6 los brazos y vio que la tripulación le devolvía los gestos, y el barco empezó a virar despacio hacia donde estaba.

Venían a recogerle. Se había salvado.

Más o menos al amanecer las olas y el viento cesaron por fin y Jamie soltó un gran suspiro de alivio. Había estado sentado en el fondo del bote con la espalda apoyada en el asiento, y Zarmina estaba enfrente de él, desplomada entre sus brazos. Ambos estaban absolutamente empapados, pero por suerte hacía mucho calor, y agachados de esa forma se habían librado de lo peor del viento. No obstante, la sensación era extremadamente inc6moda, y adem6s un par de veces tuvo que achicar el agua que se acumulaba en el fondo del bote. Una cosa era estar calado hasta los huesos y otra tener que sentarse adem6s sobre un charco.

—Zar, ¿est6s despierta? —pregunt6 en un susurro, para no molestarla por si estaba echando una cabezada.

—S6, eso creo.

—Si me est6s hablando, me da la impresi6n de que s6 lo est6s —dijo sonriendo—. Escucha, creo que pronto va a salir el sol, y en ese momento podremos dirigirnos de nuevo hacia tierra.

No mencion6 que podr6a ser un empeño imposible, pues no ten6a la menor idea de hacia donde les hab6a conducido el oleaje durante la tormenta. Pero ten6an que intentarlo al menos, y esperar lo mejor. No se atrev6a a pensar en otra alternativa.

—Muy bien. Puede que nos sequemos un poco —dijo ella estremeci6ndose—. Estoy empapada. Debo parecer una rata ahogada. La verdad es que me siento como si lo fuera. —Ten6a las faldas pegadas a las piernas, y todo le pesaba m6s debido a la sal.

—Pues eres la rata m6s bonita que he visto en mi vida —murmur6 Jamie, pues aunque el pelo le ca6a en forma de greñas que chorreaban agua, su cara segu6a siendo tan hermosa como siempre, aunque algo m6s p6lida de lo normal.

—Me parece que te ha entrado agua de mar en el cerebro —le contest6 mir6ndole incr6dula por encima del hombro—, o quiz6s ha sido en los ojos.

—No me extrañar6a nada —dijo Jamie asintiendo—. Una vez que salga el sol, tendremos que quitarnos todas nuestras ropas, una a una, y escurrirlas para que se sequen. No me explico como fuiste capaz de mantenerte a flote con todo ese peso.

Debes de ser mucho mejor nadadora de lo que pensabas.

Notó como se estremecía de nuevo, sin duda recordando el terror que debió de sentir cuando estaba en el agua en plena tempestad.

—Sí. Era como si toda esa ropa estuviera viva y tirando de mí para que me hundiera con ella —murmuró—. Estuve a punto de rendirme.

—No pienses en eso ahora. Estás a salvo —le dijo, y la estrechó aún más fuerte. Él tampoco quería pensar en eso. Había estado muy cerca de perderla, y ahora sabía que no quería que eso ocurriera. Él... la amaba. Su mente se rebeló ante un pensamiento tan inesperado y poco habitual, y rápidamente se puso a pensar en asuntos más prácticos.

—¿Perdiste el talismán falso o todavía está ahí?

—Está aquí —dijo Zar palmeándose el corpiño—, y creo que los diamantes también. ¡Es increíble que no se hayan caído!

—Sí. Por una vez ha servido de algo el que llevases una ropa tan ajustada. Y ahora no te preocupes. Pronto saldremos de esta.

—Estoy segura de que la ropa se secará aunque no nos la quitemos para escurrirla —dijo con un tono algo altivo.

—¿Me estás diciendo en serio que vas a empezar con remilgos a estas alturas, después de todo lo que hemos pasado?

—Bueno, no me voy a sentar desnuda delante de ti, si es eso lo que pensabas —dijo, y su voz sonó enfadada, al tiempo que negaba con la cabeza. La verdad es que era una contradicción andante, a veces demostraba timidez y al momento surgía en ella el coraje.

—Vamos con lo de siempre: te juro que cerraré los ojos. O, si lo prefieres, puedes tapármelos con cualquier prenda, pero no vas a estar sentada con la ropa empapada durante todo el día.

—Ya veremos.

Al final llegaron a un acuerdo. Él se quitó primero la camisa y el chaleco, mientras que ella se quitaba el vestido. Una vez que estas prendas estuvieron secas, Zar se volvió de espaldas mientras se quitaba la blusa y las enaguas y se ponía la camisa de él y el vestido, que estaba absolutamente tieso. Cuando su blusa se hubo secado, de nuevo volvieron a intercambiar prendas para que él pudiera quitarse los pantalones. Dobló la camisa con cuidado, pero no pudo evitar sonreír al ver como ella intentaba no mirarle las piernas.

Le dio un ataque de risa, pese al aprieto en el que estaban metidos. Quizás era el momento de hacer alguna broma, para alejar sus mentes de otras cosas...

—Lo siento, creo que son un poco peludas.

—¿Qué? —Los ojos de Zar volaron hacia los de Jamie, después se posaron en sus piernas y, finalmente, dieron la vuelta. No quería mirar sus extremidades desnudas,

pero le resultaba difícil resistirse. Peludas o no, la verdad es que eran perfectas. Y por lo que se refería a su torso, que había podido contemplar durante horas mientras se secaba su camisa... bueno, no encontraba las palabras adecuadas para describirlo.

Era como un dios. No, probablemente eso era una blasfemia, pero no había la menor duda de que estaba hecho como si lo fuera. Lisa y bronceada, de color dorado, su piel brillaba al sol, que se deslizaba por sus músculos mientras trabajaban duramente con los remos. Al remar se le hinchaban los bíceps y los hombros, que después se relajaban de forma sorprendente, y su estómago plano entraba y salía de su campo de visión conforme se doblaba a cada golpe de remo. La contemplación le resultaba enormemente entretenida, o al menos para ella...

No tenía la menor idea de que el cuerpo de un hombre pudiera resultar tan fascinante.

—Mis piernas —dijo levantando los muslos para enseñárselos—. No son muy bonitas, ¿verdad? —dijo torciendo el gesto.

—Yo no diría eso —se le escapó, y se puso como un tomate—. Quiero decir que... sabía que todos los hombres tienen pelos en las piernas. Es decir... bueno, ¿se puede saber por qué tenemos que hablar de esto?

—Pues para pasar el rato —dijo Jamie riendo—. Si quieres mejor hablamos de las tuyas. Son mucho más delicadas que las mías. Y están muy bien torneadas, por cierto.

—Me prometiste que no te fijarías —dijo mirándole furiosa—. La verdad es que tenía que haberte tapado los ojos.

—Entonces tendrías que haber llevado tú la barca. Resulta bastante difícil ver el sol y orientarse con una venda alrededor de los ojos.

—Ya hice mi turno de remos.

—Sí, claro. Con tus maravillosas piernas —dijo sonriendo, y a ella le entraron ganas de darle de puñetazos, pero sabía que nunca volvería a ponerse de pie en un bote. Era demasiado peligroso.

—¿Podemos hablar de otra cosa, por favor? —dijo casi gruñendo—. No me apetece hablar de partes del cuerpo.

—Ah, entonces quizá prefieras tocarlas. No me importa, todo lo contrario. Adelante. Me apetecería muchísimo un buen masaje, estoy molido.

—¡No! —exclamó ella, aunque intentando controlar su enfado—. No, gracias. No tengo ganas de hacer nada parecido —dijo, y de repente le asaltó un sentimiento de culpa. Al fin y al cabo, él estaba haciendo todo el trabajo. O al menos la mayor parte—. ¿De verdad quieres que te masajee la espalda? —preguntó. No sabía a ciencia cierta si le seguía tomando el pelo o si de verdad estaba agotado.

—Puede que en otro momento lo necesite más. Ahora te libero de una actividad tan dura.

Zar se enfadó consigo misma. Se sentía decepcionada. Maldita sea, él tenía razón. Le apetecía tocarle.

Se mantuvo en silencio durante un buen rato, mirando el agua mientras Jamie

remaba. Cada vez que hundía un remo y tiraba de él se creaba un pequeño remolino que pasaba junto a ella. Se quedó mirando fascinada. Incluso algunas veces se volvía para seguir su progreso por detrás de ella. Empezó a sentir una especie de sopor, como si estuviera hipnotizada, y de repente algo le hizo dejar de atender al movimiento del agua e incorporarse, ahogando un grito.

—¿Jamie? ¡Jamie! ¿Has visto eso? ¿Es lo que yo creo que es? —dijo siseando.

—¿Qué? —dijo levantando la vista y volviendo la cabeza hacia donde ella señalaba—. ¡Ah, sí! ¡Por todos los diablos!

Una aleta triangular emergía de la superficie, no muy lejos de donde estaban, y parecía dirigirse hacia donde estaban. Zar se sintió como si toda la sangre de su cuerpo se le hubiera concentrado en el estómago. Apretó los puños para no gritar.

—¿Qué vamos a hacer? —susurró, como si el tiburón pudiera oírla. Bueno, quizá sí podía. No sabía si los escualos tenían buen oído o no. De alguna manera, el animal había dado con ellos. ¿Tal vez les había oído?

—No sangras por ninguna parte, ¿no? —le preguntó Jamie, observándola a la luz del sol, y después también se miró a sí mismo por todo el cuerpo.

—No. ¿Por qué?

—He oído decir que a los tiburones les atrae el olor de la sangre.

—No me veo sangre ni ninguna herida. ¿Y tú? ¿En la cara?

—No. Estoy bien. Esa herida se secó hace un buen rato. Seguramente estará de paseo por aquí, nadando sin más —dijo Jamie en un intento de mantener la calma, pero no pudo engañar a su interlocutora. Vio como miraba con atención al agua en todas direcciones, asustada por lo que habían visto.

El escualo se acercó más y ella pudo ver parte de su cuerpo. Era muy grande, medía casi dos metros, pero se movía por el agua con sinuosa elegancia. Se estremeció.

—¿Jamie?

—Shh, estate muy quieta y esperemos que se canse de seguirnos.

Zar intentó controlar el pánico al ver como el gran tiburón empezaba a nadar en círculos alrededor del bote. ¿Curioseaba? ¿Estaba investigando? ¿O simplemente tenía hambre? Pudo contemplarlo con absoluta claridad, pues nadaba muy cerca de la superficie. Tenía el lomo gris y la panza blanca, una boca enorme y ojos saltones a cada lado de la cabeza. Un auténtico monstruo. Atravesaba el agua como un cuchillo y a veces hacía un ligero movimiento con la cola, pero no parecía tener prisa, como si pudiera esperar todo el día. Zar y Jamie no tenían manera de ocultarse de él. Poco a poco, la mujer fue deslizándose hasta el fondo del bote, de modo que solo quedara su cabeza a la vista del tiburón, aunque no estaba muy segura de si eso serviría para algo.

Jamie seguía remando, con movimientos suaves y tranquilos, según pudo ver Zar. El gran tiburón se mantenía lejos del alcance de los remos. No obstante, al cabo de un rato casi se muere del susto cuando lo vio reaparecer tras ellos, muy cerca del bote,

husmeando, como si quisiera comprobar de qué material era. Oyeron el golpe cuando el morro del animal chocó contra el casco. El bote se movió. Zar se llevó la mano a la boca para ahogar un grito, mientras Jamie dejaba de remar.

—¿Qué... qué podemos hacer? —susurró ella.

—Vamos a esperar un poco. Si no desiste, intentaré golpearlo en la cabeza con uno de los remos —respondió Jamie, cuya voz aún se mantenía en calma, aunque ella se dio cuenta de que estaba absolutamente alerta—. O quizás en el ojo.

A Zar le pareció un buen plan, aunque no tenía ni idea de si funcionaría. Era muy probable que el animal fuera capaz de volcar la pequeña embarcación si se lo proponía y si Jamie no conseguía hacerle daño de verdad. No se atrevía ni a pensarlo. Pero ¿qué otra cosa podían hacer? Estaban atrapados.

Se mantuvieron sentados y muy quietos durante un tiempo que les pareció eterno, hasta que finalmente el tiburón pareció cansarse del juego y desapareció en la distancia.

—Se ha ido —dijo Jamie al tiempo que empezaba a remar otra vez—. Ojalá no vuelva.

Zar soltó casi un gemido de alivio.

—Amén.

Por suerte, el escualo no volvió. Más o menos a última hora de la tarde del tercer día, Jamie tenía tanta sed que pensaba que la lengua estaba a punto de secársele. A eso se unía su estómago, que rugía de hambre. Zar debía de estar más o menos igual, aunque permanecía sentada estoicamente, salvo cuando insistía en cumplir con su turno de remos. Cada vez que lo hacía, él podía darse cuenta del enorme esfuerzo que le suponía impulsar el bote, aunque fuera a una distancia muy corta. No obstante, actuaba con gran tenacidad, algo que él admiraba. La dejaba remar para así descansar un poco y dormir algo.

—Tienes que mantenerte con el sol a la espalda, y todo irá bien —le explicó.

El mar estaba volviendo a picarse, y las aguas se debatían bastante revueltas a su alrededor, mientras caía la noche. Jamie frunció el ceño al pensar en otra tormenta como la pasada, o incluso en la llegada del monzón, por lo que, con un supremo esfuerzo, empezó a remar incluso con más fuerza, pese al cansancio acumulado. Los músculos le dolían. Tenían que llegar a la orilla antes de que se les echara encima la tormenta, o no lo lograrían nunca. Sin embargo, no comentó nada con Zar. No quería añadir otra preocupación a las que ya tenía.

—Mira, gaviotas —exclamó ella señalando hacia el cielo.

Jamie se volvió a mirar y, al verlas, le recorrió una ola de alivio. Pese al intenso viento había una gran bandada de pájaros volando en círculos no lejos de donde estaban. Y eso solo podía significar una cosa: tierra.

—¡Gracias a Dios! —musitó. Ahora lo que tenía que hacer era remar más rápido.

Las corrientes empezaron a ayudarles, con lo que avistaron la costa antes de lo esperado. Ante ellos apareció una franja de playa, flaqueada por detrás por un bosque de palmeras y más vegetación, y Jamie redobló sus esfuerzos. Finalmente, lo único que tuvo que hacer fue guiar la embarcación con los remos, pues las olas les llevaban hacia la orilla arenosa. Ya hacía rato que tanto Jamie como Zar se había quitado los zapatos. Saltó al agua, que le llegaba a la cintura, y empujó la barca hasta la playa, muy batida por las olas.

—Lanza nuestros zapatos a la playa, por favor —le pidió a Zar, y una vez que lo hizo, la tomó entre sus brazos para ayudarla a salir del bote y pisar tierra seca. Para que no se le volviera a empapar la ropa, la agarró por la cintura, la levantó y la llevó en volandas.

—Gracias —le dijo ella, y su voz sonaba como si le faltara el aliento.

—De nada. Ahora tendremos que arrastrar el bote todo o que podamos. Creo que se acerca otra tormenta.

Ella hizo una visera con la mano y escrutó el horizonte. El cielo estaba lleno de nubes densas de color gris y plata, que avanzaban rápido hacia donde se encontraban, como si un gigante las arrastrara de un soplo. Tenían un aspecto amenazador. Zar se estremeció.

—Tienes razón. Deberíamos buscar refugio, pero ¿dónde?

No se veían cabañas ni casas por ninguna parte. De hecho, debía tratarse de una isla deshabitada, o incluso de un simple banco de arena, y no de la costa de la India. Sin embargo, no iba a pensar en eso ahora. De momento, le bastaba el hecho de no tener que volver a remar, al menos en unas horas.

—Quizá tengamos que volver a utilizar el bote. Vamos, ayúdame a empujarlo, por favor.

Aunando sus fuerzas, lograron arrastrar el bote hasta la primera línea de palmeras, y después le dieron la vuelta y lo colocaron tras una fila de gruesos troncos, apoyado sobre un árbol caído. De esa forma, conseguían asegurarse tanto como era posible de que no se lo llevara el agua. Además, le echaron arena encima.

—Mira, tendremos que arrastrarnos un poco, pero aquí tendremos cobijo —dijo Jamie—. Ahora vamos a buscar cocos, pero deprisa. El viento sopla cada vez con más fuerza y está empezando a chispear —añadió, y como para confirmar sus palabras, un relámpago surcó el cielo y al cabo de un rato le siguió un potente trueno.

Abundaban los cocos, que caían según las ráfagas de viento azotaban las copas de los árboles. Recogieron todos los que pudieron para llevarlos junto al bote.

—¿Te importa si me siento sobre tus enaguas? —le preguntó Jamie—. Tal vez te parezca un poco atrevido, pero estaré mucho mejor que si lo hago sobre la arena —añadió encogiéndose de hombros, pues la situación no se podía calificar exactamente de normal—. Además, ya te he visto las piernas. Y también podemos utilizar mi chaleco.

Vio como Zar se ruborizaba de nuevo, pero asintió y se fue desabrochando con

algo de torpeza los lazos de la cintura antes de quitárselas. Así que se quedó solo con el vestido, abierto desde la cintura por la zona donde habían estado las enaguas, y con la camisola que le llegaba hasta las rodillas, puesto que el primer día le había arrancado un trozo para protegerse del sol. Jamie intentó no mirar, pues esa prenda era bastante transparente. Mientras estaban en el bote ya había tenido suficiente ración de vista: sus formas se le habían quedado grabadas con precisión en la mente.

Se metieron bajo el bote y se sentaron sobre la ropa. Si se ponía con las piernas cruzadas, Jamie casi podía incorporarse. Doblándose ligeramente ya no tocaba lo que era el techo de su improvisado refugio, es decir, el bote dado la vuelta. No era nada extraordinario, pero sí mejor que quedarse a la intemperie. Así se mantendrían más secos de lo que lo habían estado durante los últimos días.

—Bueno, ¿abrimos los cocos? Necesitaremos una piedra, o algo así —dijo Zar agitando uno de ellos, y el sonido del líquido interior hizo que Jamie tragara saliva de pura expectación.

—Aquí tengo una. Nos servirá.

Golpeó con la piedra en varias zonas de la parte central del coco, hasta que logró hacer una grieta. El jugo lechoso de la fruta empezó a fluir y bebieron por turnos. Tras saciar la sed, empezaron a comerse el blanco fruto.

—Me parece un manjar de dioses —murmuró Zar—. No creo que haya comido nada mejor en toda mi vida.

—Estoy de acuerdo —confirmó Jamie entre risas—. Pero vamos a ir un poco más despacio o nos entrará un buen dolor de tripa después de tanto tiempo sin comer nada. Guardemos algo para después —dijo poniendo a un lado los otros cocos—. Mira, ahora está lloviendo en serio. Vamos a hacer un dique con arena a este lado, de modo que quede solo una pequeña abertura. Tal vez así podamos evitar que esto se inunde.

El bote no era grande, pero sí sólido, y aunque la lluvia y el viento lo batían con fuerza, la madera resistía. Podían ver la luz de los relámpagos, y sintieron los truenos retumbando alrededor. Las gotas parecían muy grandes, y su número e intensidad crecían paulatinamente. Era como si alguien estuviera lanzando guijarros o clavos contra el bote y la arena de alrededor. No obstante, su refugio aguantaba y en su interior ellos se mantenían secos y calientes. Cayó la oscuridad y no podían ver nada salvo sus siluetas. Jamie sintió como le vencían el sueño y el cansancio sin remedio. Le pesaban los párpados.

—Necesito dormir. Vamos a descansar un rato. ¿Te importa que nos tumbemos juntos? No hay demasiado espacio sobre estos jirones de tela. —No, por supuesto que no. Tienes razón. Cuando se tumbó y cerró los ojos, Jamie oyó como Zar se acostaba también, aunque manteniéndose a cierta distancia. Eso le hizo sonreír para sus adentros. Sin embargo, estaba tan cansado que casi no podía ni pensar en eso. Se durmió al instante.

## Capítulo 21

Bijal miró hacia atrás, a lo largo de la extensa fila de elefantes, carros y hombres a caballo y a pie que componían la comitiva del rajá. Era un pequeño milagro que hubiera sido capaz de organizarla tan deprisa, pero como decía su señor, era muy eficiente en su trabajo. Le ayudó el hecho de haber podido retrasar el viaje al menos un par de días, pues había tranquilizado a su amo asegurándole que viajarían más deprisa si tenían más tiempo para hacer mejor el equipaje.

—Después de todo, alteza, no querrá que tengamos que parar en cualquier posada de por ahí, ¿verdad? Necesitamos todas las tiendas, cocineros y provisiones que sean necesarias para su comodidad.

Evidentemente, le importaba un bledo si el condenado rajá estaba cómodo o no, pero debía aparentarlo. Por ahora. Él mismo descansaba dentro de su *hathi howdah*, una especie de tienda bastante precaria que por fuera parecía un pequeño carruaje colocado sobre la espalda de un elefante. Era casi tan lujosa como la del propio rajá, que estaba cubierta con telas bordadas en oro y piedras preciosas. La de Bijal era de plata y piedras semipreciosas, aunque él opinaba que esa combinación resultaba estéticamente más adecuada, pues hacía juego con el color gris de la piel del elefante.

Un toldo impedía que le diera el sol y se unía a la cubierta bordada que colgaba a los lados del elefante, por debajo del *howdah*. Ambos eran de color escarlata y brillaban con la luz. Los suaves almohadones del interior también eran rojos, aunque de una tonalidad más ligera. Bijal masticaba con gusto unos frutos secos y reflexionaba sobre la siguiente fase de su plan, aunque el rítmico movimiento del animal al avanzar le adormecía. El *mahout*, es decir, el hombre que dirigía al elefante sentado detrás de sus orejas, lo mantenía a un paso continuo. No iban deprisa, lo que le venía muy bien. Cuanto más tiempo tardaran, mejor para él. Sin embargo, sería mejor que llegasen a su destino antes de que empezase el monzón. No era muy cómodo estar en una tienda bajo una lluvia torrencial.

Pensó que, en estos momentos, el talismán estaría a punto de llegar a Persia. Su venta le proporcionaría una suma de dinero impresionante, que sabría utilizar de manera adecuada.

Muy adecuada, por supuesto.

Después sus pensamientos volaron hacia la adorable Indira, que en estos momentos debía de estar esperando a su prometido. Se llevaría una sorpresa, pero con un poco de suerte no le importaría desposarse con un hombre algo mayor que el rajá. Hacía tiempo que se había fijado en ella. Conociendo a las mujeres como las conocía, sabía cuál era su potencia y por eso había cultivado las relaciones con su padre. En estos momentos, su plan estaba llegando a su fin. Pronto sería suya.

Gozaría de sus encantos sin restricciones, sabiendo que se los había arrebatado al rajá.

Cuando Jamie se despertó se sintió desorientado. No sabía con exactitud, cuánto tiempo había estado durmiendo. Fuera aún dominaba la oscuridad, así que o bien habían pasado una noche y un día completos, o bien todavía no había amanecido. Notó como Zar se estremecía a su lado y supuso que estaría despierta.

—¿Tienes frío? —le preguntó en un susurro. Podría estar equivocado y ella aún dormía.

—No. Bueno, algo. Quizás un poco —contestó incorporándose—. ¿Cómo tienes las manos?

—Sobreviviré. Las meteré en el agua salada y eso ayudará a que se cierren las heridas. Pero lo haré más tarde —contestó sonriendo—. Durante unos días no creo ni que pueda mover los brazos, así que tendrás que darme de comer.

—¿Tanto te duelen? ¿Quieres que, eh... te dé un masaje?

Jamie se incorporó de repente, sorprendido, y se golpeó la cabeza contra el bote.

—¡Ay! —se quejó. Estaba asombrado: le ofrecía tocarle por voluntad propia. La verdad es que era un paso importante en la dirección correcta—. Si, por favor, pero solo si estás segura de que no te importa.

—No, no me importa. Es lo menos que puedo hacer después de todo lo que has trabajado todos estos días. Date la vuelta.

—Bueno, tú también has remado de vez en cuando, pero si insistes...

Jamie se dio la vuelta como ella le había indicado, y cuando sus manos empezaron a masajearle los hombros y los bíceps, extremadamente doloridos, tuvo que contener un gemido.

«¡Dios, qué gusto!» —pensó, pero no quiso asustarla. Lo mejor sería bromear un poco al respecto, así que dijo—: ¡Por favor, no pares nunca, mujer! ¿Puedo contratarte para que me hagas esto para siempre?

Esperó a escuchar su respuesta con cierta expectación.

Zar sabía que la pregunta no era más que otra de las bromas de Jamie. Sin embargo, no quería dejar de masajearle, ni hablar. Nunca. Le encantaba tocarle, sentir su extraordinaria musculatura relajándose bajo la piel gracias a sus manos. Era perfecto: unos hombros anchos y un torso que descendía estrechándose hasta la cintura, unos brazos perfectamente delineados, y ahora muy duros debido al tremendo ejercicio realizado con los remos, y un cabello que le caía suelto sobre el cuello y la parte alta de la espalda. Aunque no volviera a verle, su cuerpo se le quedaría grabado para siempre en la mente. Era como si sus dedos estuvieran realizando un mapa de su cuerpo.

—No, gracias por la oferta. Estoy segura de que encontrarás a otra que quiera ser tu esclava —contestó, aunque había estado a punto de decir que le encantaría hacerse con ese puesto. Debía de haber pillado una insolación y se le había ablandado el cerebro. O quizá fuese la conmoción que le causó el hecho de estar a punto de ahogarse, o el miedo a ser devorada por un tiburón.

—Se te da bien. Lo has hecho antes, ¿verdad? —dijo con voz adormilada y satisfecha.

—Pues no, nunca.

—¿Ni siquiera con tu marido? —preguntó medio volviéndose, y Zar agradeció que no pudiera ver el maldito e incontrolable rubor que, de nuevo, encendía sus mejillas.

—A él, por nada del mundo —siseó.

—¿Quieres hablarme de eso? —su voz ahora sonó amable, sin ningún tono de amenaza. Además, la oscuridad reinante invitaba a las confidencias. Era el momento, pues cuando se encontraran al aire libre el efecto desaparecería. Hablar por fin resultaba tentador, muy tentador.

—Es difícil —empezó Zar, tras muchas dudas—. Es algo que me gustaría olvidar, pero no puedo —dijo mientras apretaba un poco más con los dedos al masajear la base de su espalda, confiando en que eso le distrajera. Un somero quejido la llevó a pensar que lo había conseguido, pero entonces él volvió a hablar.

—Puede que te haga bien contármelo, aunque solo sea una vez. He oído decir que es bueno compartir lo que se piensa y se siente aunque, a decir verdad, yo nunca lo he hecho.

Ella suspiró, rindiéndose, y empezó a hablar.

—La verdad es que no hay demasiado que contar. Yo tenía diecisiete años y él... bueno, era viejo y me repugnaba físicamente. Pero tenía sus derechos, ya sabes, mi obligación conyugal. Tenía que ser una esposa complaciente, permanecer de pie y dejarle hacer... —hizo una pausa de repente, tragando la saliva que se le había formado en la garganta al recordar las horribles imágenes que, como siempre, habían inundado su mente.

—¿Permanecer de pie? —dijo Jamie desconcertado—. Pero ¿qué demonios...? Quiero decir, perdona que hable así, pero pensaba que hablábamos de derechos conyugales.

—Y me refería a eso. Es que... quería estarme mirando siempre, desnuda. Miraba y miraba, con ese horrible brillo rijoso que tenía en los ojos, como si yo fuera un objeto de su propiedad. Y por supuesto le pertenecía, pero ya sabes, era como si fuera una mascota o una cabeza de ganado con la que él podía hacer exactamente lo que se le antojara. Era del todo humillante. Y, después, me tocaba —concluyó Zar, sintiendo que la vergüenza la embargaba. ¿Por qué estaba hablando de esto? Sin duda se había vuelto loca.

Dejó de darle masajes en la espalda. Él se volvió y le tomó las manos en la

oscuridad, envolviéndolas con las suyas, grandes, cálidas y llenas de heridas.

—¿Te hacía daño? ¿Y después te... violaba?

—Mmm...

—No utilizaría fustas, o látigos... ¿o sí?

—¿Cómo? ¡No! No, solo las manos, pero eran como las garras de un animal. Tenía los dedos arrugados y duros, y las uñas largas y asquerosas. Agarraba, apretaba, arañaba —se estremeció al recordarlo, y se le revolvió el estómago—. Por eso ahora no soporto que me toquen.

Jamie la levantó y la colocó en su regazo como si fuera una niña pequeña, rodeándola con los brazos. Con una mano le colocó la cabeza sobre el hombro con mucha suavidad, mientras que con la otra le acariciaba la espalda.

—Puedo abrazarte así, si te parece. ¿Te importa?

—No —dijo, y era verdad. Aquello era muy distinto.

—Está bien —susurró él—. Lo que me has contado no volverá a pasar. No así. No lo permitiré. De ahora en adelante, siempre estarás a salvo.

Zar cerró los ojos y dejó que la sensación de seguridad la envolviera. Quería creerle. Deseaba con todas sus fuerzas que le estuviera diciendo la verdad. Pero al cabo de un rato se revolvió y suspiró. No era más que una ilusión.

—¿Cómo? Nunca podré volver a casarme. Nunca ten... tendré hijos... —musitó, y se le quebró la voz al pronunciar esa última palabra, porque deseaba ser madre con todas sus fuerzas. Quería tener un hijo. Alguien a quien amar.

—Shh, por supuesto que lo harás. Escucha, creo que sé cómo ayudarte. Pero tendrás que confiar en mí por completo. ¿Podrás hacerlo? Nunca te haré daño. Ya te lo prometí una vez.

Zar pensó en los últimos días y el modo en que había estado junto a ella en todo momento, protegiéndola, levantándole el ánimo, luchando por ella, sacándola del océano aterrador, remando para ponerla a salvo. Si no podía confiar en Jamie, entonces ¿en quién?

—Sí —le contestó—. Sé que puedo confiar en ti.

—Entonces contéstame con absoluta sinceridad: ¿me encuentras atractivo? ¿No te repulsa mi aspecto, mi comportamiento o ambas cosas?

—No. Quiero decir, sí... estoy segura de que la mayoría de las mujeres piensan que eres muy guapo.

—Me importan un bledo la mayoría de las mujeres, solo me interesas tú.

Zar respiró profundamente.

—¿Y si fuera así? ¿Si te considerara atractivo, quiero decir?

—Pues sería un buen comienzo. Quiero decir, resulta esencial para lograr... lo que se pretende.

—Bueno, de acuerdo entonces. Sí.

—Gracias. A mí tú me pareces muy hermosa —dijo acariciándole la mejilla y cubriéndola con la palma de la mano—. Vamos con la siguiente fase: ¿has pensado

alguna vez en mis besos, o en mi cuerpo, cuando no estaba contigo? ¿Me deseas?

—¡Jamie! Se supone que una dama no piensa en esas cosas.

—¡Al diablo con los convencionalismos! Olvida todo lo que te han contado. Todas esas bobadas acerca de lo que es o no correcto, respecto a lo que se supone que debemos hacer. Lo que ocurre entre un hombre y una mujer cuando los dos lo desean es algo puro, divertido y delicioso, y no está mal. Está muy bien, es lo que debe ser, lo lógico, hazme caso y créeme. Ahora confiesa —dijo como un torrente, y paró un momento para besarla en un punto especialmente sensible situado detrás de la oreja—: ¿En qué te hace pensar lo que acabo de hacer?

Ella se liberó y volvió a agradecer que el improvisado refugio estuviera tan oscuro.

—Bien, te contestaré. Me hace pensar en cómo me sentí cuando me besaste.

—Bien. ¿Y piensas en algo más? —insistió, mientras seguía rozándola con los labios por todo el cuello.

—Mmm... ¿en piel? —probó ella, y decidió ir un poco más allá—. En piel cálida y... sin nada encima.

—Quieres decir desnuda. Dilo así. Emplea las palabras que te pasen por la cabeza, no pienses en lo que debes decir —explicó él, besándola por debajo del mentón.

—Piel desnuda —repitió ella obediente, y al oírse a sí misma diciéndolo sintió un escalofrío de alerta y excitación que le resultó desconocido, sobre todo por su intensidad.

—Todavía mejor. ¿Recuerdas como te sentiste cuando te rocé los pechos con el mentón sin afeitar? —dijo con voz ronca, y la referencia al pecho hizo que se estremeciera y envió otra pequeña descarga hacia sus entrañas—. ¿Te gustó? —preguntó él.

—Sí —dijo. No tenía sentido negarlo cuando él estaba comprobando por sí mismo que su cuerpo recordaba el episodio perfectamente.

—Entonces te prometo que vas a volver a sentirte así, pero multiplicando la intensidad por cien, o más bien por mil. Quiero que hagas el amor conmigo, Zarmina.

—¿Ah... ahora? —exclamó Zar incorporándose—. Pero habías dicho que...

—Que no te haría daño, sí. Y no te lo haré. Insisto en que no te pondré un solo dedo encima si tú no quieres. Eres tú la que vas a hacerme el amor a mí.

—No te entiendo.

—Me voy a tumbar y quiero que me toques donde quieras, y que hagas todo lo que te apetezca hacer con mi cuerpo, absolutamente todo. Explora. Besa. Haz cosquillas. Roza. Utiliza los dedos, las palmas, los labios, la lengua. Todo lo que quieras. Simplemente déjate llevar. Es el momento de que tu cuerpo aprenda una lección nueva y muy agradable —explicó, e inmediatamente la alejó un poco de su regazo y ella notó, más que vio, que se tumbaba boca arriba sobre la ropa del suelo—. ¿Quieres que me quite la camisa?

Zar estaba demasiado asombrada como para contestar de inmediato, pero rápidamente se dio cuenta de que su invitación coincidía con lo que llevaba deseando hacer casi desde que le conoció, y se dijo a sí misma que tenía que ser consecuente. Sentía que su vida podía dar un vuelco después de lo que iba a pasar, fuera lo que fuese. ¿Y si él tenía razón? Deseaba tocarle, pero ¿hasta dónde podría llegar? Y si se detenía, ¿la obligaría a continuar? De todos modos, nunca averiguaría lo que estaba por ocurrir si no lo intentaba.

«Me ha dicho que tengo que ser atrevida», pensó.

—Te quitaré la camisa —dijo, procurando que su voz no sonara asustada, aunque en realidad lo estaba, y mucho.

—Bien. Eres mi invitada.

Él ya había sacado la camisa por fuera de la cintura de los calzones, así que Zar pudo tirar del extremo de la camisa y sacársela por la cabeza. La arrojó a un lado y dejó correr los dedos por su pecho. Más piel cálida. Más músculos prietos. ¿Y pezones? Los rodeó y él soltó un ligero gemido, que sonó como el maullido contenido de un gato; eso la hizo sonreír.

Exploró un poco más abajo y se encontró con una línea de vello que dividía ambos lados del estómago. Se detuvo en el extremo de los calzones y sus dedos reaccionaron con timidez y retrocedieron. Pensó que no debía bajar más, que aún no podía llegar tan lejos. Se asombró al pensar que incluso consideraba la posibilidad de explorar esa zona más tarde, pero la idea le resultó muy tentadora.

¿Podría seguir adelante con aquello? Le parecía inadecuado en muchos aspectos. Y podría tener consecuencias. Un niño. El ostracismo social.

Al diablo con eso, como solía decir William. Se enfrentaría a ello si ocurría, y lo más probable sería que no pasara nada si lo hacía solo una vez. Había estado a punto de morir ahogada en el mar, de que su vida terminara sin saber cómo era realmente hacer el amor. Hacer el amor con Jamie. No desperdiciaría la oportunidad que tenía de averiguarlo. No podía.

—Tal vez te apetezca sentarte sobre mí —sugirió él—. Así podrías besarme, si quieres —concluyó, y ella notó que hablaba con su habitual sonrisa juguetona en los labios. Se lo estaba pasando bien, el muy sinvergüenza. Pero bueno, ella también...

Dudó un momento, pero se decidió enseguida y se sentó sobre su estómago. Aunque se aseguró de que la camisa le cubría bien el trasero, el algodón era tan delgado que pudo notar el tacto de sus calzones. Trató de evitar ese áspero contacto, pero no pudo.

—Eh... casi mejor si te estás más bien quieta por ahora. No soy un santo —murmuró Jamie.

—¿El simple hecho de que me sienta sobre ti te afecta? —preguntó algo preocupada—. ¿Entonces cómo puedo estar segura de que cumplirás tu palabra? Quiero decir, ¿puedes controlarte de verdad?

—Me aguantaré porque quiero hacerlo, es una cuestión de voluntad, no haré nada

que tú no quieras. Pero preferiría que no me pusieras ciertas, eh..., trabas. Recuerda, puedes darme permiso para moverme y hacer, bueno... lo que quieras, en cualquier momento.

—Mmm —musitó Zar, dándose cuenta de que estaba jugando con fuego, pero no quería parar todavía. Decidió besarle. Eso había funcionado antes, y le había hecho olvidarse de todo.

Así que siguió adelante. Apoyó las palmas de las manos sobre su pecho acercó los labios a los suyos. No se movió. Fue besándole con suavidad por toda la boca, le mordisqueó el labio inferior y le lamió el contorno. Sabía a coco y a sal, una mezcla extraña pero deliciosa.

—Bésame tú a mí —le pidió con suavidad.

Así lo hizo, y al principio notó que sonreía, hasta que se enfrascaron en un beso mucho más intenso. Tanto que de la boca surgieron ondas que le llagaban hasta los dedos de los pies, dejando huella en todas las zonas de su cuerpo, y eso que solo estaban utilizando la lengua.

—Condenado, eres un maestro en esto, ¿verdad? —susurró.

—¡Ese lenguaje! —bromeó él—. Por supuesto que lo soy. Ya te lo dije, no soy un santo. Los santos son aburridos. Créeme si te digo que no disfrutarías si te besara un santurrón.

Temblando ligeramente, ella le acarició la barbilla con las uñas muy suavemente, y después empezó a besarle la garganta, el pecho y, tras doblarse un poco, el estómago. Su piel olía a mar y a viento, con un ligerísimo aroma a jabón de sándalo. Le encantó. Una vez más, se detuvo en la cintura de sus calzones.

—Tienes permiso para quitármelos también, ya sabes —le dijo, de nuevo con el tono juguetón al que estaba acostumbrada y que ya no le molestaba. La propuesta la incitó. Bueno, pues aceptaría el reto.

—Muy bien. —Había botones a ambos lados de una especie de solapa, y sus dedos, un tanto temblorosos, tuvieron dificultades para desabrocharlos, pero al final pudo con ellos. Se alejó un poco de él para tirar de la prenda, y él ayudó empujándola. Tragando saliva, se sentó de nuevo sobre sus muslos, y empezó a tocarle hasta llegar a ...

—¡Por la sagrada Shiva! Esto no... esto no tiene nada que ver con lo de Francis. Jamie no pudo evitar una sonora carcajada.

—Pues menos mal. Como mínimo me doblaba en edad, supongo.

Ella jugueteó y exploró con los dedos, y la curiosidad superó con creces el nerviosismo que sentía.

—Es tan suave, tan cálido y, no obstante... la verdad es que no es nada blando.

—Mmm —murmuró él, y a ella le pareció que sufría.

Dejando de lado cualquier tipo de precaución, le agarró el miembro con una mano y lo acarició. Él saltó y ahogó un grito grave.

—¡Oh, perdón! Te he hecho daño, ¿verdad? —exclamó ella, y se lo soltó.

—No, qué va, todo lo contrario —dijo él con voz algo ronca, y como si estuviera hablando entre dientes—. ¿Todavía no me toca a mí?

—¿El qué?

—También me apetece mucho tocarte. Explorar, es decir, lo mismo que tú estás haciendo.

Sus palabras hicieron sonar timbres de alarma en su mente, pero los silenció a base de fuerza de voluntad.

—Supongo que es lo justo.

Él se levantó y empezó a desabrocharle uno por uno los nudos del corpiño, y ella intuyó que lo hacía de una manera deliberadamente lenta.

—¡Espera! ¡Los diamantes y el talismán!

—Tranquila, yo mismo los encontraré —dijo Jamie, que parecía disfrutar mucho con la búsqueda, y ella sintió como sus dedos le acariciaban la piel de la espalda mientras exploraba. Cuando localizó las joyas y las colocó a un lado, tiró de la última atadura y le levantó el vestido para sacárselo por los hombros y los brazos. Ella le ayudó encogiéndose para evitar la compresión que la prensa ejercía sobre su cuerpo, incluso desabrochada. Después le puso la mano sobre la cintura y empezó a mover los pulgares haciendo círculos muy despacio, mientras se inclinaba hacia delante para besarla.

Empezó con un beso suave, pero a ella no le pareció suficiente. Se volvió ávida, y le acarició la lengua, chupando y también mordiendo con suavidad. Le encantaba lo que sentía al hacerlo, las pequeñas oleadas de placer que le llegaban hasta el estómago y más abajo. También el modo en que sus pechos se volvían más turgentes y cómo se le endurecían los pezones. Empezó a ronronear, y soltó un gemido sordo cuando las manos de él se movieron despacio hasta envolverle los pechos a través de la camisola. En su mente ardieron los viejos miedos, pero se esforzó por dejarlos de lado. Estaba con Jamie. Jamie.

—Tranquila, relájate del todo. Solo estoy explorando, ¿recuerdas? —susurró él. Mantuvo las manos en sus pechos hasta que ella se acostumbró a la sensación, y entonces empezó a hacer en sus pezones algo parecido a la magia, utilizando los pulgares.

Zar se quedó maravillada al comprobar la diferencia respecto a sus experiencias anteriores. No había dolor, ni apretones. Solo caricias suaves, como el aleteo de una mariposa, que la excitaban sobremanera. Cuando paró, ella emitió un murmullo de protesta que hizo reír entre dientes a Jamie.

—Tranquila, solo quiero que te quites eso —dijo tomando su blusa entre dos dedos—. Yo también quiero piel desnuda.

Esta vez la oleada de placer surgió con solo oír sus palabras, y colaboró gustosa para quitarse la prenda. De nuevo empezó en la cintura, y sus manos fueron avanzando lentas, casi perezosas, acariciándola como si el tiempo solo existiera para dedicarlo a ese juego. En el momento en que Zar empezaba a sentir urgencia, se

inclinó para sustituir los pulgares por la lengua, y ella se arqueó sorprendida.

—¡Jamie!

—Ya te lo dije, todo vale. ¿No te gusta?

—Sí, sí, claro que sí.

Ella no protestó cuando tanteó con las manos el contorno de su estómago y avanzó hacia abajo hasta encontrar su zona más íntima. Tuvo que contenerse para no gritar a causa de las extraordinarias sensaciones que le producían las caricias de sus dedos y su lengua.

—Voy a entrar dentro de ti —murmuró él, y la incorporó para colocarla sobre él, despacio, con suavidad, dándole tiempo para colocarse e incluso para dejarlo si quería. Pero en ese momento, el cerebro de ella solo registraba la necesidad de algo más. Algo que no sabía qué era y que empezó a averiguar cuando el extremo de su miembro viril comenzó a abrirse paso.

—¡Ah, sí, eso es! ¡Ay! —gritó ella en el momento en que él le introdujo todo su miembro, y sintió un pinchazo de dolor, pero tampoco demasiado fuerte.

Jamie se quedó helado.

—¿Tú nunca...? ¿Él no...? —empezó; no le salían las palabras.

—No. No podía. —Zar empezó a moverse con precaución, primero hacia arriba y después hacia abajo, hasta darse cuenta de que ya no le dolía. Por el contrario, empezó a sentir una deliciosa calidez, que se extendía por todo su cuerpo. Y, de algún modo, supo que era lo que tenía que hacer a continuación—. ¡Sigue, por favor! —le urgió.

—No, hazlo tú. Tú decides qué y cómo —murmuró él, guiándola, enseñándole lo que tenía que hacer. Y así lo hizo, moviéndose cada vez más deprisa hasta que todo su cuerpo pareció explotar y sintió como si toda ella estallara en miles de pedazos minúsculos.

—¡Jamie!

Él también gimió y notó cómo se estremecía bajo ella. En unos momentos ambos se relajaron y él la rodeó con sus brazos y tiró de ella hacia abajo, para que se recostara y apoyara la cabeza sobre su pecho. Fue como si se hubieran convertido en uno solo, unidos de una forma extremadamente íntima, y ella se regodeó en la sensación, aferrándose a él, retomando el aliento y recobrando un ritmo de latidos más tranquilo, prácticamente normal.

Zar cerró los ojos y sonrió.

## Capítulo 22

—¿Estás bien?

Jamie acarició la piel sedosa de la espalda de Zarmina, sintiéndose gloriosamente satisfecho, pero con cierto sentimiento de culpa. Había sido la primera vez para ella. ¡Era virgen! ¡Demonios! Ni se le había pasado por la imaginación tal posibilidad. Había dado por supuesto que el viejo se había acostado con ella, pero resulta que no podía. Así que era impotente. No era raro entonces que aquel desgraciado hubiera disfrutado tanto toqueteándola, pues debía de ser lo único que podía permitirse, y con toda seguridad que había volcado sobre ella todas sus frustraciones.

—Estoy muy bien, gracias —le contestó. Su voz sonaba somnolienta y muy relajada, lo que le pareció un buen síntoma.

—No me habías dicho que nunca... Aunque supongo que debí preguntártelo. Lo siento.

Ella levantó la cabeza y le pasó el dedo índice por la barbilla, haciéndole estremecerse y pensar que cuatro días de lucha contra todo tipo de elementos, humanos y naturales, habían merecido la pena. No pudo ver su expresión, pero la pequeña caricia fue muy tierna.

—No tenía importancia. Y el dolor se pasó de inmediato. Lo difícil fue el resto, quiero decir, el comienzo.

No estaba enfadada ni preocupada. Se sintió aliviado.

—¿Y entonces? —dijo él, atreviéndose a bromear.

—Y entonces has obrado milagros, y estoy segura de que ya lo sabes. También estoy convencida de que si pudiera verte la cara ahora, comprobaría que te estás riendo de mí. ¿Acierto?

—No, en absoluto —mintió sonriendo—. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque tenías razón, condenado.

—¿Y eso es malo? —preguntó, bajando la mano para acariciarle suavemente su maravilloso trasero con las uñas de los dedos.

—¡Sí! Bueno, no. Pero ¿qué haces?

—No pensarás que hemos terminado, ¿no? —dijo, y tiró de ella suavemente para que se incorporase y poder besarla—. Esto solo ha sido el principio. Tenemos todo el tiempo del mundo, y ahora me toca estar encima. Me lo he ganado.

—¿Quieres decir que puedes hacerlo más de una vez... seguida?

—Sí, claro —dijo entre risas—. Todas las veces que quieras, dependiendo de si mañana quieres ser capaz de sentarte o no, claro. Bésame otra vez y te lo demostraré.

—Pero no deberíamos. ¿Y si...?

Jamie no esperó a escuchar sus protestas. Si permitía que le volviera a entrar el

pánico, nunca se acostumbraría a hacer el amor con él, y no quería que eso pasara. Todo lo contrario. Ahora sabía que quería estar siempre con ella, haciendo eso y todo lo que la vida les deparara. La quería en su cama, y también su corazón, para toda la vida.

—¡Uf! No creo que vuelva a comer un coco en todo lo que me queda de vida —dijo Zar tragando con desgana, aunque sabía que no tenía más remedio si no quería pasar hambre.

—Bien, esta es la típica gratitud femenina. Tu hombre sale a conseguir comida para ti y todo lo que haces es quejarte. Es usted difícil de complacer, señora.

Zar le miró con los ojos entrecerrados. Dudaba mucho que fuera «su hombre». Seguramente tenía una mujer en cada puerto, como solía pasar con los marineros. La idea la deprimía, pero no le echaba la culpa a él. Ella no le había pedido amor eterno y, para ser justos, le había hecho un enorme favor liberándola de sus miedos.

Habían pasado dos noches refugiados bajo el bote, o al menos eso pensaba, aunque no podía asegurarlo, y ya no le importaba en absoluto que la tocara. De hecho, le gustaba mucho que la acariciara. El mero hecho de pensar en que sus manos tocaran cualquier parte de su anatomía hacía que todo su cuerpo sintiera pequeñas oleadas de excitación. Movi6 la cabeza. Tenía que dejar de pensar en Jamie, o al menos en su forma de hacer el amor. Había perdido la vergüenza, y eso tenía que terminar. El hecho de que estuvieran aislados del resto del mundo no significaba que no tuvieran que regresar a él pronto. Y entonces tendría que enfrentarse a las consecuencias de lo que había hecho. Y de lo que le había permitido hacer a él.

Se había vuelto loca. Temeraria, lasciva, irresponsable... El rubor inundó sus mejillas y se volvió para que él no se diera cuenta.

—Si te empiezas a aburrir de la dieta, tal vez sea el momento de que salgamos a reconocer el terreno. ¿Vamos a dar una vuelta para averiguar hasta dónde llega esta lengua de arena? —sugirió Jamie—. Todavía llueve, pero no de forma torrencial, al menos de momento.

Él ya había salido el día anterior y se había adentrado algo más allá de la playa, pero le había dicho que no parecía haber otra cosa que la lengua de arena. Al parecer, una línea de agua les separaba de lo que debía de ser la costa o una isla, pero había que explorar más a fondo antes de tomar decisiones sobre qué hacer.

—Todavía estamos mojados —protestó Zar, aunque en realidad no le molestaba que lloviera un poco. Lo que pasaba era que no le apetecía que terminara el período tan maravilloso que estaba viviendo allí. No obstante, sabía que en cualquier caso acabaría, y más pronto que tarde.

—Ya estamos en la estación monzónica. Lloverá, sea más o sea menos, durante meses, ya lo sabes. No podemos quedarnos aquí hasta que escampe. Al menos, espero que no tengamos que hacerlo. Si no hay forma de cruzar a tierra firme a pie,

tendremos que llevar el bote al otro lado y volver a remar. O bien intentar rodear la lengua de arena, pero me da la impresión de que tiene kilómetros, así que preferiría no hacerlo.

—Muy bien —asintió Zar—. Vayamos ahora, que todavía es de día.

Llevaba puesto lo que le quedaba del vestido, la camisola y las enaguas, y se sentía francamente incómoda. Habían ido por turnos a la orilla a lavar la ropa lo mejor que podían, pero en el agua salada el resultado había sido siempre bastante frustrante. La ropa se quedaba tiesa y picaba. Tampoco se atrevieron a nadar, pues la corriente parecía bastante fuerte, y tiraba de las piernas cuando estaban en la orilla.

Partieron y en primer lugar decidieron avanzar hacia la izquierda.

—A ver si logramos averiguar la longitud de esta lengua de arena —dijo Jamie andando a grandes zancadas, de modo que Zar prácticamente tenía que correr para mantenerse a su altura. Al fin vio con alivio que la tomaba de la mano y tiraba de ella, lo que ayudaba bastante.

Pasado un rato comprobaron que la playa empezaba a hacer una pequeña curva, y vieron una columna de humo que se elevaba por el aire.

—¡Ah, vaya! —dijo Jamie—. No estamos tan solos como creíamos. ¿Puedes darme uno de los diamantes pequeños, por favor? Necesitaremos algo con lo que negociar.

Zar había vuelto a guardar las joyas en su escondrijo antes de abandonar el refugio, por si acaso no volvían. Sacó una de las gemas y se la pasó a Jamie.

El fuego provenía de un grupo de pescadores que se habían juntado en el extremo sur de lo que les confirmaron que era, en efecto, una lengua de arena. Uno de los hombres hablaba un poco de gujarati, así que Zar pudo comunicarse con él.

—¿Dónde estamos exactamente? —preguntó—. ¿Queda lejos la costa de la India?

El hombre sonrió, movió la cabeza y señaló hacia la izquierda.

—Eso es Juhu, y las islas Salsete y Bombay están por allí. Se puede ir caminando hasta la primera isla cuando hay marea baja.

Zar le tradujo rápidamente la información a Jamie, aunque al parecer él había entendido lo esencial.

—¿Puede decirnos cuál es el mejor sitio para cruzar? Le pagaremos.

Cuando Jamie les mostró el diamante, tanto el hombre como sus amigos se mostraron muy colaboradores. De hecho, hasta les condujeron a un punto a partir del cual les indicaron que podrían cruzar sin problemas muy pronto. Debía de tratarse de una especie de corriente, un sitio por donde se podía caminar cuando bajaba la marea.

—Observen el agua. Ahora tenemos que irnos.

—Gracias. *Namaste*.

Los hombres se despidieron saludando con las manos y corrieron hacia sus cabañas para guarecerse de la lluvia. Mientras esperaban, Zar y Jamie se sentaron bajo un árbol. Parecía que el nivel del agua iba descendiendo poco a poco, de modo

que Zar supuso que les habían dicho la verdad.

—Así que, si eso de ahí es una isla que se llama Salsete. ¿Sabes a qué distancia está de Bombay? ¿Y crees que podremos conseguir ayuda allí? —preguntó—. Supongo que habrá ingleses, ¿no te parece?

—Sí, pero no los necesitaremos —dijo Jamie sonriendo, demostrando lo contento que estaba tras conocer la información que les dieron los pescadores—. Tengo una casa allí.

—¿En Bombay? ¿Y por qué?

Una vez más, Zar tuvo la impresión de que no sabía absolutamente nada de aquel hombre, a pesar de que lo «conocía» en el sentido bíblico e íntimo del término. Era todo un enigma.

—Me pareció una buena idea comprar una. Es el único lugar de toda la India en el que a un inglés, o en este caso a un escocés, se le permite adquirir una propiedad, y estaba harto de vivir como un nómada. Quería tener un sitio donde guardar algunas cosas de forma permanente. No paso demasiado tiempo en ella, pero ahora nos vendrá muy bien.

—Sí, por supuesto.

—Bombay no es tan agradable como Madrás. Llueve mucho y la temperatura y la humedad resultan casi insufribles durante todo el año, pero se ha convertido en un importante puerto comercial con los países del mar Rojo y del golfo Pérsico. Pensé que sería adecuado tener allí una base para mis negocios —explicó; después le pasó un brazo por los hombros y le dio un pequeño apretón—. No te preocupes. Una vez lleguemos allí, podré proporcionarte buena comida, ropa y cobijo para este tiempo infernal. Después ya haremos planes.

—¿Planes? —dijo sintiendo un sobresalto en el estómago. ¿Acaso ya estaba pergeñando la manera de librarse de ella ahora que había conseguido lo que quería? Bueno, ¿y qué más le daba? Tenía una vida espléndida en Surat. Siempre y cuando no viniera un niño...

Lo que dijo después parecía demostrar que le leía el pensamiento, al menos en parte.

—Tenemos que volver a Surat y ver qué es lo que está ocurriendo allí. Espero que Sanjiv haya llegado por fin. Y supongo que querrás saber si William ha regresado a casa o no.

—No especialmente —dijo, y añadió una palabrota en gujarati dedicada a su hijastro. Jamie rió entre dientes.

—No tengo la menor idea de lo que quiere decir eso, pero creo que podría adivinarlo —dijo cuando ella le miró alzando las cejas—. Si yo fuera William, me daría miedo encontrarme de nuevo contigo, después de abandonarte de la manera que lo hizo.

—Sí. Todavía no me cabe en la cabeza que se portara de una manera tan ruin pero, aún así, no creo que me tenga el menor miedo.

—Yo te lo tendría. Estoy seguro de que, cuando estás enfadada de veras, tienes que ser temible. No me gustaría nada enfrentarme a ti estando hecha una furia —afirmó Jamie sonriendo, y después soltó una carcajada cuando ella le dio un puñetazo en el brazo—. Ya está bien, mujer. Tenemos que andar durante un buen rato. Mira, creo que ya se puede pasar por aquí. Parece que apenas cubre. ¿Lo intentamos?

—Muy bien.

Zar se levantó las faldas y le siguió, tomándolo de la mano para igualar su ritmo. No le dijo que su estado de ánimo debía ser parecido al de Eva cuando tuvo que abandonar el Paraíso. Suponía que él no sentiría nada parecido.

—¡Y pensar que la civilización estaba tan cerca! Podíamos haber llegado aquí hace dos días de haberlo sabido.

Después de llegar a Salsete, una isla que parecía estar formada solo por marismas y bosques de manglares, encontraron otro pescador que les llevó en su barca hasta Bombay. Desde la orilla habrían podido incluso llegar a la casa de Jamie a pie, pues no quedaba lejos.

—Desde luego. Hasta podríamos haber llegado remando nosotros de haber tenido la menor idea de dónde estábamos. Sin embargo, lo más probable es que nos hubiéramos desviado con las corrientes. Por aquí son muy fuertes. Esto ha sido más seguro.

Y si no hubieran permanecido en el banco de arena, no habría tenido la oportunidad de hacerle el amor a aquella hermosa mujer. Jamie respiró hondo y trató de no mirar a la dama en cuestión. Tenía que tomar ciertas decisiones. Quería verla una vez aseada, ataviada con ropa nativa, con ese pelo maravilloso colgándole por la espalda mientras se secaba tras lavarlo. Quería verla con tranquilidad.

—Pero no había manera de que lo supiéramos y, la verdad, yo estaba absolutamente agotado y no podía ir a explorar por ahí cuando llegamos a la orilla —recapituló. Sus músculos se habían recobrado y ya le habían desaparecido las ojeras, aunque aún tenía algunas heridas en las manos, pese a que se las lavaba frecuentemente con agua de mar.

—Bueno, por lo menos me veo otra vez limpia y aseada. Es estupendo. Pensaba que jamás me libraría de esa sensación de estar llena de sal —dijo Zar, peinándose con los dedos sus largos cabellos; después movió con fuerza la cabeza para sacudir parte del agua que aún tenía en el pelo. Jamie sintió una acuciante necesidad de enterrar en ese preciso instante sus propios dedos en aquella hermosa cabellera de color castaño oscuro.

Los dos criados de Jamie, un hindú y su hermana viuda, que cuidaban la propiedad cuando él no estaba en Bombay, habían sido muy eficientes a la hora de proveerles de artículos higiene, ropa limpia y comida, sin protestar ni lo más mínimo por la inesperada irrupción. Ni pestañearon cuando Jamie les pidió ropa nativa para

Zar y para él. Jamie les pagaba muy bien por los servicios, y le gustó comprobar que era dinero bien gastado.

Zar estaba de pie junto a una ventana del salón, mirando el pequeño jardín que formaba parte de la propiedad. Se acercó a ella y le rodeó la cintura con los brazos, inclinándose para meter la nariz entre su cabellera.

—Mmm, creo que hasta podría afirmar que hueles mejor que en la barca —dijo tomándole el pelo.

—¡Jamie! —exclamó, volviéndose de inmediato para mirarle furiosa. Entonces se dio cuenta de que estaba bromeando—. Seguro que tú también —murmuró, y la piel de su cara adquirió un ligero tono rosado cuando empezó a acariciarla un poco más. Para su frustración, le apartó y se puso fuera de su alcance—. Por favor, no hagas eso.

—¿Y por qué no? Nadie puede vernos. Y, por otra parte, si nos ven, tendrán que irse acostumbrando.

—¿Qué quieres decir? —preguntó cubriéndose el pecho con las manos, un gesto que le había visto hacer antes cuando se sentía vulnerable. Jamie se preguntó por qué lo haría ahora. Pensaba que había logrado que se sintiera completamente a gusto en su compañía.

Volvió a respirar hondo. Era el momento de ponerse serio. El hecho de tocarla y de aspirar su aroma le había ayudado a tomar una decisión, y ya sabía lo que tenía que hacer, aunque una parte de él seguía sintiendo pánico ante la idea. Pero ¿tenía alguna otra alternativa? No si se comportaba como un hombre de honor, y era así como quería comportarse.

—Sería un auténtico honor para mí que aceptaras ser mi esposa, Zarmina.

Sus ojos se abrieron como platos, mostrando auténtica alarma.

—¿Cómo? ¡No!

Dio otro paso alejándose de él, pero Jamie la alcanzó y la tomó de las manos.

—¿Quieres que me ponga de rodillas y te declare mi amor? —dijo componiendo su mejor sonrisa, pero no funcionó.

—No, por favor. No lo hagas.

—Como deseas —concedió. Su expresión no era ni mucho menos alentadora, pero pese a ello siguió insistiendo—. Zar, ¿después de lo que hicimos en la playa de verdad quieres seguir sin casarte? —le preguntó, procurando mantenerse calmado y usando un tono tranquilo y razonable—. Creo que logré convencerte de que no tienes nada que temer. Supongo que no pensarás que me voy a convertir en un ogro de la noche a la mañana, en cuanto te haya convencido de que te pongas un anillo en el dedo, ¿no? —concluyó sonriendo para demostrarle que estaba bromeando, pero su expresión no cambió.

—No necesito un marido. Estoy muy bien sola —insistió—. Pensé que eras distinto a los demás. Eras el único que hasta ahora no me había pedido en matrimonio.

—Eso fue antes de que hiciéramos el amor.

—Bien, pero eso no significa... eso no tiene que llevarnos necesariamente al matrimonio.

—Hacer el amor suele llevar al matrimonio —dijo, y pensó que había que llamar a las cosas por su nombre, tal como le había enseñado—. Además, Zarmina, en este caso hay que tener en cuenta otra cosa también. Si William ha conseguido volver a Surat, lo más probable es que piense que has muerto, o que te has convertido en una esclava de los piratas y que no regresarás nunca. Se apresurará a hacerse con tu mitad del negocio y, si tiene algo de sentido común, cosa que, por otra parte, dudo mucho, lo venderá todo y volverá a Inglaterra tan pronto como pueda. Nunca volverá a estar a salvo en la India después de su traición. Sea quien fuere que robara el talismán, irá tras sus pasos, para empezar.

—Entonces tengo que volver a toda prisa a Surat para detenerle. Si es que es capaz de llegar hasta allí con este tiempo, lo que me parece bastante improbable.

—¿Y cómo vas a evitarlo? Eres una mujer, y dudo que puedas cambiar eso por mucho que te empeñes. En estos momentos, si es que ha sobrevivido, estará desesperado. No creo que le cayeras muy bien antes de que ocurriera todo esto, pero ahora te has convertido en un estorbo para él. No dudará en matarte. Y, si no ha sobrevivido, ¿de verdad crees que puedes seguir llevando un negocio como el que tienes? ¿Una mujer sola?

—Sí. Contrataré a alguien para que me ayude. Alguien en quien pueda confiar. De hecho, ya tengo un buen administrador —dijo elevando el mentón y mostrando lo decidida que estaba. Generalmente admiraba su determinación, pero en estos momentos habría deseado que fuera más flexible. Maldita sea, le estaba ofreciendo su vida en una bandeja, su alma, algo que había pensado que no haría nunca con una mujer tras su terrible experiencia con Elisabet.

—Pero ¿por qué quieres pasar por tantas penalidades? Si yo fuera tu marido, me encargaría de todo y te las ahorraría.

—Sí, claro, porque todo lo mío pasaría a pertenecerte —dijo separando las manos de las de él y golpeándole en el hombro con el puño. Después se separó y empezó a pasear impacientemente por la habitación—. Y yo misma sería también de tu propiedad —añadió con amargura—. Perdería mi libertad y no tendría dinero propio. Mientras que tú te harías rico a mis expensas. No me parece que sea un acuerdo justo desde mi punto de vista.

—Me parece que estás olvidándote de algo —dijo él negando con la cabeza—. Yo ya soy rico. No necesito tus propiedades. De hecho, ya había pensado en ello, y te iba a proponer que firmaras un documento diciendo que te devolveré todos tus bienes y derechos a tu voluntad en cuanto haya terminado tu contencioso con William. Solo sería mío por derecho de matrimonio de forma temporal, para tener la capacidad legal de actuar.

Zar se detuvo y le miró con las cejas bajas. De nuevo tenía los brazos alrededor del cuerpo en gesto defensivo, y Jamie deseó fervientemente separárselos y poner los

suyos alrededor de su cintura. Pero sabía que no era el momento adecuado para persuadirla de esa forma. Tenía que permitirle decidir con la cabeza, no con el corazón.

—¿Y cómo puedo saber que eres rico? Nunca me has contado nada de ti. Eres un enigma para mí.

—Bueno, puedo enseñarte todas las joyas que tengo escondidas en diversos sitios. También puedes preguntar a personas de la Factoría inglesa, que pueden responder por mí. Mis padres son dueños de una compañía mercante en Suecia, y sus barcos viajan a Surat con cierta frecuencia, por lo que la empresa es bastante conocida allí. Y aunque soy el hijo pequeño, han prometido que, en su día, heredaré la mitad de su fortuna, una vez que mis hermanas hayan recibido su dote. Pero la verdad es que no necesito esa herencia, pues me ha ido muy bien aquí con el comercio de joyas.

Zar pareció que procuraba digerir la información aunque no se mostró convencida.

—¿Y cómo puedo saber que no vas a renegar de todas tus promesas una vez que nos hayamos casado? La mayoría de los hombres no se conforman nunca con la riqueza que tienen, siempre quieren más —dijo con una expresión teñida de sospecha. Jamie suspiró profundamente. Pensaba que había ahuyentado sus demonios, pero se dio cuenta de que las raíces eran muy profundas.

—Pues porque también puedo firmar un documento a tal efecto si crees que, después de todo, no puedes fiarte de mi palabra. Confiaba en que, a estas alturas, confiaras en mí, pero si no...

Se quedaron mirándose en silencio durante unos momentos. Jamie se quedó de pie, esperando a que la mente de Zar aceptara lo que le decía. Él pensaba que tenía sentido. El hecho de que él quisiera que fuera su esposa también por otras razones sería mejor dejarlo para otro momento. Ahora no le creería en ningún caso, aunque fuera verdad.

La idea de perderla le dejaba casi sin aliento, y era algo que no se quería ni plantear siquiera. ¿Por qué le pasaba esto? ¿Cómo había llegado a ser tan importante para él en tan poco tiempo? Nunca había creído en el amor. Consideraba que su hermano había sido un estúpido al quedarse tan prendado de Elisabet, pero se daba cuenta de que simplemente no había encontrado hasta ahora a la mujer adecuada.

—Lo siento, Jamie, pero la respuesta es no —dijo ella con firmeza.

Parecía tan triste y confundida que él sintió de nuevo la urgente necesidad de abrazarla y persuadirla de la única manera que sabía que podía. Pero sería una equivocación, lo intuía. Si lo hacía, ella se arrepentiría después.

Por el contrario, tenía que hacer que escuchara la voz de la lógica y la razón. Sabía que le deseaba, ya lo había demostrado. Ahora lo que debía hacer era persuadirla de que el matrimonio no era algo tan horrible como ella temía. Pero se dio cuenta de que tenía que ir despacio. Además, lo primero era lo primero: tenían que averiguar cómo estaban las cosas en Surat.

—Muy bien —dijo, fingiendo rendirse—. Pero ¿podemos al menos fingir que estamos casados, para que así pueda ayudarte a enfrentarte con William? Él nunca sabrá si es verdad o no, y si se convence de que eres mi esposa, se pondrá muy nervioso, te lo garantizo.

Ella se mordió el labio de aquella manera tan especial que hacía que Jamie ardiera por dentro, pero mantuvo la compostura.

—De acuerdo —asintió—. Pero solo si es necesario.

Zar sentía como si se partiese por la mitad. Una parte de ella deseaba fervientemente casarse con ese hombre, porque ahora que había paladeado el placer que suponía estar en sus brazos, la idea de vivir sin él le hacía sentirse helada por dentro. Pero la parte racional de su cerebro le decía que él no se quedaría allí. No había nacido en la India, y en algún momento desearía volver a aquel frío país en el que había nacido y del que le había hablado con tanta añoranza, y en el que vivía su familia. Y su hijita.

Y la dejaría atrás. Exactamente igual que había hecho su padre.

No podría llevarla con él a Europa porque, en ese caso, se sentiría tan avergonzado de ella como lo estuvo su padre cuando la llevó a Inglaterra. La familia de Jamie y todos sus vecinos se quedarían horrorizados si llegaba a casa con una medio extranjera. Sabía bien que, a pesar de su piel de color magnolia, su aspecto era exótico, y muy distinto al de las mujeres de allí. En cuanto le daba un poco el sol, se ponía morena enseguida. No había modo de enmascarar el hecho de que no era de raza blanca, de que era una mestiza. Recordaba muy bien la reacción de su tía, que no había podido ser más desfavorable.

—Pero ¿en qué estabas pensando, Thomas? Bueno, casi mejor que no me contestes a eso. No creo que estuvieras utilizando precisamente la cabeza —dictaminó su tía la primera vez que vio a Zar. No había palabras para explicar lo humillada que se sintió.

Y cuando Jamie viajara a su casa, la dejaría aquí, seguramente con dinero más que suficiente para asegurar su comodidad y la de los hijos que hubieran tenido durante el resto de sus vidas. Si él se iba, no volvería. ¡Y ella no lo soportaría!

Había visto casos parecidos, mujeres indias que habían sido amantes, concubinas o incluso esposas de extranjeros. Vivían desahogadamente y hasta era posible que los padres de sus hijos los quisieran y los trataran bien, pero no se los llevaban a Europa. Las chicas se entregaban en matrimonios concertados y los chicos se convertían en oficiales de los ejércitos de los príncipes nativos. Zar cerró los ojos. No quería que ocurriese eso con sus hijos. Pero ¿tenía alguna alternativa? Puede que incluso ya estuviera embarazada...

Rezaba para que no fuera así.

Ahora tenía que ser fuerte. Podía sobrellevarlo. Y Jamie la olvidaría pronto. Tenía sus propios demonios, lo había averiguado, y estaba segura de que cuando llegó a

Surat no pensaba ni remotamente en el matrimonio. Era lo suficientemente caballeroso como para ofrecerle su protección y su ayuda para lidiar con William, pero el amor no tenía nada que ver con eso. Era un asunto de negocios. Y quizá de lujuria.

Ella no podía vivir solo con eso.

## Capítulo 23

—¡Por fin hemos llegado hasta aquí! Nunca había hecho un viaje que durara tanto. Ha sido aburridísimo.

Bijal estaba de pie, bajo una higuera de Bengala, en los terrenos del primo del rajá a las afueras de Baroda, que no quedaba lejos de Surat. El lento discurrir de la comitiva nupcial le había puesto en una tesitura de nervios cercana al grito, sobre todo por su impaciencia ante la imposibilidad de tener noticias frescas sobre el talismán. Ahora por fin estaba con Tufan, que había ido a informar sobre la situación.

—Me alegro de que haya llegado sin incidentes, excelencia —dijo el sirviente inclinándose.

—¿Qué noticias tienes? No he recibido ningún mensaje tuyo durante las últimas semanas, y la verdad es que esperaba tenerlas.

—Lo siento, pero debo informarle de que ha habido una complicación inesperada.

—¿Una complicación? Explícamelo inmediatamente —exigió Bijal sintiendo un escalofrío por la espina dorsal.

—Bueno, en primer lugar el extranjero que tenía que transportar la mercancía desde Madrás hasta Surat se negó a dársela al mensajero, al contrario de lo que habíamos acordado inicialmente. Creo que quería presionar para cobrar más.

—¡Intolerable! ¿Acaso ya se le había olvidado que su amigo y familia estaban en peligro? ¿Te aseguraste de que tuviera bien claras las consecuencias de su acción?

—Por supuesto que lo hice, excelencia, pero estos extranjeros son difíciles de entender —explicó Tufan abriendo los brazos y encogiéndose de hombros—. El otro, el mensajero, también se volvió codicioso y empezó a negociar por su cuenta un pasaje para Persia con un armador distinto del que había sido elegido. Yo estaba a punto de intervenir cuando el comerciante Mansukh tomó las riendas del asunto.

—¿Y qué hizo? Al menos, a él le pagué muy bien...

—Se impacientó, me imagino. El caso es que mandó matar al segundo armador y después secuestró a los dos extranjeros, y también a una dama. Doy por hecho que les forzó para que le entregaran el objeto que debía enviar por mar a su destino. Se llevó con él a los prisioneros, probablemente con la idea de despacharlos en alta mar.

—Un hombre sensato —afirmó Bijal asintiendo; la sensación de malestar bajó de intensidad—. Así que el problema está resuelto y no tiene que cundir el pánico.

—Bueno, la verdad es que eso no es todo... Parece que su barco fue atacado por piratas. No he podido confirmar la veracidad de esos rumores, pero alguien de otro barco que fue atacado también oyó a los piratas decir que, recientemente, habían obtenido un magnífico botín tras un abordaje. No sé qué hacer, ni cómo obtener más información. Estaba a punto de ir en su busca para ver qué sugería su excelencia.

Bijal apretó los dientes. Para completar el cuadro,... ¡encima piratas!

—La única manera que tenemos de averiguar con exactitud lo que ha pasado es esperar y ver si Mansukh consigue regresar. Ahora que han empezado los monzones, pasará algo de tiempo, pero hasta entonces no podemos hacer nada. Tienes que volver a Surat y aguardar. Eso sí, estate muy atento a los acontecimientos.

—Sí, excelencia —dijo el criado inclinándose de nuevo.

—E infórmame inmediatamente si hay noticias, ¿de acuerdo? Voy a estar por aquí algún tiempo.

—Por supuesto.

Tras la marcha de Tufan, el visir permaneció un buen rato bajo el árbol, paseando de lado a lado. Había llegado muy lejos, y ahora no podía detenerse. ¡No podía!

Pero ¿y si de verdad el talismán estaba maldito y los dioses se habían vuelto contra él?

Pero no, eso no era posible, porque la joya era suya por derecho de nacimiento.

—Creo que lo mejor es que salgamos hacia Surat a primera hora de mañana —dijo Jamie al día siguiente—. Sé que necesitamos descansar, pero el tiempo desempeña un papel clave en este asunto. ¿Te importa cabalgar? Nos mojaremos, pero será mucho más rápido.

—Estoy de acuerdo. Cualquier otra forma de viajar me resultaría insufrible en estos momentos.

Era verdad. No podían ir en barco, pues los monzones provocaban marejadas permanentes. Y los carruajes o las carretas de bueyes quedaban invariablemente atrapados en el barro durante la temporada de lluvias, pues las carreteras se convertían en auténticas ciénagas en esta época del año. El avance sería muy lento. Ir cabalgando también entrañaba cierto peligro, pero dominando bien a los caballos se podía controlar en parte.

—Bien, pues eso haremos. ¿Considerarías una falta de educación por mi parte si te dejo sola y salgo a hacer los preparativos para el viaje? Te prometo que me daré toda la prisa que pueda.

—No te preocupes. Creo que me echaré un rato.

Jamie asintió. Parecía como si ella estuviera evitando su compañía, y eso que no era fácil, pues la casa era bastante pequeña. Tal vez le hacía falta estar sola un rato para poner en orden sus pensamientos sin que nadie la interrumpiera. Y también a él. Tenía que encontrar el modo de persuadirla para que se casara con él. Sin embargo, no sabía cómo hacerlo.

Necesitaba tiempo para pensar.

Esa tarde cenaron en el salón, sentados en el suelo sobre cojines a la manera india, a

ambos lados de una mesa baja. Los criados de Jamie habían servido una selección de platos que despedían un delicioso aroma: carnes y pescados al *curry*, arroz sazonado con azafrán, pan y fruta. Se sirvieron ellos mismos. Era una situación bastante entrañable, casi familiar. Sin embargo, Zar mantenía la vista en los platos, sin apenas levantarlos, concentrándose en seleccionar los bocados.

—No muerdo, ya lo sabes. Por lo menos si duele.

Miró a Jamie, que le estaba dedicando una de sus mejores e irresistibles sonrisas, aunque ella notó que no le llegaba a los ojos, como solía ocurrir habitualmente. Le daba la impresión de que había una cierta tristeza en su mirada, pero pensó que, tal vez, eran imaginaciones suyas. Después de todo, debía de sentirse herido en su orgullo tras ver rechazada su oferta de matrimonio. Su corazón no debía de tener nada que ver. Solo era una cuestión de deseo, dado el tono burlón del comentario.

—Es un alivio —dijo de forma un tanto seca—. Aunque sabes que no te tengo miedo.

—Me alegro. Entonces quizá podamos conversar un poco mientras cenamos. El silencio me parece un tanto opresivo.

—Lo siento —dijo, pues la verdad es que no se había dado cuenta de lo silenciosa que había estado. Sin embargo, ambos seguían muy pensativos. ¿De qué podían hablar? Ya habían hecho planes acerca de cómo enfrentarse a William en caso de que hubiera logrado llegar a Surat, y también sobre el talismán, así que todo estaba claro. Zar suspiró, y decidió que, por una vez, se adelantaría a él.

—Jamie, ¿recuerdas lo que te conté acerca de mi matrimonio cuando estábamos en la playa?

—Sí...

—Bien. ¿Por qué no me cuentas algo sobre el tuyo? Yo... bueno, nunca me has dicho nada acerca de tu esposa.

Ella le miró con rigidez y él dudó, como si no le apeteciera nada hablar sobre el asunto. No obstante, acabó por responder.

—Tengo mis razones. La odiaba y ahora procuro no acordarme de ella, ni de las circunstancias de mi matrimonio.

—¡Ah! —Zar no sabía como reaccionar ante una confesión como esa, pero estaba desconcertada y se atrevió a preguntar—: Entonces, ¿por qué te casaste con ella?

Él soltó una corta risa, aunque absolutamente exenta de alegría.

—No tuve otra elección. Me engañó.

Zar se quedó de una pieza. Había oído contar historias sobre mujeres que empleaban artimañas para pescar marido, pero la forma de decirlo de Jamie sonaba a algo bastante peor.

El hombre suspiró y movió la cabeza de lado a lado.

—Lo siento. Es un asunto muy doloroso para mí, aunque tienes razón, creo que es justo que te lo cuente ya que tú confiaste en mí con el tuyo. No obstante, no es una historia agradable. ¿Estás segura de que quieres escucharla?

—Sí, por favor —respondió. Ahora sentía curiosidad—. Siempre que no te haga más daño...

—No, el daño pasó, y es solo que no me gusta recordarlo. Pensándolo bien, quiero que lo sepas todo, y te juro que no te mentaré.

—Te creo. Sabes que me fío de ti.

Ella se echó hacia atrás cuando comenzó a contarle su historia. Pronto dejó de pelar la fruta que tenía entre las manos. Le habló acerca de Brice, su hermano mayor, y de su amor por una hermosa muchacha, que parecía ser recíproco. Brice se fue de viaje de negocios a China para hacer fortuna y poder casarse con su novia.

—Él sabía que estaba muy consentida y era caprichosa, pero la quería con locura y no quería que le faltara de nada —resumió Jamie.

Después le contó cómo había encontrado a Elisabet en el bosque, pensando que había sido violada, y su propia reacción, como si fuera un caballero andante. Y cómo ella y su doncella le engañaron, drogándole para que se quedara dormido y colocándole desnudo en su cama.

—Me desnudaron y me pusieron bajo las sábanas, sabiendo que el padre de Elisabet me encontraría allí a la mañana siguiente.

La voz de Jamie destilaba amargura, y Zar se apenó por él.

—No había sido violada, ni mucho menos. Todo fue una comedia, una farsa. Se había acostado con el hombre al que quería no una sino muchas veces, según me contó más tarde. Sin embargo, sabía que su padre no le aceptaría porque no consideraba que su posición social era la adecuada para casarse con ella. Así que, cuando se quedó embarazada, buscó a alguien para salir del atolladero. Y puso las garras sobre mí.

—¿Y qué ocurrió entonces? ¿No le contaste a su padre que ella y la criada te habían drogado?

—Al principio lo intenté, de veras —respondió Jamie resoplando—, pero ni me escuchó. Elisabet era su única hija, la niña de sus ojos. No había manera humana de que me creyera a mí en vez de a ella. Además, no te imaginas lo convincente que era. Menuda farsante. La noche anterior ya me había dado cuenta. Además, en aquella época yo tampoco tenía muy buena fama, y eso no me ayudó precisamente en tales circunstancias.

—¡Es horrible! ¿Y qué pasó después? Sigue contándomelo, por favor.

A Zar le resultaba difícil entender por qué Elisabet había actuado de esa forma, y quería conocer todos los detalles. Solo así cobraría sentido lo que le estaban contando.

—Muy bien —dijo Jamie—, pero como ya te he dicho, no es una historia agradable ni mucho menos...

Al despertarse por la mañana, Jamie tenía un tremendo dolor de cabeza. No le ayudó

nada oír gritos e imprecaciones en las cercanías. Alguien le sacudió por el hombro y consiguió abrir los ojos. El granjero Grahn, padre de Elisabet, le miraba hecho una furia y rojo de ira.

—¿Qué pasa? —farfulló Jamie. Y entonces lo recordó todo. Su encuentro con Elisabet, la violación, los valones. ¿Se había enterado de todo el padre de ella? Pero ¿por qué le gritaba y le insultaba, a él?

—Estoy seguro de que sabes de sobra qué pasa. Discutiremos todo esto en presencia de tu padre —le gritó Grahn.

Jamie se dobló de dolor al oír los gritos del hombre, pero al ver la escena que le rodeaba, se dio cuenta de que la resaca era el menor de sus problemas. Volvió la cabeza, que descansaba sobre una almohada blanca como la nieve y bordada con encajes, y sus ojos se encontraron con la mirada cautelosa de Elisabet. Jamie se irguió alarmado, y entonces se dio cuenta de que estaba tan desnudo como vino al mundo. Con una mano se subió la sábana hasta el pecho, mientras que la otra se la llevó a la cabeza. Le dolía.

—Pero ¿qué diablos...?

Miró furibundo a Elisabet, que se encogió de hombros y le dedicó una media sonrisa de disculpa, que al mismo tiempo tenía algo de coqueteo.

—Lo siento, Jamie —murmuró—. Padre volvió a casa antes de lo que yo pensaba.

—Y menos mal que lo he hecho —tronó Grahn—. ¿Desde cuándo lleváis así? Eso es lo que me gustaría saber. He mandado llamar a tu padre, muchacho. Llegará de un momento a otro.

Jaime no hizo caso del granjero, que continuó con su discurso a voces, y se concentró en la chica que estaba a su lado. No había ni rastro de las lágrimas del día anterior. Por el contrario, se mostraba muy serena, como si todos los días la pillaran en la cama con un hombre y la cosa no tuviera nada de extraordinario. Los rasguños de la cara eran tan tenues que apenas se notaban, y parecía como si todo lo ocurrido en el bosque hubiera sido un sueño. No, un sueño no, una farsa preparada para su propio beneficio. Jamie sintió una explosión de ira que le surgía de las entrañas, inundándole todos los músculos.

—¡Pero por qué has hecho esto, maldita z...! —empezó a decir, pero ella levantó una mano para cubrirle la boca.

—Piensa antes de hablar, Jamie —dijo tranquilamente—. Ya te lo dije, todo esto es para bien. No había otro camino.

¿Para quién? Para Elisabet, estaba claro. Abrió la boca para discutir con ella, pero se dio cuenta de que no tenía ni siquiera un clavo ardiendo al que poder agarrarse. Era su palabra contra la de ella, y le habían pillado desnudo en la cama. Nadie le creería, incluso aunque jurara por lo más sagrado que se había topado con ella la noche anterior, haciéndose pasar por supuesta víctima de una violación. Él tenía fama de mujeriego, algo de lo que hasta ese momento se había sentido bastante orgulloso.

Pensó que era un absoluto idiota. Miró a Elisabet con los ojos entrecerrados y tuvo que contener el deseo de ahogarla con sus propias manos. ¿Habría sido ni siquiera violada? No, claro que no, todo fue un montaje. Ninguna mujer parecería así de satisfecha consigo misma la noche posterior a un ataque tan brutal.

—Lo has planeado todo —dijo entre dientes, mientras Grahn seguía despotricando alrededor, sin prestar la más mínima atención a su intercambio de susurros—. ¿Por qué? Pensaba que estabas enamorada de Brice.

—Por supuesto que amo a Brice, pero él no estaba aquí para salvarme, así que tenías que ser tú —respondió Elisabet.

—No me lo trago —dijo Jamie negando con la cabeza—. Él volverá pronto y sabes que haría lo que fuera por ti. No te habría echado la culpa si de verdad hubieras sido maltratada, cosa que no sucedió, estoy seguro. No, todo esto forma parte de un plan más amplio, ¿verdad? No podías soportar el hecho de que nunca te haya hecho el menor caso, así que me has atrapado. Bien, puede que hayas ganado esta vez, pero te arrepentirás, te lo garantizo.

Su fachada se desmoronó un instante, pero solo él pudo notarlo.

—Has sido muy terco, noble sin que hiciera falta —susurró—. Todos los hombres de los alrededores, y de más lejos, me desean, y eso te incluye a ti. Lo que ocurre es que no lo admitirías jamás porque tienes miedo de tu hermano mayor. Bueno, ahora el problema que tenías está resuelto. Deberías alegrarte.

Jamie nunca había tenido deseos de matar a otra persona en toda su vida, pero esa fue la primera vez. Lo único que le detuvo fue la certeza de que, de un modo u otro, terminaría vengándose de ella.

—Estás equivocada —dijo mirándola a los ojos sin pestañear—. Nunca te he deseado, y jamás te tocaré por mi voluntad. Nunca. Por mí puedes pudrirte en el infierno.

—¿Y... y lo cumpliste? —preguntó Zar, sintiéndose algo culpable por hacer la pregunta, aunque no pudo evitarlo porque quería saber el final de la historia. Podía notar el pulso en la base de la garganta de Jamie, pues estaba muy agitado, y se sintió mal por haberle hecho revivir aquellos momentos, pero pensó que hablar de ello tal vez le hiciera bien, por la misma razón que la había animado a ella a abrirse y contar sus propios problemas.

—Sí. Me casé con ella, porque mi padre me convenció de que no tenía otra opción, pero insistí en que durmiéramos en habitaciones separadas. Eso la volvió loca de rabia.

—Pero me has dicho que tienes una hija... —preguntó Zar, o más bien reflexionó para sí misma aunque en voz alta.

—Sí, pero no es realmente hija mía, solo de nombre. Jamás me acosté con Elisabet. Tal como me imaginaba, ella estaba embarazada y el valón era el padre. El

bebé nació seis meses después del día de nuestra boda, aunque perfectamente formado y saludable. Estoy seguro de que todo el mundo tomó eso como una prueba de que yo la había seducido. ¡Si supieran!

—¿Y qué pasó?

Zar vio que se ponía aún más tenso, y que respiraba hondo.

—Elisabet murió.

Los gritos duraron toda la noche y Jamie estaba a punto de estallar. No quería estar en la casa mientras se producía el parto, pero su padre le dijo que habría estado muy mal visto el que se marchara a otro sitio. Después de todo, la gente pensaba que el bebé era suyo.

—¡Y ellos qué saben! —susurró apretando los puños.

No obstante, pese a lo mucho que odiaba a Elisabet y a que el bebé que estaba por nacer no era suyo, Jamie nunca habría deseado que nadie pasara por tal sufrimiento. Parecía como si estuvieran extrayendo al bebé de su cuerpo con tenazas al rojo, o cualquier otro bárbaro instrumento ideado para la tortura, a juzgar por los gritos y los gemidos que le llegaban. De no ser porque la comadrona le había asegurado que todo era normal, le habría dado una patada a la puerta para preguntar por qué estaban torturando innecesariamente a su esposa.

Su esposa. Como siempre, su humor se ensombreció, exactamente igual que le ocurría cada vez que pensaba en esa palabra. Ella había conseguido lo que quería, también como siempre, y se habían casado solo unas semanas después de que les hubieran pillado juntos en la cama. Y, por desgracia, Brice volvió justo a tiempo para ser testigo del «acontecimiento». No se quedó mucho tiempo. Le dijo a Jamie que se fuera al infierno y se marchó lo más deprisa que pudo. A fuer de ser sincero, Jamie no podía culpar a su hermano por su actitud. Si los papeles se hubieran intercambiado entre ellos, él también habría pensado lo peor. Pero aunque Jamie no le había visto desde entonces, había seguido sus pasos gracias a las cartas. Brice había encontrado una buena mujer, en la lejana Escocia, mientras que él se había quedado con Elisabet y con la vida completamente arruinada.

Otro espantoso grito atravesó el macizo techo de roble, y Jamie se tapó los oídos. ¿Cuánto iba a durar aquello?

—Por el amor de Dios —susurró—. Ya está bien, es insoportable...

Poco después, Karin llamó a la puerta y entró en cuanto tuvo permiso.

—El bebé ha nacido por fin, pero creo que será mejor que venga —dijo sin mirarle.

Jamie se había negado a hablar con esa mujer después de que supo que, sin su ayuda, Elisabet no podría haber hecho lo que hizo. Le quedó muy claro que había ayudado a su joven señora a engañarle y drogarle, y no era algo que estuviera dispuesto a perdonar tan deprisa, si es que llegaba a perdonárselo algún día. Pero la

había dejado quedarse porque sabía que había actuado de esa manera por amor y lealtad a su señora.

—Así que por fin se acabó —dijo pidiendo confirmación, y saliendo de la habitación por delante de ella.

—Sí, pero... —contestó Karin, y Jamie oyó sus sollozos y se volvió a mirarla—. Ella... ella no lo superará, mi pobre y querida señora. —Las lágrimas surgieron de los ojos de la sirvienta, y por un momento casi sintió lástima de ella, pero inmediatamente se le volvió a endurecer el corazón. Además, no sabía si creerla. Ya le había mentado antes, y a conciencia.

Subió los escalones de dos en dos y abrió la puerta de la habitación de Elisabet. Yacía en la cama, entre un montón de almohadas, y tenía la cara más blanca que las sábanas que la cubrían. La comadrona estaba junto a la chimenea, bañando al recién nacido, pero a Jamie aquello no le interesaba. No era suyo, así que en ese momento le daba igual lo que le pasara.

—¿Elisabet?

Se sentó sobre la colcha cerca de ella, recordando aquella otra noche en la que había hecho lo mismo, pensando que le habían hecho daño. Ahora sabía que todo había sido una mentira. El bebé había nacido a término, según le había asegurado la comadrona al inicio del parto, lo que significaba que Elisabet estaba embarazada de tres meses cuando montó la trágica farsa de la violación. Jamie reprimió la furia que le atacaba siempre que pensaba en ello.

—Jamie —dijo lánguidamente, y abrió los párpados para mirarlo. La expresión de sus pupilas azules era extraña—. ¡Maldito seas! —susurró.

—Supongo que una maldición es lo que me corresponde, ¿no? —respondió, pero con suavidad, pues se daba cuenta de que ella no estaba ni mucho menos en condiciones de discutir. Durante los últimos meses habían tenido suficiente ración de discusiones—. En todo caso, yo no he sido el causante de tu sufrimiento. Te lo has buscado tú sola.

—Tuve que hacerlo. Era la única forma de cazarte. Siempre tan terco, tan seguro de ti mismo.

—¿Me estás diciendo que si sedujiste a uno o dos de los muchachos valones fue solo para cazarme a mí? No me lo creo. Pero ya discutiremos el asunto cuando te recuperes. Ahora, debes descansar, por tu bien y el de... la criatura —le dijo, pues aún no sabía que se trataba de una niña.

—Es demasiado tarde. Les he oído sin querer. No viviré ni siquiera para alimentarla —dijo Elisabet extendiendo una mano, agarrando la de Jamie y apretándola fuerte, pese a su estado—. Júrame que te harás cargo de ella. Es inocente, nada de esto es culpa suya.

Así que era una niña. Aunque en realidad el sexo del bebé era lo de menos. Jamie respiró hondo y miró a Elisabet. Tenía razón. Un bebé nunca debía cargar con los errores de sus padres. Pero, por todos los demonios, ¿cómo iba él a criar a la hija de

otro hombre como si fuera suya? ¿Y sin su madre?

—Muy bien, me ocuparé de ella —dijo, aunque en realidad no lo prometió. Ya encontraría una forma de velar por los intereses de la niña y de que tuviera lo que necesitara, pero sin involucrarse.

—Te odio —siseó Elisabet, que debió de adivinar lo que estaba pensando, porque le apretó aún más la mano.

—Sí, esa debe de ser la razón por la que querías casarte conmigo a toda costa. Una pena que escogieses al único hombre de la zona que no tenía el más mínimo interés en ti.

—¡Lo tenías! Lo que pasa es que querías castigarme por haberte atrapado. Tenía que haber encontrado otra manera.

—No. Deberías haberme dejado en paz. Si realmente te hubiera querido, lo habría arreglado con Brice de alguna forma.

—Muy bien, tienes razón. No te odio. Estaba segura de que lograría que me amaras. Lo conseguía con todos... Pero ahora tienes lo que querías: vuelves a ser libre y puedes gestionar la granja como te parezca.

Su padre había muerto inesperadamente pocos meses después de la boda y Jamie se había convertido en dueño absoluto de una de las haciendas más grandes de la comarca. Elisabet se negaba a creer que a él tampoco le interesara eso.

—Vuelves a equivocarte —dijo negando con la cabeza—. Nunca te he querido a ti, ni el patrimonio que has heredado, y nada de lo que has hecho o puedas hacer cambiará eso. ¿No te das cuenta? Lo único que has conseguido es que te desprecie. Tendrías que haberte unido a Brice. Él es el hermano noble.

—Con él fue muy fácil. Quería a alguien que estuviera a mi altura y me desafiara.

—Pues lo conseguiste —dijo él suspirando—. Aunque parece que mucho más de lo que esperabas. Y ahora deberías descansar. Guárdate las discusiones para más adelante.

—Ya te lo he dicho, no habrá «más adelante» —respondió, y le dedicó una pálida sonrisa—. Puede que nos veamos en el infierno.

—¡Sinceramente, espero que no! —Jamie se levantó, liberándose de su apretón—. Por extraño que te parezca, te deseo un destino mejor que el que crees que te espera.

Elisabet empezó a llorar y él no supo qué hacer. ¿Qué puedes decirle a una persona que se está muriendo y que lo sabe? No creía que hubiera palabras. Jamie notó que perdía la fuerza, y realmente no quería que su vida terminara de esa manera. Quizá se recuperara si la dejaba descansar. Y, conociéndola, tal vez estuviera engañándole de nuevo para que se ablandara y sintiera pena por ella. Le acarició el hombro con torpeza y se acercó a ver a la pequeña, que ahora estaba limpia, recogida entre unas mantas y vestida con ropitas excesivamente grandes para ella. Miró aquella carita y no sintió nada. Qué distinto hubiera sido si a quien estuviera mirando fuera a su propia hija. Movié ligeramente las mantas y observó una mata de pelo

negro, del mismo color que las mínimas cejas y las largas pestañas. La piel de la niña no era como la de su madre, blanca como la leche, y Jamie supo sin lugar a dudas que esa niña se tostaría en cuanto le diera un poco de sol, igual que le pasaba a su verdadero padre. Maldijo al condenado valón. Pero conociendo a Elisabet, aquel muchacho debió de ser una víctima más de sus maquinaciones, como él.

—¿Qué nombre le vas a poner? —le preguntó a Elisabet por encima del hombro, pero tenía los ojos cerrados y no contestó.

—Dijo que lo dejaba en sus manos, señor —le informó la comadrona.

—¿De verdad? Hubiera jurado que querría escogerlo ella. Tiene por costumbre decidirlo todo.

—No, se negó. Ni siquiera quiso verla —dijo la comadrona negando con la cabeza y levantando la niña—. Pobre chiquitina —murmuró—, pero pronto estarás estupendamente. Haberlo pasado tan mal para salir te hará fuerte.

Jamie sintió una pizca de pena por esa niña, pues ni su madre se había preocupado de buscarle un nombre.

—Se llamará Margot —dijo escogiendo un nombre al azar. ¿Qué más daba? No obstante, era un buen nombre, y se adecuaba bien a una niña morena—. Sí, Margot —repitió asintiendo con la cabeza.

Dejó la habitación después de echar una mirada a Elisabet, y bajó tomarse una copa de *snaps*. No acostumbraba a beber en momentos de dificultad, pero esa noche lo necesitaba. Y era incapaz de quedarse allí y verla morir. Aunque no le deseaba ningún bien, tampoco era tan vengativo.

—¿Y ella murió esa misma noche? —preguntó Zar anonadada, sintiendo cómo se le aceleraba el corazón conforme iba escuchando el terrible drama que le estaba contando Jamie.

—Sí. Fue nuestra última conversación.

—¿Y la niña sobrevivió? —quiso saber Zar, cuyas emociones se concentraron en la pequeña de pelo y piel oscuros, a quien un hombre que no la quería le había puesto el nombre de Margot. Todos sus instintos maternos salieron a la superficie, incontenibles. Pensó que la quería, que quería cuidarla y criarla. Pero eso no era posible, porque significaría que primero tenía que casarse con Jamie. E, incluso en el caso de que lo hiciera, no la llevaría a Suecia, eso por supuesto. La pequeña Margot no llegaría a saber nunca que tenía una madrastra.

—Sí, se está criando perfectamente. La dejé con mi madre cuando partí para la India, así que se siente cuidada y querida.

—Eso está bien —aprobó Zar, que no se atrevió a poner voz a la totalidad de sus sentimientos respecto a la niñita.

De alguna manera supo en su interior que Jamie no estaba preparado para hablar acerca de sus responsabilidades en relación con Margot.

—¿Y tu hermano? ¿Te perdonó?

—Sí, con el tiempo. No le he vuelto a ver desde que ocurrió todo, pero le envié una carta, y contestó. Me dijo que lo entendía todo, y que en realidad le había hecho un favor, porque lo que pasó le hizo ver quién era Elisabet en realidad —contestó Jamie con una sonrisa amarga—. Se enamoró de otra mujer en Escocia, al parecer completamente distinta de Elisabet: honesta, valiente y leal —añadió encogiéndose de hombros—. Así que, para él, todo ha salido bien.

—Pero para ti no —concluyó Zar, aunque al menos la satisfizo saber que el distanciamiento con su hermano había terminado.

—¿No piensas que soy un canalla? —preguntó Jamie, y fue la primera vez que ella notó inseguridad en su voz.

Zar hizo un enorme esfuerzo por utilizar un tono neutro y de total imparcialidad.

—No, ni mucho menos. Te engañaron y creo que, dadas las circunstancias, lo hiciste lo mejor que supiste. Espero que algún día puedas superarlo todo, de la misma manera que yo estoy aprendiendo a superar los recuerdos de mi relación con Francis. Esa clase de recuerdos, si te dominan, son destructivos, ahora me doy cuenta de ello. Pero todo lleva su tiempo. No se consigue de un día para otro.

Jamie le dirigió una sonrisa triste a través de la mesa.

—Zar, eres una mujer muy sabia. Ojalá te hubiera conocido antes.

Ella sentía lo mismo.

## Capítulo 24

—Tápate con esta manta y vámonos. Te protegerá de lo peor de los chubascos —dijo Jamie alcanzándole a Zar una manta que le había dado su criado. También él iba a llevar una, y cabalgarían a lomos de dos caballos árabes por los que había pagado un Potosí.

Salieron por la mañana muy temprano y cabalaron a buen ritmo durante todo el día, parando solo unas pocas veces para darles descanso a los caballos. Zar estuvo de acuerdo en que se hicieran pasar por nativos. La piel de Jamie estaba aún más morena tras pasar tanto tiempo en el bote, y con el turbante, más un bigote y una barba incipientes, podría pasar desapercibido.

—Aunque hablo hindi bastante bien, creo que es mejor que seas tú la que hable en gujarati —le dijo Jamie a Zar—. Di que tengo dolor de garganta, o algo así. Será mejor —comentó, y ella estuvo de acuerdo.

La lluvia iba y venía con chubascos intermitentes. El viento arrastraba las gotas de lluvia formando nubes de niebla, que golpeaban de costado a los caballos. Jamie nunca se había sentido tan mojado en toda su vida, si exceptuaba aquella noche en el bote, y se preguntaba si lograría secarse del todo alguna vez. Las carreteras se habían convertido en ríos de lodo, y muchas veces las patas de los caballos y las piernas de los que viajaban a pie quedaban atrapadas en el barro. Las lluvias eran intermitentes y copiosas, y de vez en cuando había intervalos soleados, aunque con un nivel enorme de humedad ambiental. Pero ninguno de los dos se quejó, pues no había forma de evitar las molestias, y tenían que llegar a Surat lo antes posible.

Jamie estuvo en guardia durante todo el viaje, observando el camino y los alrededores por si surgiera algún peligro. Todos los viajeros tenían que estar atentos a los bandidos, que podían aparecer en cualquier momento, y por si acaso llevaba pistolas, una espada y una daga. No obstante, si un grupo de ladrones llegara a atacarles, dudaba que pudieran librarse de ellos o vencerlos. Ojalá las condiciones climatológicas mantuvieran a los bandidos en sus guaridas.

En una aldea encontraron un *sarai*, un pequeño hotel de carretera, y pararon en él para pasar la noche. No estaba demasiado limpio, pero al menos se mantuvieron secos y los caballos tuvieron la oportunidad de descansar, también bajo techo.

—Permanece junto a mí en todo momento —le advirtió Jamie a Zar en voz baja—. Será más seguro para ti si creen que eres mi esposa.

—Ya me lo imagino.

La desabrida respuesta hizo que Jamie se diera cuenta de que era el momento de poner en marcha su plan. La conquistaría como fuera con tal de que cambiase de opinión y se casase con él. Y por qué no empezar ahora mismo. Era un momento tan

bueno como otro cualquiera.

—No tuviste ningún problema a la hora de dormir en mis brazos en Juhu —le recordó, rodeándole la cintura con el brazo de forma ostensible de cara a cualquiera que mirara. Aunque en realidad lo que quería era comprobar cómo reaccionaba ella cuando estaba cerca.

Se puso un poco rígida, pero no le apartó el brazo.

—Aquello fue... distinto.

—¿En qué sentido?

—Habíamos pasado por una experiencia muy dura. No pensábamos con claridad. Al menos yo.

—Pues me pareciste muy lúcida, la verdad —dijo, dirigiéndole una mirada relajada y dándole un beso suave en la oreja.

—Por favor, no me lo recuerdes. ¿Y quieres dejar de hacer eso?

—Solo estoy actuando como un marido enamorado. Tenemos público —explicó. Estaban sentados en una habitación bastante desaseada, junto a otros viajeros, y aunque ninguno les miraba directamente, sí que le constaba que eran observados de soslayo. Después de todo, no había otra cosa que hacer, salvo tomarse la comida, que tampoco era demasiado apetitosa.

—¿No quieres que nadie te trate con adoración? —se burló.

—Pues no. Nunca podría estar en condiciones de saber si el objeto de adoración sería yo misma o mi fortuna.

—Conmigo sí que lo estarías. Te lo he dicho, ya soy rico y no me importa el dinero —afirmó Jamie tenazmente. No sabía cómo convencerla de eso. Sus experiencias previas la habían puesto muy en guardia respecto a los aspirantes a marido, codiciosos o en la ruina—. ¿Te puedo decir lo que realmente me importa?

—Si así lo deseas, adelante —dijo. Seguía abrazándola por la cintura y aún la notaba algo rígida. Sin embargo, percibió una ligera relajación, como si hubiera logrado picar su curiosidad con su última oferta de explicaciones.

—La familia. La felicidad. La lealtad. La amistad. Eso es lo que yo valoro. Y también la honestidad.

Le miró por debajo de aquellas adorables pestañas, como si le estuviera evaluando.

—¿Eso es todo?

—¿Te parece poco? Pues a mí me parece muchísimo. No es habitual encontrar una persona capaz de ofrecerte todas esas cosas.

—No creo que exista ninguna persona con tantas virtudes.

—En estos momentos estoy abrazando a una —dijo él besándola en la mejilla, pero aunque no se resistió, tampoco se inclinó hacia él.

—Lo que estás haciendo es tomarme el pelo.

Jamie suspiró. ¿Qué más tendría que hacer para lograr que le creyera?

Ojalá él no se diera cuenta de que ella tenía el corazón desbocado. Sentada tan cerca de Jamie, y con uno de sus fuertes brazos rodeándola, le resultaba muy tentador ceder. Vivir el momento. Hacer el amor con él en la pequeña habitación que les habían asignado para pasar la noche.

Obviamente, eso era lo que él esperaba de ella.

Pero tenía que pensar en el futuro, y estaba convencida de que solo la quería para el tiempo que estuviese en la India, o quizá menos incluso. Pronto se cansaría de acostarse con ella, ¿y después qué? Tristeza y soledad.

No obstante, mientras yacía junto a él, tuvo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para no echarse en sus brazos. Él era una tentación constante, y le deseaba desesperadamente. Si pudiera estar segura de que se quedaría con ella toda la vida... pero eso era imposible.

—Espero que no tardemos demasiado en llegar a Surat —dijo Jamie entre dientes por la mañana—. ¡No creo que mi espalda pudiera soportar muchas noches en camastros tan duros como este!

Estaba de muy mal humor debido al notorio fracaso de su ofensiva seductora. Zar había dormido a su lado, pero se había cuidado de dejar un espacio más que suficiente entre ambos. ¿De verdad se arrepentía tanto de su reciente actividad amorosa?

Aunque tal vez lo que pasaba era que estaba muy preocupada por el futuro inmediato y lo que les esperaba en Surat.

Llegaron a su destino unos pocos días después, ya de noche e inmediatamente antes de que se cerraran las puertas de acceso a la ciudad. Lograron llegar a la casa alquilada de Jamie sin encontrarse con ningún conocido. Kamal, receloso, les entreabrió la puerta, y tardó un buen rato en darse cuenta de quién estaba fuera. Cuando lo hizo, alzó las cejas hasta mitad de la frente, y la boca se le ensanchó en una amplia sonrisa.

—¡*Sahib* Kinross! Pase, pase, por favor. ¡Pensábamos que se había ido sin avisar! Incluso que... —empezó a decir, y enseguida negó con la cabeza—. Hemos estado muy preocupados.

No tuvo oportunidad de decir nada más, porque una bola de pelo llegó a toda velocidad torciendo por la esquina y saltó sobre Jamie, ladrando y lamiendo excitadísimo. El hombre se inclinó para tomar en brazos a *Kutaro* y abrazarlo fuerte, emocionado ante tan inesperada y alegre bienvenida. Dejó que el perro le lamiera la barbilla mientras le acariciaba entre las orejas.

—Hola, chucho travieso. Estoy encantado de verte.

—¡Jamie! ¡Y *sahiba* Miller!

Roshani se comportó de manera parecida a como lo había hecho su perro, y se lanzó hacia ambos a la vez, achuchando a cada uno con uno de sus flacuchos bracillos. Tanto Jamie como Zar se agacharon para abrazarla, y sus ojos se encontraron por encima de la cabeza de la pequeña. Se sonrieron mientras la pequeña

les bombardeaba a preguntas.

—¿Dónde estar? ¿Por qué tardar tanto? ¿Dónde estar hombre malo? ¿Vosotros ir en barco? —dijo atropelladamente. Su curiosidad no tenía límites, y Jamie dejó a Zar la tarea de tranquilizarla y explicárselo todo hablando en gujarati, mientras que él le refería a Kamal una versión abreviada de sus aventuras. Poco después llegó Soraya desde la cocina preguntándose a qué venía tanto alboroto, y hubo que contárselo también. Pasó bastante tiempo antes de que terminaran las explicaciones y todo el mundo se calmara.

—Hemos estado viajando durante varios días. Por favor, ¿puedes preparar un baño para mi y para mi esposa, Kamal?

—¿Tú esposa de Jamie? —exclamó Roshani, siempre a la que salta, mirándolos a ambos de hito en hito. Cuando Jamie asintió, sonrió de oreja a oreja y empezó a dar saltos de alegría—. ¡Yo saber! Yo verte cómo mirar a *sahiba* Miller...

—La señora Kinross ahora, en realidad.

—Sí, sí, *seniora* Kinross. Y ella también mirar igual. ¡Yo ver y saber!

—Quieres decir que «lo sabías», ¿no? Pues no me puedo imaginar por qué, porque ni ella ni yo sabíamos nada... —susurró Jamie, pero lanzó una mirada divertida a Zar. La mujer parecía un poco molesta, pues había aceptado fingir el matrimonio un tanto a regañadientes, pero si William tenía que estar convencido de que estaban casados, entonces debería fingir con todos los demás. Así que compuso lo mejor que pudo una sonrisa para la pequeña.

—Me alegro de que estés tan contenta, Roshani —dijo—. Es un poco, eh... novedoso todavía, también para nosotros.

Tanto Kamal como Soraya hicieron una inclinación y sonrieron a Zarmina. Kamal habló en nombre de ambos.

—*Sahiba*, le deseamos mucha felicidad.

—Gracias —contestó ella devolviéndoles la sonrisa, aunque Jamie pensó que su respuesta fue un tanto apagada. Esperaba que mantuviera la farsa todo el tiempo que fuera necesario, aunque parecía que ella no se sentía a gusto representándola.

Antes de que se encaminaran al dormitorio, Kamal se lo llevó aparte.

—Tiene usted un visitante —le susurró—. El hombre a quien usted esperaba ya ha llegado.

—¿Sanjiv? —preguntó expectante, y Kamal asintió—. ¡Magnífico! ¿Dónde está?

—Le he instalado en la habitación del rincón, en la parte de atrás. Lleva aquí ya dos días —informó Kamal a modo de disculpa y encogiéndose de hombros—. No sabía qué hacer.

—Lo has hecho muy bien —le tranquilizó Jamie dándole unas palmaditas en la espalda—. Por favor, ve a decirle que hablaremos tan pronto como me haya bañado. Pídele que venga a cenar con nosotros dentro de una hora.

—Así lo haré. A su servicio, *sahib*.

No había manera de separar a Roshani de Zar, así que Jamie se encogió de hombros resignado y le pidió a Soraya que la instalara en la habitación que estaba al lado de la suya.

—Os veré a las dos abajo en cuanto estéis listas —añadió antes de entrar en el dormitorio.

Zar se sintió un tanto incómoda por tener que pedirle a Soraya que le prestara algo de ropa para poder cambiarse, pero la mujer no perdió la sonrisa en ningún momento, y pareció que no le importaba en absoluto. Inmediatamente le llevó ropa limpia, agua caliente para bañarse y un jabón cremoso y muy aromático. Zar se apresuró a bañarse, enjabonándose y frotándose con una esponja, mientras Roshani no dejaba ni un solo momento de charlar en gujarati, sobre todo acerca de lo preocupada que había estado desde Jamie habló con ella y se fue.

—¡Estaba tan asustada! —le dijo a Zar, abriendo mucho los ojos para enfatizar sus palabras—. Pero sabía que Jamie volvería. Me lo prometió.

Zar se preguntó cómo pudo prometerle tal cosa sin tener la menor idea de lo que iba a ocurrir, pero enseguida adivinó que lo había hecho porque no quería que la pequeña se preocupase. Era una suerte que hubiera podido cumplir su promesa y no desilusionar a la niña.

—Ahora estáis aquí y todo irá bien, ¿verdad?

—No estoy segura. Cariño, todavía tenemos que resolver algunos problemas, pero esperemos que sí, que todo vaya bien. Y ahora vamos. Creo que Jamie nos espera. Y además, por una vez, estoy muerta de hambre.

Estaba claro que esa necesidad la entendía la niña perfectamente.

—Yo también —confesó, aunque Zar estaba segura de que no se había saltado ni una sola comida en todo el día. No tuvo más remedio que sonreír. Era una maravilla ser tan joven y tan desinhibida. Lo echaba de menos.

—¡Sanjiv, qué alegría verte! ¿Has tenido problemas en el viaje?

Jamie había llegado antes al piso de abajo y saludó con una amplia y afectuosa sonrisa al hermano de Akash, que se la devolvió. Hablaron en hindi, como en Madrás.

—Depende de lo que entiendas por problemas. Todo fue bien en Madrás. Esperé hasta que Meera y los niños fueran devueltos sanos y salvos, y después me fui.

—Así que los ladrones cumplieron lo acordado. ¡Doy gracias a Dios por ello!

—Akash estaba eufórico, y estoy seguro de que ha tomado todas las precauciones necesarias, y más, para que no los vuelvan a raptar.

—Me alegro de oír tan magníficas noticias. ¿Y en cuanto a tu viaje?

—Bueno, parece que nadie me estaba siguiendo, pero empleé más tiempo del previsto, porque decidí hacer la última parte por mar. Por desgracia, el tiempo empeoró de repente, así que por poco naufragamos y tuve que seguir a pie para

asegurarme de llegar aquí.

—¿Y la serpiente? ¿Todo el mundo se creyó que eras un encantador de serpientes?

—¡Por supuesto! Ya te dije que mi amigo me enseñó lo que tenía que hacer, y la serpiente me gustaba. De hecho... —se interrumpió Sanjiv, al parecer un tanto avergonzado—, yo... la dejé libre. Ya sabes, entre la maleza. Había cumplido su misión y ya no la necesitaba.

—¡Excelente! —dijo Jamie tras soltar una carcajada—. Yo hubiera hecho lo mismo.

—¿De verdad? —preguntó Sanjiv, aliviado al oír aquello.

—Naturalmente. Pero, volviendo a nuestros asuntos, lo cierto es que tendríamos que haber tenido en cuenta el monzón a la hora de hacer planes. De todas maneras, el caso es que ya estás aquí y tenemos que ver qué hacemos ahora. Doy por hecho que tienes el talismán.

—Claro. Aquí está. Prefiero que lo guardes tú a partir de ahora —dijo Sanjiv entregándole el bulto como si le quemara en la mano. Jamie lo guardó en su saquito, junto al paquete que contenía el falso.

Se volvió al escuchar entrar en el *divan* a Zarmina y a sus jóvenes acompañantes.

—¡Ah! Aquí está mi esposa. Sanjiv, te presento a Zarmina. Y a Roshani, que, eh..., está a mi cargo, y también a su peludo amigo, *Kutaro* —dijo Jamie, que tradujo sus palabras para Zar y Roshani, ya que ninguna de las dos hablaba hindi, y el inglés de Sanjiv era incluso peor que el de Roshani.

—No sabía que estabas casado —dijo Sanjiv algo confundido, pero saludó a Zar muy cortésmente.

—Nos hemos casado hace solo unos días. Es una larga historia, pero primero vamos a comer. Ya te contaré todos los detalles después.

Después de la cena, Jamie le relató sus aventuras, sin entrar en detalles privados.

—Y ahora tenemos que averiguar qué ha sido del hijastro de Zar, y después trazar un plan para ver qué hacemos con el talismán y cómo desenmascaramos al ladrón. Al menos sabemos quién es su legítimo dueño, el rajá de Nadur.

—Estábamos casi seguros de ello, ¿verdad? —asintió Sanjiv—. Él es el gobernante de la región donde nacimos Akash y yo. Por eso creo que el ladrón sabía que mi hermano era un tallista y que vivía en Madrás.

—Eso tiene lógica.

—Me crucé con el rajá por el camino, ¿sabes? Está en una pequeña localidad muy cerca de aquí, haciendo una visita más o menos oficial, o al menos eso me dijeron. Se va a casar pronto.

—¿De verdad? —dijo Jamie frunciendo el ceño—. ¿No te parece que es mucha coincidencia? ¿No crees que él mismo ha podido organizar todo el asunto del robo porque tal vez le haga falta dinero? Zarmina y yo hemos pensado en esa posibilidad.

—¡No, imposible! —exclamó Sanjiv horrorizado—. Un talismán como ese es un

objeto sagrado. Le daría un miedo horrible hacer algo así con el talismán, por la mala suerte a la que se condenaría, él y su pueblo.

—Pero quizá sea por eso por lo que finja que fue un robo, ¿no crees? —señaló Zar, y Jamie asintió. Él había pensado lo mismo.

—No, de ninguna manera. El talismán ha sido bendecido por los dioses, y a ellos no se les puede engañar. Una treta como esa nunca funcionaría, y el rajá lo sabe.

—Mmm, no estoy del todo convencido... Pero vamos a suponer, como hipótesis de trabajo, que tienes razón. En ese caso, el ladrón tiene que ser otra persona, alguien que tenga acceso pleno a las dependencias personales del gobernante. ¿Se os ocurre quién?

—Estoy segura de que un rajá tiene muchos sirvientes privados, con acceso a sus habitaciones.

—Entonces deberíamos buscar la manera de ir a visitarle, para ver si hay alguien a quien podamos reconocer.

—¿Hombre malo de Mansukh? ¿O hombre de nariz grande? —sugirió Roshani, demostrando que había estado muy atenta a la discusión. Jamie la miró con los ojos entrecerrados. Casi se había olvidado de su presencia, y se preguntaba si sería capaz de no meterse en líos. Eso sí, sabía que nunca haría nada que pudiera perjudicarle a él, y sus siguientes palabras confirmaron sus temores.

—Querer ayudar —dijo la niña, muy seria—. *Kutaro* también. Él morder muy fuerte.

—Gracias, pero es mejor que te mantengas al margen de esto. Los dos, quiero decir. Haz que *Kutaro* te cuide a ti, ese es su trabajo más importante. Y no, no puede ser el espía de Mansukh porque le vi en el barco y, eh..., le mataron los piratas. Ahora tenemos que...

Le interrumpieron unos gritos procedentes del patio. Se puso de pie de inmediato y echó mano de la daga que llevaba a la cintura. ¿Qué pasaba ahora? ¿No podían estar tranquilos ni siquiera un rato?

Kamal llamó a la puerta, pero Priya, trastornada, prácticamente se lo llevó por delante. La doncella paseó los ojos por la habitación y dio un gritito cuando vio a Zar, que se puso de pie asombrada.

—Priya, ¿qué haces tú aquí?

Las dos mujeres se abrazaron, y Priya abrió y cerró la boca varias veces antes de conseguir hablar con cierta coherencia.

—Es ese perro sin escrúpulos ni cerebro, su ahijado —empezó, al parecer mucho más furiosa que asustada—. ¡Está saqueando su habitación y poniéndola patas arriba, robando cosas! Intenté detenerle, ¡pero me amenazó con una pistola! Y... y... ¡*sahib* Evans le está ayudando! No sabía qué hacer, así que vine a buscar a Kamal para que me ayudara —consiguió decir, y miró al criado, que estaba de pie junto a la puerta—. Él y su mujer me ayudaron tanto después de que los raptaran que... yo... —terminó, y después pareció incapaz de decir ni una palabra más.

—¿El señor Evans? ¿Quieres decir mi padre? —dijo Zar, mirándola asombrada.

Y bien que debía de estarlo, pensó Jamie. ¿Qué diablos estaba haciendo en Surat? Se suponía que se había ido a Inglaterra para siempre.

Pero no era el momento de ponerse a darle vueltas a esas cosas. Lo que había que hacer era pasar a la acción.

—Priya, has hecho lo que debías, y además resulta que hemos vuelto. Nos ocuparemos de todo —dijo Jamie apretando los dientes, y pensando que no habían llegado tarde por muy poco—. Sanjiv, Kamal, ¿podéis venir conmigo, por favor? Tenemos que detenerles.

—Yo voy también —dijo Zar con voz tranquila pero muy decidida, y tras mirarla a los ojos Jamie comprendió que era la que más derecho tenía a estar presente en el inevitable enfrentamiento.

—Por supuesto que sí pero, por favor, de entrada no intervengas. Sobre todo porque no quiero que sufras ningún daño... físico.

Zar asintió, con una expresión que mezclaba la furia, la tristeza y el desconcierto. No era para menos.

—Bien. Tenemos que buscar algunas armas.

No tardaron mucho en llegar a casa de Zar, y Jamie le pidió que entrara la última.

—No sabemos si tendrá secuaces fuera —le susurró—. Resulta fácil y barato contratar *sepoys*. Y tampoco tenemos la menor idea acerca de qué está haciendo tu padre aquí.

Zar sabía que ser prudente era lo más adecuado. William no era el hombre más inteligente del mundo ni muchísimo menos, pero cuando la gente se sentía acorralada y desesperada, a veces desarrollaba un ingenio poco habitual. Y por lo que se refería a su padre... dudaba de que sintiera por ella la más mínima ternura, ni siquiera aprecio, pues de lo contrario no la habría vendido a Francis.

Entraron todos por la puerta trasera, pues Priya les dijo que la había dejado sin asegurar, por si tenía que volver. Entraron en el patio sin hacer ruido, y Jamie se detuvo para aguzar los oídos. Ella oyó ruidos procedentes de la planta superior, pero nada más. Miró con detenimiento hacia la terraza exterior y vio luz que salía de su dormitorio.

Jamie también debía de haberla visto, pues hizo una seña para que todo el mundo se mantuviera en silencio y avanzara hacia las escaleras. Sanjiv y Kamal se dirigieron a las de una zona, mientras que Zar y Jamie avanzaron hacia las de la otra. Todos estaban vigilantes por si aparecía alguien, pero la casa parecía estar vacía, salvo por quienquiera que estuviese en las habitaciones de Zar.

Cerca de la puerta, Jamie se detuvo hasta que todos estuvieron junto a él.

—Primero yo, solo —dijo en voz muy baja, y todos asintieron en respuesta. Tras echar un rápido vistazo a la habitación, entró con una pistola en una mano y un

cuchillo en la otra.

—¿Me puede explicar exactamente qué se supone que está haciendo, Miller? —preguntó, utilizando un tono de voz profundo y amenazador.

Zar se asomó por la puerta y alcanzó a ver a su padre y a William. Ambos estaban de pie y tenían las manos ocupadas, con un montón de joyas y un par de bolsas llenas de monedas que tenía guardadas debajo del colchón. Su expresión defensiva y culpable se parecía a la de dos niños pequeños a los que hubieran pillado con las manos llenas de golosinas. Y era normal, pues habían organizado un buen desaguizado. Su padre se puso rojo como un tomate.

—¿Quién demonios es usted? —preguntó, pero fue William quien contestó a su pregunta, cambiando su ridícula expresión inicial de sorpresa por otra de inmensa furia.

—¡Kinross! —espetó gritando—. Tenía que haber previsto que los piratas no acabarían con usted. Supongo que se ha unido a ellos, ¿verdad? Maldito mentiroso.

—Me alegra que tenga una opinión tan magnífica de mí —replicó el aludido con sarcasmo—. Pero no, rechacé su amable oferta. No estoy aquí para robar, como usted y su compañero, sino para reclamar lo que es mío —dijo señalando los objetos que llevaban.

—¿De qué está hablando? Estoy tomando lo que siempre debería haber sido mío. Si mi padre no hubiera perdido la cabeza por una vulgar meretriz... Le ruego que me excuse, Evans, pero para ser sinceros, todo el mundo se daba cuenta de que le estaba engañando, excepto él, claro. Él la consideraba capaz e inteligente, aparte de otras cosas...

Su padre guardó silencio, lo que enfureció aún más a Zar. ¿Ni siquiera era capaz de defenderla de aquellas groserías que, además, eran falsas? ¡Por todos los dioses, era el colmo de los colmos!

—¿De veras? —preguntó Jamie—. Pues parece que ella se las apañó muy bien para mantener y desarrollar la mitad del negocio tras su muerte. Está claro que su padre no confiaba en que usted fuera capaz de mantenerlo adecuadamente.

—¡Estaba hechizado, se lo digo yo! ¡Ella le tenía comiendo de sus pequeñas, ávidas y asquerosas manos! —gritó William, que estaba tan furioso que echaba chispas por los ojos; sin embargo, Zar se dio cuenta de que Jamie se mantenía en calma, aunque muy alerta.

—Creo que pronto entenderá que está en un error. He hablado con bastantes ingleses de por aquí y todos, sin excepción, me han dicho que el negocio no habría durado ni seis meses sin Zarmina y su administrador. Pero ahora eso resulta irrelevante, ¿no le parece? No sé por qué, me da la impresión de que se va a marchar de la India, y con bastante prisa, ¿verdad? Y por lo que respecta a usted, caballero, ¿cuál es su papel en todo esto?

—Vine a ayudar a mi hija en sus negocios comerciales —dijo el padre de Zar encogiéndose de hombros—. Unos amigos me dijeron que había enviudado y pensé

que agradecería los consejos de su padre. Por desgracia, el joven Miller me informó de su fallecimiento. Por eso, como su padre, reclamo una parte de su patrimonio.

—Por lo que a mí respecta, será una parte muy pequeña —dijo William entre dientes, arrebatándole de las manos una bolsa de monedas.

La furia que invadía a Zar hizo que le hirviera la sangre en las venas, pero se mantuvo callada siguiendo las instrucciones de Jamie. Confiaba plenamente en él y esperaba su señal.

—¡Por supuesto que me voy de este apestoso lugar! —escupió William—. No me quedaré ni un minuto más de lo que resulte estrictamente necesario. ¡Así que apártese de mi camino, Kinross!

—No tan deprisa —advirtió Jamie, levantando un poco la pistola—. Antes de irse, dejen en el suelo las joyas. Y también las monedas. Todo eso es de Zarmina, no suyo —afirmó, y se volvió hacia Evans durante un instante—. Está pero que muy viva, así que siento informarle de que no va a poder disponer de ningún legado, ni grande ni pequeño.

—¿Los piratas la permitieron marchar? ¡No me creo sus sucias mentiras! —gritó William, prácticamente saltando de rabia.

—Pues es verdad. Así que tampoco puede vender su parte del negocio antes de irse.

—¿Y eso quién lo dice? —preguntó William con una mueca de desdén—. He roto en pedazos ese maldito testamento, sí, lo encontré escondido por aquí —dijo regodeándose—. Así que no puede ni demostrar la propiedad ni enfrentarse a mí, es demasiado débil. Dudo de que ni siquiera venga a verme.

—No, pero yo sí que lo haré. Siempre lucho por lo que es mío. O también puedo pegarle un tiro en este mismo momento, ahora que lo pienso. Mi criado testificará que fue en defensa propia.

Pero William solo había alcanzado a escuchar la primera parte de lo que había dicho Jamie.

—¿Qué quiere decir con eso de «lo que es suyo»? —preguntó desafiante.

—Estoy casado con Zarmina, así que todo lo que tiene me pertenece.

## Capítulo 25

—¿Cómo dice? ¡Se lo está inventando! —exclamó William rojo de ira—. Juró que nunca volvería a casarse. De hecho, cometió la estupidez de rechazar a mi amigo Richardson. ¡Hasta le golpeó y contrató un guardaespaldas!

—Enseguida descubrirá que ha cambiado de opinión, no me invento nada. Zar, ¿se lo puedes decir tú misma? —dijo Jamie, que no se volvió, cosa que la alegró. No quería que perdiese de vista a su hijastro ni por un segundo. Era obvio que había perdido la cabeza. Quizás el terrible viaje por mar, él solo en la barca, había acabado por trastornarle completamente. Se preguntaba cómo habría salido de aquello.

Entró en la habitación despacio y se colocó al lado de Jamie. Apenas dirigió a su padre un saludo con la cabeza. Pese a que él gritó el nombre con el que la llamaba cuando era pequeña, «Zara». Se dirigió a William.

—Sí, Jamie y yo nos hemos casado —le confirmó con toda seriedad—. Lo hicimos con el pastor anglicano de Bombay. Así que estás de suerte, William, ya no tendrás que negociar más conmigo. Supongo que eso te satisface.

—¿Suerte? ¿Que me satisface? Pero por qué... ¡Aah! —explotó William, y soltó tal torrente de maldiciones e insultos que a Zar le entraron ganas de taparse los oídos.

—¡Ya está bien! —gritó con todas sus fuerzas, y William paró de repente, mirándola con odio—. ¿Has oído hablar del *qazi*? —preguntó, y al no obtener respuesta, continuó—. Sí, me consta que sí. Es el hombre que imparte justicia aquí en Surat y, con un *mufti*, un hombre instruido en asuntos legales, levanta acta y realiza escrituras acerca de todo tipo de acuerdos. El hecho de que hayas roto el testamento de tu padre es irrelevante, porque el *qazi* tiene una copia. Probablemente incluso varias. Yo le he dado una de mi propio testamento, en la que le cedo todas mis propiedades a Priya si me ocurriera algo. Y para asegurarme del todo, también le di otra copia al jefe de la Factoría inglesa —finalmente miró a su padre—. Así que, pasara lo que pasase, no habrías podido quedarte ni siquiera con una rupia.

Su padre se encogió de hombros, como si no supiera qué decir. Menudo alivio para Zar, que no quería oírle pronunciar ni una sola palabra. Se volvió de nuevo hacia su hijastro, que parecía luchar para que las palabras salieran de su boca. Finalmente lo logró.

—Zorra asquerosa, lo tenías todo atado y bien atado, ¿verdad? Tendré que aca...

Al parecer Jamie ya había tenido bastante. Se acercó a William en una zancada y le dio un puñetazo en la mandíbula.

—Cállese de una vez, Miller. No vuelva a insultar de esa manera a mi esposa, ni se le ocurra.

El joven salió despedido hacia atrás, dejando caer la mayoría de las joyas de Zar.

Miró a Jamie pestañeando y se pasó la mano por la cara. Echaba chispas por los ojos y parecía a punto de decir algo, cuando otra voz le interrumpió. Venía de la terraza, en la que apareció la sombra de una figura.

—¿Quién de ustedes es William Miller?

William se dio la vuelta y Jamie miró hacia las contraventanas, que ahora estaban abiertas. La figura entró despacio en la habitación, seguida por varias más. Oyó decir a Kamal que había gente en el patio y se dio cuenta de que estaban rodeados. Pero ¿por quién?

A Jamie aquello no le gustó nada.

—Soy yo. ¿Quién demonios quiere saberlo?

—Entonces, por favor, entrégueme lo que no le pertenece.

—¿El talismán? No volverá a verlo. Se perdió en el mar —espetó—. Él tiene toda la información. Y ahora, me voy.

Se agachó para recoger algunos de los collares y anillos de Zar, los que tenía más a mano, y se dirigió hacia la puerta.

La mano de Jamie salió disparada y agarró a William por el brazo.

—¿No se olvida de algo? —siseó. No quería dispararle frente a testigos, pero tampoco dejaría que Miller se marchara con nada que perteneciese a Zar—. Nuestra discusión no ha terminado, aunque parece que tendremos que retomarla más tarde.

—Por todos los demonios, quédese con todo. Lo único que quiero es abandonar este país dejado de la mano de Dios. ¡Odio vivir aquí! —dijo William, arrojando los objetos que llevaba en la mano y lanzándose hacia la puerta, pero Kamal y Sanjiv le detuvieron sin contemplaciones. Entre ambos le sujetaron mientras soltaba gritos e imprecaciones, y uno de ellos le debió tapar la boca con la mano, pues para alivio de todos su voz primero se volvió gangosa, y finalmente dejó de oírse.

Jamie evaluó todas sus opciones, y al final se decidió por decir la verdad. O al menos parte de ella.

—El talismán no se perdió en el mar —le dijo al hombre de la terraza—. ¿Representa usted a su legítimo propietario, o al ladrón que se lo robó?

—Servimos a Bijal, el Gran Visir del rajá de Nadur.

En realidad, no era una respuesta a su pregunta. No obstante, Jamie pensó que no tenía alternativa. Sacó del cinto el talismán falso y se lo ofreció.

—Creo que esto es lo que busca —dijo, y señaló a William—. Por favor, haga lo que le parezca con ese individuo. Estaba mintiendo.

El hombre se adelantó, tomó el paquete y lo abrió para comprobar su contenido. Al ver la joya falsa asintió satisfecho, y después se dirigió a los hombres que estaban a su mando.

—Prendedlos —ordenó—. A todos ellos.

—Espere un momento —protestó Jamie—. Miller es el hombre que ustedes

quieren. Nosotros solo queríamos que devolviera la joya que había robado. Esto no tiene nada que ver con nosotros.

—Eso lo decidirá el rajá. Y ahora, o vienen por su propia voluntad, o les obligaremos. Ustedes eligen.

—Pero usted vino a buscar a Miller. Fue contratado por el ladrón para vender la joya en el extranjero —argumentó Jamie, pensando que si habían preguntado por William utilizando explícitamente su apellido, tenían que saber que él era el mensajero.

—El rajá quiere saber la verdad —dijo el jefe del grupo encogiéndose de hombros—. Usted tenía el objeto sagrado, así que, de momento, es tan ladrón como los demás. Estoy seguro de que mi señor querrá escuchar sus explicaciones.

Jamie se dio por vencido. Parecía que no había otra alternativa salvo apelar al propio rajá.

—Muy bien. Como usted diga.

Evans intentó protestar a su vez, pero recibió un golpe en la nuca y, a partir de ese momento, se mantuvo callado. Obviamente, no tenía la menor idea de lo que estaba pasando.

Jamie intentó lanzar a Zar una mirada reconfortante, pero se dio cuenta de que estaba aterrorizada. La tomó de la mano y se la apretó, intentando infundirle valor, y ella asintió como si lo entendiera. Miró al hombre del rajá señalando hacia Kamal.

—Este hombre no es más que mi sirviente. No sabe nada del asunto. ¿Puede quedarse aquí para vigilar las posesiones de mi esposa hasta que regresemos?

Ambos sabían que quizá no regresarían. Sin embargo, Jamie no quería decirlo en voz alta.

—Sí, sí —dijo el hombre con impaciencia—. Y ahora vámonos, deprisa. El rajá nos espera.

A Jamie no pareció gustarle que los elefantes les estuvieran esperando fuera de la casa, pero Zar se sintió aliviada, pues al menos no tendrían que caminar. Todavía llovía, y los caminos seguirían estando llenos de barro, seguro.

—Suban —les ordenaron cuando los elefantes, obedientes y acostumbrados, inclinaron las patas delanteras para que pudieran acceder a la plataforma con asientos colocada sobre su lomo. Por desgracia no se trataba de una *howdah* con dosel, sino de dos asientos sin más.

Jaime extendió la mano para ayudar a que Zar trepase hasta su asiento primero; luego subió él. Ella llevaba un echarpe bastante grande, que se puso sobre la cabeza y alrededor del torso. Después, cuando el conductor del elefante le obligó a incorporarse, se agarró a los laterales del asiento como si le fuera la vida en ello. Ya había subido antes a uno, y no le gustaba nada la sensación de inestabilidad y el hecho de estar tan lejos del suelo. No obstante, confiaba en la habilidad del

conductor, que se sentó a horcajadas y sin ningún tipo de asiento entre las grandes orejas del elefante, pensando que les llevaría a su destino sin incidentes.

Sanjiv y William viajaban en el animal que iba delante de ellos, mientras que su padre iba detrás, junto a uno de los hombres del rajá. La extraña comitiva avanzó por las oscuras calles y salió de la ciudad por una de sus puertas de acceso, al parecer abierta especialmente al efecto. Zar supuso que habrían sobornado a alguien para poder hacerlo.

Le resultaba extraño cabalgar a lomos de un elefante en plena noche. No había luna, pues la lluvia caía sin descanso y el viento soplaba a rachas. No obstante, Zar podía distinguir el campo y los árboles a los lados de la carretera. Jamie la tomó de la mano y se la apretó con fuerza. Su palma seguía siendo algo cálido y sólido a lo que aferrarse, como siempre. Algo seguro. Aunque en ese momento su seguridad era mínima.

—¿Nos creará el rajá? —susurró.

—Eso espero; pero si fue él quien lo organizó todo, nos utilizará como cabezas de turco —respondió Jamie, y Zar se estremeció—. Aunque me da la impresión de que no ha sido él quien ha enviado a estos hombres en busca de William. Dudo que el rajá sepa nada acerca de la conexión con Surat, así que el ladrón tiene que ser otra persona.

—No te entiendo —dijo Zar confundida, e intentó mirarle, pero solo pudo ver su silueta.

—Piénsalo. A no ser que desde el primer momento el rajá hubiera sabido quién robó el talismán de sus aposentos, no podría tener la menor idea de que había sido enviado a Surat. El único que lo sabe es el ladrón. Ahora todo les ha salido mal y debe de haber renunciado a la idea de vender la joya. Por el contrario, procurará ganar la baza de haber sido quien la ha recuperado. Si yo estuviera en su lugar, es lo que haría.

—Sí, la verdad es que tiene sentido. Pero ¿quién es?

—El hombre que entró por la terraza dijo que venía en nombre del Gran Visir. Imagino que tal persona tiene que tener acceso a las dependencias privadas del rajá. Apostaría a que fue él.

—Pero no podemos demostrarlo. Todas las pruebas nos señalan —dijo Zar, sintiendo que la dominaba la desesperación. ¿Cómo iban a salir vivos de esta?—. Y ahora también tienen el talismán.

—No. No lo tienen. Lo tengo yo —dijo Jamie riendo entre dientes.

—¡Ah! ¿Quieres decir que...?

—Le di el falso. Ahora lo que tenemos que procurar es descubrir al verdadero ladrón y desenmascararlo —dijo, apretándole más fuerte la mano—. Necesitaré tu ayuda. Escúchame con atención. Esto es lo que quiero que hagas...

Bastante tiempo después llegaron a una valla bastante alta, que rodeaba un edificio grande e inclinado de estilo indio, rodeado de árboles y de jardines ornamentales. Acababa de amanecer y una luz grisácea se filtraba por las numerosas puertas y ventanas que en él se abrían e iluminaba tenuemente las cúpulas de los tejados. Había un sendero rodeado de columnas que rodeaba el edificio, y una gran entrada en mitad de él. Se abrieron dos enormes puertas, que daban a un patio, y allí desmontó todo el mundo. Una vez dentro del palacio, los «invitados» fueron conducidos por una interminable serie de pasillos. Finalmente llegaron a otra puerta, también de aspecto formidable. El jefe del grupo la golpeó con los nudillos.

—Adelante —dijo una voz desde el interior, y todos pasaron, seguidos por los guardias.

Zar se aseguró de ir al lado de Jamie. Todavía iban de la mano, y eso la tranquilizaba, al menos por fuera, porque por dentro temblaba de miedo. ¿Y si el plan no funcionaba? ¿Morirían todos?

Al fondo de la habitación había una tarima y un hombre sentado, esperando. Zar estuvo a punto de soltar una exclamación al verle, pues nunca había contemplado tal magnificencia. Iba vestido casi por completo de blanco, pero la tela estaba bordada en oro y plata, que refulgían a la luz de los candelabros cuando hacía algún movimiento. Alrededor de la cintura llevaba una faja de seda púrpura, sobre la que asomaba el mango de una daga, hecho de piedras preciosas, que también brillaban, como la joyas que adornaban el frente del turbante. No eran tan grandes como las del talismán, pero no obstante parecían muy valiosas. Su cara era atractiva, la de un hombre en su plenitud, quizá de entre veinticinco y treinta años. Tenía una expresión arrogante, pero a Zar le pareció que su mirada era inteligente y no dejaba pasar nada por alto.

El rajá, pues no podía tratarse de nadie más, estaba rodeado de guardias y cortesanos. Uno de ellos se situaba un poco por delante de los demás, por lo que supuso que era el visir, pues emanaba un cierto aire de autoridad. Su forma de comportarse resultaba calmada apostada, aunque la expresión de sus ojos denotaba que estaba en guardia y prestaba atención a todos los detalles. Si vislumbrara la posibilidad de que alguien o algo amenazara a su señor, con toda seguridad lo sabría y reaccionaría al instante. El rajá los miró desde arriba con ojos de halcón mientras todos ellos hacían una reverencia y juntaban las manos, que era la forma tradicional de saludar expresando respeto. Él no respondió, aunque tampoco era lo esperado.

El supuesto visir se inclinó ante su señor, como si pidiera permiso para intervenir, y comenzó a hablar:

—Alteza, una vez más me disculpo por haberle hecho madrugar tanto, pero creo que el asunto que nos atañe es de suma importancia. Tengo la obligación de presentarle a los ladrones que robaron el talismán sagrado. Mis informadores han logrado encontrarlos al fin.

—Gracias, Bijal. Así que por fin tengo delante de mí a las personas que me robaron el objeto más sagrado que poseo —dijo el rajá—. ¿Acaso vuestra avaricia no tiene límites, extranjeros?

Uno de los hombres que estaban cerca de la tarima tradujo al inglés, con fuerte acento, las palabras del rajá, pero enseguida se dieron cuenta de que no había necesidad de hacerlo.

—Me temo que hemos sido acusados erróneamente, alteza —intervino Jamie en un hindi casi perfecto. Las cejas del rajá se alzaron brevemente por la sorpresa que le produjo que un extranjero hablara su idioma con tal fluidez, aunque esperó a que terminara—. Solo uno de nosotros ha intervenido, y exclusivamente como cómplice —explicó señalando a William—. Los demás nos vimos forzados a actuar debido al chantaje.

—¿Y por qué debo creer tal cosa? Los culpables suelen decir lo que sea para salvar la piel.

—Tiene toda la razón, alteza —reconoció Jamie—. Pero en este caso concreto, el hecho de que nos escuche redundará en su propio interés ya que, si decimos la verdad, y la decimos, lo primero que entenderá es que hay un traidor en su corte. Alguien que no ha dudado ni dudará en un futuro en buscar su mal si no le desenmascara ahora.

Todas las personas que rodeaban al rajá empezaron a mirarse unos a otros, como si temieran ser acusados. Todos excepto el que se llamaba Bijal, que los miraba con la boca curvada en una sonrisa fría.

—Tus palabras son inteligentes, extranjero, pero es un intento inútil. Nadie te puede creer aquí, pues todo el mundo sabe que tu pueblo solo busca la riqueza —dijo Bijal.

—¿Y usted no? —le desafió Jamie.

El aludido le miró iracundo. Sus ojos oscuros parecían echar llamas.

—Yo ya tengo todas las riquezas que necesito trabajando al servicio de su alteza.

—Ah, así que usted es un mero sirviente —asintió Jamie, como si ahora entendiera su postura. Eso pareció enfurecer aún más al hombre, si es que eso era posible.

—Te hago saber que soy el Gran Visir, extranjero.

—Lo que decía, un sirviente en cualquier caso —dijo Jamie encogiéndose de hombros con desdén. Se volvió hacia Zar y señaló con la cabeza en dirección al visir, haciéndole un guiño subrepticio. Ella entendió y empezó a hablar.

—Bien, esposo mío, nosotros también vamos a terminar como sirvientes gracias a ti y a tus pequeñas intrigas —gritó aparentemente muy enfadada, golpeando a Jamie en el pecho con ambas manos.

—Cuida tu lengua, mujer —espetó el aludido fingiendo regañarla—. Ya te he dicho que no quiero arpías en mi casa.

—¡No me callaré! Esta vez no. Estoy acostumbrada a tener mis propios

sirvientes, no a servir a otros, y ahora me doy cuenta de lo que has hecho. Es insoportable, no aguanto más. ¿En qué estabas pensando?

Al final de su discurso, le empujó todo lo fuerte que pudo en dirección al visir. Jamie se tambaleó y estuvo a punto de caer de espaldas. Parecía tan desequilibrado que se agarró al cinturón del visir para sostenerse, y el hombre rugió furioso y trató de liberarse de Jamie.

—¿Cómo te atreves? ¡Quítame tus sucias manos de encima, extranjero!

—Perdón, perdón —dijo Jamie con una media sonrisa de disculpa—. Cosas de mujeres, ya saben. Algunas tienen muy mal carácter. —Se volvió hacia Zar y alzó las manos—. Lo que ha pasado no tiene nada que ver conmigo, ¿no te das cuenta? Todo es por culpa de William. Es a él a quien deberías regañar.

William, que estaba de pie inmediatamente detrás de ellos, parecía tener sus propios planes. Sin encomendarse a nadie, se puso en acción e intentó atacar al guardia que le sujetaba por la muñeca. Lanzó sus puños en todas direcciones, y logró golpear al hombre y liberarse de él. Después se enfrentó con otro de los guardias, que acudió en ayuda de su compañero.

—¡No pienso cargar con la culpa de todo esto! ¡Yo no era nada más que el mensajero! —gritó—. Mansukh me dijo quién era el verdadero responsable. Me dijo que...

—¡Silencio, prisionero! —ordenó el Gran Visir, que se había colocado a su lado—. Si dices una palabra más morirás de inmediato.

Zar intentó decirle por señas a su hijastro que se calmara, pero todo lo que había ocurrido durante la noche parecía haberle llevado al límite de la locura. William logró liberarse de nuevo y se lanzó contra el visir, golpeándole en la nariz. Se oyó un rumor procedente de los presentes y, un instante después, Zar vio un relampagueo metálico y a William cayendo al suelo al tiempo que emitía un sonido gutural.

—¡No! —gritó, y se hubiera lanzado hacia donde había caído su hijastro, pero Jamie la sujetó.

El visir se enderezó y ella pudo ver que blandía una *katar*, una especie de daga con mango en forma de H y una hoja corta de forma triangular. La hoja estaba empapada en sangre. La sangre de William. Zar se sintió mareada y se inclinó sobre Jamie.

—Nadie golpea al visir —proclamó Bijal con voz profunda y llena de orgullo, y volvió a su posición previa como si no hubiera pasado nada.

Zar miró hacia donde estaba su padre, que hasta ahora no había abierto la boca, y que estaba tan horrorizado como ella. Debía de estar muy arrepentido de su decisión de volver a Surat. Pero peor para él. Mejor habría hecho quedándose en Inglaterra. ¿Cómo podía imaginarse que le recibiría con los brazos abiertos y le permitiría tomar parte en su negocio? No, sin duda se trataba de alguna treta para hacerse con su fortuna, o al menos con una parte de la misma. Pero no se llevaría ni una rupia. Ella era quien se la había ganado, o quien la había mantenido al menos tras la muerte de

Francis, que con toda seguridad le había pagado mucho dinero para comprarla.

La visión de William, que yacía sin vida a unos metros, la devolvió de pronto al presente. Su cuerpo fue recogido con presteza por los eficientes guardias, y alguien empezó a limpiar la sangre del suelo. En unos segundos pareció como si William nunca hubiera estado allí.

¿Sería también aquel su destino?

Miró a lo único que le quedaba en la vida, el único rastro de estabilidad que tenía: a su falso marido.

## Capítulo 26

Jamie respiró hondo y procuró concentrarse en lo que estaba a su alcance. Ya pensaría después en William. Ahora lo que tenía que hacer era intentar por todos los medios sacar a los demás de aquel aprieto.

Bijal, el visir, había ordenado al hombre que les había capturado que se acercase a él.

—Tufan, lo tienes tú. ¿Me lo das?

El hombre asintió y le pasó el saquito que contenía el talismán falso. Bijal extrajo la exquisita joya y la colocó sobre la palma de su mano antes de hacer una reverencia y ofrecérsela a su señor.

—Alteza, su talismán.

El rajá se hizo con él en un rápido movimiento y, en principio, pareció complacido. Sin embargo, inmediatamente frunció el ceño.

—Pero ¿qué ocurre aquí? Por lo que veo tiene las plumas. Eso significa que las que había en la caja de Dev eran falsas, ¿verdad? Así que él no tuvo nada que ver con el robo.

Jamie no sabía a qué hacía referencia el comentario del rajá, pero contempló la cara del visir y vio que titubeaba y perdía la sonrisa por un instante, antes de contestar con suavidad.

—Sin duda que los ladrones han colocado unas nuevas. Si su plan era venderlo, difícilmente hubieran podido hacerlo sin esas piezas.

«Me toca a mí», pensó Jamie, y se aclaró la garganta.

—Le ruego que me excuse, alteza, pero puede haber otra explicación.

—¡Silencio! —exclamó el visir siseando—. Hable solo cuando se le dé permiso.

Jamie cerró la boca, pero miró fijamente al rajá, que entrecerró los ojos y volvió la cabeza hacia un lado.

—No, déjale hablar, Bijal. Me interesa escuchar su teoría, aunque después se demuestre que está equivocado.

La expresión del visir se volvió tormentosa y apretó los labios, pero su señor había hablado. Jamie estuvo a punto de sonreír. Ahora era el momento de comprobar si su teoría era la correcta.

—Bien, su alteza, tengo la certeza de que el ladrón no es otro que vuestro visir.

—¿Cómo te atreves, extranjero? —tronó Bijal dando un paso hacia Jamie. La *katar* destelló una vez más.

—¡Bijal! Deja que termine de hablar —dijo el rajá, y acompañó su orden con un autoritario movimiento de mano dirigido al visir—. Continúa, extranjero. ¿Qué pruebas tienes para hacer una acusación tan grave?

—Para empezar, el talismán que tiene en sus manos es falso.

Entre la multitud surgió un nuevo rumor, y todo el mundo miró hacia el objeto que el rajá tenía en sus manos. El gobernante frunció el ceño y levantó la joya para estudiarla a la luz. Jamie vio cómo se fijaba en el rubí y se preguntó si el rajá podría darse cuenta de la diferencia entre esa piedra y un diamante rojo. Era posible que no. Pero con toda seguridad lo que sí estaba era muy familiarizado con su joya, tanto como para notar que faltaba parte de la inscripción del zafiro. Contuvo el aliento esperando el veredicto.

Finalmente, el rajá asintió con la cabeza, completamente desconcertado y muy furioso.

—El extranjero tiene razón. No es el mío —afirmó, y fijó su mirada ceñuda en Bijal—. ¿Qué significa esto?

—Yo..., yo... ¿qué? No lo entiendo. Tiene que haber algún error. Mis informadores me han asegurado que...

—Sé que no me corresponde indicarle lo que ha de hacer, alteza, pero quizá sería una buena idea comprobar si su visir guarda la verdadera joya consigo —cortó Jamie.

—Sí, hacedlo inmediatamente guardias.

Varios de los guardias se apresuraron a cumplir las órdenes de su señor y rodearon en un minuto a Bijal. Él trató de librarse de ellos, pero dos le sujetaron los brazos mientras que los otros le cacheaban y comprobaban el contenido de su cinto. Enseguida uno de los hombres levantó una bolsita, muy similar a la que le había entregado antes Bijal al rajá. El guardia corrió a entregársela a su señor.

—¡No! ¿Pero qué...?

La expresión de Bijal era casi ridícula, pero Jamie no podía permitirse ni el atisbo de una sonrisa. Todavía no habían salido del aprieto, ni mucho menos. Bijal parecía un hombre de recursos.

Una vez más, el rajá estudió el talismán a la luz y comprobó la inscripción al detalle. Cuando terminó, su cara parecía la de un dios vengador.

—Así que querías engañarme. ¿Por qué, Bijal? —tronó, pero el visir no contestó. Había dejado de luchar y mantenía la cabeza inclinada hacia abajo. Era la imagen de un hombre acabado—. ¿Y mi hermano? —continuó el rajá—. Me convenciste con artimañas de que él había robado el talismán, pero no era cierto, habías sido tú. ¿También organizaste su asesinato?

Jamie no entendió nada de eso, pero supuso que el rajá estaba atando todos los cabos. Cuantos más crímenes hubiera cometido el visir, mejor para ellos.

—¡Contéstame! —rugió el rajá, que ahora se comportaba de un modo tan formidable como un tigre rabioso—. ¿Por qué me has hecho esto? ¡Yo siempre te he tratado bien!

Bijal levantó la cabeza y dirigió a su señor una mirada ponzoñosa.

—¡Puede que tú sí, pero tu padre no! —escupió Bijal, hablando a su señor sin respeto—. También era mi padre, y yo soy el hermano mayor. Pero él eligió no

casarse con mi madre, así que fuiste tú quien heredó el trono. Sin embargo, yo tenía ese derecho por nacimiento. ¡El trono debería ser mío! —siseó Bijal.

—Tu madre no era noble. Mi padre no podía casarse con ella. ¿Cómo es posible que hayas pensado siquiera en algo así? Es ridículo, absurdo.

—¡Ella no fue siempre una bailarina! Era de alta cuna, pero el reino de su padre fue invadido —declaró Bijal. Su expresión era ahora desafiante, de orgullo. Estaba convencido de lo que decía. Jamie vio en él la dignidad de alguien que ya no tiene nada que perder.

—Si ella te dijo eso, te mintió —insistió el rajá—. Mi padre me contó exactamente de dónde procedía. Créeme, tu madre no era ni mucho menos una princesa.

—¿Cómo te atreves a decir eso de mi madre? ¡Ella era de sangre real, te lo aseguro, claro que lo era! ¡Su sangre era más digna de un trono que la tuya! —exclamó el visir, cuya cara se oscureció. Logró liberarse de los hombres que le sujetaban. Antes de que Jamie tuviera tiempo de moverse, el hombre se lanzó hacia delante, atrapó la muñeca de Zar y la atrajo hacia sí con mucha fuerza. La *katar*, cuyo filo brillaba amenazador, hizo de nuevo su aparición, esta vez muy cerca del cuello de Zarmina. La joven miró a Jamie con los ojos desorbitados por el terror. A él se le heló la sangre.

—Si alguien se acerca a mí, esta mujer morirá de inmediato —siseó Bijal, acercándose de espaldas a la salida, muy despacio—. Puede que haya perdido este trono, pero ya encontraré otro —espetó, manteniendo a Zar pegada a él y con la daga rozándole el cuello.

Jamie miró a su alrededor. Su cerebro trabajaba a marchas forzadas intentando encontrar una solución. Vio al padre de Zar y a Sanjiv deslizándose despacio hacia la salida, probablemente con la intención de interceptar a Bijal, pero el visir les vio y rozó con la daga la barbilla de Zarmina, de modo que unas gotas de sangre cayeron sobre su piel. Ella no hizo el menor ruido, pero su cara había perdido cualquier viso de color.

—Deteneos ahora mismo —ordenó Bijal. Ambos obedecieron.

Jamie estaba paralizado. Miró al rajá, que tenía una expresión ceñuda y desconcertada. Quedaba claro que tampoco sabía qué hacer.

—Si la matas no ganarás nada —gritó Jamie—. La guardia del rajá te detendrá de inmediato. No tienes ninguna salida —razonó. Su intención era entretener al hombre hasta dar con una solución.

—Eso ya lo veremos —murmuró el visir, pero sin dejar de moverse.

Cuando ya se encontraba muy cerca de la salida, Jamie trató de calcular lo que tardaría en alcanzarle. Si pudiera hacer que Zar le golpeará o algo así, tendría tiempo suficiente para llegar hasta él y tirarle al suelo. Miró fijamente a Zar a los ojos, intentando que entendiera que quería que hiciera algo para distraer a su captor, y vio que ella le guiñaba un ojo, de forma lenta y deliberada. ¡Había captado el mensaje!

¡Magnífico!

No obstante, antes de que ninguno de ellos hiciera nada, una pequeña tromba marrón saltó la valla con un gruñido y se colgó de la espalda de Bijal. ¿*Kutaro*? Jamie se preguntó qué demonios hacía allí el perro, pero no había tiempo para pensar en ello. Bijal soltó un grito de sorpresa y aflojó la sujeción, y eso bastó para que Zar golpeará al hombre en la mandíbula y este la soltara. De detrás de la multitud surgió otra pequeña figura que se precipitó a toda velocidad contra las piernas del visir, logrando desequilibrarle. Al mismo tiempo, Jamie salió corriendo a toda velocidad y agarró a Bijal de la mano con la que sujetaba la mortal *katar*.

—¡No! —exclamó el visir al caer al suelo, pero Jamie no le dio la menor oportunidad de volver a levantarse. Se arrojó sobre él, luchando para hacerse con la daga. La desesperación dio fuerzas a Bijal, pero Jamie era más fuerte y logró quitarle el arma de los dedos. Esta cayó al suelo. Jamie se hizo con ella rápidamente y la colocó junto a la garganta de Bijal.

—No muevas un solo músculo o eres hombre muerto —susurró.

—¡Ayudad al extranjero! —gritó el rajá, e inmediatamente un par de guardias sujetaron con fuerza a Bijal. Esa vez no le dieron la más mínima posibilidad de liberarse, y le ataron las manos a la espalda.

Jamie se levantó del suelo y él y Zar se volvieron hacia Roshani y el perro, que estaban de pie y jadeando casi al mismo ritmo.

—Pero ¿qué diablos hacéis aquí? —preguntó Jamie—. Creía que os habíais quedado a salvo en casa.

Aunque en parte estaba muy enfadado con la niña por haberle desobedecido, estaba claro que ella y su peludo amigo habían salvado la situación. Sin ellos... no, prefería no pensar en lo que podría haber pasado. Habían estado muy cerca del desastre total.

—Nosotros seguir vosotros. Caminar. Ver hombres malos llevar vosotros. No gustar. Elefantes muy despacio —explicó Roshani, aún jadeando.

—Eres imposible —dijo Zar negando con la cabeza, pero sonriendo encantada—. Pero muchas gracias. Me has salvado la vida —dijo, y abrió los brazos para abrazar con fuerza a la niña, mientras Jamie agarraba a *Kutaro* del collar y le acariciaba.

—Buen chico, sí, eres un perro extraordinario y valiente.

—¿Quiénes son estos recién llegados? —dijo el rajá con voz tronante, interrumpiendo los abrazos y las explicaciones.

Jamie se levantó y alzó a *Kutaro*, sujetándolo entre los brazos para que no escapara, pues temía lo que podría ser capaz de provocar entre tanta gente desconocida. Se inclinó lo mejor que supo.

—Mis disculpas, su alteza. Ella es mi, eh..., mi protegida, y este su perro, que nos es muy leal. Han debido de seguirnos hasta aquí pasando inadvertidos, aunque no estoy muy seguro de cómo se las han arreglado para entrar en el edificio...

—No importa —dijo el rajá agitando la mano—. Me alegro de que todo haya

terminado bien.

—¡Puede que para ti! —gritó Bijal, que al parecer había recuperado la voz y empezó a soltar una serie de improperios contra el rajá—. ¡Ocupas un trono que no te pertenece! Eres una vergüenza, un impostor, un bastardo, y... —siguió, hasta que uno de los guardias le golpeó con fuerza, y el torrente de insultos cesó.

—Y tú estás completamente confundido —dijo el rajá con voz tranquila pero firme. Después se dirigió a los guardias—. Lleváoslo. Ya me ocuparé de él después. Y prended también a su secuaz.

Bijal lanzó una mirada turbulenta a Jamie, Zar, Sanjiv y Evans, y también a la niña y al perro, pero ninguno de ellos se la devolvió. Ahora el visir no podía hacerles ningún daño, y después de haber asesinado a William a sangre fría no despertaba la compasión de ninguno de ellos.

Cuando Bijal y su sirviente fueron conducidos fuera de la sala, el rajá se volvió hacia Jamie.

—¿Cómo te llamas, extranjero?

—James Kinross, alteza —respondió, y señaló a sus compañeros—. Ella es mi esposa, Zarmina, mi protegida Roshani, mi amigo Sanjiv y el padre de mi esposa, Thomas Evans.

El rajá se levantó y saludó a todos ellos inclinándose con gran formalidad.

—Tienen ustedes mi eterna gratitud, y acepten mis disculpas por los inconvenientes causados. Todos serán recompensados y, por supuesto, son libres, claro.

—Gracias, alteza. No hay necesidad de recompensa alguna, ha sido un placer poder servirlos de ayuda.

—Insisto. Yo siempre recompenso a quienes me ayudan.

—Siendo así, le reitero nuestro agradecimiento, y le deseo lo mejor en sus cercanas nupcias.

El rajá sonrió y levantó el talismán.

—Ahora que vuelvo a tener la joya sagrada, eso es seguro. Y el hecho de tener una copia puede servir para ponerles las cosas más difíciles a los que quieran robarlo en el futuro. Gracias de nuevo, amigo mío. Le deseo también una vida matrimonial larga y feliz. Ravi, trae uno de los cofres con diamantes.

El hombre salió y volvió a toda prisa con un precioso cofre, no muy grande, de nácar y marfil, pero Jamie se dio cuenta enseguida de que, siendo un objeto valioso en sí mismo, no había punto de comparación con lo que contenía. El sirviente levantó la tapa para mostrarles su contenido: estaba lleno hasta los bordes de diamantes en bruto.

—Espero que puedan hacer algo con estas piedras. Me han dicho que podrían elaborarse con ellas joyas de bastante calidad —dijo el rajá—. Es una pena, pero como no estoy en casa, lamento no poder entregarles diamantes tallados.

Jamie sabía de que él mismo podría tallar las piedras y, con ojos bien entrenados

por Akash, se dio cuenta a la primera de que el rajá decía la verdad: eran diamantes magníficos, de una calidad muy poco común.

Según salían del edificio, todavía muy temprano por la mañana, Jamie tomó de la mano a Zar y la guió hacia los elefantes. Enseguida se dio cuenta de que Roshani y *Kutaro* les seguían de cerca.

—Vamos, vosotros dos. Os tendréis que sentar sobre nuestras rodillas.

—¿Montar en elefante? ¡Bien! ¡Yo nunca hacerlo antes! —exclamó Roshani sonriendo de oreja a oreja, y corrió hacia el *mahout*, que la ayudó a ella y también a *Kutaro* a subirse al *howdah*. Jamie se acercó al animal con Zarmina.

—Todavía no me puedo creer que hayamos salido de esta y que nos dejen marchar —dijo Zar con expresión aturdida; estaba tan aliviada que parecía que le faltara el aliento—. Tu plan ha funcionado.

Jamie enlazó los dedos con los de ella y se los apretó.

—La verdad es que no hubiera salido bien si no llega a ser porque Roshani y *Kutaro* llegaron a tiempo de ayudarnos y distrajeron a Bijal. Y tú también cumpliste con tu parte, te lo agradezco. No hubiera podido colocar el verdadero talismán en la faja de Bijal sin tu ayuda.

Y cuando partieron de vuelta hacia Surat pensó que todo lo que le había dicho era cierto. No hubiera podido hacer nada sin Zar. La verdad es que formaban un gran equipo.

En realidad, estaban hechos el uno para el otro.

Ahora todo lo que tenía que hacer era convencerla de que así era, porque no estaba tan seguro de que ella sintiera por él lo que él sentía por ella.

## Capítulo 27

—¡Aquí estás! ¿Cómo te encuentras?

Era la tarde del día siguiente a su captura por los hombres de Bijal, y todo el mundo había dormido hasta bien entrado el día. Zar se había despertado y había tomado algo en la cama, hasta que finalmente salió de su habitación, dado que la lluvia había escampado un rato. Estaba sentada en el patio de Jamie, en el borde del pequeño estanque, acariciando el agua con la mano. El patio no era tan bonito como el suyo, pues no tenía parterres ni macetas llenas de flores, pero no dejaba de ser agradable. Levantó la vista y vio a Jamie de pie frente a ella.

—Estoy bien, gracias —le contestó—. Aliviada de que todo haya terminado y, tengo que decirte, un poco triste por lo que le ha pasado a William —explicó, y vio que Jamie levantaba las cejas algo sorprendido—. Sí, ya sé que nunca me trató bien pero, para ser sincera, tenía sus razones. E, hiciera lo que hiciese, su vida ha terminado demasiado pronto.

—Bien, me alegra que hayas encontrado la manera de perdonarle. Yo creo que a mí me resultará un poco más difícil —dijo Jamie con ironía—. ¿Puedo? —preguntó, señalando el espacio que había junto a ella.

—Por supuesto —dijo ella, mostrando una amplia sonrisa—. Al fin y al cabo es tu estanque. La verdad es que debería volver a mi casa, pero lo cierto es que de alguna manera todavía no puedo enfrentarme al regreso. De hecho, estaba pensando que quizá debería vender la casa y comprar otra. Me trae malos recuerdos.

—Me parece una gran idea —dijo Jamie asintiendo—. Yo también tengo que vender algunas propiedades —explicó, mirando a lo lejos—. ¿Has cambiado de opinión acerca de mi propuesta de matrimonio? No, ¿verdad? Aunque ahora tenemos un cofre lleno de diamantes para compartir, así que no creo que albergues la más mínima duda acerca de mi fortuna... —dijo mirándola con ojos un tanto burlones y torciendo la boca para esbozar una media sonrisa.

Zar respiró muy hondo antes de contestar. No quería que esa maravillosa sonrisa la afectara en su decisión, así que no se la devolvió, sino que mantuvo el gesto muy serio.

—No..., no creo que sea una buena idea.

Intentó utilizar un tono de voz lo más neutro posible, pero le resultaba muy difícil mantenerse en calma. Una parte de ella estaba deseando arrojarle en sus brazos y decir: «Sí, por supuesto que me casaré contigo, te quiero», porque en realidad era eso lo que pensaba y sentía, no podía negarlo. Se había enamorado perdidamente de ese hombre, incluso aunque le resultara imposible compartir su vida con él, porque por lo que podía deducir se estaba preparando para marcharse de la India pronto. Vendería

sus propiedades, y a ella la dejaría atrás. ¿Por qué exponerse a tal humillación? Él no la amaba, y estaba segura de que la pedía en matrimonio porque su sentido del deber le obligaba a hacerlo.

—De acuerdo —dijo él mirando al suelo—. Bueno, eres libre de quedarte en esta casa todo el tiempo que desees, por supuesto. Tengo que viajar a Madrás con Sanjiv, y después a Bombay. Estaré fuera por lo menos un mes, seguramente más. ¿Todavía te apetece cuidar de Roshani en mi nombre? Tendrás la ayuda de Kamal y de los nuevos *sepoys* que he contratado para que te protejan, y si ella es una molestia para ti, puedo contratar una cuidadora.

—No, por favor, me apetece mucho cuidar de ella. Te echará de menos, por supuesto, pero seguiré con las clases de inglés, y quizás intente enseñarle también a comportarse como una señorita. Así me mantendré ocupada.

—Bien, muchas gracias. Es muy loable por tu parte.

—No me lo agradezcas. Es una niña encantadora.

—Y también un poco traviesa —añadió él riendo—, pero seguro que te las apañarás —confirmó, y de repente se puso serio—. ¿Vas a reunirte con tu padre? ¿O vas a esperar a mi regreso para que así pueda apoyarte? Creo que se merece que le des plantón durante algún tiempo.

El ánimo de Zar se hundió todavía más. Se había negado a hablar con su padre la noche anterior, diciendo que estaba exhausta, y la verdad era que no sabía si quería volver a hablar nunca con él. Thomas Evans estaba alojado en la Factoría inglesa, según había dicho, y había amenazado con quedarse allí hasta que ella accediera a reunirse con él. Podía no hacerle caso, pero quizá lo mejor sería hacer frente al asunto cuanto antes. Que dijera lo que tuviera que decir, y después que se marchara de una vez por todas.

—Puede que hable con él —dijo—. Ya veremos. Pero estate tranquilo, soy capaz de hacerlo sin tu ayuda. Con Kamal aquí no se atreverá a hacerme daño y, por si acaso, me aseguraré de que los *sepoys* estén cerca.

—No dejes de hacerlo. No quiero que te pase nada mientras estoy fuera.

Pero ¿qué sería de ella cuando se fuera a Europa? ¿Se preocuparía? No expresó ese pensamiento en voz alta. ¿Para qué? No serviría de nada.

La conversación se estaba volviendo incómoda y forzada. En cierto modo, Zar deseaba que se fuera de una vez, para así empezar una nueva vida e irse acostumbrando a su futuro solitario. Como si le hubiera leído la mente, él se puso de pie, pero de repente dudó.

—Zar, si hubiera... consecuencias debidas a lo que hicimos en Juhu, me lo dirías, ¿verdad?

—Sí, por supuesto —asintió ella.

Pero había cruzado los dedos a su espalda en un gesto infantil porque, llegado el caso, no tenía intención de cumplir lo que acababa de afirmar. Lo último que deseaba era mantenerle a su lado porque él sintiera que era su deber. Si tenía un hijo, sería

mucho mejor que él no lo supiera nunca.

—Por favor, toma asiento.

Zar señaló una alfombra, aunque suponía que su padre tendría problemas para sentarse en el suelo con las piernas cruzadas. No tenía ninguna intención de ponerle las cosas fáciles. Había sido él quien había solicitado la reunión, así que ella impondría las condiciones.

—Gracias —respondió su padre, y se sentó como pudo. De hecho, a ella le pareció notar que las rodillas le crujían un poco. Hizo un gesto de dolor, pero Zar fingió no darse cuenta.

—¿De qué quieres hablar conmigo? —preguntó, manteniendo una voz neutra y educada, pero fría.

—Sé que me merezco tu desprecio —empezó él—. Incluso hasta tu odio, pero lo único que quiero es explicarte lo que pasó. De verdad que pensaba que estaba haciendo lo mejor para ti.

Zar abrió unos ojos como platos.

—¿Vendiéndome a un viejo chivo como Francis? Tienes que estar de broma.

—No —dijo él moviendo la cabeza de lado a lado con énfasis—. Por supuesto que sabía que era viejo pero ¿no te das cuenta? Estaba seguro de que no duraría demasiado. Los ingleses no suelen aguantar mucho en este clima. Y después te dejaría en una magnífica posición, con la posibilidad de escoger un marido que te gustara. Aquí no faltan candidatos, debes admitirlo.

Zar se limitó a resoplar. No se creía una palabra de lo que su padre le decía. Pero al menos parecía sincero, eso sí que tenía que reconocerlo.

—Sabes que yo no tenía dinero para una dote —siguió él—. Lo poco que tenía apenas serviría para costear el viaje a Inglaterra. Además, allí todo es mucho más caro... Pero la verdad es que nunca habría podido encontrar para ti un marido adecuado en Londres, no sin una buena dote. Y debido a tu... —Se detuvo y dudó.

—Mi aspecto extranjero —señaló ella, mordaz.

—Exacto, sí. Debido a eso, ningún hombre se hubiera casado contigo sin mediar un pago muy cuantioso. Hubieras terminado como una solterona. Y yo no quería que te ocurriera eso.

—¿Es esa toda tu explicación?

Él se encogió de hombros.

—Y ahora, supongo que has venido a decirme que has hecho este viaje, largo y duro, para ayudarme y guiarme en mi vida de viuda rica. Porque, claro, soy demasiado estúpida como para llevar mis negocios, dado que fui abandonada a mi suerte a los diecisiete años.

—No..., quiero decir, en parte sí. A ver si consigo explicarme... nunca he pensado que fueras estúpida, pero te juro que creí de veras que mi ayuda te vendría

bien y que la apreciarías.

Zar se quedó mirándole. Aquello era increíble, desde luego.

—Debo recordarte que en los veinte años que pasaste aquí apenas hiciste un solo negocio con beneficios, o al menos eso me han dicho. ¿Cómo demonios crees que podrías ayudarme?

Él suspiró, y sus hombros se desplomaron.

—He de admitir que no tuve mucho éxito, pero pensé que, dado que eres una mujer, la gente intentaría aprovecharse de ti. Por el simple hecho de estar a tu lado, pensé que se comportarían de otra manera. Pero la verdad es que eso ya no importa, puesto que tienes un marido tan... decidido y capaz. Estoy seguro de que todo estará bien en sus manos.

—La verdad es que no, no será así. El negocio continuará exclusivamente en mis manos. Él no tendrá parte alguna —informó Zar, aunque sin decirle a su padre que se debía a que en realidad no estaban casados. Todo el mundo seguía creyendo esa mentira, y Jamie tampoco parecía haber divulgado la verdad antes de partir. No tenía la menor idea de por qué, pero ella había decidido seguir con el juego, al menos de momento. Así resultaba menos extraño el hecho de que siguiera viviendo en su casa.

—¿De verdad? ¡Eso sí que me sorprende!

—Sí. Al parecer su madre ayuda a gestionar el negocio familiar, así que está acostumbrado a que las mujeres se ocupen de los negocios, para él no resulta raro. Además, yo puse esa condición al casarnos.

—Entiendo —dijo, y miró hacia el patio, donde Roshani jugaba a algo que parecía consistir en saltar arriba y abajo—. Entonces no tengo mucho más que decir. Te pido perdón por el mal que te haya podido causar, aceptes o no que actué pensando que lo que decidí era lo mejor para ti. Cuando tengas hijos propios, te darás cuenta de que no siempre es fácil acertar con lo que se hace por ellos.

Parecía muy triste, y Zar pudo darse cuenta de que tenía nuevas arrugas surcándole el rostro. Los años vividos en la India habían conferido a su cara un color cetrino, y la vejez le había alcanzado quizá demasiado rápido. «Cuando tengas hijos propios...». Su nieto. Si tenía alguno, ¿podría ser tan insensible como para escamotearle la alegría que le produciría en los últimos años de su vida? ¿Sería de verdad tan cruel?

No, no lo era.

Todo el dolor que había soportado durante años se había esfumado gracias a su amor por Jamie. Y si él la dejaba atrás, necesitaría un hombre que la ayudase. ¿Y quién mejor que su propio padre? Ella podía gestionar el negocio por sí misma, eso era seguro, pero él tenía razón al pensar que su mera presencia proporcionaría respetabilidad social a sus iniciativas, y que la gente la tomaría más en serio.

—Mira —le dijo—. Puede que tengas razón y que sea el momento de dejar el pasado atrás. Acepto tus disculpas, pero no necesito tu ayuda. Al menos por ahora no. Pero ¿quién sabe lo que pueda depararnos el futuro?

Él parpadeó y se quedó mirándola con un brillo de esperanza en los ojos.

—¿Lo dices en serio? ¿Me podrás perdonar?

—Eso creo, pero... me llevará tiempo.

—Lo entiendo, y es normal. Tómame el tiempo que necesites. Lo único que te pido es que no me apartes de tu vida para siempre, te lo ruego. Yo..., tú... eres lo único que tengo.

—No, no lo haré —dijo. Después dudó por un momento, pero tomó otra decisión—. ¿Quieres quedarte aquí durante el resto de tu estancia? Hay mucho sitio.

—Pues sí, gracias —aceptó, bastante asombrado—. Pero ¿de verdad que no es un problema? No me gustaría molestar...

—No lo harás. La casa es grande, y estoy segura de que a Jamie no le importará. Enviaré criados para que traigan tu equipaje desde la Factoría.

Él asintió y volvió a darle las gracias. Y cuando Zar vio a Kamal enseñarle a su padre la habitación en la que iba a alojarse, notó en su interior una sensación extraña, como si un bloque de hielo empezara a derretirse.

Jamie tardó dos meses en completarlo todo, y apenas podía soportar la impaciencia por volver a Surat. Echaba muchísimo de menos a Zar y a Roshani, era casi como un dolor físico.

«¡Las quiero!», pensó. Había llegado a esa conclusión hacía bastante tiempo. Por un lado se sentía aterrorizado, pero por otro entusiasmado. De todos modos, ¿cómo podría llevarlas a Europa con él? No querrían ir. En todo caso, ni se planteaba la posibilidad de dejarlas atrás. Tenía que conseguir como fuera que Zar se casara con él. Si no atendía a razones, apelaría a la atracción física. Si antes había respondido a ese estímulo, ¿por qué no iba a ocurrir otra vez?

Entró en su casa algo agitado, pero era tarde y todo el mundo debía de haberse retirado a descansar. Solo *Kutaro* acudió a darle la bienvenida, aunque parecía algo somnoliento.

—Vamos, pequeño, vuelve con tu dueña —ordenó suavemente después de acariciarlo durante un rato. El perro pareció entender y se fue trotando.

Jamie miró hacia arriba y vio luz que salía de la habitación de Zar, así que decidió darle una sorpresa. Subió los escalones de dos en dos y entró en la habitación tras llamar brevemente y sin esperar respuesta.

—¿Zar? ¡He vuelto! —dijo quedamente, cerrando la puerta tras de sí. Cuando oyó su jadeo se volvió y la vio sentada frente al espejo, cepillándose el largo y precioso pelo. Pero inmediatamente soltó el cepillo y él podría jurar que vio un destello de alegría en sus ojos. Sin embargo, pronto se transformó en una expresión mucho más calmada.

—¡Jamie! No deberías estar aquí.

—Perdóname, pero no podía esperar hasta mañana para volver a verte. ¿Me has

echado de menos?

—Bueno, sí, quiero decir, por supuesto... bienvenido a casa —acertó a decir, un tanto aturullada.

A casa. Él se dio cuenta de que así era. Cualquier casa en la que estuviera ella sería su casa, su hogar, sin importar en qué lugar del mundo se encontrara. Y Roshani. Pero Zar seguía manteniéndole a distancia y ya iba siendo hora de pasar a la acción. No tenía nada que perder.

Se acercó a ella en dos zancadas y la abrazó tan estrechamente que casi la ahoga. Después la besó, despacio y a conciencia, y su respuesta fue la esperada. De hecho, podía decirse que había sido bastante explosiva, por lo que decidió poseerla en ese preciso momento. Pero de repente, ella le empujó hacia atrás y le puso la mano abierta sobre el pecho.

—Jamie, por favor, no. No puedo soportarlo —dijo casi sin aliento. Su pecho subía y bajaba, mostrando lo agitada que estaba, pero también era evidente que intentaba por todos los medios mantener sus emociones bajo control.

—¿Por qué? No he tenido la impresión de que te desagraden en absoluto mis abrazos y mis besos.

—No, y ese es el problema —dijo en un susurro, que él oyó con dificultad. Se alejó de él y se quedó de pie junto a las puertas de la terraza, mirando hacia la noche —. Bueno, ¿cómo te ha ido? ¿Ha sido un viaje provechoso?

Jamie se mesó el cabello y decidió seguir su juego por el momento. Puede que necesitara tiempo para acostumbrarse de nuevo a su presencia. La verdad es que debía de haberla sorprendido bastante. ¿Dónde estaba su educación? ¿Su encanto? ¿De verdad pensaba que podía abalanzarse sobre ella de esa manera? Por Dios, estaba perdiendo las formas.

—Sí. He vendido la casa de Bombay —informó—. Y me he despedido de Akash y de su familia. Están completamente a salvo y muy bien.

Zar cerró los ojos, pero él había visto una sombra en su expresión, que fue rápidamente enmascarada con el gesto.

—Eso está bien —dijo ella con voz ligeramente insegura.

—No pareces muy convencida. ¿Algo va mal, Zar? ¿Ha ocurrido algo? ¿Te preocupa tu padre, te has peleado con él?

—No, no, todo lo contrario. Lo hemos dejado todo claro y, de alguna manera, las cosas se están arreglando. De momento vive aquí, como huésped. No te molesta, ¿verdad? Yo..., no es nada, solo que... imagino que te vas a ir pronto. Roshani va a echarte mucho de menos —dijo ella, de nuevo con voz trémula, y mirando hacia el cielo de la noche como si lo estuviera estudiando. Con una voz que apenas superó el susurro, añadió—: Y yo también.

Jamie sintió como si un tornillo estuviera sujetando sus pulmones y le impidiera respirar de manera adecuada.

—¿De veras me echarías de menos? Pero si no hay necesidad...

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella. Parecía confundida y le miró arrugando la frente.

—Es muy sencillo: venid conmigo, las dos. Lo he pensado mucho, Zar, y sé que para vosotras será difícil al principio, pero si yo conseguí acostumbrarme al calor de aquí, estoy completamente seguro de que vosotras os aclimataríais al frío. Sería solo una cuestión de tiempo, si ponéis voluntad.

Sus ojos se encontraron con los de él, y Jamie se hundió en la profundidad de su mirada. Durante más de dos meses había ansiado volver a contemplar esos enormes ojos, de distintos tonos, y no quería dejar de contemplarlos nunca más en su vida. Pero ahora estaban cargados de lágrimas, que estaban a punto de caer por las mejillas. Detuvo una con el dedo índice y la besó.

—¿Quieres que vaya contigo a Suecia? —preguntó—. ¿Y Roshani también?

—¡Pues claro! Mira, sé que estás en contra de la idea del matrimonio, y tienes tus razones, pero por favor, dame la oportunidad de demostrarte que no tiene por qué ser tan malo como lo fue el tuyo, sino todo lo contrario. Tendrás toda la libertad que quieras tener. Mantén tus negocios, gestiónalos como quieras. Y podemos adoptar a Roshani legalmente. No puedo soportar la idea de dejaros aquí. Y sabes que yo tengo que volver. Alguien me espera y me necesita en Suecia...

Zar cerró los ojos y él vio que respiraba muy hondo.

—Pero será muy difícil para ti.

—¿Para mí? ¿Por qué? Yo me volveré a acostumbrar enseguida. Eres tú quien me preocupa. Me dijiste que por poco te mueres de frío en Inglaterra. ¡En junio, por el amor de Dios!

—No es el clima, Jamie. ¡Olvídate del condenado clima! —espetó, y le dio un pequeño golpe en el pecho con el puño, que él atrapó y besó con muchísima suavidad.

—¿Y entonces de qué se trata, amor mío?

—No me llames así, porque no lo sientes. Y de lo que hablo es de la reacción que habrá cuando aparezcáis remolcándonos a las dos. La vergüenza... Todo el mundo murmurará a tus espaldas.

—No tengo la menor idea de lo que quieres decir —respondió Jamie perplejo—. ¿Por qué iba nadie a murmurar a mis espaldas?

—Pues porque aparecerías con una esposa de aspecto extraño y una niña pequeña igual. Si es que dices en serio y de verdad crees que deberíamos adoptar a Roshani.

—Sí, claro que lo digo en serio. De hecho ya siento que es nuestra, de los dos —dijo con énfasis, y le puso las palmas de las manos sobre las mejillas—. Pero Zarmina, ¡tú no tienes un aspecto extraño! Quizá un poquito diferente, pero precioso. Absolutamente adorable, de hecho. Si alguien se te queda mirando, y a mí estando contigo, será por pura envidia. Las mujeres querrán parecerse a ti y los hombres estarán celosos porque querrían tener una esposa tan maravillosa. Y también una hija como Roshani.

—Yo misma he comprobado lo que pasó en Inglaterra, lo vi y lo oí —dijo ella moviendo la cabeza con pesadumbre—. Mi propia tía...

—Seguro que ella era una solterona vieja y fea por la que nunca se interesó ningún hombre. Tienes que confiar en mí a este respecto, amor mío —dijo Jamie, recalcando especialmente sus últimas dos palabras. Cuando ella cerró los ojos al escucharlas, la besó y le habló con cierta autoridad—: Abre los ojos, Zar, y mírame. —Así lo hizo, aunque un tanto a regañadientes—. Te llamo «amor mío» porque es lo que eres, y lo serás siempre. Te amo. Por completo, y sin ningún tipo de fisuras. Amo cada centímetro de ti. Es la pura verdad, eres mi vida.

Su expresión cambió, pasando de la duda a la esperanza, y con ella adquirió aún más luminosidad.

—¿Es cierto? —susurró.

—Sí. Te lo juro por lo más sagrado.

—Pero me dijiste que Elisabet te...

—Olvídate de ella. Ya no puede hacerme más daño. Es el pasado. Tú eres mi futuro, Zar, tú, Roshani y, si ella nos acepta, también la pequeña Margot. Seremos una familia, si accedes a venir conmigo. ¿Quieres? ¿Lo soportarías?

Ella le abrazó con fuerza y enterró la cara en su pecho.

—¡Sí, claro que sí! Lo dejaría todo con tal de estar contigo. Pero por favor, no me dejes, nunca.

—Nunca —confirmó Jamie sonriendo, y sintió una felicidad desconocida—. Si tengo que volver a la India por negocios, vendremos juntos. Mantendremos aquí una casa. Estoy seguro de que Kamal y los demás criados la cuidarán muy bien, así que podremos ir y venir cuando queramos. ¿Qué te parece?

—¡Maravilloso! ¡Sencillamente maravilloso! —exclamó Zar mirándole con los ojos brillantes de alegría—. Yo también te amo, Jamie, más de lo que puedas imaginar.

—Entonces eso es lo único que importa. ¡Me importa un bledo lo que nadie pueda pensar! Y ahora, por favor, ¿puedo hacerte el amor, mi adorable prometida? Siento como si hubiera estado fuera años, y no quiero esperar ni un segundo más.

—Mmm, hazlo, por favor.

Jamie no necesitó nada más tras ver la sonrisa que le dedicó. Todo estaba bien, y el futuro se presentaba inmejorable.

## Epílogo

*Småland, Suecia*  
*Diciembre de 1760*

—Rosh, cariño, por favor, siéntate y estate quieta. Estás dejando que se cuele todo el frío por entre las pieles.

Jamie intentó aparentar enfado en su voz, la que él denominaba en privado «voz de padre», pero no pudo evitar que se le escapara una sonrisa. Zar, Roshani y él viajaban en trineo hacia Askeberga, a la mansión principal de la hacienda de sus padres, en lo más profundo de los bosques de Suecia, y hacía un frío glacial. Había intentado avisar a Zar y a Roshani de lo que les esperaba, pero no estaba muy seguro de que lo hubieran creído... hasta ahora. *Kutaro* llevaba una especie de abrigo que Zar había hecho especialmente para él, y se apretujaba lo más que podía entre los pies de Jamie. Aunque en un principio pareció que disfrutaba de la nieve tanto como su joven dueña, ahora mostraba el suficiente sentido común como para arrebujarse en lo más profundo de las pieles del trineo.

Les seguía otro trineo con algunas de sus pertenencias, y habían dejado muchas más en Gotemburgo. Jamie estaba feliz de viajar junto a su pequeña familia, que se había incrementado hacía unos pocos meses. Esa era la razón por la que, finalmente, habían demorado en un año su viaje a Suecia. Puso su mano enguantada sobre el montón de pieles que sostenía Zar, y que envolvía al pequeño Thomas, bautizado con ese nombre en honor de su más que orgulloso abuelo Evans. El abuelo Thomas se había quedado en Londres. En respuesta a su caricia, recibió una patadita y se oyó un pequeño quejido, que sin duda indicaba que se acercaba la hora de comer. Por suerte, ya estaban cerca. Al señorito Thomas no le gustaba que le hieran esperar para las cosas importantes.

—No le despiertes —murmuró Zar—. Mientras se estaba quieto no sabes lo tranquila que me sentía.

—Pronto tendrá que salir de entre las pieles para conocer a sus abuelos sueco-escoceses. Aunque me parece que va a estar mucho más interesado en la próxima comida que en las relaciones familiares. En mi vida he visto un glotón semejante.

—Es su obligación, si quiere hacerse tan grande y fuerte como su padre —dijo Zar sonriendo. Incluyó la cabeza hacia Jamie mientras tiraba de la capa de Roshani para que se sentara—. Roshani, por favor. Tu padre dice que ya casi hemos llegado. Si te mueves así tendré todavía más frío, aunque no sé si eso es posible.

La niña estaba sentada junto a ella, absolutamente entusiasmada.

—Pero es que no puedo estarme quieta. ¡Tengo tantas ganas de conocer a mi

hermana!

Jaime notó una punzada de ansiedad.

—Recuerda lo que te he dicho, Rosh. Se tiene que acostumbrar a nosotros. Ni siquiera sabe que vamos a llegar.

Con la cantidad de nieve que había, no había merecido la pena enviar un mensajero, pues ellos viajarían igual de rápido. Jamie esperaba que a sus padres no les importaría que se presentaran de improvisto.

—Lo sé, padre, lo sé. Iré con calma, como me has dicho. Pero sé que la voy a querer mucho, y ella a mí lo mismo.

Jamie deseaba fervientemente que tuviera razón, e iba a ponerlo todo de su parte para que así fuera. Si Margot pudiera perdonarle por haber estado tanto tiempo lejos de ella...

Antes de darse cuenta estaban avanzando por la larga avenida, flanqueada de fresnos, la misma por la que había pasado hacía unos años, también con un bebé en el trineo. La casa de campo amarilla tenía un aspecto tan cálido y acogedor como siempre. Salía humo de varias chimeneas, y luz de todas las ventanas. Dentro de pocos días sería la fiesta del solsticio de invierno, así que quizá sus padres tuvieran invitados. Jamie se preguntó de repente si serían bienvenidos.

Se tragó sus dudas. Sin duda su madre estaría encantada de verles, eso como mínimo. Había recibido otra carta suya antes de salir de la India, y las últimas palabras fueron: «¡Vuelve pronto, por favor!».

Bueno, pues aquí estaba.

Bajaron del trineo con los pies helados, y Jamie levantó a Zar y a Roshani para acelerar el proceso. *Kutaro* saltó por su cuenta detrás de ellos, bostezando. Jamie llamó a la puerta y esperó mientras el corazón le latía a toda velocidad, tanta que casi le hacía daño, pero lo último que esperaba era que fuera su hermano el que abriera la puerta. Se miraron asombrados, e inmediatamente después, la cara de Brice se iluminó con una amplia sonrisa.

—¡Jamie, Dios mío, eres tú! ¡Bienvenido a casa, granuja!

Para sorpresa de Jamie, su hermano le dio un abrazo tan fuerte que estuvo a punto de romperle varias costillas, y él se lo devolvió con gran sentimiento. Parecía que Brice le había perdonado por completo, y era como si Elisabet no hubiera existido nunca y no se hubiera interpuesto entre ellos. Siempre se habían llevado muy bien antes de que ella arruinara su relación y una buena parte de sus vidas.

—Brice, no esperaba que estuvieras aquí. ¿Has traído a tu familia?

—¡Naturalmente que sí! No voy a ninguna parte sin ellos —afirmó Brice, y miró detrás de Jamie—. Parece que tú tampoco, ¿no?

Jamie se acordó de que tenía una esposa, que estaba helada y con un niño en brazos, y una hija adoptiva esperando ansiosas a que las invitaran a pasar, así que se apresuró a conducir las al amplio recibidor.

—No, yo tampoco —confirmó—. Esta es mi esposa, Zarmina, es decir, Zar, y

nuestra hija Roshani —dijo sonriendo—. Este es mi hermano Brice —añadió dirigiéndose a ellas.

Zar le dirigió una sonrisa cohibida.

—Encantada de conocerte —dijo, y parecía que no estaba muy segura de cómo debía saludarle, pero él resolvió el dilema dándole un abrazo. Jamie vio que su hermano tuvo en cuenta que su esposa llevaba en brazos un bebé, y la trató con el mismo cuidado que si fuera un adorno de cristal.

—¿Y este quién es?

—Thomas, nuestro hijo pequeño —contestó Jamie—. Pero yo no intentaré hablar con él ahora, o empezará a berrear como un poseso. Ya sabes, hora de comer.

—Ya. Sé todo lo que hay que saber sobre niños hambrientos, créeme. Acabamos de recibir a un recién llegado que, por cierto, se llama como tú. Siendo así, saludaré a esta señorita —dijo Brice, inclinándose para darle a Roshani un abrazo bastante más fuerte que el de Zar y levantándola en brazos.

—Con que la hija de mi hermano, ¿no? Bueno, es una sorpresa estupenda. Soy tu tío Brice. Tienes que ir a jugar ahora mismo con tu prima Ailsa, mi hijita. A ella le va a encantar.

Dejó a Roshani en el suelo y volvió a sonreírle a Jamie, que movió la cabeza de lado a lado.

—Brice, yo... tengo muchísimas cosas que contarte, y no sabes cuánto siento el...

—¡Para! —le cortó Brice levantando una mano—. No hace falta. Mamá me lo ha explicado muchas, demasiadas veces, la verdad, y ya lo sé. Nunca me di cuenta de cuál era el verdadero carácter de Elisabet, debía de estar absolutamente cegado por el amor, pero ahora lo sé, y todo me cuadra. He entendido que tú fuiste el verdadero perjudicado, no yo. Ella nos manipuló a ambos, y tú fuiste quien pagó el precio. Por lo que a mí respecta, escapé y encontré algo infinitamente mejor. Créeme, no puedo ser más feliz de lo que soy.

—¿Estás seguro? —preguntó Jamie. Había pensado durante mucho tiempo en este encuentro. Se había imaginado que sería extremadamente desagradable, pero ahí estaba Brice, actuando como si nada hubiera pasado. Sonriente, relajado, actuando como el hermano mayor que siempre había conocido y querido—. ¿De veras estás dispuesto a olvidarlo todo?

—Por completo. Tenías razón en todo lo que decías en aquella carta que me mandaste. Pase lo que pase somos hermanos y, por encima de todo, muy buenos amigos. Nadie será capaz de volver a separarnos o a enfrentarnos. No se lo permitiremos. Créeme, el pasado es pasado. Y ahora...

Un fuerte ladrido interrumpió su fraternal discurso, y Jamie se acordó de *Kutaro*, que se había colado dentro con ellos. Miraba a otro perro, mucho más grande que él, gris y muy peludo, que había llegado al recibidor con pasos silenciosos.

—¡*Kutaro*, compórtate!

—No os preocupéis, *Liath* no le hará ningún daño —dijo Brice agachándose para acariciar a los dos perros al mismo tiempo—. Es el perro de mi esposa, y es la criatura más dulce del mundo, siempre y cuando nadie amenace a su dueña. Se harán amigos, estoy seguro. Buen chico, *Liath* —dijo, y empezó a reírse—. Pero ¿qué demonios le habéis puesto a este pobre animal? Nunca había visto nada así...

—Nota el frío, como todos nosotros. Tú también lo sentirías si hubieras pasado toda tu vida en la India —dijo Jamie defendiendo a *Kutaro*, aunque había que reconocer que tenía un aspecto algo ridículo. Se unió a las risas—. Ven aquí, muchacho, déjame que te quite ese ropaje. No vamos a permitir que los perros de aquí te tomen el pelo.

Para alivio de Jamie, los dos perros empezaron a mover la cola y a moverse uno alrededor del otro, y enseguida se pusieron a jugar y a perseguirse.

—Vaya por Dios, espero que no rompan nada —susurró—. Brice, quizá deberíamos...

No pudo terminar la frase, porque inmediatamente el recibidor se llenó de gente que daba voces de bienvenida. Los padres de Jamie, Killian y Jessamijn, Marsaili, la mujer de Brice, su hija Ailsa y sus dos hermanos pequeños, todos ellos se fueron presentando y se repartieron besos y abrazos. Entonces, Jamie se dio cuenta de que tras las faldas de su madre se escondía una niña de pelo oscuro, que le miraba con unos enormes ojos marrones.

—¿Madre? —dijo señalándola con la cabeza, y Jessamijn asintió y empujó a la niña hacia delante.

—Margot, querida, ¿no vas a dar la bienvenida a tu padre? Llevas esperándole toda la vida, y aquí lo tienes por fin.

Margot se mordió el labio y miró a Jamie, que decidió hacer lo que le parecía lo más natural. Se puso de rodillas y abrió los brazos.

—Hola, Margot. Siento muchísimo haber estado fuera tanto tiempo. ¿No quieres abrazarme?

Fue como si se abriera una valla, y Margot salió corriendo directa hacia el abrazo de Jamie, rodeando con los brazos su cuello.

—¡Padre, ha venido! —susurró, como si no se lo terminara de creer. Jamie parpadeó con fuerza, y las emociones le bloquearon la garganta. Se daba cuenta de la equivocación que había cometido al abandonarla, y que no merecía su perdón. El que se lo estuviera concediendo desde el primer momento le parecía un pequeño milagro, y su gratitud se desbordó.

—Sí, prometí que lo haría, y aquí estoy —respondió Jamie cerrando los ojos y dejándose llevar por los sentimientos. Se sentía muy bien abrazándola, y se dio cuenta de que era suya, independientemente de las circunstancias de su nacimiento. Era su hija, del mismo modo que lo era Roshani—. Nunca volveré a dejarte.

—¿Por qué ha tardado tanto? —preguntó Margot alzando la mirada hacia la suya, y él pudo ver que en la pregunta no había ningún tipo de acusación, sino simple

curiosidad—. ¿Y me ha traído algún regalo? *Farmor* me dijo que me traería algo.

—Pues claro que sí —contestó sonriendo—. Te lo enseñaré enseguida. Y la razón por la que no he podido venir antes es porque tenía que encontrar una madre para ti, y aquí está —dijo señalando a Zar, que se inclinó para abrazar a la pequeña, aunque de forma algo más cauta.

—Hola, Margot. Estoy encantada de conocerte por fin.

La niña asintió, como si el hecho de tener una madre nueva fuera algo que pasara todos los días. Jamie se maravilló por la naturalidad con que los niños se tomaban las cosas.

—Me alegro de que tu abuela te haya enseñado inglés. *Du talar väl svenska också?* —preguntó Jamie.

—¡Sí, *så klart!* —le respondió Margot como si hubiera hecho una pregunta un poco tonta.

Por supuesto que hablaba sueco. Jamie se rió de la forma en la que mezclaba las palabras de ambos idiomas, pues de niño él hacía lo mismo. Se había preguntado si la pequeña sería bilingüe, pero estaba casi seguro de que su abuela le habría enseñado tanto el sueco como el inglés. Era lo mismo que él había hecho con Roshani, enseñarle primero a hablar bien en inglés antes de enfrentarla al aprendizaje de otro idioma.

—Tengo otra sorpresa para ti, Margot —le dijo—. Por el camino encontré también una hermana mayor para ti. ¿Qué te parece?

—¿Una hermana? ¡Sí, claro, por favor! —dijo con ojos brillantes, y su sonrisa se hizo aún más amplia.

Roshani se acercó y rodeó con los brazos a la niña.

—Soy yo. Soy tu hermana Rosh. ¡Mira, te lo dije, padre! Sabía que Margot iba a quererme. Vamos a ser muy buenas amigas, ¿verdad, Margot?

Su nueva hermana asintió, pero inmediatamente cambió su expresión por otra más traviesa.

—Aunque a lo mejor regañamos, porque Ailsa y yo, aunque somos muy buenas amigas, a veces lo hacemos, ¿no es verdad?

Su prima, que observaba la escena con curiosidad, estuvo de acuerdo.

—Pero hoy no, porque ahora vamos a jugar y a pasárnoslo muy bien. Vosotras dos venid conmigo, y dejemos que los niños se queden con madre y la tía.

Ailsa tomó el mando de las operaciones y desapareció con Margot y Roshani. Jamie miró a Brice y a los demás y estalló en carcajadas.

—Bueno, parece que la cosa no ha empezado mal del todo —dijo Jamie mesándose los cabellos. Si tenía que ser sincero, estaba un tanto conmovido, pero sabía que se le pasaría. Pasó el brazo alrededor de los hombros de su esposa—. No sé a vosotros, pero a mí me vendría bien un trago de algo fuerte.

—¡*Whisky* de malta! —exclamaron al unísono Brice y Killian.

—¡En fin! —susurró Zar—. Supongo que no tendréis té.

—Por supuesto que sí, y créeme si te digo que sabe mucho mejor que el licor infernal por el que ellos claman —le dijo Marsaili tomándola del brazo—. Ven, deja que os acompañe a la cocina a ti y al pequeño Thomas, a ver si conseguimos que os descongeléis mientras alguien os prepara las habitaciones. Madre, ¿viene con nosotras? Dejemos que los hombres consuman solos ese nauseabundo brebaje.

Jamie miró a Zar, preguntándole con los ojos si le apetecía irse con su madre y con Marsaili. Ella sonrió y le dio un rápido beso.

—¡Vete! —le ordenó—. Thomas se está impacientando.

Jessamijn empujó suavemente a Jamie en dirección a su padre, y después tomó del brazo a Zar.

—Vamos, ve con ellos.

Killian abrazó de nuevo a su hijo, como si no pudiera creer que estuviera realmente allí. Jamie sabía cómo se sentía.

—Se unirán a nosotros a la hora de comer —dijo Killian—. Vamos al salón.

Sentado junto a la cálida estufa de cerámica y con un vaso de *whisky* en la mano, Jamie se sentía como en una escena irreal, aunque no podía parar de sonreír. Era maravilloso volver a estar allí.

—Así que habéis firmado la paz, ¿no? —afirmó más que preguntó Killian mirando a sus hijos, y Jamie vio amor y orgullo en sus ojos. Tuvo que tragar saliva para aclararse la garganta. ¿Por qué había estado tanto tiempo fuera? Tenía que haber sabido que su familia le ayudaría a enfrentarse a lo que fuera. Tomó un sorbo del delicioso *whisky*, que se abrió camino cálidamente hasta su estómago y le relajó aún más.

—Eso dice Brice —contestó.

—¿Qué pasa? ¿Es que no me crees? —dijo su hermano sonriendo—. ¿Acaso piensas que voy a saltar sobre ti de un momento a otro y a darte una paliza de muerte?

—No, porque no podrías. Ahora somos del mismo tamaño. Bueno, casi —replicó. Brice siempre había sido más grande y más fornido que él, pero Jamie era más rápido y tenía mejores reflejos. Probablemente estarían muy igualados si se pelearan alguna vez.

—Vamos, no digas estupideces. Te haría pedazos en un minuto, pero no haremos la prueba. Supongo que dentro de poco tendremos que dedicarnos a separar a nuestros hijos, en lugar de actuar como ellos. Ailsa es una chica, pero bastante luchadora si hace falta.

—Sí, supongo que tienes razón. Roshani tampoco es manca...

—Entonces tienen a quien parecerse. Ya sabéis, vuestra madre no se arredra ante nada —dijo Killian con cierta ironía, y todos rieron. Era una broma familiar el decir que Jessamijn había sido bastante masculina en su comportamiento cuando era joven, pero como era un rasgo que a Killian le gustaba, todos se lo tomaban bien, incluida su madre.

—Estaba empezando a pensar que tendría que ir a la India, agarrarte de una oreja y traerte de vuelta a casa. Has estado demasiado tiempo fuera, hermano —afirmó Brice.

Ahora le tocaba el turno a él de tomarle el pelo a su hermano.

—Por lo que acabo de comprobar, no sé si serías capaz de alejarte de tu familia tanto tiempo como para haber ido a atraparme.

—Es cierto, pero cuando la necesidad obliga...

—Su madre y yo no le habiéramos dejado —señaló Killian—. Hubiéramos ido nosotros, pero ella insistió en que al final recuperarías el sentido común. Y que lo único que necesitabas era tiempo.

—Ella tenía razón —asintió Jamie—. Me conoce muy bien. No obstante, creo que pensaba que no necesitaría tanto tiempo. Sus cartas empezaban a ser un tanto apremiantes.

—¡Ah! ¿Así que aprendiste a leer entre líneas? Ella confiaba en que lo hicieras —explicó Killian riendo—. Pero cuéntanos algo acerca del comercio de gemas. ¿Vas a dedicarte a eso aquí también? Sonaba interesante, y parece obvio que has establecido buenos contactos...

La conversación dio un giro hacia los negocios, hasta que un torbellino bajito y de pelo oscuro entró en la habitación y se lanzó hacia Jamie, abrazándole las piernas con sus bracitos.

—¿Entonces de verdad que eres mi papá? Los otros niños dicen que es un invento mío. No es verdad, ¿a que no?

Jamie la tomó en brazos y la apretó con fuerza. Olía a jabón fresco y aromático y a galletas, y aspiró esa fragancia con fuerza, intentando almacenarla en su memoria. Ahora no era capaz de entender por qué le había dado tanto miedo aceptarla como hija suya. Todo era muy simple, y ya la quería, sin duda alguna.

—Sí, soy tu papá de verdad, puedes decírselo a todos de mi parte. Y si alguno dice otra cosa, me lo cuentas y ya tendré yo unas palabras con él, ¿de acuerdo?

—O le pego un puñetazo en la nariz —dijo ella asintiendo—. Eso es lo que le hice a Ola. Se estaba poniendo muy pesado.

Brice, Killian y el propio Jamie se echaron a reír.

—Otra luchadora —murmuró Brice—. Santo cielo, ¿está preparado el mundo para la nueva generación de la familia Kinross?

—No creo que debas ir por ahí pegando a los niños sin razón, Margot —dijo Jamie intentando aparentar severidad, aunque le costó contener la risa.

—No, claro que no. Solo lo haré si son malos. Pero Rosh dice que ya no tendré que hacerlo, que ella me defenderá.

—Vaya, la que faltaba —suspiró Jamie, aunque le invadió una gran sensación de calidez y ternura. Había pasado de estar completamente solo a tener una mujer y tres hijos, y todo ello en un lapso de tiempo menor a un año. Le costaría algún tiempo acostumbrarse.

En ese momento Zar entró en la estancia llevando en brazos a Thomas, con la mujer de Brice al lado, que a su vez llevaba entre las faldas a Kenelm, el hijo mayor de ambos, de tres años. Jessamijn llegó la última, acompañada por dos sirvientas que sostenían una gran bandeja.

—Creo que es un buen momento para celebrar que estamos todos juntos — anunció—. Ya prepararemos otro pastel para la fiesta del solsticio, porque este nos lo vamos a comer ahora mismo.

—¡Bien, pastel! —Una estampida de niñas se materializó junto a la abuela, y Margot saltó tan deprisa de los brazos de Jamie que él apenas tuvo tiempo de darse cuenta de que se había ido. Incluso Kenelm olvidó su timidez de niño pequeño y se las apañó para colocarse al principio de la fila.

Jamie observó durante un momento como todo el mundo se apiñaba alrededor de su madre, y como su nueva familia había pasado a formar parte del grupo con toda naturalidad. En su interior, supo con absoluta certeza que todo estaba en su sitio.

De verdad estaban en casa.

# Notas

[1] N. del t.: el movimiento jacobita se desarrolló en el Reino Unido a finales del siglo xvii y principios del xviii, apoyado por los católicos británicos. Buscaba primero mantener y después reinstaurar a la casa Estuardo, católica, en el trono de Gran Bretaña. La cabeza del movimiento fue Jacobo II, que fue destronado mediante una revolución armada en 1688 y sustituido por María II, de la casa Orange-Nassau, protestante anglicana. La nobleza de Irlanda y Escocia apoyó casi unánimemente la causa jacobita. <<

[2] N. del t.: En sueco, «mierda». <<